

Wolfheart

La redención del lobo

Jess GR

WOLFHEART

La redención del Lobo

Jess GR

Sinopsis

Hace diez años dejé escapar a la mujer de mi vida. Desde entonces me he convertido en un hombre frío y sin escrúpulos, pero ahora ella ha vuelto para recordarme que aún hay bondad en mi interior.

Quiero olvidar, dejar atrás toda la rabia y la ira, pero no es fácil. Estoy enamorado de la hija del asesino de mi padre.

Solo ella saca lo mejor de mí, es la única persona capaz de alimentar al lobo blanco que vive en mi interior, pero... ¿Será capaz de dominar definitivamente al lobo negro, ese que se alimenta de rabia y deseos de venganza?

Mi nombre es Alec Wolfheart, pero puedes llamarme Lobo.

Título: Wolfheart. La redención del lobo.

© 2019, Jess GR

Portada: RachelRP

Maquetación: RachelRP

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o

parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

A las lectoras que se convierten en amigas.

Mara, este libro también es tuyo.

Verdades olvidadas

Alec

Soy consciente de que no debería estar aquí, ni siquiera sé por qué he acudido a este lugar, supongo que hay costumbres que no se pierden. Llevo diez años viniendo a La Casa de Muñecas cada vez que tenía un problema o algo me turbaba. Este siempre ha sido una especie de santuario para mí, un lugar dónde venir a lamer mis heridas, o más bien que me las laman.

Camino hacia la barra y le hago un gesto a Laura que se acerca a mí frunciendo el ceño.

—Lobo, ¿Se puede saber qué haces aquí y no en tu casa con tu chica? —pregunta cruzándose de brazos.

—¿Desde cuándo tengo que darte explicaciones de mi vida? —suelto de malos modos—. Dame una botella de Moonshine y dile a Linda que la espero en mi habitación.

—Muchacho, ¿Estás seguro de lo que estás haciendo? A veces para no enfrentarnos a un problema, conseguimos meternos en otro aún más grande. Créeme, sé de lo que hablo.

—Laura, no recuerdo haberte pedido tu opinión —digo en tono cortante—. Haz lo que te he pedido y deja de sermonearme de una puñetera vez.

—Muy bien, Lobo. Como tú ordenes —Asiente y deja mi botella de Whisky en la barra con un golpe seco.

La agarro por el cuello y ni siquiera me molesto en pedirle un vaso, la abro y bebo directamente de ella mientras camino hacia al pasillo que da a las habitaciones. No debería estar aquí. Si Jo se entera de esto, nunca me lo perdonará, pero estoy demasiado cabreado para enfrentarme a eso ahora mismo. No puedo creer que se pusiera de parte del maldito Anderson, y que además me echara en cara mis errores del pasado. ¡No es justo, joder!, Vale, puede que sea justo. Yo le he hecho más daño que nadie, pero no esperaba que me lo dijese de esa manera, como si estuviese haciéndome un favor al estar

conmigo.

Entro en mi antigua habitación y suspiro antes de darle un nuevo trago a mi botella. Aquí todo sigue igual. Laura ha arreglado la habitación después del ataque de ira que tuve la última vez que estuve en este lugar y todo vuelve a estar en su sitio, hasta ha repuesto el equipo de música que destrocé. Me acerco a él y le doy al play, las primeras notas de la canción “Happy Tragedy” de Saint Asonia empiezan a sonar y hago una mueca al darme cuenta de lo mal que he tratado a la única persona que siempre ha estado a mi lado cuando la he necesitado. Laura Turkel es lo más parecido que tengo a una amiga y cómo siempre hago con todos aquellos que me importan, he herido sus sentimientos. ¡Joder, soy un puto cabronazo! Ahora mismo debería estar en mi casa con Johanna y no en este tugurio emborrachándome y compadeciéndome de mí mismo.

Le doy otro trago a la botella de Wishky y no tardo en empezar a notar el efecto del alcohol corriendo por mis venas. Quizás debería dejar a Jo, estaría mucho mejor sin mí. Lo haría si no fuese un puto cobarde y un egoísta. Sí, egoísta, soy lo suficientemente cabrón como para mantenerla a mi lado aun sabiendo que ella sería más feliz sin mí. Desde que nos conocimos no he dejado de hacerle daño una y otra vez, pero aun así soy incapaz de dejarla marchar. No podré hacerlo nunca, la amo demasiado como para renunciar a ella otra vez. Es irónico, ahora que soy el temido Lobo al que todo el mundo respeta y tiene miedo, soy más cobarde que cuando era solo un chiquillo. En ese entonces decidí dejar a Jo por su propio bien, porque sabía que tarde o temprano acabaría destruyéndola.

Me tumbo boca arriba sobre la cama y cierro los ojos escuchando la letra de la canción. No sé cómo, pero siempre encuentro la música adecuada para recordarme a mí mismo lo mierda que soy.

Well can you hear that sound of my insides turning out (¿Puedes escuchar ese sonido? Es el de mi interior siendo apagado)

The meaning of my life will never be found (El significado de mi vida, nunca será encontrado)

I'm playing life's little games (Estoy jugando a los pequeños juegos de la vida)

Seeing faces without names (Viendo rostros sin nombres)

And all around me people change while I just stay the same (Y a mi

alrededor las personas cambian mientras yo sigo siendo el mismo)

So for your own good (Así que por tu propio bien)

Write me off (Bórrame)

Let me go It's obvious to me (Déjame ir, es obvio para mí)

I'll never be the one you need (Que yo nunca seré el que necesitas)

So leave me now (Así que ahora abandóname)

Don't turn around (No te des la vuelta)

I'm just a living casualty (Solo soy una víctima viviente)

I'm your happy tragedy (Soy tu feliz tragedia)

Your happy tragedy (Tu feliz tragedia)

Will you bring me in Watch the scaling of your skin (¿Me harás quedarme? Solo mira cómo se te cae la piel)

The meaning of my thoughts are so far within (El significado de mis pensamientos, está en lo más profundo)

You want to play my game (Quieres jugar mi juego)

Watch the crazy (Observa la locura)

Watch me sane (Obsérvame cuerdo)

And all the while you're rearranging, I just stay the same (Y mientras tú estás reordenándote, yo sigo siendo el mismo)

So for your own good (Así que por tu propio bien)

Write me off (Bórrame)

Let me go It's obvious to me (Déjame ir, es obvio para mí)

I'll never be the one you need (Que yo nunca seré el que necesitas)

So leave me now (Así que ahora abandóname)

Don't turn around (No te des la vuelta)

I'm just a living casualty (Solo soy una víctima viviente)

I'm your happy tragedy (Soy tu feliz tragedia)

I've never been enough for you (Nunca he sido suficiente para ti)

Everything I said I'd do (Todo lo que digo, lo hago)

I've never been enough for you (Nunca he sido suficiente para ti)

It's never been enough (Nunca es suficiente)

Write me off (Bórrame)

Let me go It's obvious to me (Déjame ir, es obvio para mí)

I'll never be the one you need (Que yo nunca seré el que necesitas)

So leave me now (Así que ahora abandóname)
Don't turn around (No te des la vuelta)
I'm just a living casualty (Solo soy una víctima viviente)
I'm your happy tragedy (Soy tu feliz tragedia)

Can you hear the sound of my insides turning out (¿Puedes escuchar ese sonido? Es el de mi interior siendo apagado)

There's no meaning I'm just your happy tragedy (No hay significado, solo soy tu feliz tragedia)

I'm playing life's little games (Estoy jugando a los pequeños juegos de la vida)

Seeing faces without names (Viendo rostros sin nombres)

I'm your happy tragedy (Soy tu feliz tragedia)

I'm your happy tragedy (Soy tu feliz tragedia)

—Sabía que tarde o temprano volverías a mí.

La voz de Linda me sobresalta. Estaba tan concentrado en la letra de la canción que no la he escuchado entrar, aunque supongo que la media botella de licor que me he tragado mientras sonaba el tema, también ayuda a que mis reflejos auditivos no estén en su mejor momento.

—Lindaaa —digo arrastrando la última letra de su nombre—, justo contigo quería yo hablar.

—¿Hablar? Estoy segura que podemos encontrar cosas mucho más interesantes que hacer que ponernos a charlar. Te he echado de menos, Lobo.

Se acerca a mí contoneando las caderas de forma sensual y sonrío de manera coqueta.

—Acércate preciosa —susurro sonriendo.

Johanna

Tras la salida precipitada de Alec, me despedí de Meg y Rob y salí a buscarle. Patrick me dijo que le vio subirse a su todoterreno, así que imaginé que habría venido hacia el pueblo. De camino a casa de Cam, no he podido evitar buscar por todos lados su coche, pero no lo vi. Le llamé un par de veces al móvil, pero tampoco contestó, así que decidí darle algo de espacio para que se tranquilice y mientras tanto seguir con mi plan inicial de visitar a mi tía.

Nada más abrirme la puerta, Cam se vino abajo, se tiró a mis brazos y

comenzó a llorar como una niña pequeña. Y aquí estoy, media hora después, sentada en el sofá de su casa intentando consolarla y que se tranquilice para que pueda explicarme qué coño le pasa.

—Lo siento —gimotea limpiándose las lágrimas—, todo se me ha ido de las manos y ahora... ¡Dios! Cuando vi a esa pobre muchacha... Yo no soy así, Jo. No voy por ahí acostándome con hombres comprometidos.

—Eso ya lo sé, Cam. Lo que no entiendo es por qué lo hiciste. ¿Quieres a Chris? ¿Estás enamorada de él? —Cami asiente agachando la mirada—. Entonces, ¿Por qué no estáis juntos? ¿Es él quien no quiere estar contigo?

—¿Qué?, No, no, todo lo contrario. Chris es un buen hombre y me quiere.

—¿Te quiere? Sí es así, ¿Por qué empezó una relación con Nadia? Conozco a Chris, es como un hermano para mí, él no es uno de esos tipos que disfrutan engañando a las mujeres.

—Yo le obligué a ello. Le dije que tenía que salir con otra persona para que me olvidara de una vez.

—¿Por qué demonios hiciste eso si le quieres?!

—¿Es que no lo ves?! ¿No lo entiendes?! ¡Lo nuestro es una locura! Soy mucho mayor que él.

—¿En serio, Cam?! —grito levantándome del sofá—. No me puedo creer que estés perdiendo la oportunidad de ser feliz por prejuicios y por el qué dirán.

—No se trata de eso, me da absolutamente igual lo que diga la gente, quien me importa es Chris. Él tiene derecho a vivir un romance de verdad, empezando por la primera cita, el noviazgo, el compromiso, casarse y tener unos cuantos chiquillos. Tiene derecho a vivir todo eso y yo no puedo dárselo.

—¿Por qué? —pregunto sin entender a dónde quiere ir a parar.

—Todas esas etapas llevan tiempo, años. Yo tengo cuarenta y dos años.

Abro los ojos de par en par al darme cuenta de lo que intenta decir.

—¿Tienes miedo de no poder ser madre? Cam, aún eres joven, puedes...

—Ahora puedo, con riesgos, pero podría hacerlo ahora mismo. Puede que dentro de un par de años no sea así —Se encoge en el sofá agarrándose las rodillas contra el pecho—. Yo ya había renunciado a eso, a ser madre. Creí que sencillamente no era para mí, pero entonces llegó Chris, ese chico al que he visto crecer y volvió mi mundo patas arriba. Afloró ese deseo en mí de poder tener un final feliz, pero ¿qué clase de persona sería yo si dejara que ese muchacho hipotecase su vida a mi lado?

—Creo que debe ser él quien tome esa decisión —afirmo apretando su

mano.

—Ahora lo entiendo todo.

La voz de Chris nos sobresalta a ambas y miramos hacia la entrada del salón.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Cam limpiándose las lágrimas de un manotazo—, creí haberte dicho que no quiero volver a verte.

—Ya, por suerte no suelo hacerte mucho caso —contesta Chris quitándose el sombrero y dejándolo sobre el respaldo del sofá—. Tenemos que hablar, Camila.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? ¿Qué has escuchado?

—Lo suficiente para saber que eres muy buena mentirosa —Camina hacia ella y se acuclilla frente al sofá mirándola directamente a los ojos—. Sabes perfectamente que solo salí con Nadia porque tú me ocultaste tus sentimientos. Dijiste que no era más que un pasatiempo para ti, y ahora descubro que me quieres. ¿Qué demonios hago ahora con esa información?

—Nada —contesta Cam desviando la mirada—. Ya que lo has escuchado todo, sabes cuales son mis motivos para no seguir con lo nuestro. Es lo mejor para ti.

—¿Para mí? ¿Te has parado a pensar qué es lo que quiero yo? Me importa una puta mierda la primera cita, el noviazgo, el compromiso y todas esas gilipolleces. Si dependiese de mí, nos casaríamos hoy mismo. ¿Quieres ser madre?, Bien, tengamos un hijo, una docena si lo deseas.

—¿Qué? No, Chris, cállate —susurra cerrando los ojos con fuerza.

Él agarra su mano y acaricia su mejilla girando su cara para obligarla a mirarle.

—Te quiero, Camila. No necesito esperar unos años para saber que quiero una vida a tu lado. Nunca he tenido algo tan claro en toda mi vida.

—No —susurra Cam negando con la cabeza, pero se aferra a la mano de Chris mientras las lágrimas vuelven a rodar por sus mejillas—. No puedo hacerte eso. Si permito que pase, algún día me lo echarás en cara. Tienes treinta años, puedes encontrar a una mujer que...

—¡Por dios! Cállate de una vez, mujer —dice Chris antes de abalanzarse sobre mi tía y besarla apasionadamente.

Me obligo a desviar la mirada de los dos tortolitos y no puedo evitar que una sonrisa se dibuje en mis labios. Estos dos están locos el uno por el otro y aunque Cam sea reticente a aceptarlo, acabarán juntos. Conozco a Chris y sé lo cabezota que puede llegar a ser.

Me aparto de ellos dispuesta a irme para darles intimidad, cuando mi teléfono empieza a sonar en mi bolsillo. Miro la pantalla y compruebo que es el número de Alec. Espero que ya esté más tranquilo.

—Alec, ¿Dónde estás? Tenemos que hablar —digo nada más descolgar.

—Eh... Hola, ¿Johanna? —Una voz de mujer me contesta al otro lado de la línea. Me suena conocida, pero no sé quién es.

—¿Quién eres y qué haces con el móvil de Alec? —pregunto entre preocupada y celosa.

—Soy Laura Turkel. Espero no estar cometiendo un error al llamarte. Alec se dejó el móvil en la barra y... Bueno, eso da igual. Él está aquí y está bebiendo mucho. Quizás deberías venir a buscarlo antes de que cometa alguna locura.

Resoplo notando como la rabia empieza a recorrer todo mi cuerpo. Le ha faltado tiempo para ir a encerrarse en La casa de Muñecas. Está borracho y probablemente... ¡Joder! ¿Se habrá acostado con ella? ¿Alec sería capaz de engañarme de ese modo? Solo hay una forma de averiguarlo.

—Voy para allá —digo colgando la llamada.

Me giro hacia los tortolitos y descubro que han dejado de comerse la boca y los dos me miran preocupados.

—¿Qué pasa? —pregunta Chris.

—Nada nuevo, solo el Lobo volviendo a hacer de las suyas —contesto tras resoplar nuevamente—. Tengo que irme.

—¿Quieres que te acompañe? —pregunta Cam.

—No, vosotros quedaos aquí haciendo bebés —respondo en tono divertido. Chris suelta una carcajada y Cami se sonroja—. Me alegro mucho por vosotros, y espero de verdad que podáis resolver vuestros problemas. Hacéis una gran pareja.

—Jo, siento mucho lo de Nadia —dice Chris.

—Tranquilo, ahora lo entiendo todo, y si ella te ha perdonado, yo no soy nadie para reclamarte nada.

Chris asiente y me despido de ellos con la mano antes de salir de casa de mi tía en dirección a La Casa de Muñecas. Espero de verdad que Alec no haya cometido ningún error irreparable. Si algo tengo claro, es que no voy a perdonarle una infidelidad. Si se ha acostado con Linda, hemos terminado, y esta vez para siempre.

Entro en el local que está bastante lleno para ser un día de semana a media tarde. ¿Qué les pasa a los hombres de este pueblo? ¿Es que no tienen una casa

a dónde ir y mujeres a las que acompañar? Tengo que carraspear para evitar asfixiarme con el humo del tabaco. El olor a cerveza y sudor me revuelven el estómago, pero dejo que eso me impida hacer lo que he venido a hacer. Me acerco a la barra y nada más verme, Laura se acerca a mí.

—Hola muchacha. Dudé mucho en si debía llamarte o no, pero creo que solo tú puedes hacer que entre en razón —me indica tendiéndome el teléfono móvil de Alec.

—¿Dónde está? —pregunto cruzándome de brazos.

—En su habitación. No hace mucho que llegó, pero a estas alturas ya debe estar bastante bebido.

—¿Está con ella? —La forma en la que Laura desvía la mirada, me da la respuesta que estoy buscando.

No lo pienso ni un segundo más, me desplazo por el atestado local a toda velocidad. Los hombres me miran al pasar, pero se apartan de mí como si tuviese la maldita peste bubónica. Saben quién soy y temen demasiado al Lobo como para hacer o decir algo que desate su ira.

A llegar a la puerta de la habitación, un recuerdo acude a mi mente, la primera y única vez que estuve aquí mismo, me encontré a Alec con Linda dentro de esta habitación, las imágenes de ese día aún me atormentan y no sé si podría superar algo parecido. En ese entonces no estábamos juntos y era la primera vez que le veía después de diez años, pero ahora... Ahora me rompería el corazón ver como se revuelca con esa odiosa mujer.

Respiro profundamente y antes de abrir la puerta agudizo el oído, se escucha música en el interior de la habitación, pero sobretodo gritos, los gritos de Alec.

—¿¡Quién coño te crees que eres, maldita furcia?! —brama.

Abro la puerta de golpe y me quedo paralizada. Alec tiene a Linda agarrada por el cuello y la mira con odio. Tiene las venas del cuello hinchadas y los ojos inyectados en sangre, gira la cabeza hacia la puerta y al verme abre mucho los ojos como si estuviese asustado por algo.

—Alec, suéltala —susurro mirándole fijamente.

—Jo, no es lo que... ¡Joder! Sé que esto parece algo que... ¡Mierda! —Suelta a Linda de un empujón y le da un trago largo a la botella de Wishky que tiene en la mano.

—Alec, vámonos a casa —le indico en tono autoritario.

—No, tengo que poner a esta mujerzuela en su lugar —rebate acercándose de nuevo a Linda que se agarra el cuello asustada.

Arrastra las palabras y casi no tiene de pie de la borrachera que lleva, pero aun así consigue llegar hasta Linda.

—¡Alec! ¡Ya basta!

—¡No! ¡Dime que fue lo que te dijo! Le advertí que no se acercara a ti.

La chica me mira y por un momento, siento lastima por ella. Está acojonada.

—¡Ya vale, joder! —insisto poniéndome frente a él y empujándole por el pecho—. Vámonos a casa, ahora mismo.

—¡No! Ve tú. Ni siquiera tendrías que estar aquí. Este no es lugar para ti.

—Tú tampoco tendrías que estar aquí, encerrado en esta habitación con tu amante y borracho como una cuba.

—Lo sé, y voy a pagar por esto —dice sonriendo de medio lado—. Tú me lo vas a hacer pagar. Vete a casa, pequeña. Yo iré enseguida.

—Muy bien —Me cruzo de brazos y alzo la barbilla retándole con la mirada—, me voy de aquí, pero si me marchó sola de este lugar, no pienso volver a tu casa, te lo advierto.

—Eso no es una advertencia, ¡Es una puta amenaza! —grita estrellando la botella contra la pared.

—Tómalo como quieras —contesto encogiéndome de hombros y aparentando una tranquilidad que no siento.

Quiero pegarle cuatro gritos y arrastrarle hasta casa. Sacarle de este lugar de mierda, pero sé que ahora mismo no va a razonar, no con la cantidad ingente de alcohol que corre por su venas, así que la única opción que me queda es amenazarle.

—Muy bien, haz lo que se te pegue en gana —dice sentándose sobre la cama, se le dibuja una sonrisa macabra en la cara y como siempre, sé de ante mano que está a punto de hacerme daño con sus palabras—. Puede que ya esté cansado de tus amenazas. ¿Quieres irte? Vete. Yo me quedo aquí con Linda. Quizás debería dejar de ir en contra de ella para defenderte y hacerle caso de una vez.

Trago saliva y asiento. Sé que no lo dice en serio, quiere lastimarme, pero no va a conseguir ver el dolor que sus palabras me causan en mis ojos. Esta vez no.

—Perfecto, ahí te quedas. Recogeré mis cosas de tu casa para que tu amiga pueda trasladarse allí cuanto antes.

Alec da un respingo sorprendido por mi respuesta, pero no me paro a mirarlo ni un segundo más. Salgo de la habitación tropezando con Laura en la

puerta y rezo para escuchar sus pasos a mi espalda. Quiero que me siga, necesito que lo haga.

—¡Jo! ¡Johanna, no te vayas! —Suelto el aire que estaba conteniendo al escucharle llamándome y sus pisadas apresuradas viniendo a mi encuentro—. Lo siento, pequeña —dice abrazándome por la espalda y hundiendo la cara en mi cuello—. No lo decía en serio. Por favor, no te vayas.

Aparto sus brazos que rodean mi cintura y me giro hacia él.

—Nos vamos ahora mismo, Alec.

—Está bien, nos vamos, pero no te enfades conmigo, no te cabrees —Me pide poniendo de nuevo sus manos en mi cintura.

—Si no quieres que me cabree, deja de hacer estas cosas —Una sonrisa ilumina su cara y me mira intentando enfocar la vista. Joder, está aún más borracho de lo que creía—. ¿Se puede saber de qué te ríes? Yo no le veo la gracia a nada de esto.

—¿Alguna vez te he dicho lo sexy que estás cuando te cabreas? —pregunta lo suficientemente alto como para que toda la gente que hay en el local nos miren divertidos—. Te amo. Lo sabes ¿verdad?

—Recuérdamelo cuando estés sobrio —contesto tirando de su mano hacia la salida, pero se niega a caminar.

—No tengas tanta prisa. ¿Por qué no nos tomamos una copa los dos? Así yo puedo pedirte perdón por ser un capullo, y como estamos en público, no me gritarás mucho.

Todo el mundo empieza a reír a carcajadas y yo resoplo negando con la cabeza, mientras Alec sonrío de oreja a oreja. Ha pasado de ser un borracho cabreado, a un borrachín feliz en décimas de segundo.

—Alec, acabas de decir que este no es lugar para mí. Vámonos a casa, prometo no gritarte hasta mañana por la mañana.

Una nueva oleada de carcajadas se hace eco en el local.

—¡Te tienen dominado, Lobo! —grita un hombre bajito alzando su copa sin dejar de reír.

Al contrario de lo que creía, Alec se gira hacia él sonriendo y se encoje de hombros.

—Mi chica tiene carácter. Créeme capullo, si tuvieses una mujer como la mía estarías encantado de que te dominase.

Veo como Laura sonrío negando con la cabeza. Parece satisfecha con la respuesta de Alec y la verdad es que yo también lo estoy. No pretendo dominarle ni nada parecido, pero tengo que dejarle bien claro mi posición. No

voy a aceptar que venga a ahogar sus penas a un burdel cada vez que discutimos.

—La chica Callaghan a convertido al Lobo en un cachorrito —se burla otro de los hombres.

—Totalmente de acuerdo contigo —le contesta Alec mirándome a los ojos—. Soy un cachorrito dispuesto a arrastrarse por una sola caricia de esta mujer. Es el amor de mi vida. Mi razón para vivir.

No puedo evitar que una tímida sonrisa tire de mis labios al escuchar cómo me declara su amor frente a todos estos hombres. Hombres que le respetan y le temen a partes iguales. Sé por qué lo hace, intenta suavizarme y que se me pase el cabreo, y para qué negarlo, lo está consiguiendo.

—Vámonos a casa, Romeo —digo en tono burlón.

Me pongo a su costado y le sujeto rodeando su cuerpo con mi brazo, él rodea mis hombros con el suyo para mantener la verticalidad y caminamos hacia la salida. Laura nos abre la puerta y le hago un gesto con la cabeza para agradecerle que me haya llamado, ella mira a Alec con cariño y le da una palmada en el hombro.

—No quiero verte más por aquí, Lobo. Pórtate bien y cuida de tu chica —lo regaña.

Alec se detiene y la mira sonriendo.

—¿Sabes, pequeña? —me pregunta sin apartar la vista de Laura—. Laura no es lo que parece. Sabe más de todos nosotros de lo que nos podamos imaginar. Esconde muchos secretos.

Laura sonrío y niega con la cabeza.

—No son secretos, hijo. Solo son verdades olvidadas.

Alec asiente y salimos del local, pero antes de que Laura vuelva a cerrar la puerta, Alec se gira y clava sus ojos en ella sin rastro de la sonrisa que lucía hace unos segundos.

—La quiero fuera de aquí. Me da igual lo que hagas con ella, pero no quiero volver a verla y mucho menos que vuelva a acercarse a Jo.

No hace falta que diga su nombre para saber a quién se está refiriendo. Habla de Linda. Le está pidiendo, o más bien, ordenando a Laura, que la despida.

—No te preocupes por eso. Se irá hoy mismo —contesta Laura antes de cerrar la puerta.

Consigo arrastrar a Alec hasta mi coche y tras mucho esfuerzo, le dejo sentado en el lugar del acompañante con el cinturón puesto, y arranco en

dirección al rancho Wolfheart. Su buen humor ha regresado, no para de decir tonterías como que va a vender todo el ganado y dedicarse a la cría de ratas de laboratorio. Aunque esté cabreada con él, su risa es contagiosa y sus disparates me arrancan más de una carcajada. También he tenido que darle varios empujones para que se mantenga en su lugar ya que intenta meterme mano en cuanto me descuido un segundo. Ponerle el cinturón mientras me manoseaba y me susurraba guarradas al oído, fue todo un reto, pero intentar concentrarme en la carretera mientras su mano asciende por mi muslo, se está volviendo una verdadera odisea.

—Alec, estate quieto de una vez —repito por enésima vez apartando su mano de mi pierna.

—¿Te distraigo, pequeña? —pregunta con una sonrisa seductora. Niego con la cabeza sin evitar sonreír y presto atención a la carretera—. No sabes lo cachondo que me pone verte conducir —dice con voz ronca.

Desvío un momento la mirada de la carretera y compruebo que está acariciándose por encima del pantalón.

—¿En serio, Wolfheart? ¿Vas a pajearte como un mandril en mitad de la carretera?

—Tú no quieres echarme una mano, así que tendré que arreglármelas solo. Aunque preferiría que pararas el coche y follarte en el asiento trasero.

—Eres un perverso —digo tras soltar una carcajada.

—Lo sé, y eso te encanta ¿verdad?

Asiento mordiéndome el labio inferior y por un segundo me plateo hacerle caso y parar el coche. Obviamente no lo hago, se supone que la que está sobria aquí soy yo y tengo que mantener la compostura, además Alec está tan borracho que no me extrañaría que se quedara dormido de un momento a otro.

—Mejor háblame de esos planes que tienes para el rancho —Cambio de tema no solo para dejar de pensar en su propuesta, también para mantenerlo despierto. No creo que pueda sacarlo del coche si se queda dormido.

—Eres una cortarrollos —dice sacándome la lengua—. Estoy pensando en vender el rancho y comprarme una casa en la ciudad. Yo podría trabajar en una oficina y tú en una clínica veterinaria curando cachorritos.

Sé que lo dice en broma. Alec siempre ha tenido claro que su vida está en el campo. Ni siquiera puedo imaginarme verle en una gran ciudad. Aunque ficticias, sus ideas son rebuscadas y divertidas. Se pasa todo el trayecto saltando de una idea disparatada a otra, hasta que llegamos a casa.

—Hemos llegado —informo desabrochándome el cinturón.

Alec me mira con los ojos casi cerrados y sonrío de oreja a oreja. No sé de qué demonios se ríe.

—Joder, estoy borracho —dice empezando a reír a carcajadas.

—Vaya novedad —murmuro en tono irónico.

Salgo del coche y abro su puerta, le tiendo la mano y vuelvo a cargar con él sobre mi espalda.

—Eres una cosita dulce y sexi —susurra en mi oído mientras mordisqueea el lóbulo de mi oreja.

Su mano se cuele bajo mi camiseta y hace círculos con las yemas de sus dedos en la piel de la parte baja de mi espalda.

—Alec, estate quieto o vamos a acabar los dos en el suelo —digo intentando apartar sus manos de mi cuerpo mientras camino hacia la entrada aguantando con todo su peso.

—Por mí perfecto, puedo acabar encima de ti en el suelo, o no, mejor tú encima de mí. Me encanta ver como se mueven tus pechos mientras me montas como una amazona.

—Ya vale —Pongo una mano sobre su boca para hacerle callar, pero el muy capullo saca la lengua y lame mis dedos provocándome sin dejar de sonreír—. Eres un suplicio cuando estás borracho.

Finalmente consigo meterlo en casa. Nada más entrar, Norah se acerca a nosotros con gesto preocupado y seguida por Nadia.

—¿Qué ha pasado? —pregunta al ver el estado en el que se encuentra su hijo.

Antes de poder contestarle, Alec mira a su madre sonriendo y la saluda con la mano.

—Hola Mami. Estoy borracho.

—Ya lo veo —contesta ella intentando ocultar su sonrisa. Nadia no se corta y suelta una carcajada.

—Voy a llevarlo arriba a que duerma la mona —añado poniendo los ojos en blanco.

—¿Mona? ¡Sí! Podemos montar un refugio para monos. Son muy monos — Se empieza a partir el culo de su propio chiste y yo vuelvo a poner los ojos en blanco.

—Veo que estás de buen humor, hermanito —dice Nad.

—Sí, tengo a mi pequeña conmigo. ¿A qué es guapa? —le pregunta a su madre. Ella asiente y él besa mi cuello de una forma demasiado cariñosa como para estar delante de su familia—. La quiero con toda mi alma —susurra

mordisqueado mi cuello—, desde que era un crío, siempre ha sido ella.

—Alec, estate quieto —lo regaño intentando apartarle de mí mientras noto como mi cara se pone de un rojo escarlata. No puedo creer que esté haciendo esto delante de su familia.

—Ahora voy a subirla a nuestra habitación y voy a desnudarla... —Vuelvo a tapar su boca con mi mano. Miro a Nadia que sonríe descaradamente mientras su madre no sabe dónde meterse de la vergüenza.

—¡Alec, arriba, ahora! —ordeno en tono autoritario.

Él me mira intentando ponerse serio y me hace el saludo militar antes de empezar a caminar hacia la escalera. Obviamente no llega ni al segundo escalón antes de tropezar y empezar a reír de nuevo a carcajada limpia.

—Me he caído —dice entre risas.

Niego con la cabeza y me despido de Norah y Nad, antes de ayudarle a levantarse y subir las escaleras tirando de él.

Entramos en la habitación y le dejo caer sobre la cama. Sigue riendo descontroladamente y habla de no sé qué barco con vainilla. La verdad es que a estas alturas ya he perdido las ganas de intentar entender lo que dice. Le quito las botas y empiezo a desabrochar su cinturón cuando veo que me está mirando con una sonrisa lobuna instalada en la cara.

—Ni lo sueñes, vaquero. Esta noche no va a haber nada de sexo.

—Sexo sí —dice poniendo cara de niño bueno.

—Sexo no. Tú borracho —contesto en el mismo idioma que está utilizando él.

—Sexo sí. Yo borracho, tú guapa, yo cachondo.

No puedo evitar soltar una carcajada al ver su cara sonriente. Se comporta como un niño pequeño.

—Deja de comportarte como un crío y ayúdame a desvestirte —Le quito los pantalones ignorando deliberadamente su prominente erección y me deshago también de su camiseta mientras le escucho murmurar algo sobre unos niños—. Muy bien, ahora a dormir.

—¿Has escuchado lo que he dicho? —pregunta abrazando mi cintura y apoyando la mejilla en mi abdomen.

—¿Cuál de todas las tonterías que has dicho tendría que haber escuchado? —Acaricio su pelo y él me mira desde abajo sonriendo como un niño en la mañana de navidad.

—He dicho que quiero que tengamos un bebé. Quiero poner mi semillita aquí dentro —Levanta mi camiseta y deposita un beso sobre la piel de mi

tripa.

—Lo que yo decía —murmuro poniendo los ojos en blanco—, una tontería más.

—No, esto lo digo en serio. Quiero que tengamos un hijo. Una niña morena, de ojos azules y pequeñita como tú.

—Está bien. Lo hablamos mañana ¿Vale?

—No me des la razón como a los locos. Te estoy hablando en serio.

—Está bien. Lo hablaremos cuando estés sobrio.

—Te lo recordaré mañana —susurra cerrando los ojos—. Sabes que nunca te habría engañado ¿verdad? Solo fui allí para darle una lección a Linda.

—Mañana hablaremos de eso. Ahora duerme.

Me suelta y se tumba de nuevo boca arriba. Puedo ver como sus parpados se cierran involuntariamente.

—Creo que mañana vamos a hablar de muchas cosas —susurra dejándose llevar por Morfeo.

—No te imaginas cuantas.

—Recuerda que prometiste no gritarme —dice con un amago de sonrisa tirando de sus labios antes de quedarse profundamente dormido.

Tarde o temprano sucederá, solo es cuestión de tiempo

Alec

Me revuelvo en la cama y estiro el brazo para abrazar a Jo como hago cada mañana, necesito estrecharla entre mis brazos, sentir su pequeño y tibio cuerpo amoldándose al mío, pero esta vez no la encuentro. Abro los ojos y me encuentro con su lado de la cama vacío. Es muy raro, Jo es la reina de las dormilonas, siempre se despierta después de mí. Un incesante golpeteo en mi nuca y en mis sienes, me recuerda la borrachera que me pillé ayer. Joder, solo a mí se me ocurre beberme una botella entera de Moonshine.

Me dejo caer de espaldas en la cama y me tapo la cara con el antebrazo pensando en la cantidad de tonterías que dije e hice ayer. Estuve a punto de asfixiar a Linda, ese fue mi primer error, o no, en realidad el primero fue ir a La Casa de Muñecas, nunca tuve intención de acostarme con Linda, me repugna la idea de engañar a mi pequeña. Mi único propósito era darle una lección a esa entrometida y advertirle que no iba a permitirle ni una tontería más, pero cuando Jo llegó allí... ¡Mierda! ¡¿Johanna no habrá creído qué...!?

Me levanto de un salto agarrándome la cabeza por el dolor que atraviesa mi cráneo con el movimiento brusco y abro la puerta del vestidor. Toda su ropa está colgada junto a la mía, eso quiere decir que no se ha ido ¿no? Ella no me dejaría. ¿Lo haría? ¡Mierda! Yo no sé qué haría si me la hubiese encontrado borracha a solas en una habitación de un tugurio de mala muerte con su examante. ¡Sí que lo sé! Habría enloquecido.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Joder! —maldigo mientras saco el primer pantalón vaquero que encuentro de una percha y me lo pongo a toda prisa. Ni siquiera me paro a abrocharme la camisa, me calzo unas botas y corro escaleras abajo.

—¿Dónde vas con tanta prisa? —pregunta Carter al verme.

—¿Has visto a Johanna?

—Eh... la vi salir esta mañana a primera hora. Su coche no está fuera así

que supongo que aún no habrá llegado.

—¡Mierda! ¡Mil veces mierda!

Salgo a toda prisa de casa y cómo ha dicho mi hermano, su coche no está aparcado frente a la casa. Me paso las manos por el pelo en un gesto de desesperación. ¿De verdad me ha dejado? ¿Se ha ido? No puedo pensar en ello sin sentir cómo un dolor punzante me atraviesa el pecho. Todo el mundo me lo dijo. Me advirtieron que acabaría dejándome si seguía comportándome como un capullo, y voy yo y me meto en un burdel a emborracharme en compañía de mi ex amante. Si es que a imbécil no me gana nadie.

—Lobo, ¿te encuentras bien?

Levanto la cabeza para mirar a Patrick. No sé cómo he terminado en cuclillas, pero lo que sí sé es que tengo que encontrar a Jo. Tengo que pedirle perdón. ¡Joder, tengo que suplicarle que me perdone!

—¿Has visto a Johanna? —demando incorporándome con la respiración acelerada.

—Eh... La vi por la mañana temprano. Salió con su coche.

—¿Dijo a dónde iba?! —pregunto alzando la voz.

—No, a mí no me dijo nada.

—¡Joder! ¡Soy un puto imbécil! —grito tirándome del pelo.

—¿Has probado llamarla por teléfono?

Miro a Patrick sin saber qué contestar a eso. ¿Cómo no lo había pensado antes?

—Déjame tu móvil —ordeno estirando mi mano.

Patrick me tiende su teléfono y marco el número de memoria, pero al darle a llamar, su nombre aparece en la pantalla, prueba de que Patrick tiene el número de mi chica guardado. ¿Para qué? ¿Tan amigos son que se intercambian los números de teléfono? Miro a Patrick de reojo, pero no digo nada, ahora mi prioridad es encontrar a Johanna.

Su móvil suena un par de veces antes de que lo coja.

—Hola Patrick, ¿Qué pasa? —dice nada más descolgar. Obviamente ella también tiene su número guardado.

Déjate de tonterías Alec, pienso. Aún no has zafado de una y ya te estás metiendo en otra.

—Jo, ¿Dónde estás?

—¿Alec? ¿Por qué me llamas del teléfono de Patrick? ¿Ha pasado algo?

—¡Maldita sea, Johanna! ¡Dime dónde estás! —sé que sueno desesperado, pero es que lo estoy. Necesito saber que no me ha dejado, que va a darme la

oportunidad de explicarle lo que pasó.

—¡Eh! ¡Ni se te ocurra hablarme así! —grita al otro lado de la línea—. ¿Sabes qué te digo? Llámame cuando te tranquilices —Y me cuelga.

Me quedo mirando la pantalla cómo un imbécil. No entiendo nada. ¿De verdad me ha dejado? ¿Se ha ido y por eso no quiere hablar conmigo? Respiro profundamente y vuelvo a llamarla.

—Jo, por favor no me cuelgues. Dime dónde estás, necesito hablar contigo.

—Así mejor —murmura—. Estoy en el cercado norte, con los terneros.

—No te muevas de ahí —digo antes de colgar la llamada.

Le entrego el teléfono a Patrick y corro hacia mi coche. Cruzo mis tierras a toda la velocidad que puedo y al llegar al cercado, no puedo evitar suspirar aliviado al ver a Jo moviéndose entre los terneros. Eso significa que no me ha dejado ¿no? Si tuviese intención de irse, no estaría trabajando.

Salgo del coche a toda prisa y corro hacia ella, salto la valla del cercado y sigo corriendo. Jo me mira extrañada durante un instante, abre la boca para decir algo, pero no le doy tiempo a hablar. La abrazo con fuerza hundiendo mi cara en el hueco de su cuello. Mi pecho sube y baja con violencia mientras intento ralentizar mi respiración. Estoy aterrado por el simple hecho de pensar que puedo llegar a perderla.

—¿Alec? ¿Alec qué pasa? —pregunta intentado apartarme de ella. Agarro su cintura con más fuerza y la pego más a mí. Necesito sentirla cerca —. Alec, me estás asustando. ¿Qué demonios te pasa?

—No me dejes, pequeña —susurro contra la piel de su cuello—. Ya sé que soy un imbécil y no dejas de cagarla, pero no me dejes, por favor.

—Alec, deja de decir tonterías —Intenta volver a apartarme, pero yo me aferro a su cintura impidiéndole que se mueva un solo centímetro—. Alec, mírame —Niego con la cabeza—. Te estás comportando como un crío, ¿Aún sigues borracho? —Vuelvo a negar con la cabeza y la escucho suspirar mientras sus dedos acarician el pelo de mi nuca—. Nene, necesito que me mires a la cara.

—Júrame que no te vas a ir, que no me vas a dejar.

—¿De dónde has sacado esa idea? —Hace un nuevo intento de apartarse, pero con el mismo resultado que las veces anteriores—. ¡Alec Wolfheart! ¡Deja de comportarte como un niño de una jodida vez y mírame a la cara!

Me aparto de ella muy despacio, pero sigo con mis manos ancladas a su cintura. No voy a permitir que escape de mí. Agacho la mirada, me avergüenzo

de lo que hice ayer. ¿Cómo puedo llegar a ser tan tonto?

—Lo siento —susurro mirando mis pies.

—Alec, mírame —niego con la cabeza sin alzar la mirada, pero ella me agarra por el mentón y me obliga a mirarla—. ¿Qué te ha llevado a pensar que voy a dejarte?

—Ayer la cagué —contesto en un susurro rehuendo su mirada—. Estaba cabreado contigo y quise desquitarme con alguien. No sé qué fue lo que pensaste, pero te juro que no toqué a Linda. No me acosté con ella, te lo prometo. Yo nunca te haría algo así.

—Me lo imaginé cuando te vi estrangulándola —dice intentando retener una sonrisa.

Su amago de sonrisa, me provoca una sensación de alivio que dura muy poco tiempo, el suficiente para que Jo se recomponga y frunza el ceño mirándome fijamente.

—Me desperté y no estabas. Tú siempre estás en la cama cuando me levanto... entonces recordé algunas de las cosas que hice y dije ayer y pensé... Joder, me volví loco pensando que me habías dejado.

—Alec, ¿Sabes la hora que es? —Niego con la cabeza. Podría mirar mi reloj, pero para eso tendría que soltar una mano de su cintura y no estoy dispuesto a hacerlo—. Son las doce del mediodía. No suelo levantarme antes que tú porque tú te levantas antes que las gallinas, pero hoy me imaginé que tendrías que recuperarte de la borrachera de ayer, así que te dejé dormir y me vine a trabajar.

—¿Entonces no vas a dejarme? —pregunto sonriendo.

—Si fuese a dejarte, lo habría hecho anoche. ¿Recuerdas lo que pasó?

—Algo, no todo. Recuerdo que viniste a buscarme a La Casa de las Muñecas y que te dije... Joder, te dije que me deba igual que te marcharas. Después te seguí cuando me di cuenta de que tu amenaza iba en serio y...

—No iba en serio —me interrumpe—. Solo estaba echándome un farol. Necesitaba sacarte de ese lugar y tú no cooperabas, solo quería hacerte reaccionar.

—Pues bien jugado, me sentí morir cuando vi que te marchabas.

—Esa era la idea, que te dieras cuenta de lo que estabas perdiendo por imbécil. ¿Qué más recuerdas?

—Que te declaré mi amor delante de casi todos los hombres de Black Mountain —digo sonriendo.

No me arrepiento de eso, aunque seguramente voy a tener que callar más

de una boca. Si esos tipos piensan que por verme en ese estado pueden dejar de temerme, la llevan clara.

—Sí, habría sido muy romántico si no estuviésemos en un burdel y tú no estuvieras cayéndote de borracho. ¿Algún recuerdo más?

—Solo que me trajiste a casa y empecé a divagar y a decir tonterías en el coche, después de eso, todo está negro. ¿Hice algo qué...? ¿Te ofendí de algún modo?

—¿Si me ofendiste? No exactamente. A ver, por donde empiezo... Intentaste meterme mano delante de tu hermana y de tu madre, te caíste en la escalera y después volviste a intentar meterme mano cuando conseguí finalmente arrastrarte a nuestra habitación. ¡Ah! Y cómo no me dejé seducir por ti, dijiste que querías preñarme y te dormiste.

—¿Eso dije? —pregunto desviando la mirada—. No me puedo creer que te dijese que... —Aparto una mano de su cintura para rascarme la nuca, pero no la suelto del todo—. Joder, sí que estaba borracho. No me creo que dijese en voz alta lo del bebé.

—Acabo de decirte que intentaste meterme mano delante de tu madre, ¿y lo único con lo que te has quedado ha sido con...? Espera... ¿Qué has querido decir con, “en voz alta”?

Veo como la arruga en su entrecejo se acentúa más así que decido cambiar de tema.

—Hablaré con mi madre. No te preocupes por eso.

—¡No! Mejor no le digas nada. Ya bastante vergüenza pasé ayer como para volver a revivirlo.

—No pareces tan cabreada conmigo como me merezco —susurro acariciando su mejilla con las yemas de mis dedos.

—No estoy cabreada, Alec. Solo cansada —dice con voz derrotada.

—No te rindas conmigo, pequeña. Te advertí que iba a meter la pata varias veces y que tendrías que armarte de paciencia conmigo.

—Sí, y yo te dije que la paciencia no es una de mis virtudes —Suspira y cierra los ojos durante unos segundos—. No te entiendo, Alec. No entiendo tus reacciones. No puedes largarte a emborracharte a un burdel cada vez que discutimos. Entiendo que yo también comento errores, muy a menudo por cierto, soy una bocazas y digo cosas que no pienso ni siento, en demasiadas ocasiones. Pero lo estoy intentando, estoy luchando con todas mis fuerzas para que esta relación funcione y necesito que tú también pongas de tu parte. Sabíamos que iba a ser difícil, los dos tenemos un carácter fuerte, por no decir

de mierda, y somos muy impulsivos. Yo también tengo ganas de romper cosas muchas veces, tengo ganas de huir y dejar todo atrás, pero aquí estoy, luchando por lo nuestro e intentando que esta extraña relación funcione.

—Y yo no dejo de cagarla —susurro bajando la mirada a mis pies.

—Alec, si hay algo que te molesta de mí, algo que yo diga o haga... háblalo conmigo. Discutámoslo, gritémonos si es necesario, pero no te vayas a emborracharte y mucho menos a ver a otra mujer, porque te juro que no voy a volver a ir a buscarte a ese sitio.

Asiento sin levantar la mirada.

—Lo siento, pequeña. Te juro que no volverá a ocurrir.

—Bueno, ya vale. Deja de comportarte como un perrito apaleado. Explícame por qué te fuiste así. Te pusiste como un loco.

—¿Qué es lo que no entendiste? Ese maldito Anderson fue quien nos destrozó la vida y tú te pusiste de su parte —apunto en un tono más duro del que pretendía usar.

—No me puse de su parte, solo dije que entendía su posición —contesta encogiéndose de hombros.

—¿Su posición? ¡Nos vendió, Jo! Por su culpa nos separamos y tu padre... y mi padre... ¡Joder! Él fue el causante de todo.

—¿Tú crees? —pregunta alzando una ceja—. Por un momento, Alec. Aunque sea solo por un segundo, ponte en su lugar. Solo era un adolescente, un crío que vio como la chica que se supone que le gustaba se enrollaba con otro delante de sus narices. Tomó una mala decisión guiado por la humillación, y acabó cometiendo un error del que no midió las consecuencias.

—Un error —murmuro negando con la cabeza—. Un error que llevó a mi padre a la muerte, Jo.

—¡Alec! No voy a volver a discutir este asunto contigo. Rob no fue el responsable de nada de eso. Piénsalo bien, han pasado más de diez años. Diez años cargando con el peso de la culpa y los remordimientos. ¿Crees que ese no es castigo suficiente para el error de un muchacho? Yo sí lo creo.

—Nos separó, pequeña. Hemos pasado más de diez años alejados, por su culpa.

—¿Lo hizo, Alec? ¿De verdad fue culpa suya? —Niega con la cabeza—. Tú y yo somos los menos indicados para juzgar a nadie por sus errores. No fue Rob quién me apartó de tu lado, fuiste tú, y fui yo quien se marchó sin luchar por ti, por lo nuestro. Alec, no fue Rob quien nos separó, ni mi padre, ni el tuyo... Fuimos nosotros mismos. Nos rendimos, decidimos no luchar, y esas

fueron las consecuencias. No podemos responsabilizar a otros de nuestros actos.

No sé cómo lo hace, qué poder tiene sobre mí, pero sus palabras siempre acaban convirtiéndose en verdades nada más escucharlas. Aunque parezca raro, incluso me siento un poquito culpable por haber tratado mal a Anderson. Solo un poquito

—Tienes razón. No debí haberme marchado ayer. Tendría que haber hablado contigo como lo estamos haciendo ahora.

—Sí —dice sonriendo—. No me puedo creer que esté siendo tan razonable. ¡Bien! Este es un gran cambio. ¡Es genial!

Está tan emocionada que no puedo evitar contagiarme de su sonrisa.

—¿Eso quiere decir que estoy perdonado? —pregunto estrechándola contra mi cuerpo.

—Casi —contesta sonriendo—. Dame un beso —No me hago de rogar, pego mis labios a los suyos y arraso su boca en un beso apasionado. Cuando nos separamos, Jo hace una mueca—. Sabes a cloaca —dice sonriendo y arrancándome una carcajada.

—Lo siento, estoy de resaca y salí de casa tan apresurado que no me lavé ni los dientes.

—Eso explica por qué llevas la camisa suelta y el pantalón desabrochado —susurra llevando las manos a la cinturilla de mi vaquero y abrochando el botón superior.

—Vámonos a casa —propongo besando su cuello. Sé que mis hombres nos estarán mirando, pero no puede importarme menos —. Quiero meterte en la cama y hacerte todas las guarrerías que te prometí ayer.

Jo suelta una carcajada y me empuja por el pecho para apartarse de mí.

—¿No se supone que no recordabas eso?

—Niña, no me hace falta recordar. Estoy seguro de que anoche te deseaba tanto como te deseo ahora, te voy a desear mañana, y el resto de mi vida.

—Eres un adulator —dice dándome un beso en los labios—. Quiero terminar aquí. ¿Por qué no vas a casa y te das una ducha caliente? Yo voy enseguida y quizás me una a ti.

—Cambia el quizás por algo seguro y me voy ahora mismo —señalo con una sonrisa lobuna instalada en el rostro.

—Hecho, ahora lárgate. No tardaré —Me da un último beso y se aleja de mí para seguir tratando a los animales.

—¡Te quiero! —le grito cuando ya se ha alejado bastante.

—¡Yo más! —contesta sin mirarme.

Sonrío negando con la cabeza y camino hacia mi coche abrochándome la camisa y sin poder dejar de sonreír. Esto va bien, va realmente bien. Hace un rato creí que Jo me dejaría y ahora tengo más esperanzas que nunca de que lo nuestro pueda funcionar.

Abro la puerta de mi coche y veo como Aaron viene corriendo hacia mí.

—¿Qué pasa? —pregunto girándome hacia él.

—Lobo, te he estado llamando al móvil, pero no contestas. Obviamente no quería decirte nada delante de la Doctora Callaghan, pero...

—Habla de una vez, muchacho.

—Hemos encontrado al veterinario, estaba escondido en el pueblo.

Noto cómo la rabia y el odio se van apoderando de todos mis sentidos. Podría jugar que escucho como el lobo negro gruñe en mi interior intentando liberarse y reclamando sangre, la sangre de Josh Summers.

Johanna

—Hank, ¿Puedes encargarte tú de soltar a los animales? —pregunto a uno de los trabajadores.

—Por supuesto, Doctora Callaghan.

Le sonrío al muchacho que no debe tener más de veinte años y recojo todo mi material metiéndolo en el maletín.

No puedo dejar de pensar en Alec. Finalmente veo un avance en nuestra relación. Hemos logrado hablar sin discutir y sin gritarnos a la cara, y por una vez ha sido razonable. Creo que vamos por buen camino. Esto es lo que he estado esperando desde que volvimos a estar juntos, un avance, un paso adelante.

Me meto en mi coche tras despedirme de los trabajadores y voy directamente a casa. No me encuentro con nadie al subir las escaleras y al llegar a la habitación, escucho como el agua de la ducha sigue abierta. No puedo evitar sonreír negando con la cabeza al ver las botas de Alec tiradas en mitad del suelo de la habitación, hay cosas que nunca cambian. Recojo las botas y me desnudo completamente antes de entrar en el baño, el vapor casi no me deja ver a un palmo de distancia. Abro la mampara de la ducha y me cruzo de brazos mirando a Alec, tiene los ojos cerrados y la cara alzada hacia el chorro de agua. Decir que está arrebatadoramente guapo, sería quedarse muy corta. Es simple y llanamente, perfecto.

—¿Vas a entrar o piensas quedarte ahí comiéndome con los ojos? —pregunta sin mirarme.

—Aún me lo estoy pensando —contesto sonriendo.

Se pasa las manos por el pelo para escurrir el exceso de agua y me mira sonriendo de medio lado. Esa sonrisa, la sonrisa que hace que cualquier mujer casada, soltera o viuda, moje las bragas.

—Entra antes de que salga a por ti. Te aseguro que si tengo que ir a buscarte, no voy a ser nada cariñoso.

—¿Quién ha dicho que quiero que seas cariñoso? —pregunto con una sonrisa pícara.

El gruñido que sale directamente de su garganta, me excita de una forma que únicamente podría catalogar como salvajemente animal. Se estira un poco y agarra mi brazo tirando de mí y metiéndome bajo el chorro de una forma muy poco cariñosa.

—Tú lo has pedido, pequeña —susurra antes de besarme como si se le fuese la vida en ello.



Una hora después, cuando finalmente consigo que Alec mantenga sus manos alejadas de mi cuerpo, nos vestimos entre risas y bajamos a comer. Cuando entramos en el comedor, Norah, Carter y Nadia ya nos están esperando.

—Buenas, hermanito —le saluda Carter—, Me han contado que vamos a dejar de criar ganado y nos vamos a dedicar a los primates.

Alec me mira y no puedo evitar soltar una carcajada mientras me siento en mi lugar, él me mira de reojo y pone una sonrisa arrogante en su cara. Conozco esa cara y sé que va a soltar una de las suyas.

—Dije muchas tonterías ayer —dice sin perder la sonrisa socarrona—. Mamá, creo que tengo que disculparme contigo por mi comportamiento inadecuado —Le asesino con la mirada y noto como mi cara se calienta, apuesto que ahora mismo estoy más roja que un pimiento—. Aparte de una recua de estupideces, también le hice a Jo alguna que otra proposición.

—¡Alec! —exclamo viendo como Carter y Nadia se parten de risa. Cómo vuelva a sacar el tema sexual delante de su familia, me lo cargo.

—Tranquila, pequeña. Es normal que quiera comunicarle a mi familia que en algún momento va a haber un nuevo integrante en la familia Wolfheart.

¡¿Qué?! Creo que de la vergüenza, acabo de pasar a la total estupefacción.

—Espera... Jo, ¿Estás...?

—¡No! —grito sin dejar que Nadia termine la frase.

Miro hacia Alec que sigue comiendo como si no hubiese roto un plato. El muy cabronazo está disfrutando con este jueguito.

—La verdad es que eso sería una bendición. Un niño corriendo de nuevo por esta casa —dice Norah sonriendo de oreja a oreja.

¡¿Es que se han vuelto todos locos?!

—Norah, no le sigas el juego a tu hijo. Solo os está tomando el pelo.

—Tarde o temprano sucederá, solo es cuestión de tiempo —añade Alec llevándose el tenedor a la boca.

—No si yo puedo evitarlo —murmuro en voz baja.

—¿Has dicho algo, cielo? —pregunta el capullo de mi novio mirándome con una sonrisa falsa.

—Nada, cariño —contesto en el mismo tono.

Veo cómo reprime una carcajada y sigue comiendo como si nada mientras yo le lanzo puñales imaginarios. Los demás nos miran divertidos y siguen comiendo.

—Ese colgante... —susurra Nadia mirando hacia mi cuello.

Me toco mi colgante de diente de lobo y me fijo que Nad está mirando a su hermano alucinada, mientras él le hace un gesto raro con la cabeza.

—Me lo regaló tu hermano —digo guardándolo en el interior de la camiseta—. Normalmente lo llevo por dentro de la ropa.

—¿Sabes lo que es ese colgante? —pregunta Norah sonriendo de oreja a oreja.

—Mamá —sisea Alec a modo de advertencia.

—Eh... Alec me dijo que era una especie de reliquia familiar. Quizás os parezca raro que lo lleve yo, ya que es familiar...

—No hija, no lo decía por eso —aclara Norah—. Nada más conocerte, supe que ese colgante acabaría en tu cuello, pero no pensé que lo llevaras tan pronto.

—En realidad, lo llevo puesto desde hace más de diez años —susurro mirando a Alec de reojo. Está tenso y mira a su madre de una forma nada amigable.

—¿Podemos dejar de hablar del dichoso colgante y seguir comiendo tranquilos? —pregunta Alec zanjando el tema de conversación.

Todos asienten, pero no me pasa desapercibida las sonrisillas que se

mandan entre ellos.

Después de tomar el postre, Alec se marcha apresurado a resolver unos problemas del rancho. No nos ha dado más información, solo dijo que volvería para la cena. Su actitud ha cambiado radicalmente desde que hablamos del colgante, dándome qué pensar. Nadia se encierra en el despacho de Alec a trabajar en el papeleo y Carter se va al establo a trabajar, según él. Espero que sea un poco más cuidados con su “trabajo” con Patrick o su secreto dejará de serlo muy pronto. Nos quedamos Norah y yo a solas. No tengo ningún pendiente para la tarde así que decido empezar con mi investigación sobre la foto misteriosa. Nos trasladamos al salón a tomar un café y charlamos de cosas intrascendentes hasta que consigo sacar el tema.

—Tu familia siempre ha vivido en Black Mountain ¿verdad? —pregunto dándole un trago a mi café.

—No, nací en Ashville, pero me mudé a Black Mountain con mis padres cuando era una adolescente, igual que tus antepasados, los míos también fueron colonizadores ingleses.

—Y siempre has vivido aquí ¿no?

—Así es. Pocas veces he salido del condado de Buncombe. Mis padres vivieron en estas tierras hasta el día de su muerte.

—¿Estudiaste en el instituto de Black Mountain? —inquiero.

—Sí, la verdad es que mi idea inicial era ir a la universidad, pero acabé casándome con Jack y poco después me quedé embarazada de Carter, pero no es eso lo que quieres saber ¿verdad?

La miro con una falsa sonrisa.

—Solo intento conocerla un poco más.

—¿Este interrogatorio es para conocerme un poco más? —pregunta sin perder la sonrisa—. Muchacha, sigue dedicándote a los animales. Serías una pésima detective.

—Lo sé. Se me da fatal disimular —confieso haciendo una mueca.

—Eres como un libro abierto —dice tras soltar una carcajada—. ¿Qué es lo que quieres saber?

Respiro profundamente y decido ser totalmente sincera con ella. Norah ya me ha demostrado que es una gran mujer y muy buena persona, solo hay que ver todo lo que le aguanta a su hijo.

—Hace un tiempo encontré una foto en el sótano de mi casa, bueno... de la casa de mi padre.

—¿Una foto? —pregunta mordiéndose el labio inferior. Ya sé de quién han

heredado Nadia y Alec ese gesto de nerviosismo—, ¿Qué tipo de foto?

—Es una foto antigua. En ella aparecen mis padres, y también apareces tú junto a tu difunto esposo y una mujer que no logro reconocer. Su cara se me hace conocida, pero no sé dónde la he visto antes.

—Qué interesante —murmura ocultando la cara tras su taza de café.

—Sí, eso me pareció a mí, especialmente porque yo creía que el odio entre los Callaghan y los Wolfheart venía desde nuestros antepasados y en esa foto, da la impresión de que son un grupo de amigos.

Norah suspira y deja la taza vacía sobre la mesa baja. No puedo evitar fijarme en el leve temblor de su mano aunque ella intenta ocultar su estado.

—Johanna, entiendo tu curiosidad. Infelizmente, esta guerra entre los Wolfheart y los Callaghan ha afectado mucho a tu vida de manera indirecta y directa. Mi hijo y tú sois dos víctimas más que se ha cobrado esa lucha de poderes, pero a veces revolver el pasado solo trae más problemas.

—Tú lo has dicho, Norah. Esta guerra me ha robado diez años al lado del hombre que amo. Alec... él sería distinto si todo esto no hubiese ocurrido. Quizás seguiría siendo como antes. Por eso necesito saber qué fue lo que pasó.

—Lo entiendo, cariño —dice sujetando mi mano y dándole un apretón cariñoso—. Mi marido y Mathew cometieron muchos errores. El más grande fue inmiscuirse en vuestra relación. Mi hijo siempre ha idealizado a su padre, le ve como una especie de santo, pero no lo era. Tenía sus defectos y sus virtudes como todo el mundo, pero sus errores... Esos fueron muy graves. El odio hacia los Callaghan envenenó su corazón y estaba lleno de rabia y odio, igual que Alec. Aunque Jack no siempre fue así, hubo un tiempo en el que estuvo dispuesto a terminar con esta estúpida guerra creada por sus antepasados, y tu padre también estaba de acuerdo. Querían ser distintos. Ansiaban acabar con esa cadena de odio y muerte que arrastraban sus apellidos.

—Fueron amigos ¿verdad? —pregunto emocionada. Finalmente estoy teniendo las respuestas que buscaba. Norah asiente con la cabeza confirmando mis sospechas—. ¿Por qué dejaron de ser amigos? ¿Qué pasó entre ellos para que llegaran a odiarse de esa forma?

—Jack y Mathew crecieron bajo la influencia del odio que se profesaban sus respectivos padres, pero Black Mountain es un pueblo pequeño y coincidieron en el colegio. No sé cómo llegaron a hacerse amigos, en realidad, todos éramos amigos. Cuando llegamos al instituto, ya nos habíamos convertido en un grupo muy unido.

—¿Quiénes?

—Jack, Mathew, Kate, yo y...

—Señora Wolfheart —Martha entra en el salón interrumpiendo nuestra conversación y las dos le miramos. Parece estar bastante nerviosa.

—¿Qué pasa, Martha? —pregunta Norah.

—Hay unos señores que preguntan por la señorita Callaghan.

—¿Por mí? —pregunto sorprendida.

—Sí, dicen que son agentes de policía.

Norah me mira y yo me encojo de hombros. No tengo ni idea de lo que puede querer hablar conmigo la policía.

—Hazlos pasar, Martha —dice Norah.

Martha se marcha hacia la puerta y vuelve unos segundos después acompañada por los dos agentes que me interrogaron en el hospital.

—Señorita Callaghan —saluda uno de ellos—, no sé si se acuerda de nosotros, somos los agentes...

—Wood y Eggs —digo terminando su frase.

—Así es. Tiene usted buena memoria.

—Gracias. Les presento a la señora Wolfheart —digo señalando a Norah—. Ellos son los agentes a cargo de la investigación contra Donald por mi secuestro.

—Entiendo —dice ella—, ¿Le han encontrado finalmente?

Los agentes se miran el uno al otro y me doy cuenta enseguida de que hay algo que se me está escapando. Tengo un mal presentimiento, creo que la visita de estos policías no va a traer nada bueno.

Perro malo

Johanna

Norah actúa como la buena anfitriona que es y los agentes no tardan en estar sentados frente a nosotras, cada uno con una taza de café en sus manos.

—Estuvimos en el rancho de su familia, Señorita Callaghan —informa Wood—. Su padre nos dijo que podríamos encontrarla aquí.

—¿A qué se debe esta visita inesperada? —pregunto yendo al grano.

—Donald apareció hace algunos días. Lo encontraron en la cuneta de una carretera, no muy lejos de aquí. Me extraña que el Sheriff Mason no se haya puesto en contacto con usted. Acabamos de hablar con él.

—¿Le han detenido? Espere... ¿Ha dicho que le encontraron en una cuneta? ¿Está...?

—No, pero casi. Le dieron una paliza de muerte y lo dejaron tirando en mitad de la nada. Está en coma. Probablemente nunca llegue a despertar y si lo hace, pasará el resto de su vida en la cárcel, ese es el motivo que nos ha traído aquí.

Los agentes siguen hablando, pero no escucho nada de lo que dicen. En mi cabeza se repiten una y otra vez las palabras del agente Eggs. “Le han dado una paliza de muerte”. No puede ser. ¿Alec sería capaz de hacer algo así? ¿Sería capaz de golpear a un hombre hasta la muerte?

—Señorita Callaghan, ¿me está escuchando? —pregunta Wood sacándome de mis pensamientos.

—Perdón, estaba distraída —susurro tras carraspear.

—Le estaba diciendo que el Sheriff Mason ha recibido más de una docena de denuncias en contra de Donald desde que se dio a conocer su estado de salud.

—¿Denuncias?

—Sí, denuncias por violación —contesta Eggs—. Esas mujeres tenían demasiado miedo a hablar. Donald las tenía amenazadas, pero en cuanto una

de ellas se atrevió a denunciarle, las demás siguieron sus pasos. Por eso estamos aquí. Usted pasó muchas horas con él, la secuestró y...

—¡No me violó! Si hubiese sido así, lo habría denunciado. El propio hospital lo habría hecho.

—Aun así queríamos confirmarlo con usted.

—Pues ya lo han confirmado, ¿Alguna pregunta más? —pregunto a la defensiva.

Los agentes me miran extrañados, no tienen ni idea del hervidero en el que se ha convertido mi cabeza desde que han dicho las palabras “paliza de muerte”.

—No, ninguna pregunta más. Ya nos retiramos —dice el agente Wood.

Los dos se levantan y se despiden con un gesto de la mano, pero les detengo antes de que salgan del salón.

—Agente Wood —Los dos se giran para mirarme—. ¿Saben...? ¿Tienen algún sospechoso? ¿Saben quién ha podido hacerle eso a Donald?

—Según la información que nos ha dado el Sheriff Mason, podría haber sido cualquiera. Donald tenía muchos enemigos. Los hombres como él suelen tenerlos.

Asiento tragando saliva de manera audible y los agentes salen del salón.

Cuando escucho cerrarse la puerta principal, suelto todo el aire que estaba reteniendo. Miro a Norah y ella me mira a mí del mismo modo. Las dos lo sabemos, lo supimos en el mismo instante en el que los agentes lo dijeron. Ha sido Alec.

—¿Crees que...? —Norah no puede ni terminar la frase. Se lleva una mano a la frente y agacha la mirada.

—No quiero creerlo, Norah. De verdad que no, pero... ¡Dios! —Me levanto y empiezo a andar por el salón—. Tengo que hablar con Alec. No puedo creer que haya sido capaz de...

—Ve a buscarlo y aclara esta situación, hija. Quizás estamos sacando las cosas de quicio, puede que él no lo hay hecho.

Le vuelvo a mirar y una vez más agacha la cabeza. Ni ella se cree lo que está diciendo, pero es su madre. Yo no soy madre, pero supongo que si lo fuese también me costaría pensar que mi hijo es capaz de cometer semejante acto de salvajismo.

—Yo voy... Tengo que irme, Norah. Hablamos después.

Norah asiente y salgo de la casa dispuesta a buscar a Alec. Necesito encontrarle. Tiene que aclararme esta situación. Rezo interiormente para que

me dé una excusa creíble. Quiero que me convenza de su inocencia.

Me paro a la salida de la casa. No tengo ni idea de dónde está Alec. Tengo que relajarme, necesito mantener la cabeza fría.

—Doctora Callaghan, ¿Se encuentra bien? —me pregunta Hank sobresaltándome.

—Sí, sí estoy bien, ¿Sabes dónde está Alec? —El muchacho me mira confuso—. El Lobo, ¿Sabes dónde está?

—No, doctora.

—¿Y Patrick? ¿Le has visto? —Niega con la cabeza— ¡¿Aaron?! —pregunto perdiendo los nervios.

—Eh... Sí. Aaron dijo que iba a ir a una de las cabañas más alejadas de la zona norte. Doctora, puedo acompañarle si quiere.

Hank sigue hablando, pero ya no le escucho. Me meto en mi coche y salgo quemando rueda por el camino de tierra. Me tiemblan las manos y el corazón me late a toda velocidad. No quiero creer que haya podido hacerlo, pero las evidencias están ahí. Sus nudillos... Estuve curándole los nudillos ensangrentados y desollados durante casi una semana. Me dijo que había golpeado un árbol. ¿Me mintió? Sí, por supuesto que me mintió.

—¡Mierda! ¡Joder! —golpeo el volante con los puños y respiro profundamente para intentar tranquilizarme.

Tengo que encontrar a Aaron, quizás él sepa dónde está Alec. Cuando le encuentre podrá explicármelo todo. Quizás me esté precipitando y todo esto no sea más que una confusión. Puede que Donald le atacara. Quizás solo se estaba defendiendo y se le fue la mano. Alec tiende a perder el control cuando se cabrea. Ese lobo negro se apodera de él robándole el control de sus actos. Sí, seguramente fue así, se estaba defendiendo. Es malo, pero sería peor si fuese algo premeditado ¿no?

Sigo dándole vueltas una y otra vez hasta que llego a la zona norte. Puedo ver varios coches aparcados frente a una cabaña que parece estar abandonada, entre esos coches distingo el todoterreno de Alec. Es más grande y más nuevo que los demás.

—Está aquí —susurro apagando el motor y saltando del coche a toda prisa.

Una vez en el exterior, puedo escuchar el alboroto que hay dentro de la cabaña. ¿Qué demonios hace Alec dentro de esa cabaña abandonada? Me pregunto mientras camino hacia la puerta que está entre abierta. Un grito desgarrador me sobresalta. Alguien está gritando de dolor.

—¡Cállate de una puta vez! —La voz de Alec me deja paralizada—. ¡¿Esto te duele?! ¡¿Cuánto crees que gritó ella mientras tu maldito matón le pateaba las costillas?! —Un nuevo grito espeluznante me deja sin aire en los pulmones.

Me acerco lentamente y me asomo mirando a través de la puerta entre abierta. La imagen que se presenta ante mí, me destroza el corazón. Josh Summers está atado a una viga de madera con la cara ensangrentada y amoratada mientras Alec le lanza golpes en el estómago. Hay cuatro hombres con él, entre ellos están Patrick y Aaron, pero ninguno hace nada para detenerlo.

—Por favor, te lo suplico —farfulla Josh escupiendo sangre.

—¿Me lo suplicas, cabrón? —Le agarra del pelo y le da un puñetazo en la cara que le hace un nuevo corte—. Ella también suplicó.

No sé cuándo he empezado a llorar, pero me doy cuenta que tengo las mejillas húmedas y un sollozo sale de lo más profundo de mi pecho llamando la atención de Patrick que me mira abriendo mucho los ojos.

—¡Lobo! —grita para llamar su atención, pero Alec no le escucha, está demasiado ocupado destrozándole las costillas a puñetazos al hombre que tiene frente a él—. ¡Lobo, para! —Patrick le sujeta por los hombros y tira de él.

—¡¿Qué coño haces, Patrick?! ¡Sácame las manos de encima! —grita revolviéndose—. ¡Voy a matar a este hijo de puta! ¡No voy a dejarle vivir como hice con Donald!

—¡Ella está aquí, Lobo! —le grita Patrick señalando hacia mí.

Alec se gira furioso y pierde todo el color de la cara al verme. Da un paso hacia mí, pero yo reculo hacia atrás.

—Pequeña, esto no es... Mierda, yo... —Se pasa la mano por el pelo y al hacerlo puedo ver el estado en el que se encuentran sus nudillos.

No puedo dejar de preguntarme cuantas veces los ha tenido así. ¿A cuántos hombres habrá atado a esa viga y golpeado salvajemente? ¿Habrá matado a alguien con sus propias manos?

Se da cuenta que estoy mirando sus manos y las esconde a su espalda, da un nuevo paso hacia mí y yo vuelvo a dar varios hacia atrás.

—¿Cómo? ¿Por qué? —pregunto entrecortadamente mientras las lágrimas siguen saliendo en cascada de mis ojos.

—Fue él. Ese hijo de perra fue quien envió a Donald a hacerte daño.

Da otro paso hacia mí, pero esta vez no sigo andando hacia atrás. No puedo más. La presión en mi pecho amenaza con destrozarme si sigo

mirándole. No conozco a este hombre, ni siquiera estoy segura de que se le pueda llamar hombre. Es un animal, un animal salvaje y descontrolado. Doy media vuelta y echo a correr hacia mi todoterreno. No quiero que me siga, no quiero verle. Solo necesito paz, un momento de paz y tranquilidad para poder pensar en todo esto, pero Alec no está dispuesto a darme ese momento. Escucho sus pisadas a mi espalda y antes de que pueda abrir la puerta del coche, siento su mano rodeando mi antebrazo.

—¡No me toques! —grito librándome de su agarre de un manotazo—. ¡No vuelvas a tocarme en tu puñetera vida!

—Pequeña, por favor. Deja que te lo explique. Sé que lo que has visto...

—¡¿Lo que he visto?! ¡He visto a un puto animal salvaje golpeando a un hombre indefenso! ¡He visto quién eres realmente!

—No, ese no soy yo. Te juro que...

—¡No me jures una mierda! ¡Ese eres tú! —Me paso la mano por la cara para secarme las lágrimas, pero siguen saliendo de mis ojos sin que pueda hacer nada para evitarlo—. ¡El gran Lobo! ¡Ahora sé por qué te temen tanto! ¡Eres un puto asesino!

—¡¿Qué?! ¡No! Pequeña, yo no...

—Tú no, ¡¿Qué?! —grito clavando un dedo en su pecho—. ¡¿Tú no le diste una paliza a Donald?! ¡¿No lo dejaste tirado en una cuneta?! ¡¿No está en coma por tu culpa?! Y ahora... ¡Dios! Ahora le has hecho lo mismo a Josh.

—¡Ellos lo planearon todo, joder! ¡Te secuestraron, te golpearon y te dejaron tirada en mitad de la nada! ¡Son unos malnacidos que no merecen ni el aire que respiran!

—¡¿En qué te diferencias tú de ellos, Alec?! —Mi pregunta le toma por sorpresa y retrocede como si acabara de abofetearlo—. ¡Dime! ¡¿Cuál es la puta diferencia entre lo que hicieron ellos y lo que estás haciendo tú?!

—Yo... yo lo hago por ti, por lo que te hicieron —balbucea negando con la cabeza.

—¡No! ¡No te atrevas a meterme a mí en esto! —grito limpiándome las lágrimas de un manotazo—. Lo haces por ti, porque es tu naturaleza. Lo haces porque ya no queda nada bueno en tu interior.

—No, no, no... —susurra pegándose a mí—. No digas eso, pequeña. Por favor, no te rindas conmigo.

—Yo... ya no puedo con esto, Alec. Tengo que irme, no puedo respirar. Ni siquiera soy capaz de mirarte a la cara —Me giro de nuevo y me meto en el coche a toda prisa.

Su cara se transforma en una máscara de auténtico terror al instante y me alcanza antes de que pueda cerrar la puerta.

—No te vayas. No me dejes, te lo suplico —susurra mientras dos enormes lagrimones caen de sus ojos.

—Ya me estoy cansando de escucharte decir eso, Alec.

—Me aterra perderte, Jo. No sé qué haría sin ti.

—Es curioso, no dejas de decir que tienes miedo a perderme, pero haces cosas que me dan ganas huir cada vez más lejos de ti.

—Perdóname —suplica aferrándose a la puerta.

—Alec, suelta la puerta.

—Por favor, pequeña —solloza mirándome con los ojos bañados en lágrimas.

—Suelta, la puta, puerta —ordeno arrancando el motor.

—Dime que volverás. Te daré tiempo para que te tranquilices, pero júrame que volverás a casa y hablaremos de esto tranquilamente. Tú lo dijiste esta mañana, las cosas no se resuelven huyendo. Lo hablaremos tranquilamente.

—Esta mañana aún creía que lo nuestro tenía futuro. Estaba tan ciega y era tan tonta que no me daba cuenta de que tú nunca dejarás de ser el Lobo.

—Johanna, te lo suplico, cariño. Por favor, por favor. Solo déjame explicarme.

Respiro profundamente y asiento con la cabeza. Alec suspira y se aparta levemente de la puerta, aprovecho ese momento para cerrarla y arrancar a toda prisa levantando el polvo de la camino.

Las lágrimas ruedan por mis mejillas y se acumulan en mis ojos impidiéndome ver la carretera. La presión en el centro de mi pecho y el nudo en mi garganta se acentúan volviéndose doloroso, un dolor físico totalmente desgarrador. Como si me estuviesen abriendo en canal y arrancándome las entrañas una a una. Sabía que sería así, lo supe en el momento en el que decidí volver con él. Sabía que si volvía a fallarme, me destrozaría, pero aun así hice caso omiso a mi sentido común y me dejé llevar por mis sentimientos. ¡Joder, le amo! Le amo más de lo que nunca llegué a creer posible. Ese es el problema con Alec. Que es las dos caras de una moneda, por un lado está el Alec cariñoso y juguetón, el que me despierta con un beso cada mañana y no me deja levantarme ni para ir al baño porque dice que me echa de menos cuando me separo de él, aunque sean unos pocos minutos, y por otro lado está el Lobo. Ese salvaje animal que destroza todo cuanto toca y solo entiende de ira, odio y resentimiento. El hombre capaz de matar a un ser humano con sus propias

manos.



No sé cuánto tiempo llevo encerrada en el establo. No sabía a dónde ir. En realidad, ni siquiera tengo una casa a dónde volver, mi padre me echó y para él ya no existo y Cam... ella tiene sus propios problemas y no es justo que la cargue con los míos, así que no sé bien cómo, he acabado en el establo. Nada más llegar, lloré y lloré hasta que no me quedaron más lágrimas, después vino la furia, grité hasta que noté como mi garganta se secaba y me dolía, pateé unos cuantos fardos de paja y destrocé unos comederos de plástico que encontré tirados por ahí. Ahora estoy tumbada en el suelo, con el pelo lleno de briznas de paja y totalmente agotada. Ya ha anochecido, y aunque le prometí a Alec que volvería a casa, no voy a hacerlo aún. Quiero que sufra un rato más. Que note en su propia carne lo que se siente cuando te rompen el corazón.

—Veo que estás muy cómoda, pero yo que tú me levantarías del suelo —La voz de Patrick me sobresalta.

—Me has asustado —digo con voz afónica.

—Estás echa un asco.

—Es como me siento —susurro apoyándome en los codos para incorporarme.

—¿Buscas compañía? —me pregunta sonriendo.

—Patrick, si no fueses gay, eso habría sonado a flirteo.

—Tienes suerte de no ser mi tipo, entonces —contesta reprimiendo una carcajada—. ¿Qué haces aquí? el Lobo te está buscando.

—El Lobo puede irse un rato a tomar por culo —contesto secamente. Patrick se cruza de brazos mirándome fijamente y me doy cuenta de lo que acabo de decir—. No me mires así, me has entendido perfectamente. Y si has venido a hablarme de tu queridísimo jefe, puedes largarte.

—Había venido a invitarte a una copa, pero si quieres que me vaya...

—No, si traes alcohol, eres bienvenido —contesto sonriendo levemente.

Patrick mete la mano tras un fardo de paja y saca una botella de licor casi llena.

—Solo tengo tequila.

—Me sirve, la única vez que tomé tequila, perdí la conciencia tras el quinto chupito.

Esta vez no se corta, suelta una carcajada que resuena en todo el establo y no puedo evitar sonreír. Una sonrisa sincera. Sí, creo que el tequila es una gran idea, es justo lo que necesito, un buen rato en compañía de un amigo y emborracharme hasta caer de culo.

—¿Quieres hablar? —pregunta Patrick sentándose en el suelo junto a mí y dándole un trago directamente a la botella, después me la tiende con una sonrisa.

—¿De qué? ¿De perros? Paso —Le doy un trago al licor y hago una mueca al notar cómo me quema la garganta—. Mejor háblame de tus problemas. Mal de muchos, consuelo de tontos. Eso dicen ¿no?

—Vale, pero es que yo no tengo problemas. No problemas serios.

—Pero los tuviste, ¿Por qué no me cuentas el motivo por el que mi cuñado y tú estuvisteis separados tantos años?

Veo cómo se envara como si hubiese tocado un tema delicado o muy doloroso para él, pero aun así me contesta con una sonrisa.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—Ya, pero ¿Qué pasó? ¿Os peleasteis?

Suspira y niega con la cabeza, extiende la mano para que le devuelva la botella de la que no he dejado de beber y él también le da un trago largo.

—Su padre murió, eso fue lo que pasó —contesta.

—Parece que la muerte de Jack Wolfheart le jodió la vida a más de uno —murmuro arrebatándole la botella de las manos y dándole un nuevo trago. Esta vez ya no me quema en la garganta y empiezo a notar como me nubla los pensamientos.

—No lo sabes tú bien. Tenía que dar por saco hasta después de muerto.

Su forma de expresarse en relación a su antiguo jefe y padre de su novio, me deja un poco descolocada.

—Parece que Jack no te caía muy bien —comento.

—¿Es que le caía bien a alguien? Ese hombre era puro veneno. Le jodía la vida a todo aquél con quién se cruzaba.

—Cómo su hijo —susurro para mí.

—No, no te equivoques, Jo. Alec es distinto. He crecido con él, y sé que es un buen hombre. Puede que haya cometido muchos errores y que quizás siga cometiéndolos, pero no le puedes comparar con su padre, él tiene un buen corazón, y estoy seguro que tarde o temprano acabará dejando a un lado todo ese resentimiento. Eres demasiado importante para él como para perderte por un odio injustificado.

—Yo no estoy tan segura, lo que he visto hoy... —Sacudo la cabeza como si así pudiera borrarme la imagen de Alec golpeando a Josh de la cabeza—. Ya no estoy segura de nada. Empiezo a pensar que estoy perdiendo mi tiempo intentando salvar a alguien que no quiere ser rescatado.

—Te equivocas de nuevo. Le amas, y vas a estar a su lado porque sabes que él puede ser salvado. Así somos nosotros. Este es el precio que tenemos que pagar por enamorarnos de un Wolfheart.

—¿Está muy preocupado? —pregunto en un susurro levantando la etiqueta de la botella de licor con la uña.

—Lo estaba. Ahora está más tranquilo —Le miro sin entender a qué se refiere y él sonríe—. Le mandé un mensaje en cuanto te vi aquí. Me hizo prometerle que te llevaría a casa sana y salva.

—Eres un... ¿Sabes qué? No prometiste que me llevarías consciente ¿verdad? —Patrick niega con la cabeza sin dejar de sonreír—. ¡Genial! Entonces acabemos con esta botella.

Alec

Tres horas. Hace ya tres putas horas que Patrick me envió un mensaje diciéndome que había encontrado a Jo. Le pregunté dónde estaba, pero me dejé convencer que lo mejor era darle algo de espacio, y que él la traería a casa sana y salva. He esperado, he sido paciente, pero ya han pasado tres putas horas.

—¡Joder! —Estampo mi puño contra la pared y hago una mueca al sentir el dolor recorriéndome todo el brazo.

No Alec, tienes que tranquilizarte. Este ha sido el problema, perder el control. Si Jo no me hubiese visto... ¡Joder! No sé ni cómo supo que estaba en esa cabaña. Cuando la vi allí frente a mí, llorando, horrorizada, como si estuviese viendo... un monstruo. Eso es lo que soy para ella, un jodido monstruo, y me lo he ganado. Sabía que si se enteraba de lo que le había hecho a Donald, se cabrería conmigo, pero nunca pensé que lo vería con sus propios ojos.

Me siento de nuevo en el sofá y hundo la cara entre mis manos. Necesito verla, pedirle perdón y suplicarle que no me deje, de nuevo. Soy consciente de que sueño repetitivo. No dejo de cagarla y pedir perdón, pero esta vez es de verdad. Se acabaron los engaños y las mentiras. Si me da otra oportunidad, prometo ser el hombre que ella se merece y dejar de alimentar al lobo negro

de una vez por todas. Solo necesito otra oportunidad, otra más, la definitiva.

Escucho cómo se abre la puerta principal y enseguida oigo la risa de Jo inundando la casa. Hace un rato que mi familia se ha ido a dormir. Tuve que soportar sus miradas incriminatorias y los comentarios de Carter recordándome lo capullo que soy y que Jo terminará cansándose de mis gilipolleces y se marchará, pero al final les tranquilicé diciéndoles que Patrick estaba con ella e iba a traerla a casa y accedieron irse a la cama.

—No, a casa del Lobo, noooo —dice Jo arrastrando las palabras.

Me quedo de piedra al ver a mi pequeña tambalearse mientras se ríe. Patrick la sujeta por la cintura y ella tiene un brazo alrededor de sus hombros. Está borracha.

—¿¿Qué mierda?! Patrick, ¿Está borracha?

—Nos han pillado —susurra ella partiéndose de risa.

—Lo siento Lobo, creí que le vendría bien una copa. No ha bebido tanto, pero parece que no le sienta muy bien el alcohol.

—Ven aquí, pequeña —digo matando a Patrick con la mirada. La sujeto del brazo, pero ella se aparta de mí como si le quemara.

—No me toques —dice perdiendo la sonrisa. Se acerca más a Patrick y se inclina para susurrar en su oído—. Te dije que no me trajeras aquí. Se nos acabó la fiesta.

—Por supuesto que se acabó la fiesta —Me acerco de nuevo a ella y la aparto de Patrick de un tirón a pesar de que intenta resistirse—. ¡Lárgate! —le ordeno al que se supone es mi hombre de confianza—. Mañana ya hablaremos tú y yo.

El asiente y se marcha mientras Jo sigue revolviéndose para zafarse de mi agarre.

—¡No! Patrick, no te vayas. No me dejes sola con el chucho —grita a pesar de que él ya se ha ido.

—Pequeña, deja de gritar. Vas a despertar a todo el mundo.

—Me da igual. Suéltame —La libero despacio, pero me mantengo alerta por si no se mantiene en pie—. Estoy bien. Solo he bebido un poquito.

—Creo que has bebido más que un poquito. Vámonos a la cama.

—¡No voy a dormir contigo! —exclama alzando la barbilla de manera altiva.

—¿Dónde vas a dormir, entonces?

—Yo voy a dormir en la cama y tú te vas fuera —contesta señalando la ventana que da al jardín—. Vas a dormir en la calle como el perro malo que

eres.

Su chiste parece hacerle mucha gracia porque se ríe de forma escandalosa y pierde el equilibrio. La sujeto antes de que acabe con el trasero en el suelo y la estrecho contra mi costado.

—Vamos, borrachina. Te llevaré a la cama.

—Nooooo, cama nooo. Vamos a beber —dice con voz cantarina.

—Tú ya has bebido bastante por un día. ¿Dónde ha quedado eso de que tenemos que hablar sobre nuestros problemas en vez de salir a emborracharnos?

—Al menos yo no me he ido a un bar de prostitutas. ¿Eso existe?, da igual. Yo estaba en el establo, aquí al ladito de casa.

—Estabas con un hombre, encerrada en el establo, bebiendo, y tienes el pelo lleno de paja —digo en un tono más duro de lo que pretendía.

—¡No te atrevas a insinuar algo así, Wolfheart! —grita apartándose de mí y mirándome con furia—. Además, a Patrick no le gusto, yo no soy su tipo.

—Tú eres el tipo de cualquiera —digo suavizando mi voz y rodeando su cuerpo con mis brazos. Intenta resistirse a mi agarre, pero es incapaz de dar un paso sin tropezar, así que desiste y deja que yo la guíe hacia las escaleras.

—Eso no es verdad, a Patrick le gustan más... Rudas —Empieza a reír de nuevo a carcajadas y yo la miro sin entender que le hace tanta gracia—. Deja de meterme mano —se queja apartando mi mano de su cintura mientras subimos las escaleras.

—No te estoy metiendo mano, intento sujetarte para que no te caigas.

—Puedo andar sola. No necesito tu ayuda.

Me aparta de un empujón y pierde el equilibrio, la agarro, justo a tiempo antes de que caiga por las escaleras.

—¡Se acabó! —la cargo sobre mi hombro perdiendo la poca paciencia que me quedaba y subo las escaleras a toda prisa.

Jo empieza a patalear como una cría y me golpea la espalda y el trasero mientras grita que la suelte.

—Perro malo, perro malo —aúlla mientras palmea mi trasero.

Una vez arriba, entro en la habitación y la lanzo sobre la cama, aterrizando de espaldas en el colchón y con el pelo revuelto tapándole su preciosa cara.

—Eres un salvaje —farfulla intentando incorporarse.

—Estate quieta, Johanna. Acuéstate a dormir para que se te pase la borrachera.

—No quiero, voy a ducharme —Hace el amago de levantarse, pero la

detengo poniendo una mano sobre su hombro.

—Jo, si te metes en la ducha podrías caerte. Casi no te mantienes de pie, duerme por favor.

—No vas a decirme lo que tengo que hacer, chucho sarnoso. Tú no me mandas.

Suspiro sentándome al borde de la cama y peino su cabello con los dedos intentando ponerlo tras sus orejas.

—No te estoy mandando nada, cielo —digo con voz suave y calmada—. Estoy intentando evitar que te hagas daño. Si insistes en ducharte, voy a tener que ir contigo. ¿Es eso lo que quieres?

—¡Ja! Qué más quisieras. Tú no vas a volver a ponerme un dedo encima en tu puñetera y patética vida. Vas a tener que volver a follarte a tu querida Linda, bonito.

—Jo, estás buscando pelea y no voy a entrar al trapo. Solo quiero que te duermas y mañana hablaremos tranquilamente.

—No tengo nada que hablar contigo. Mañana recogeré mis cosas y me largaré de este maldito pueblo de mierda. Me iré lejos de ti, de mi padre y de todo lo que me hace daño. No voy a volver nunca más.

—Si eso es lo que quieres, yo mismo te ayudaré a hacer tus maletas —digo acariciando su mejilla. No voy a hacerlo, no pienso permitir que me deje, pero no voy a discutir con ella en estas condiciones—, pero mañana, cuando estés sobria, lo hablamos.

Asiente y se deja caer de nuevo en el colchón cerrando los ojos.

—Voy a dejar de quererte, Alec —susurra quedándose dormida.

—No lo harás —contesto acariciando su pelo mientras su respiración se acompasa.

No tarda en quedarse dormida. Ni siquiera se entera cuando la desvisto y la meto bajo las mantas, solo suspira y murmura algo sobre vivir entre animales salvajes, cuando la pego a mí abrazándola y apoya su cabeza sorbe mi pecho. Wolfy nos mira desde su lugar a los pies de la cama y suspira como si él también estuviese cansado de esta situación. Beso la frente de mi pequeña y cierro los ojos sintiendo su cuerpo pegado al mío. Sé que mañana va a ser un día duro para los dos, solo espero tener la oportunidad de arreglar todo este caos. Estoy dispuesto a hacer cualquier cosa para mantenerla a mi lado, lo que sea.

Tienes que admitir que ha sido un gran discurso

Johanna

Me despierto con un dolor de cabeza impresionante que me hace recordar mi época de universitaria. Juro que esta es la última vez que pruebo una gota de alcohol. Eso es lo que siempre digo. Intento incorporarme en la cama, pero todo me da vueltas y me doy cuenta de que estoy casi desnuda. Solo llevo puesta la ropa interior. No recuerdo haberme desvestido anoche. Sé que estaba hablando, o más bien, provocando a Alec y acabé quedándome dormida.

—Imaginé que dormirías más cómoda sin esa ropa cubierta de paja.

Miro hacia la puerta de la habitación y se me seca la boca al ver a Alec sonriéndome. Tiene el pelo húmedo y ha vuelto a afeitarse, trae una bandeja en las manos que coloca sobre la cama.

—¿Qué es eso? —pregunto señalando la bandeja con la cabeza.

—Tu desayuno. He traído café, agua, algo de comer y un analgésico, supuse que te dolería la cabeza.

—Gracias —susurro cogiendo la botella de agua y tragándome la pastilla.

Alec acerca su cara a la mía para darme un beso, pero me aparto y me aferro con las dos manos a la botella, él suspira y se sienta en el borde de la cama.

—No hagas esto, pequeña. No te alejes. Sé que estás cabreada y lo entiendo, pero habla conmigo.

—Lo haré —digo sin mirarle—, pero antes quiero darme una ducha y despejarme un poco. Ahora mismo no soy capaz de enlazar dos pensamientos coherentes.

—Está bien, lo que tú quieras —acepta tras resoplar—. ¿Necesitas algo más?

—No, solo... —Me subo la sabana hasta la barbilla y rodeo mis rodillas con los brazos— Me gustaría quedarme sola un rato.

—Bien, como tú prefieras —Se levanta y camina hacia la puerta, pero antes de salir se gira y clava sus ojos en los míos—. No voy a dejar que te marches, Jo.

—No eres tú quien decide eso, Alec —contesto mirándole fijamente.

Bufa pasándose la mano por el pelo y abre la boca para decir algo, pero se lo piensa mejor y acaba saliendo de la habitación y cerrando la puerta con un estruendo que me hace encogerme en la cama.

Tras intentar beber unos sorbos de café, ducharme y vomitar un par de veces, me visto y decido bajar y enfrentarme de una vez a esta situación. El tiempo que he pasado bajo el chorro de agua caliente, me ha dado una nueva perspectiva de cómo afrontar este problema. Quizás no sea la mejor opción, pero ya he tomado una decisión. No puedo seguir así, esta montaña rusa en la que se ha convertido mi vida, está acabando conmigo.

Entro en la cocina y veo a Alec, Nadia y Norah. No sé qué era lo que estaban discutiendo, pero los tres se callan en cuanto me ven.

—Buenos días, hija —me saluda Norah.

—Buenos días —contesto fingiendo una sonrisa. Saludo a Nadia con un gesto de la cabeza y miro hacia Alec que no me parece cabreado—. ¿Podemos hablar un momento? —pregunto.

—Claro, tú dirás —asiente cruzándose de brazos.

Frunzo el ceño confundida por su actitud, ¿Ahora resulta que el cabreado es él?

—A solas —puntualizo.

—Johanna, si vas a dejarme, no te molestes en hacerlo en privado.

Ahora lo entiendo, cree que con su actitud y haciéndome hablar delante de su familia, no voy a ser capaz de dejarle.

—Alec, creo que mejor hablamos tú y yo a solas —insisto.

—Nosotras nos vamos —dice Nad mirando a su madre.

—¡No! ¡De aquí no se va nadie! —grita Alec—. Si tienes algo que decir, hazlo.

—Muy bien, lo he intentado por las buenas. Pensaba hacer esto de un modo más civilizado, pero no me dejás otra opción.

—Vas a dejarme —susurra mirándome a los ojos.

—Alec, creo que necesitamos pasar un tiempo separados.

—¿Diez años separados no te han parecido suficientes? —pregunta apretando los puños a sus costados.

—Esto no tiene por qué ser algo definitivo, nos seguiremos viendo. Mi

intención es seguir trabajando aquí en el rancho. Está claro que la idea de mudarme aquí fue demasiado precipitada. Hablaré con Cam y me quedaré en su casa hasta que encuentre algún lugar y...

—A ver si lo he entendido— señala dando un paso hacia mí con cara de pocos amigos—, lo que estás diciendo es que seguirás pasando los días en el rancho, trabajarás aquí y hasta podemos seguir viéndonos, lo único que va a cambiar es que tú y yo no vamos a dormir juntos por las noches ¿Es así?

—Sí, bueno, algo parecido —contesto frotándome la frente. El dolor de cabeza no solo sigue ahí, desde que he entrado en esta cocina, ha ido en aumento—. A la vista está que lo nuestro no funciona. Tú eres cómo eres y yo... —Suspiro—, yo no puedo vivir así, Alec.

—Así, ¿cómo? ¿Tan infeliz eres aquí?

—¡No! Ese es el maldito problema, que soy tremendamente feliz cuando todo va bien, que es cuando vivo en la ignorancia, pero después me entero de estas cosas y... —vuelvo a suspirar—. Lucho contra un jodido río embravecido, Alec. Voy contracorriente todo el rato intentando alcanzarte, y cada vez que pienso que te tengo bien sujeto, una nueva corriente me aleja de ti. Así es como me siento. Somos incapaces de pasar más de una semana sin discutir y cabrearnos.

—Dios Jo, ¡las parejas discuten! Eso es lo más normal del mundo. Discuten, se enfadan, lo hablan y resuelven sus problemas.

—Alec, escúchame, yo...

—Cásate conmigo —propone de sopetón.

Escucho un jadeo ahogado proveniente de Nad o de Norah, o de las dos, qué sé yo, no soy capaz de reaccionar tras escuchar lo que acaba de decir.

—¿¿Qué?! Acabo de decirte qué... y tú dices qué.... ¡¿Te has vuelto completamente loco?!

—Sí, puede que me haya vuelto loco, en realidad nunca he estado muy cuerdo, pero eso no es importante. Lo que importa aquí es que te quiero y no estoy dispuesto a volver a renunciar a ti.

—Alec, ¿Qué te hace pensar que voy a aceptar semejante disparate? Estamos a punto de separarnos y a ti se te ocurre...

—No estamos a punto de separarnos, tú quieres dejarme, pero yo no estoy de acuerdo con que sea lo mejor, nada más lejos de la realidad —Camina hacia mí y me sonrío—. Estás cabreada, y tienes razones para estarlo, la he vuelto a cagar y bien cagada. Solo te pido otra oportunidad, pequeña. Déjame demostrarte que puedo hacer las cosas bien, que puedo cambiar. Te prometo

que voy a dejar atrás esa parte de mí que tanto odias, yo mismo la odio.

—Ya he escuchado antes esa promesa —susurro desviando la mirada.

—Lo sé —dice sujetando mi barbilla y girando mi cara hacia la suya—, pero esta vez va en serio.

—Igual que todas las otras veces. Lo entiendo ¿vale? Sé que no lo haces a propósito. Tú eres así. Has cambiado, ya no eres el chico despreocupado y sonriente del que me enamoré. Ese es mi problema, que no dejo de buscar a ese muchacho en ti, y tú ya no eres esa persona.

—Sí que lo soy. Sigo siendo yo, pequeña —Agarra mi mano y la pone en el centro de su pecho—. Sigue aquí dentro. El chico del que te enamoraste está aquí y te juro que está deseando salir, pero es difícil, llevo demasiado tiempo viviendo en la oscuridad. Tú eres como un faro para mí, eres la única persona capaz de traer algo de luz a mi vida, si me dejas ahora... si te rindes conmigo... Dios, pequeña. Ayúdame, te lo suplico. No me dejes.

Sus palabras me dejan paralizada durante unos segundos. Mi cabeza ya de por sí confundida, ahora se ha convertido en un hervidero de emociones. Una parte de mí quiere salir huyendo ahora mismo, apartarme de una vez del Lobo y toda su oscuridad antes de que acabe con mi cordura, pero la otra, la que ama a este hombre con toda su alma, está rogándome que le dé una nueva oportunidad. Hablando en serio, ¿Qué mujer podría resistirse a alguien que le dice que ella es su luz? Mierda, soy una blanda.

—¿Cuánto tiempo llevas ensayando este discursito de la luz y la oscuridad? —pregunto intentando reprimir una sonrisa.

—No lo he pensado hasta ahora —contesta sonriendo. Sabe que ha ganado, me conoce demasiado—, pero tienes que admitir que ha sido un gran discurso.

Pongo los ojos en blanco y aparto la mano de su pecho.

—Una oportunidad, Alec —puntualizo levantando el índice—, ni una más —Asiente sonriendo de oreja a oreja—. Borra esa sonrisita de tu cara que sigo cabreada contigo y está demás decir que no pienso casarme contigo. Cuando vayas a hacerme ese tipo de propuestas, procura que no sea cómo última opción para que no te deje.

—Lo decía en serio, la última opción fue la del discurso —dice en broma.

Resoplo y miro a las dos mujeres que acaban de ser testigo de un nuevo enfrentamiento entre Alec Wolfheart y Johanna Callaghan, aunque podría haber sido peor, al menos esta vez no nos hemos gritado ni insultado. Las dos nos miran sonriendo.

- Voy a acostarme un rato, tengo la cabeza a punto de explotar.
- Te quiero, pequeña —grita Alec cuando estoy saliendo de la cocina.
- Y yo a ti —susurro para mí.

Alec

Han pasado cuatro días desde que Jo y yo resolvimos nuestros problemas, aunque creo que decir que los resolvimos, es demasiado optimista. En estos cuatro días casi no me ha dirigido la palabra y no permite que le ponga un dedo encima. Sigue cabreada y yo sigo tras ella disculpándome a cada instante y prometiéndole que voy a hacer todo lo posible por ser el hombre que ella necesita. Lo digo en serio, de verdad. Obviamente no he querido sacar el tema del matrimonio, esa es otra de las cosas que dije en serio, por eso insistí en que mi madre y mi hermana se quedaran a escuchar nuestra conversación, quería que fueran testigos del momento en el que Jo aceptara ser mi esposa. Vale, quizás también creí que Jo no se atrevería a dejarme delante de mi familia, otra equivocación más por mi parte.

Aprieto el agarre en su cintura y la estrecho más contra mi cuerpo. Estos son los únicos momentos en los que me puedo abrazarla, cuando está dormida, por eso paso casi todas las noches en vela, abrazándola y sintiendo cada curva de su cuerpo bajo mis manos. Hundo la nariz en su nuca e inhalo el aroma de su pelo pegando mi entrepierna a su trasero. La deseo tanto... La amo tanto... Solo espero que este castigo que nos está haciendo pasar se termine pronto. Es un suplicio pasar todas las noches a su lado y no poder hacerle el amor. No creo que pueda resistirlo mucho más, ni yo, ni mi muñeca. Acabaré haciéndome un jodido esguince de tanto cascármela si no me levanta el castigo pronto.

Jo se revuelve y restriega su redondo y perfecto trasero contra mi entrepierna provocando que mi ya endurecido miembro pegue una sacudida. Creo que no está despierta del todo, pero no voy a desaprovechar esta oportunidad.

—Buenos días, pequeña —susurro besando su cuello. Puedo notar el instante en el que despierta del todo porque su trasero deja de moverse y su cuerpo se pone rígido como una piedra—. No pares, sigue moviéndote. No nos niegues esto, cariño.

—Alec, apártate —dice con voz ronca. Sé que está tan excitada como yo, pero es tan cabezota que lo negará solo para torturarme.

—Apártame tú —Tiro de ella girándola hacia mí y en un rápido movimiento, me pongo sobre ella, me quedo encajado entre sus piernas abiertas con mis manos a cada lado de su cabeza.

—Alec —susurra poniendo las manos en mi pecho desnudo.

No sé si esa forma de susurrar mi nombre era una advertencia o una súplica, creo que ni siquiera ella misma lo sabe y no le doy tiempo a averiguarlo, pego mis labios a los suyos y la beso mientras restriego mi miembro en la unión de sus muslos. Al principio se resiste a mover los labios, pero enseguida abre la boca dándole libre acceso a mi lengua y rodea mi cuello con sus brazos. Sus tobillos se cruzan sobre mi trasero y me empujan hacia delante animándome a seguir moviendo las caderas.

—Dios, pequeña. Te quiero tanto... —digo besando su clavícula, bajo hacia sus pechos y mordisqueo sus pezones por encima de la camiseta que siempre usa para dormir.

Sí, solo usa una dichosa camiseta larga para dormir y espera que mantenga las manos alejadas de ella. Es una bruja malvada y provocadora.

—Alec, necesito más —gime bajando su mano hacia mi entrepierna y acariciando mi miembro por encima del bóxer.

No la hago esperar, yo también necesito esa liberación urgentemente. Le saco la camiseta por la cabeza y me deshago de sus bragas antes de bajar mi bóxer y hundirme en su interior de un solo empujón.

—Mírame pequeña. Puedes ignorarme todo lo que quieras, pero no puedes ignorar lo que hay entre nosotros. Es más fuerte que nuestra voluntad.

Veo cómo se muerde el labio y clava sus uñas en mi espalda haciéndome aullar en una mezcla de dolor y placer. Sigo bombeando en su interior un rato más hasta que Jo se retuerce bajo mi cuerpo y hunde sus dientes en mi hombro provocando que no pueda aguantar un segundo más y me derrame en su interior.

Nos quedamos quietos, durante unos cuantos minutos ninguno de los dos dice nada. Yo quiero hacerlo, quiero decirle que la quiero y disfrutar de una mañana junto a ella enredados entre las sábanas, pero temo su reacción. No sé cuál va a ser su actitud después de esto.

—¿Puedes apartarte? Quiero darme una ducha —dice en tono cortante.

La miro y ella desvía la mirada.

—No hagas esto, Jo. No conviertas lo que puede ser un gran día, en un problema.

—Sal de encima —insiste.

Ruedo en la cama soltando un bufido y la veo caminar desnuda hacia el baño sin dirigirme ni una sola mirada. Esto es lo que me temía, que siguiera comportándose de esta forma. No la culpo, de verdad. Sé que tiene razón en estar cabreada, pero creo que lo está llevando demasiado lejos.

Tras unos minutos en los que escucho el sonido del agua correr en la ducha, me levanto de la cama y voy a su encuentro. Tenemos que solucionar esto cuanto antes. Entro en el baño, abro la mampara y ella se me queda mirando.

—¿Hay sitio para uno más? —pregunto sonriendo de manera seductora. Se supone que ella tendría que contestarme: “Para ti, siempre”, eso es lo que siempre dice, pero esta vez solo se encoge de hombros y se hace a un lado para que pueda pasar.

Resoplo y entro pegándome a su espalda y rodeando su cintura con mis brazos.

—Ya estoy terminando —informa ignorándome completamente. Bueno... Al menos está dejando que la abrace, no se aparta y eso ya es un avance.

—¿Qué te parece si pasamos el día juntos? —pregunto besando su cuello —, podemos ir a bañarnos a la poza, o si lo prefieres, vamos a Ashville y pasamos allí el día. Esta noche es el baile de inicio de verano, todo el pueblo va a estar en la plaza, ¿te apetece ir?

—No mucho, la verdad —contesta agarrando mis manos y apartándolas de su cintura.

—¿Qué es lo que no quieres? ¿Ir al baile, a Ashville o a la poza?

—A ningún lado. Tengo trabajo pendiente.

—Es sábado. Cógete el día libre, yo también lo haré.

—No puedo.

—Sí que puedes.

—No.

—¡Maldita sea! —grito perdiendo la paciencia—, ¡Soy tu puto jefe, si digo que puedes coger el día libre, es que puedes coger el jodido día libre!

—Muy bien —Se encoge nuevamente de hombros y sale de la ducha.

—Lo siento, pequeña. No quería gritarte —digo saliendo tras ella—, es que me estoy desesperando. Entiendo que estés cabreada. He aceptado tu castigo, me lo he ganado. ¿Cuánto tiempo más va a durar? —Ignora mi pregunta y coge una toalla limpia para secarse el pelo—. Vale, sigue cabreada si quieres, pero pasa el día conmigo, hagamos algo divertido.

Suspira y me mira frunciendo el ceño.

—Muy bien, ¿Quieres que hagamos algo juntos? Quedémonos en casa, pasemos algo de tiempo con tu familia.

—¿Con mi familia? —pregunto sorprendido.

—Sí, ya sabes, esa gente con la que vives. Tienes una familia maravillosa, Alec, y casi ni hablas con ellos.

—Sí hablo con ellos. Comemos todos juntos cada día.

—No, en realidad, os sentáis todos juntos a la mesa, pero tú te limitas a comer y a gruñir de vez en cuando alguna palabra.

—Los veo todos los días, ¿De qué quieres que hable? ¿Del tiempo?

—¡No sé, joder! Interésate por sus vidas, lo estás haciendo mejor con Nad. Imagina la alegría que le darías a tu madre si pasas el día con ella por tu propia voluntad.

—En este caso sería por tú voluntad, no por la mía.

—Vale, olvídalo —dice lanzando la toalla mojada en el lavamanos.

—Está bien, está bien. Pasaremos el día con mi familia —claudico—. Haré cualquier cosa que te haga feliz —coloco las manos en su cintura y la abrazo por la espalda, una vez más no se aparta—. ¿Qué quieres hacer? ¿Jugamos a las cartas todos juntos, o al ajedrez?

Me da un codazo en las costillas y no puedo evitar soltar una carcajada, Jo niega con la cabeza dándome por imposible, pero una sonrisa asoma en sus labios.

—¿Qué te parece si pasamos el día junto al lago Tomhawk?

—¿El lago Tomhawk? Siempre está lleno de turistas —me quejo haciendo una mueca.

—Aún no estamos en temporada alta, no creo que haya tanta gente.

—Está bien. Les diré a mi madre y a mis hermanos que preparen sus bañadores.

—Invita también a Patrick.

—¡¿Patrick?! ¿Por qué...? —La mirada que me echa me hace cerrar la boca al instante.

—Alec, déjate ya de tonterías, ¿De verdad piensas que hay algo entre Patrick y yo?

—Si pensara eso, Patrick ya estaría bajo tierra —contesto bruscamente. Nada más decirlo, me arrepiento—. Es una forma de hablar —aclaro.

—Ya —susurra Jo.

—Voy a avisar a mi familia y a Patrick, ¿Cuándo quieres ir?

—Cuando estemos todos listos. Voy a vestirme y a preparar una bolsa con

un par de toallas. Después ayudaré a Martha a hacer unos sándwiches para llevar.

—Está bien —Sujeto su cintura con las manos y la giro hacia mí—. ¿Me das un beso?

—Agáchate, eres demasiado alto.

—No, tú eres demasiado bajita —digo en broma. Bajo mis manos a la parte baja de su trasero y la alzo hasta que nuestras caras están a la misma altura—. ¿Así mejor?

—Sí, mucho mejor —susurra contra mis labios.

Me da un beso fugaz y se aparta.

—¿A eso llamas tú un beso? Creo que puedes hacerlo mucho mejor.

—Puedo, pero no quiero —contesta frunciendo el ceño—. Bájame y ve a hablar con tu familia.

Resoplo y la dejo en el suelo.

—Te quiero —digo abriendo la puerta del baño, me detengo antes de salir y la miro frunciendo el ceño—. ¿No vas a decir nada?

—Y yo a ti —contesta poniendo los ojos en blanco.

—¿En serio? ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

Suspira y se gira cruzándose de brazos.

—Te amo, aunque seas un capullo arrogante.

—Así mejor —Le lanzo un beso y salgo del baño cerrando la puerta a mi espalda.

Ahora toca reunir a mi madre y a mis hermanos y contarle nuestros planes para hoy, y también a Patrick. No tengo ganas de pasar todo el día con ellos, si fuese por mí, nos iríamos Jo y yo solos, pero ella quiere que vayamos todos juntos y si eso la hace feliz, pasaré un mes entero con ellos si eso puede ayudar a que me levante el castigo.

¿Quieres saber por dónde me paso yo tus límites?

Johanna

Llevamos media hora junto al lago y desde que hemos llegado, Alec no ha parado de quejarse. Según él, hay demasiada gente. En realidad, lo que él considera demasiada gente, son un par de grupos de adolescentes, una pareja con dos niños y un par de chavales que están a nuestro lado tocando la guitarra y cantando versiones de Ed Sheeran.

Alec vuelve a resoplar por enésima vez y se tumba boca arriba sobre la toalla que hemos colocado en el césped, coloca el brazo sobre sus ojos resguardándose del sol e irremediadamente, mis ojos van a parar a su abdomen. Esos montículos perfectos en su piel morena lo hacen totalmente irresistible. Solo lleva puesto un bañador gris del mismo tono que el color de sus ojos.

—Deja de quejarte de una vez— murmura Nadia con los ojos cerrados. Ella también está tumbada sobre su toalla dejándose bañar por los rayos del sol.

—Si vuelve a decir “Perfect” una vez más, le parto la cara al niño ese. Ni siquiera sabe tocar la dichosa guitarra —refunfuña.

—A mí me gusta —murmuro—, es una canción preciosa —Sonrío y tarareo la canción en voz baja. La verdad es que el chaval canta de pena, pero me niego a darle la razón a Alec.

—Nadie dijo que tuvieras buen gusto musical —replica mirándome divertido. Hace una mueca cuando el chico rasga las cuerdas de la guitarra sacando un sonido que no se parece en nada a una nota y vuelve a resoplar—. ¡Por el amor de dios! Que alguien le quite la guitarra de las manos a ese tío.

—Es mono —dice Nad mirando hacia el chico. Yo asiento.

—Le gusta Ed Sheeran, eso es un punto positivo para el cantante —añado—. Además, hay que ser un romántico para cantar “Perfect” delante de unos

desconocidos —Alec me mira frunciendo el ceño y se sienta—. No me mires así, yo no he dicho que cante bien, pero es un valiente por intentarlo con esa canción. Es muy bonita y romántica.

—Puede que sea gay —murmura Nad divertida—, quizás el otro chico sea su novio y está declarándole su amor.

En ese momento Patrick tose como si acabara de atragantarse y todos le miramos. Mi mirada y la de Norah se cruzan un instante, lo suficiente para darme cuenta de que ella está al tanto de la relación que tiene Carter con Patrick. Asiente con la cabeza al percatarse de que yo también lo sé y miro a Carter que le está dando golpecitos en la espalda a Patrick. ¿Cómo es posible que Alec y Nadia no se den cuenta de lo que hay entre esos dos? Su forma de mirarse, de tocarse... Son muy obvios a pesar de que intentan ocultarlo.

—Gay o no, eso no es romántico, es patético —dice Alec.

—Lo que tú digas —murmuro mirando hacia el lago.

El lugar es precioso, no me extraña que se llene de gente en verano. Todos los turistas vienen hasta aquí a bañarse y a disfrutar de la naturaleza.

—Ahora verás —señala Alec levantándose de un salto.

—¿Dónde vas? ¡Alec! —finge no escucharme y camina hacia los dos muchachos con paso decidido—. ¡Alec! —Carter se parte de risa viendo como su hermano habla con el intento de cantante, y Norah se encoge de hombros como si ya estuviese acostumbrada a estas salidas de su hijo. Espero que no ofenda a esos chicos. Veo cómo charla con ellos un rato y vuelve poco después con la guitarra en la mano—. ¿Qué se supone que estás haciendo? —pregunto cuando le veo sentarse de nuevo a mi lado.

—Enseñarte lo que es la música de verdad —contesta poniendo la guitarra en su regazo.

—Ya conozco tu música rarita.

Me ignora y trastea en la guitarra bufando y gruñendo que el tipo ni siquiera tenía la guitarra afinada.

—¿Sabes tocar? —pregunta Nadia.

Alec asiente y miro a los demás que no pierden de vista lo que hace Alec. ¿Es que nunca le han escuchado tocar? Yo le he escuchado hacerlo cientos de veces. Aunque desde que he vuelto, no le había visto con una guitarra en las manos.

—Vale, esto ya está —susurra cuando parece conforme con el resultado de su tarea.

Empieza a rasgar las cuerdas de la guitarra y no tardo ni un segundo en

reconocer la canción. Es “Waste my time” de “Saint Asonia”, uno de sus grupos preferidos. La canción es preciosa y nunca se la he escuchado cantar.

Me mira sonriendo y empieza a cantar con su voz rasgada, llenando mi mente de recuerdos felices. Fueron demasiadas las veces que cantó para mí en la poza cuando éramos solo unos niños.

Hold on to me (Aferrate a mí)

Like we're the only one that see (Cómo si fuéramos los únicos capaces de ver)

The sky above us falling down (El cielo cayendo sobre nosotros)

And breathe in my ear (Y respira en mi oído)

Like we're the only one to hear (Cómo si fuéramos los únicos capaces de oír)

The mountains crashing down (Las montañas derrumbándose)

I have wasted most of my life (Yo, he gastado la mayoría de mi vida)

Playing games that I knew I'd lose (Jugando juegos que sabía que perdería)

But let me sing to you (Dejame cantarte)

Just sit here don't move (Solo siéntate aquí, no te muevas)

I just want to waste some time with you (Simplemente quiero gastar algo de tiempo contigo)

So take my hand (Así que toma mi mano)

I don't understand (No entiendo)

How they kept us apart for so long (Cómo pudieron mantenernos alejados por tanto tiempo)

And smile so I can see (sonríe, para que así pueda ver)

That it's really you in front of me (Que eres realmente tú quien está frente a mí)

'Cause that's still so hard to believe (Porque todavía es muy difícil de creer)

I have wasted most of my life (Yo, he gastado la mayoría de mi vida)

Playing games that I knew I'd lose (Jugando juegos que sabía que perdería)

But let me sing to you (Dejame cantarte)

Just sit here don't move (Solo siéntate aquí, no te muevas)
I just want to waste some time with you (Simplemente quiero gastar algo de tiempo contigo)

Forcing back the tears (Reteniendo las lágrimas)
Over all the years (Durante todos estos años)
Boarding up the door (Derribando la puerta)
Throw my hope to the floor (Tirando mis esperanzas al suelo)
I could not forget now it all makes sense (No podría olvidarlo, ahora todo tiene sentido)
That your here with me (Que estás aquí conmigo)
And I never ever want to leave (Y que nunca, nunca me querré ir)

I would have wasted most of my life (Yo hubiera gastado la mayoría de mi vida)
Never even though with you (Si nunca te hubiera conocido)
Now you sing to me and I still don't believe (Y ahora tú me cantas, y aún no me creo)
That you wanna waste some time with me (Que quieras gastar algo de tiempo conmigo)

Let me sing to you (Deja me cantarte)
Just sit here don't move (Solo siéntate aquí, no te muevas)
I just wanna waste some time with you (Simplemente quiero gastar algo de tiempo contigo)
And now you sing to me and I still don't believe (Y ahora tú me cantas, y aún no creo)
That you wanna waste some time with me (Que quieras gastar tu tiempo conmigo)

Cuando termina la canción, veo que toda la gente que hay en los alrededores se ha girado para mirarle. Nadia tiene la boca abierta y Norah intenta retener las lágrimas.

—No está mal —digo sonriendo.

—¿Que no está mal?! El cacareo del tipejo ese te parecía romántico, y después de lo que acabo de hacer, lo único que dices es, ¿No está mal?

Alec resopla frunciendo el ceño y no puedo evitar soltar una carcajada. Rodeo su cuello con los brazos y pego mis labios a los suyos. Intento darle un

beso corto, pero él me sujeta por la cintura y profundiza en mi boca dejándome sin aliento.

—Esto sí que no está mal —susurra contra mis labios rompiendo nuestro beso.

—Hermanito, ya puedes ir vendiendo el rancho y dedicarte a la música —bromea Carter.

Alec le saca el dedo corazón sin siquiera mirarle y centra su atención en mí. Tira de mi brazo encajándome en el hueco que queda entre sus piernas y me abraza por detrás apoyando su barbilla en mi hombro.

—¿Dónde has aprendido a tocar y cantar así? —pregunta Nad, aún sigue alucinada.

Él se encoge de hombros quitándole importancia y le hace un gesto al dueño de la guitarra para que venga a por ella. El muchacho viene corriendo y le sonrío como si estuviese viendo al mismísimo Jimmy Hendrix.

—Lo haces genial, tío —le dice.

—Ya, a ver si aprendes un poco, y deja de tocar canciones del puto Ed Sheeran de una maldita vez.

Le doy un codazo por su falta de educación y él se encoge nuevamente de hombros. Es un capullo arrogante. El pobre chico le presta la guitarra y en vez de agradecersele, le trata de esa forma.

—Dale las gracias —siseo entre dientes.

—¿Por qué? Le estoy haciendo un favor. Si le digo que lo hace bien, se lo va a creer de verdad.

—Alec —insisto alzando una ceja.

Resopla y mira al chaval con la sonrisa más falsa que he visto en mi vida.

—Muchas gracias —murmura, me mira a mí y borra la sonrisa de su cara —. ¿Contenta?

Pongo los ojos en blanco dándole por imposible y el chico se marcha junto a su amigo, novio, o lo que sea, con la guitarra en la mano.

El resto del día lo pasamos bien, comimos unos deliciosos sándwiches que nos preparó Martha antes de salir de casa y por la tarde nos dimos un baño, aunque antes tuve que discutir con Alec sobre mi vestuario. Me hizo una rabieta por usar bikini en vez de bañador. Según él, todos los hombres me estaban mirando y me voy a convertir en material de pajeo para los adolescentes que estaban presentes, esas fueron sus palabras. Obviamente, pasé de él y me metí en el agua. Nunca he permitido que nadie me diga cómo y qué puedo vestir, y no voy a empezar ahora. Además, no entiendo a qué viene

tanto drama por un bikini, no era excesivamente provocador, al contrario, yo lo catalogaría como bastante recatado. Después de su rabieta, se unió a mí en el lago y nos bañamos durante un rato. Carter, Nadia y Patrick nos siguieron y acabamos echándonos unas risas los cinco mientras Norah leía un libro y tomaba el sol.

Ahora estamos de vuelta en casa, acabamos de cenar y Alec insiste en querer ir al dichoso baile de inicio de verano, yo no tengo muchas ganas, el día en el lago bajo el sol me ha dejado agotada, pero él no se da por vencido.

—Nunca vamos a ningún lado, y hoy tengo ganas de ir al baile —insiste.

—No entiendo tu insistencia, Alec. A ti nunca te han gustado esos eventos, ¿Por qué quieres ir justamente hoy? —pregunto dejando la servilleta junto a mi plato.

—No necesito tener ningún motivo oculto, pequeña. Solo tengo ganas de ir.

—Estoy cansada —digo haciendo una mueca.

—Por favor —Hace un puchero con los labios y a mí me da la risa.

Tras esa declaración de amor en forma de canción, ha estado todo el día muy juguetón, menos en el momento “Drama bikini”, pero eso fueron solo unos minutos. La verdad es que ha estado todo el día relajado y tranquilo, por momentos veo en él a ese chico divertido y pillo que sé que puede ser, y olvido que estoy cabreada con él. ¿A quién quiero engañar? Dejé de estar cabreada desde que tocó la primera nota de esa canción. Esto es lo que siempre me pasa con Alec, que va de un extremo a otro en segundos, cambia de personalidad tan rápido que soy incapaz de seguirle el ritmo.

—Está bien, tú ganas —claudico—. Voy a darme una ducha y a cambiarme de ropa —Me levanto, le doy un beso en los labios y miro hacia el otro lado de la mesa donde están sentados, su madre y sus hermanos—. ¿Vosotros venís?

—Sí, vienen —contesta Alec.

—Se lo he preguntado a ellos, no a ti —expongo alzando una ceja.

Alec los mira frunciendo el ceño y los tres asienten de inmediato.

—¿Lo ves? Ellos quieren ir.

—Eres un cerdo manipulador —digo medio en broma.

—Pero tú me quieres de todos modos —añade.

—Cierto —Le doy otro beso fugaz y subo a la habitación a cambiarme.

Me paso más de una hora preparándome. Me he puesto un vestido negro de largo hasta por encima de las rodillas, por delante es muy sencillo, tapado hasta el cuello, pero es la parte trasera la que sorprende, tiene una abertura que llega hasta donde la espalda pierde su nombre. Me maquillo algo más de

lo habitual y me aliso el pelo, me calzo unos zapatos de tacón bastante altos y cojo un pequeño bolso donde guardo mi teléfono y mis llaves antes de salir de la habitación.

Al llegar al salón, me encuentro con que todos están esperándome. Alec lleva puesto un pantalón vaquero, una camisa gris y su cazadora de cuero preferida con unas botas desabrochadas. Nadia y Norah también han optado por un vestido, el de Nad es azul claro y el de Norah de un color granate, ambos por debajo de las rodillas y con un escote bastante alto. Carter se ha vestido con un pantalón chino gris, una camisa negra y una chaqueta fina del mismo color que el pantalón.

Al escucharme llegar, los tres se giran hacia mí. Carter silva piropeándome con su sonrisa habitual, mientras Nadia y Norah miran hacia Alec esperando su reacción.

—¿Nos vamos? —pregunto caminando hacia Norah, sé que Alec va a fijarse en mi espalda y es exactamente eso lo que busco. Si va a hacer un nuevo drama, que sea en casa donde puedo controlarlo.

Como era de esperar, no tardo en escuchar su gruñido.

—¡Ni siquiera pienses que vas a salir de casa con ese vestido!

Me giro hacia él y le sonrío.

—Es muy bonito ¿verdad?

—Es... es... ¡Dios! Llevas la espalda... —Se pasa la mano por el pelo resoplando como un toro y yo me cruzo de brazos sin perder la sonrisa. No va a poder conmigo—. Sube y cámbiate de ropa. Así no vamos a ningún lado.

Amplío mi sonrisa alzando una ceja y niego con la cabeza.

—Alec, no voy a cambiarme —afirmo.

—Entonces nos quedamos en casa.

—Escúchame bien, me he pasado más de una hora arreglándome para ir a un evento al que tú insististe en ir, yo ni siquiera tenía ganas, así que ahora que estoy vestida, peinada y maquillada, voy a ir a ese dichoso baile. Tú decides si vienes conmigo o te quedas en casa.

Frunce aún más el ceño y aprieta la mandíbula con fuerza acuchillándome con la mirada.

—Johanna, estás sobrepasando mis límites —sisea.

—Cariño, ¿Quieres saber por dónde me paso yo tus límites? —pregunto con voz melosa. Resopla de nuevo y miro hacia Nadia— ¿Vosotras venís u os quedáis?

—Yo voy —contesta Nad sonriendo.

—Eh... yo... yo también —murmura Norah mirando a su hijo de reojo.

—Yo definitivamente voy —se suma Carter sin tener que preguntárselo—. Alguien va a tener que apartar los moscones de ti, cuñadita —bromea tendiéndome su brazo.

Le sonrío y cuando voy a entrelazar mi brazo con el suyo, Alec tira de él y rodea mi cintura abrazándome y caminando hacia la puerta.

—Tú lo que quieres es que acabe matando a toda la jodida población masculina de Black Mountain —farfulla colocando su mano en la parte baja de mi espalda. Al notar el tacto de su mano, un escalofrío me recorre el cuerpo y él lo nota.

—Esa es la parte buena de este vestido —susurro en su oído disimuladamente.

Alec abre los ojos con la mirada encendida de deseo y le sonrío de manera pícaro.

—Vas a acabar conmigo, pequeña —se lamenta.

—Prometo acabar contigo esta noche, si te portas bien —susurro de nuevo vigilando que nadie me oiga.

Paso mi mano disimuladamente por su entrepierna y veo como su cabreo se va esfumando.

—Tira para fuera, bruja provocadora —murmura abriéndome la puerta.

Suelto una carcajada y salimos al exterior. Prueba número mil trescientos veintitrés, superada.

Alec

Al llegar a la plaza, todas las miradas se centran en nosotros. Es algo normal y ya me lo esperaba. No es habitual que yo acuda a estos eventos, creo que la última vez que estuve en un baile, fue cuando vine a vigilar a Jo en su cita con Rob Anderson. Esa noche sin que lo supiésemos, fue el principio del fin de nuestra relación, pero ahora no voy a pensar en eso. Estoy aquí por un motivo muy concreto, por eso he insistido tanto en venir. Quiero conseguir mi objetivo a como dé lugar. Lo he intentado por las buenas y no ha funcionado, así que he decidido que la situación merece tomar medidas extremas.

Nos acercamos a la barra y la gente nos va saludando al pasar, algunos sonrían y otros apartan la mirada, pero a todos les provoca mucha curiosidad que yo aparezca en un baile cogido de la mano con Johanna Callaghan, la hija de mi mayor enemigo. Sé que ha habido comentarios por el pueblo, la gente habla, inventa cosas y otras son reales, pero esta es una confirmación oficial

de los rumores que corren por el pueblo de lo que pasa entre Jo y yo.

—¿Quieres una copa? —pregunto colocando la palma de mi mano en su espalda desnuda.

No puedo evitar hacer una mueca al mirar su piel descubierta. Sé que la mayoría de los hombres que hay aquí, que son casi todos los jodidos hombres de Black Mountain, están babeando por mi chica, y eso me enfurece y me hace rabiar de celos, pero no he conseguido hacerle cambiar de idea con respecto al vestido. La conozco lo suficientemente bien como para saber que habría cumplido su amenaza de venir sin mí al baile, eso no podía permitirlo.

—Solo una —contesta sonriendo. Tiene una sonrisa preciosa, no puedo evitar mirarla embobado—, ya sabes que el alcohol no me sienta muy bien.

—Ni que lo jures —Me da un codazo en broma y yo le robo un beso frente a todo el mundo.

—Alec, la gente nos está mirando —susurra avergonzada cuando aparto mi boca de la suya.

—No, te miran a ti y a tu vestido demoniaco —contesto en broma ganándome otro codazo por su parte.

Me encargo de pedir bebidas para todos, incluido Patrick que se ha unido a nosotros en el último momento y él y Carter no tardan en perderse entre la gente. No sé qué se traen esos dos, siempre han sido amigos ya que Patrick se ha criado en el rancho, pero de un tiempo para aquí son inseparables. No me quejo ya que mi hermano está más centrado que nunca. Ya nunca acude a La Casa de las Muñecas y ahora se dedica a trabajar duro en el rancho, pero aun así hay algo que me escama. Cómo si algo importante se me estuviese escapando.

—Hey, hola chicos.

Me giro y veo a Rob Anderson y a Megan caminando hacia nosotros. Jo abraza a su amiga y saluda a Anderson con una sonrisa. Sé que aunque no lo admita, ella también está resentida con Rob, lo consideraba un amigo y ha sido una decepción saber que fue él quien nos acusó con su padre.

—No sabía que siguieras por aquí —digo a Megan.

—Jo lo sabía —afirma mirando a su amiga—, hablamos todos los días por teléfono.

—Ya, aquí tu amiga no está muy comunicativa conmigo últimamente —digo en broma.

—Eso es porque el Lobo no deja de comportarse como un capullo —replica Jo mirándome con una ceja en alto.

—Touché —la atraigo a mi costado y beso su pelo sonriendo.

Pasamos un rato charlando con ellos hasta que Chris y Cam se unen a nosotros. Me alegra que Nad se haya perdido entre la gente ya que no creo que le gustara ver a esta pareja de tortolitos lanzándose miraditas y haciéndose mimos delante de ella. Tengo que admitir que hacen buena pareja y Chris parece feliz. Se lo merece, siempre ha sido un amigo fiel e incondicional, merece todo lo bueno que pueda pasarle.

—Se supone que esto es un baile, ¿no piensas sacarme a bailar? —pregunta Jo cuando ya llevamos un rato charlando los seis. Las chicas han estado planeando una salida nocturna a un pub cercano.

—¿El Lobo bailando? —se mofa Chris—. Eso quiero verlo.

—Pues observa, chaval —le reta Jo. Agarra mi mano y tira de mí hacia la pista de baile. Vale, ahora estoy jodido. Nunca he bailado en público y no sé si podré hacerlo—. ¿Qué pasa, Alec? —pregunta Jo al notar mi nerviosismo.

—Es que hay mucha gente y... —Me muerdo el labio inferior y me rasco la nuca en un gesto de nerviosismo.

—¿Te da vergüenza bailar en público? —Intenta retener una sonrisa, pero falla estrepitosamente.

—No me da vergüenza, es solo que... —resoplo—. Nunca lo he hecho. Nunca he bailado en público.

Jo sonrío y se cuelga de mi cuello. No puedo evitar bajar mi mirada a sus labios, tan rojos y carnosos, listos para ser besados.

—Nene, hemos bailado juntos muchas veces, no tienes de qué avergonzarte —susurra.

—Es distinto, hemos bailado solos, sin nadie alrededor, solos tú y yo en la poza.

—¿Qué diferencia hay? Solo somos tú y yo, imagínate que estamos solos.

—No creo que pueda, pequeña —señalo negando con la cabeza.

—¿Te cuento un secreto? —susurra en mi oído. Su aliento me golpea el cuello y sus dedos acarician el cabello de mi nuca relajando la tensión de mis hombros por la postura en la que estoy. Ella es mucho más baja que yo, así que tengo que encorvarme, pero lo hago con gusto.

—¿Qué secreto? —murmuro aspirando el olor de su perfume. Me vuelve loco su aroma, una mezcla entre dulce y ácido, como una fresa silvestre.

—Ya estás bailando —contesta.

—¿Qué? Yo no... —Salgo de mi ilusión y miro alrededor nuestro.

No sé cómo lo ha hecho, pero ha conseguido traerme hacia el centro de la

pista y mis piernas se están moviendo al compás lento de la música.

—No es tan difícil ¿verdad?

—Contigo nada es difícil —contesto besando su hombro.

—Siento no poder decir lo mismo —susurra desviando la mirada.

—Creí que ya no estabas enfadada.

—Y no lo estoy, pero aún hay cosas que tenemos que aclarar.

—¿Cómo qué?

—¿Dónde está Josh? ¿Qué has hecho con él? —pregunta con cautela.

—¿Por qué te preocupa tanto ese veterinario? Es un hijo de perra. Mandó a Donald a que te secuestrara y te diera una paliza.

—¿Aún no lo has entendido, Alec? No es él quien me preocupa, ni Donald —Pone sus manos sobre mis mejillas recién afeitadas y clava sus ojos en los míos—. Me preocupas tú y lo lejos que puedes llegar cuando ese demonio que vive en tu interior toma el control de tus actos.

—No es un demonio, es un lobo, y te aseguro que se convierte en un manso cachorrito cada vez que tú te acercas.

—No has contestado a mi pregunta, Alec —me recuerda alzando una ceja.

Seguimos moviéndonos por la pista al son de la balada que está tocando la orquesta que ha contratado el ayuntamiento. Soy consciente de la mirada de la gente, todos nos están mirando, la mayoría sorprendidos por verme en este estado de abobamiento y felicidad provocado por la mujer que tengo entre mis brazos.

—Está bien —digo tras suspirar—. Cuando te fuiste de la cabaña, ordené a mis hombres que lo llevaran al hospital, le han dado el alta ayer. Se ha ido del estado, sabe que no puede volver si aprecia su vida.

—Me alegra que no... —deja la frase a medias y noto como su cuerpo se pone rígido como el cemento.

Miro hacia el lugar donde ella tiene la vista clavada y frunzo el ceño al ver a Mathew Callaghan. Nos está observando fijamente desde al lado de la barra con una copa en la mano. No sabía que estaría aquí, ni siquiera sé si suele venir a este tipo de eventos ya que yo nunca lo hago.

—Sigamos bailando —digo estrechando su cuerpo contra el mío.

—Alec —susurra.

—Lo sé, pequeña. Tarde o temprano esto iba a pasar. Vivimos en un pueblo pequeño, era imposible que no coincidiéramos alguna vez.

Jo suspira y asiente apoyando la cabeza contra mi pecho. Beso su pelo y seguimos bailando abrazados, pero veo como lanza vistazos en dirección a su

padre a cada momento y él no nos quita la vista de encima. Puedo notar su tristeza, y me duele verla así, pero no hay nada que yo pueda hacer. Fue el maldito Callaghan el que la alejó de su lado. ¿Qué clase de padre reniega de sus propios hijos? Alguien como Mathew Callaghan, un ser despreciable y sin corazón.

—Parece triste —susurra Jo.

—Deja ya de mirare, pequeña. Solo estás haciéndote daño.

—Lo sé, pero...

—Conozco una manera de distraerte —digo intentando animarla.

—Alec, no podemos practicar sexo en mitad de la pista de baile —señala en broma.

Suelto una carcajada y veo como todo el mundo me mira con cara de sorpresa. ¿Qué pasa, nunca me han visto reír? Quizás no. Da igual, me importa una mierda lo que piense o crea la gente.

—Esa sería una buena forma de distraerte, pero conozco otra algo menos obscena, aunque puede que te cabrees conmigo.

—Entonces no lo hagas —contesta abrazándose a mi cintura—. Estoy harta de estar cabreada contigo.

—Bueno, pues no te cabrees.

Aparto sus manos de mi cuerpo y le doy un beso largo antes de susurrarle un “te quiero” y marcharme hacia el palco donde la orquesta sigue tocando. La miro y veo que la he dejado totalmente descolocada, no sabe que voy a hacer, pero lo va a descubrir enseguida.

Lo he intentado por las buenas, ahora toca por las malas

Johanna

Le veo caminar hacia el escenario, habla con uno de los músicos de la orquesta y de pronto la música deja de sonar. Algo está tramando, lo sé. Tendría que haberlo supuesto incluso antes de llegar a la plaza. Es muy extraño que Alec haya insistido tanto en venir al baile cuando él detesta este tipo de fiestas.

Se sube al palco y se pone frente al micrófono.

—Buenas noches, damas y caballeros —Su voz rasgada resuena por los altavoces llamando la atención de todos los presentes.

—¿Qué se supone que está haciendo? —pregunta Nad a mi lado. Ni siquiera sabía que estaba ahí.

—No tengo ni la más remota idea —contesto sin perder de vista al loco de mi chico.

—Probablemente os estaréis preguntando qué hago aquí —dice sacando el micrófono del soporte y caminando por el escenario, me busca con la mirada y sonrío—. Muchos de vosotros habéis especulado sobre mi relación con cierta señorita —Vuelve a sonreírme y esta vez, todo su público se gira para mirarme—, así que he decidido que voy a contaros la historia personalmente para que no tengáis que guiaros por los rumores que corren por el pueblo. Mi relación con Johanna Callaghan no es algo nuevo, nosotros nos conocemos desde que éramos unos adolescentes —¿Va a hacerlo? ¿Va a contarle a todo el mundo nuestra historia? ¿Por qué?—. Cuando tenía dieciséis años estaba obsesionado con atrapar al caballo salvaje más fiero y escurridizo que ha visto estas tierras, un día le seguí hasta el río y allí me encontré a una preciosa niña de trece años, esa niña me encandiló con su dulzura y timidez —Alzo una ceja cruzándome de brazos por la sarta de mentiras que está soltando y él suelta una carcajada—. Vale, eso es mentira. En realidad, lo primero que hizo

fue llamarme imbécil —Ahora es el público el que ríe a carcajadas y me miran de reojo—, pero aun así, me quedé prendado por esa pequeña fiera que me retaba con la mirada y no se amilanaba a pesar de que le sacaba dos cabezas. Fue su fuerza, su valentía y su mala leche la que me enamoró. Intenté resistirme, lo prometo. Hice todo para sacarla de mi cabeza, pero cuanto más tiempo pasaba con ella, cuanto más la veía crecer y convertirse en una mujer preciosa y fuerte, más rendido caía a sus pies— Un suspiro colectivo se escucha en la plaza y siento la mano de Norah rodeando mi brazo. La miro y ella me sonríe con lágrimas en los ojos—. Esperé dos años para robarle un beso, dos años viéndola a escondidas cada día. Sabía que tarde o temprano nuestras familias se enterarían de lo nuestro, los dos lo sabíamos, pero eso no nos impidió que disfrutáramos de nuestro amor en secreto. Todos conocéis la enemistad que existe entre los Wolfheart y los Callaghan desde hace siglos. Nosotros queríamos ser distintos, deseábamos acabar con esa guerra entre nuestras familias, pero eso nunca sucedió. Al contrario, la muerte de mi padre... —Suspira y se pasa la mano por el pelo—. La muerte de mi padre solo empeoró la situación, y yo, cegado por la rabia y el odio hacia los Callaghan, la aparté de mi lado. La dejé marcharse, y eso es algo de lo que me voy a arrepentir el resto de mi vida. He perdido diez años al lado de la mujer que amo, la única mujer que he amado nunca y a la que amaré el resto de mi existencia. Ahora la he vuelto a recuperar, pero yo he cambiado, los dos lo hemos hecho, aunque lo mío ha sido un cambio a peor. Ya no soy aquel muchacho de dieciséis años que ella conoció en el río, ahora soy el Lobo, y Johanna no es muy fan suyo —Aunque sonríe, puedo ver lo mucho que le está costando abrirse de esa manera delante de toda esta gente. No es propio de él hacer cosas así—. Os imaginareis la cantidad de discusiones que tenemos, lo que no sabéis es la intensidad de esas peleas, una pista... Yo siempre pierdo —Una nueva oleada de carcajadas inunda la plaza. Yo sonrío negando con la cabeza—. Sí, mi chica es una de las duras, pero no querría que fuese de otra manera. Ella es la única persona capaz de controlarme, la única capaz de decirme mis verdades a la cara, la única a la que necesito más que a respirar. Por eso estoy hoy aquí, en este ridículo baile, encima de un escenario y contándoos a vosotros, malditos cotillas, cosas sobre mi vida privada. Estoy aquí porque necesito seguir respirando el resto de mi vida y la única forma de lograr eso, es manteniendo Johanna Callaghan junto a mí —Mierda, creo que ya sé lo que pretende. ¿No será capaz...? `Por su puesto que es capaz—. Pequeña, ¿puedes acercarte un poco al escenario? —pregunta sonriendo.

Niego con la cabeza, pero Norah y Nadia me agarran cada una por un brazo y me obligan a caminar hacia delante.

—No hagas esto, Alec —susurro cuando estoy frente a él.

—No me has dejado potra opción, mi niña —se justifica bajando del escenario con el micrófono en la mano—. Lo he intentado por las buenas, ahora toca por las malas.

Niego con la cabeza mirando a todos lados menos a él, pero el jadeo al unísono que se hace eco en el lugar, me obliga a mirarle, está agachado frente a mí con una rodilla clavada en el suelo.

—Alec —siseo entre dientes, intento apartarme, pero su mano se cierra sobre mi muñeca y me mira a los ojos.

—Johanna Callaghan, eres mi amiga, mi compañera, mi novia, la persona a la que más amo sobre la faz de la tierra, sé que eso debería ser suficiente para mí, pero no lo es. Quiero y necesito que seas también mi esposa, ¿Quieres casarte conmigo?

El silencio se abalanza sobre nosotros y no sé hacia dónde mirar. Esta fue su intención desde el principio. Me ha traído aquí y ha montado todo este numerito para presionarme. Si le digo que no, estaría humillándole públicamente y sabe que yo nunca haría algo así.

—Buena jugada —susurro alzando una ceja.

Al ver mi cara de mala leche, su expresión divertida desaparece y una arruga de preocupación cruza su frente. Se levanta de un salto y agarra mi cara con ambas manos tirando el micrófono al suelo.

—¿Qué pasa, pequeña? —pregunta en un susurro.

—No puedo creer que hayas hecho esto, presionarme de esta forma... —Niego con la cabeza e intento desviar la mirada, pero sus manos me impiden mover la cabeza.

—Mírame, Jo. Sé que piensas que te estoy proponiendo matrimonio porque quiero retenerte a mi lado, que quiero asegurarme de que no vas a dejarme, y tienes razón, al menos en parte. No soporto la idea de que algún día te canses de mis meteduras de pata y me abandones, pero no lo hago solo por eso. Desde el día en que te conocí, supe que quería pasar el resto de mi vida a tu lado. Sabía a ciencia cierta que algún día tú serías mi esposa. Por eso tallé nuestras iniciales en nuestro árbol, para que algún día nuestros hijos y nuestros nietos supiesen que allí empezó todo ¿lo recuerdas? —Asiento intentando retener las lágrimas que se agolpan tras mis parpados—. Estaba tan seguro de ello que el día que cumpliste los dieciséis te regalé el colgante de diente de

lobo —Acaricia mi cuello con la yema de sus dedos y agarra el cordón tirando de él hasta que el colgante salta de mi escote. Acaricia el diente y su engarce de plata en forma de cabeza de lobo y sonrío volviendo a mirarme a los ojos —. Este colgante ha pertenecido a mi familia durante varias generaciones. Mi bisabuelo Kendrew Wolfheart se lo regaló a mi bisabuela en un momento de su vida muy difícil para él, aún no había creado su fortuna, solo era un pobre indio sin nada que ofrecerle a su amada, así que le regaló este colgante como prueba de su amor y a modo de alianza de compromiso. Después eso se volvió una tradición, mi abuelo le propuso matrimonio a mi abuela con él, y mi padre a mi madre también —Me llevo la mano al pecho sorprendida por el alcance de su declaración. Sabía que era una especie de legado familiar, pero nunca me imaginé que... Dios, por eso su madre y sus hermanos se sorprendieron tanto al verme con el colgante a cuello. Ellos sabían lo que significa—. Por ese motivo no te he comprado un anillo de compromiso, porque lo llevas puesto desde que tenías dieciséis años. En ese entonces lo tenía claro, y ahora aún más, quiero que seas...

—Sí —digo sin pensar.

¡¿Acabado de aceptar casarme con él?! ¡¿En serio?! Mi corazón late tan fuerte en mi pecho, que siento que en cualquier momento va a salir disparado. No sé si estoy haciendo lo correcto, pero estoy dispuesta a comprobarlo. Amo a Alec con toda mi alma y quiero vivir con él todos los días de mi vida.

—¿Qué has dicho? —pregunta dibujando una preciosa y amplia sonrisa en su rostro.

—He dicho que sí, que acepto casarme contigo, Alec Wolfheart. Te amo más que a nada en el mundo y quiero pasar el resto de mi vida a tu lado.

Las lágrimas ruedan por mis mejillas y Alec las seca con sus dedos antes de estrecharme contra él en un abrazo mientras la gente rompe a aplaudir y a silbar a nuestro alrededor. Me aparto y me pongo de puntillas colgándome de su cuello para poder besarle.

—Te quiero, pequeña —susurra contra mis labios sonriendo de oreja a oreja tras separar su boca de la mía.

—Y yo a ti, lobito —Le doy un beso en la punta de la nariz y él sacude la cabeza dándome por imposible.

Nos pasamos un buen rato recibiendo las felicitaciones de la gente. Todos nos dan la enhorabuena sonriendo. Norah se abraza a mí llorando y me susurra varias veces “gracias” al oído. Yo le sonrío correspondiendo a su abrazo. La verdad es que le he cogido muchísimo cariño. Norah se ha comportado

conmigo como la madre que nunca tuve. Tengo a Cami, pero ella siempre ha sido algo así como una hermana mayor para mí. Una madre... eso nunca he sabido lo que es. No hasta que conocí a Norah y me recibió en su casa de brazos abiertos.

Al final, Alec acaba rescatándome de la marabunta de gente y me arrastra de nuevo a la pista de baile. No ha dejado de sonreír en ningún momento y tiene un brillo especial en la mirada. Está feliz y eso me hace feliz a mí.

—Vas a ser la nueva señora Wolfheart —susurra besando mi cuello.

—¿Me has pedido que me case contigo solo para cambiarme el apellido? —pregunto en broma.

—Eso no lo había pensado, ¿Por qué no se me ha ocurrido antes?

—Según he entendido, lo llevas pensando muchos años.

—No es tan raro ¿Sabes? —aclara—. Sé que probablemente parezca algo extraño que lo tuviese tan claro siendo un adolescente, pero nunca tuve ninguna duda. No voy a encontrar a nadie como tú. Podría buscar por todo el mundo, mujer por mujer, y no encontraría a ninguna capaz de hacer que me todo mi cuerpo vibre con solo un roce de tu piel, o que mi corazón se salte un latido cada vez que escucho tu voz, o que me haga quedarme embobado mirándote cada vez que sonríes, solo tú eres capaz de hacer eso conmigo. Sacas lo mejor de mí, mi niña.

—Y también lo peor —añado.

—Sí, me desquicias como nadie, pero eso hace parte de tu encanto y lo acepto con gusto.

Suelto una carcajada y seguimos bailando durante un rato más. No puedo evitar mirar hacia todos lados intentando ver a mi padre. Quizás se haya ido antes de que Alec empezara su numerito, sino... Si lo ha visto todo, debe estar furioso. Miro hacia el sendero que sale de la plaza hacia la zona que no está iluminada y veo a Norah caminando y mirando hacia los lados como si no quisiese ser vista.

—Jo, Jo cariño.

—¿Qué? —pregunto prestándole atención a Alec.

—Te he preguntado si quieres una copa. ¿Qué pasa?

—Nada, solo me he distraído un instante —contesto intentando sonreír—. Sí, me apetece mucho. ¿Puedes conseguirme una? Yo tengo que ir al baño un momento.

—¿No te estarás arrepintiéndote ya de haber aceptado casarte conmigo? —pregunta en broma.

—Cállate imbécil, y ve a buscarme una copa.

—Sí señora —exclama haciendo el saludo militar, me da un beso en los labios y se marcha hacia la barra.

Suspiro y camino hacia el sendero. No sé qué es lo que espero encontrar al seguir a Norah, pero su actitud me ha parecido bastante sospechosa y sé que esconde muchas cosas. No he podido volver a hablar con ella sobre la fotografía, por un motivo u otro, siempre somos interrumpidas cada vez que me decido a sacar el tema. Quizás esta huida por su parte tenga que ver con uno de sus secretos, o quizás solo quiere estar sola un rato. Sea lo que sea, no creo que tarde en descubrirlo ya que escucho unas voces. Me escondo tras un muro de piedra y agudizo el oído, es Norah quien habla, pero lo que me sorprende es escuchar la voz de la persona que está con ella, es mi padre.

—¿Cómo puedes hacerle esto a tu propia hija, Matt?! —grita Norah.

—¿Vas a darme tú lecciones de cómo ser un buen padre?! ¿En serio?!

—¡Yo nunca renegaría de ninguno de mis hijos! ¡Nunca les daría la espalda!

—No puedo ¡Maldita sea! No puedo apoyar esa relación sabiendo que ese malnacido va a hacerle daño a mi niña.

—¡Te recuerdo que a ese al que llamas “Malnacido” es mi hijo!

Me asomo para mirarlos y veo que están frente a frente gritándose a la cara. Nunca había visto a Norah tan furiosa, y mi padre, mi padre la mira de una manera que no sabría descifrar.

—Lo siento, Norah —dice mi padre tras respirar profundamente—. No quise ofenderte, pero eso es lo que es tu hijo. Es un Wolfheart, ellos destrozan a todas las personas que les rodean.

—Matt —susurra Norah a modo de advertencia.

—¡No! Yo te lo advertí a ti y no me hiciste caso, y ahora mi hija está en la misma situación, cegada y endiosada por un maldito Wolfheart. ¿Crees que va a ser distinto esta vez? Le hará daño, la destruirá como Jack hizo contigo.

—¡No te atrevas a hablar así de mi marido!

—¿Lo sigues defendiendo?! No me lo puedo creer —Se lleva las manos a la cabeza y tira de su pelo en gesto de desesperación—. Por una vez en tu vida, sé sincera conmigo y contigo misma y admite que te equivocaste. Admite que yo tenía razón y que Jack Wolfheart no te hizo feliz.

—Ese es el problema, Matt. Sigues viviendo en el pasado. No te das cuenta de que Alec no es como Jack y Johanna no se parece en nada a mí — Norah suspira y se acerca a mi padre, pone una mano sobre su mejilla y le

sonríe, él se tranquiliza al instante y agarra su mano frotando la mejilla contra su palma—. Tienes una hija maravillosa y la estás perdiendo por tu cabezonería. Habla con ella. No te estoy pidiendo que aceptes su relación sin más, pero al menos intenta arreglar las cosas con tu hija.

—No puedo, Norah. No puedo quedarme a su lado y ver como un Wolfheart le rompe el corazón, no otra vez. Supongo que este es el precio que tengo que pagar. De alguna manera, el destino se está cobrando todos mis pecados haciéndome pasar por esta situación. Una vez más un Wolfheart me ha robado a la persona que más quiero en el mundo.

¡No puede ser! ¡¿Mi padre y Norah?! ¡¿Ellos...?!

—Eres un buen hombre, Mathew. Estoy segura de que ya has pagado con creces por tus pecados.

—Yo no le maté. Lo sabes ¿Verdad?

—Sí, lo sé —contesta Norah.

—¡¿Qué demonios está pasando aquí?!

La voz de Alec a mi espalda me sobresalta a mí y a nuestros padres que se apartan el uno del otro a toda prisa.

—Alec, hijo —dice Norah mesándose el pelo—. Estaba hablando con Mathew.

—Eso ya lo veo —contesta él frunciendo el ceño, me mira y yo me encojo de hombros.

Creo que lo mejor será que me guarde para mí lo que acabo de descubrir. Nunca pensé que mi padre y Norah fuesen tan cercanos, y juraría que he interpretado que llegaron a ser mucho más que amigos. Mi padre me mira y desvía la mirada rápidamente.

—Papá, ¿Cómo estás? —pregunto dando un paso hacia él.

Vuelve a mirarme y después a Alec, frunce el entrecejo y aprieta los puños a ambos lados de su cuerpo.

—Ya te he dicho que mientras sigas con él yo no tengo ninguna hija. No esperes que te felicite por tu futuro matrimonio, eso si llegas a casarte algún día con ese —Señala con la cabeza a Alec y la mirada que le lanza es de puro odio—. Cuando él te destruya, cuando no deje de ti nada bueno, entonces volverás a casa y yo te recibiré con los brazos abiertos, pero no voy a evitar decir “te lo dije”.

Alec camina hacia él temblando de furia y tengo que interponerme en su camino para que no acabe haciendo ninguna tontería.

—¡Alec, no! —grito poniendo las manos sobre su pecho.

—¡No le defiendas! ¡¿Qué clase de padre reniega de su propia hija?!

—Alec, por favor —susurro notando como las lágrimas acuden a mis ojos.

—Dios pequeña, no llores —Su furia se desinfla al ver mis mejillas húmedas—. Lo siento. No llores, por favor.

Me abraza y yo entierro la cara en su pecho. Aún escucho en mi cabeza las palabras de mi padre, “yo no tengo ninguna hija”. Si eso es lo quiere, que así sea. Yo no voy a suplicarle perdón por querer vivir mi vida. Quizás haya llegado el momento de dejar de intentar arreglar las cosas con él.

—Vámonos a casa —susurro limpiándome las lágrimas de un manotazo.

Alec asiente y mira a su madre que se despide de mi padre con un gesto de su cabeza. Los tres nos marchamos de allí dejando a Mathew Callaghan solo. Me temo que así es como va a terminar, completamente solo, y eso me duele más de lo nunca podría haber imaginado.

Alec

Entro en el establo seguido de Wolfy y me llevo una sorpresa al ver a Jo en la cuadra de Tormenta. Ha pasado más de una semana enferma y casi no ha salido de la cama. Pilló uno de esos virus estomacales y tuve que llamar a un médico para que la atendiera porque vomitaba todo lo que ingería.

—¿Qué haces aquí? —pregunto agarrando su cintura y besando su cuello desde atrás.

—He venido a echarle un vistazo a Tormenta, ya le tocaba una revisión —contesta apoyando su espalda contra mi pecho.

—¿Te encuentras mejor?

—Creo que eso ya me lo has preguntado esta mañana —declara con una sonrisa pícar—. Juraría que te dejé bien claro que estoy mucho mejor.

—Provocadora —susurro mordiendo su cuello.

Suelta una carcajada, gira la cabeza hacia atrás y besa mis labios suavemente.

—Estoy mejor, nene. Estaba harta de vivir encerrada en esa habitación. Hace un buen día y quería respirar un poco de aire puro.

Asiento apartándome de ella y acercándome a Tormenta. Acaricio su lomo y sonrío.

—¿Cómo va Kitchi Junior?

—Va muy bien, y no se va a llamar así.

—¿Por qué? Es un nombre bonito. Cuando tengamos un hijo se llamará

Alec Junior.

Suelta una carcajada y yo me quedo embobado mirándole. Joder es preciosa y aunque sé que no lo merezco, me quiere, a mí, al hombre que no deja de cagarla una y otra vez. Aunque la verdad es que últimamente me estoy portando bien. Llevo más de un mes sin meter la pata, desde el día en el que le pedí que se casara conmigo frente a todo el pueblo. Admito que he pensado más de una vez en hacer algo en contra de su padre, pero en mi defensa tengo que decir que él me está provocando. Ya ha habido varias plagas de cicuta en mis tierras que muy probablemente han sido provocadas por Mathew Callaghan o alguno de sus hombres, y ayer mismo murieron envenenados un par de toros, esta vez por algo que les mezclaron con la comida. No he querido decirle nada a Jo, por una parte porque estaba enferma y por otra, porque no quiero que sepa que su padre no ha desistido de la maldita guerra a pesar de que yo hace tiempo que me he retirado. Cada vez que pienso en las cosas que le dijo esa noche en la plaza, una oleada de rabia recorre todo mi cuerpo. ¡¿Cómo se atreve?! ¡¿Cómo es posible que le diga esas cosas a su propia hija?!

—Eso no te lo crees ni tú —dice sacándome de mis oscuros pensamientos.

—Muy bien, ¿Cómo quieres que se llame nuestro hijo, entonces?

—¿Qué hijo? —Pone los ojos en blanco y empieza a guardar sus herramientas de trabajo en el maletín médico.

—El que tendremos pronto —Sigo pinchando—. Ya sabes, después de que decidas de una maldita vez una fecha para la boda. Ahora que te encuentras mejor, ya no tienes excusa para no hacerlo.

—No necesito excusas —dice sin mirarme—. Y lo de tener un hijo pronto... Será mejor que te saques esa idea de la cabeza. Deja de correr tanto, Wolfheart. Cada cosa a su tiempo.

—Ya, bueno, si tú no escoges un nombre, se llamará Alec Junior, y si es una niña, Alexia.

Vuelve a reír a carcajadas negando con la cabeza.

—Eres la persona más egocéntrica que conozco —señala entre risas.

Me encojo de hombros y ella sigue riendo.

—Un nombre, pequeña. Es todo lo que pido, por ahora.

—Está bien, déjame pensarlo —se lleva una mano a la barbilla y empieza a dar golpecitos con el dedo índice en su labio inferior.

¡Joder, qué labios tiene! ¡Qué boca! Me dan ganas de besarla hasta dejarla sin aire.

—Diez segundos o se quedan los míos—Sigo con la broma y ella frunce el ceño. Casi puedo ver como su cerebro funciona a toda velocidad—. Tic tac, tic tac.

—Vale, los tengo. Jonathan y Katherine. Tu segundo nombre y el nombre de mi madre.

—Buena idea, ¿Qué tal Katherine y Jack, cómo mi padre?

—Eh... sí claro— contesta perdiendo la sonrisa—. Esto es una tontería. Aún falta mucho para que eso pase, te lo aseguro.

—No falta tanto —aseguro haciendo notar mis deseos—. Lo que no entiendo es por qué te desagrada el nombre de mi padre.

—No me desagrada —miente desviando la mirada.

—Ya, ahora dilo con más convicción a ver si consigues creértelo.

Resopla y me mira haciendo una mueca.

—Alec, entiendo que si algún día tenemos un hijo...

—Cuando tengamos un hijo —la corrijo.

Pone los ojos en blanco y hace un gesto con la mano para quitarle importancia a mi frase.

—Pues eso, que entiendo que quieras llamarlo como tu padre, pero, por otro lado, espero que si algún día tenemos... —Frunzo el ceño y ella vuelve a poner los ojos en blanco—. Cuando tengamos un hijo, poder tener una buena relación con mi padre y si el niño se llama como tu padre...

—Eso nunca sucederá —siseo entre dientes terminando su frase.

—¿Entiendes por qué no me gusta la idea? —Asiento apretando la mandíbula con fuerza.

Ella no tiene la culpa de nada de esto, solo intenta recuperar la relación con su padre, pero me jode que ese maldito hijo de puta no haga nada para volver a estar con su hija. No entiendo cómo puede no luchar por ella. Yo sería incapaz de quedarme quieto viendo como la pierdo día tras día, me volvería loco.

—Lo entiendo —digo secamente.

—No te cabrees, nene— susurra abrazando mi cintura—. Llevamos una buena racha últimamente. Nada de peleas, alguna discusión, pero hemos sabido resolverlo sin gritarnos ni tirarnos algo contundente a la cabeza. Creo que vamos por el buen camino, no lo echas a perder por una tontería como un nombre para un niño que no existe ni va a existir en un espacio corto de tiempo.

Resoplo y niego con la cabeza. Me está costando convencerla de esto,

pero sé que tarde o temprano lo lograré. Solo es cuestión de tiempo.

—Bien, dejaré de hablar de bebés si pones una fecha para la boda inmediatamente. Llevamos más de un mes prometidos y aún no hay fecha, esto no puedes seguir así.

—Alec, sabes que hay parejas que están prometidos durante varios años ¿verdad? —pregunta divertida.

—¡Ni de coña! Yo quiero una fecha para ayer. La pones tú o lo hago yo, y ya sabes que por mí nos casamos mañana mismo.

—Está bien, esta noche.

—¿Nos casamos esta noche? —consulto sonriendo de oreja a oreja.

—¡¿Qué?! ¡No! Esta noche te diré una fecha, déjame pensarlo unas horas.

—Jo, has tenido un jodido mes para para pensarlo.

—¿Ya estáis discutiendo? —pregunta mi hermano entrando en el establo —. Ya me parecía a mí raro que hubiese tanta paz entre vosotros— Se acerca a Jo y le da un beso en la mejilla que dura más de lo habitual. Sé que lo hace para molestarme, pero la verdad es que no me molesta en absoluto. A pesar de lo mujeriego que es Carter, sé que sería incapaz de intentar algo con ella. Se tienen mucho cariño, pero de una manera fraternal— ¿Cómo estás, cuñadita? —le pregunta con voz melosa.

—Mejor, gracias por preguntar —contesta dándole un codazo al darse cuenta de que mi hermano intenta provocarme.

—Eso es lo estoy intentando hacer, que sea tu cuñada oficialmente, pero aquí la señorita no deja de darme largas y no pone una fecha para la boda.

—Vale pesado, un año. En un año nos casamos.

—¿Un año?! Me estás vacilando ¿no? —Me paso las manos por el pelo exasperado con esta mujer—. No voy a esperar un año. Un mes es lo máximo que te doy.

—¿Un mes?! ¡Alec, estás loco! No se puede organizar una boda en un mes.

—¿Qué coño hay que organizar? Me compro un esmoquin, tú te compras un vestido y llamamos al juez.

—No hablas en serio. Si quieres que me case, lo haremos bien. Y eso incluye, invitaciones de boda, banquete, alianzas, votos, luna de miel y toda la parafernalia que conlleva una celebración así.

—Joder —Resoplo y me paso la mano por el pelo, de nuevo. A este paso voy a terminar calvo—. Vale, dame un plazo mínimo, y ni se te ocurra decir diez meses.

—Ocho, es lo mínimo.

—Que sean seis, y te aseguro que ya estoy cediendo mucho.

—Bien —contesta sonriendo.

—Espera... Tu idea inicial era decirme seis meses ¿verdad?

—Sí, pero sabía que regatearías bastante, así que empecé por lo alto —
expone arrancándole una carcajada a mi hermano.

—Eres la leche, cuñadita —dice entre risas—. Tienes al lobo bien
agarrado por los... la correa.

Le lanzo una de esas miradas asesinas a Carter y él levanta las manos a
modo de disculpa, pero sigue riendo.

—¿A qué vienen tantas risas? —Chris se une a nosotros en el establo.

—Hola Chris —le saluda Jo.

—Ya tenemos fecha para la boda —contesto haciendo callar a Carter que
estoy seguro de que pensaba soltar una bromita de las suyas.

—Qué bien, ¿Para cuándo es el gran acontecimiento? —Besa a Jo con en
la mejilla, choca un puño con Carter y me da un golpe en el hombro a mí a
modo de saludo.

—Dentro de seis meses —afirma Jo.

—¿Tan pronto? Creí que esperaríais un par de años antes de dar el gran
paso.

Fulmino a mi ex mejor amigo con la mirada y Jo alza una ceja como
diciendo: “Te lo dije”.

—Pues ya ves que no, seis meses y Jo será oficialmente una Wolfheart.

—Genial, enhorabuena chicos. O merecéis ser felices de una vez. Pero yo
he venido a otra cosa.

—Vienes a por el PCA ¿verdad? —le pregunta Jo.

—Sí, ¿han llegado ya?

—Llegaron esta mañana. Te los iba a mandar mañana, pero ya te los cojo y
te los llevas —Se gira para ir al dispensario.

—Espera —dice Chris—, también necesito hacerte una consulta —Nos
mira a Carter y a mí—, en privado.

—Bueno, yo ya me voy —informa Carter—. He quedado con Patrick para
trasladar al ganado de los pastos de la zona Sur a los de la zona Este. La plaga
de cicuta se está extendiendo junto al río y no queremos correr riesgos.

—¿Plaga de cicuta? —pregunta Jo sorprendida.

—Después te lo explico —contesto mirando de reojo a mi hermano.

Al final voy a tener que contárselo, aunque quizás pueda mantener en

secreto el hecho de que ha sido su padre quien ha extendido esa plaga en mis tierras. ¡Maldito cabrón! Encima tengo que mentirle a Jo por su culpa. Le odio. Desearía verle arruinado de una vez por todas, y suplicándole a su hija que le perdone por ser tan hijo de perra.

—Alec, ¿Puedes ir tú al dispensario a coger la PCA? Hay dos cajas en el armario, una de ellas es la del rancho Callaghan.

—Claro —contesto cogiendo la llave que me tiende.

Les dejo solos y voy hacia el dispensario sin dejar de maldecir interiormente al desgraciado de Mathew Callaghan.

Si tú golpeas, yo respondo

Johanna

Alec se va hacia el dispensario dejándonos a mí y a Chris solos. Miro a mi amigo y enseguida noto que algo no va bien con él.

—¿Qué pasa Chris?

—Jo, no quería meterte en esto, pero necesito que hables con Cami.

—Hermano, yo te he metido en mi vida amorosa desde que éramos unos enanos. Creo que te lo debo —Sonrío y él me responde con otra sonrisa—. ¿Qué pasa con Cam? Creí que la cosa iba bien entre vosotros.

—Va bien, pero ella se niega a que vayamos más deprisa —Se pasa la mano por la nuca y cambia el peso de una pierna a la otra como cada vez que está nervioso—. Sé que tiene muchas ganas de ser madre, y yo estoy dispuesto a ayudarla con eso.

—¿Ayudarla con eso? —Suelto una carcajada—. Chris estás hablando de tener un hijo, no de llevarle la compra a casa.

—Ya lo sé. Entiendo la seriedad del asunto. Jo, quiero tener un hijo con Cam. La quiero y sé que eso la va a hacer feliz y a mí también me lo hará. La verdad es que me agrada la idea de ser padre —dice sonriendo.

—¿Qué os pasa a los hombres de este pueblo? ¿De repente a todos os han entrado ganas de traer bebés al mundo?

—¿Alec y tú...? ¿Estás...?

—¡No! Gracias a dios y a la ciencia por los anticonceptivos modernos.

—¿Qué pasa? ¿No quieres ser madre?

—Sí, algún día. Cuando Alec y yo podamos pasar más de una semana seguida sin tirarnos de los pelos. Créeme, me cuesta mucho controlar a un Wolfheart, me volvería loca con uno más. Un mini Alec haciendo travesuras... No quiero ni pensarlo.

Chris empieza a reír a carcajadas. Cuando se tranquiliza me mira sonriendo.

—¿Hablarás con Camila?

—¿Qué quieres que le diga? “Tía Cam, creo que deberías dejar que Chris te haga un hijo”. No estoy segura de que vaya a hacerme demasiado caso.

—Ella cree que lo hace por mí. Piensa que yo solo le digo lo de tener un bebé por hacerle una especie de favor o algo así.

—¿Has probado hablar con ella y contarle que tú también deseas ser padre?

—Sí, pero ya conoces a tu tía. Cuando se le mete algo en la cabeza, es más tozuda que una mula.

—Está bien, iré a verla esta tarde y hablaré con ella. Hace días que no estoy con ella.

—Sí, me contó que estabas enferma. ¿Te encuentras mejor?

—Sí, mucho mejor. Fue un virus estomacal bastante fuerte, pero ya se me ha pasado. Ahora quiero ponerme al día con el trabajo y empezar a preparar mi boda antes que Alec decida adelantarla y no me dé tiempo a hacer nada.

—¿Adelantarla? ¿Os casáis antes de seis meses?

—No creo que aguante ni cuatro —contesto sonriendo—, aunque intentaré resistir todo lo que pueda.

Los dos reímos y Alec sale del dispensario. Le entrega la caja con los frascos de PCA a Chris y me abraza por la cintura pegándose a su costado.

—Bueno, yo ya me tengo que ir. Esta tarde administraremos la proteína a los nuevos terneros.

—Si necesitas algo, ya sabes dónde estamos.

—Lo sé. Recuerda ir a ver a Camila.

Asiento y Chris se despide de nosotros antes de irse. Al salir del establo se cruza con Nadia y la saluda amigablemente, ella susurra un “hola” sin siquiera mirarle y viene hacia nosotros cabizbaja.

—Alec, ¿No tienes nada que hacer? —le pregunto sin disimular.

Se nota que está afectada por la visita de Chris y quiero hablar con ella, pero sé que no lo hará delante de su hermano.

—¿Qué? —pregunta confundido.

No ha abierto la boca desde que salió del dispensario. Está muy raro. Puede que me escuchara hablar con Chris sobre las pocas ganas que tengo de ser madre y de ahí venga su cambio de actitud.

—¿Estás bien, nene?

—Sí, claro —contesta sonriendo, pero no es una sonrisa genuina.

—¿Te importa dejarnos solas un momento? —Le hago un gesto con la

cabeza señalando a su hermana que sigue frente a nosotros con la cabeza agachada y la mirada perdida en el suelo, y él asiente.

—Sí, eh... iré a ayudar a Patrick y a Carter con el ganado, no creo que lleguemos para comer. Te veo más tarde.

Me da un beso rápido y se va a toda prisa. Después tengo que hablar con él. No es lógico que se enfurruñe porque yo no quiera tener un hijo ahora. Aún es muy pronto, prefiero esperar al menos un par de años antes de plantearme siquiera tener un hijo.

—Ya estamos solas, Nad. ¿Quieres hablar de ello? —pregunto.

Nadia niega con la cabeza y al levantar la mirada, veo que tienen los ojos abnegados en lágrimas.

—No, no quiero hablar de él —contesta limpiándose los bordes de los ojos—. Lo único que deseo es largarme de este maldito pueblo, ir a algún lugar en dónde no le tenga que volver a ver y sentir lo que siento.

—¿Estás segura de eso? A veces huir no es la mejor opción.

—No puedo Jo. Estoy intentando olvidarle, y hay momentos en los que realmente creo que lo conseguiré, pero después me cruzo con él y... —Bufa apartándose el pelo de la cara—. No quiero ni pensar en lo que voy a sentir el día que los vea juntos.

—Lo entiendo —susurro dándole un apretón en el hombro—. Si es lo que quieres de verdad, yo puedo ayudarte. Tengo amigos en Charlotte. Puedo preguntarles si necesitan a una contable por allí.

—¿De verdad? —pregunta sonriendo—. ¿Harías eso por mí?

—Claro, haré un par de llamadas. Estoy segura de que mi antigua habitación sigue vacía. El piso es compartido, pero ya conoces a Megan, además, ahora pasa más tiempo en el rancho Anderson que en casa. No creo que tarde en mudarse.

—Charlotte —susurra emocionada—, pero mi hermano...

—No te preocupes por él. Yo me encargo de Alec. Tú piénsalo bien. Es un gran cambio y no quiero que tomes ninguna decisión a la ligera.

—Estoy segura, Jo. Quiero marcharme de aquí.

—Bien, pues esta tarde llamaré a Jason.

—¿Jason tu exnovio? —Asiento—. ¿Sabe mi hermano que mantienes el contacto con él?

—¿Crees que eso me importa? —pregunto alzando una ceja—. Jay es mi amigo, y no voy a dejar de hablarle porque a tu hermano le dé un ataque de celos. Además, te recuerdo que yo tuve que aguantar los insultos de su

examante.

—Sí, Linda. ¿Se sabe algo de ella?

—No. Según tengo entendido, Laura Turkel la echó del burdel y se fue del pueblo, espero que no vuelva nunca.

Nad asiente y salimos las dos del establo. Vamos hacia la casa y al entrar nos encontramos con Norah en el salón.

—Hola, niñas —nos saluda—. Jo cielo, ¿Cómo te encuentras hoy? Tienes mejor aspecto.

—Estoy mucho mejor, Norah —comento sentándome a su lado.

Ella se revuelve incomoda en el sofá y entabla enseguida una conversación con su hija. Sé lo que pretende, quiere retener a Nadia en el salón con nosotras todo el tiempo posible, o al menos el tiempo suficiente para que yo me vaya y no nos quedemos ella y yo a solas. Lleva haciendo este tipo de cosas desde la noche del baile. Sabe que la vi con mi padre y escuché parte de su conversación, y conociéndome, intuye que voy a pedirle explicaciones. No está equivocada, llevo intentando hablar con ella desde esa noche. Necesito que me diga que fue lo que hubo entre ella y mi padre. Yo sé perfectamente lo que vi y escuché. No parecían dos viejos amigos charlando, más bien aparentaban ser una expareja manteniendo una discusión.

Al darme cuenta de que una vez más no voy a conseguir hablar con Norah a solas, decido marcharme a casa de Cam. Aprovecharé para comer con ella ya que Alec tampoco va a comer en casa.

Decido tocar al timbre de la casa de Cami en vez de abrir la puerta con mi llave, no quiero llevarme una sorpresita como la de la vez pasada. Unos segundos después, mi tía abre la puerta y me mira sorprendida.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunta.

—Vengo a traerte en un mensaje —digo cruzándome de brazos—. Tienes que dejar que Chris te haga un bombo.

Abre mucho los ojos sorprendida y yo suelto una carcajada.

—¡Será...! ¡Este tío no sabe callarse nada! ¡Ya se ha ido a quejarse contigo!

—Déjame pasar y hablamos tranquilas —replico haciéndola a un lado y entrando en la casa.

—¿Por qué no has abierto con tu llave?

Cam cierra la puerta, me sigue hacia el salón y nos sentamos cada una en un sofá.

—Tenía miedo de interrumpiros a ti y a Chris, otra vez —contesto con una

sonrisa pícara.

—Por cierto, ¿Cómo estás? Tienes buen aspecto.

—Estoy perfectamente, pero no intentes cambiar de tema. ¿Me vas a explicar por qué no quieres dejarte preñar?

—Sabes que no soy una vaca ¿verdad? —exclama haciéndose la ofendida.

—Cam, no le des más vueltas. Al tema, ¿Por qué?

Resopla y se echa hacia atrás en el sofá.

—Ya sabes por qué. Por el mismo motivo por el cual no quería tener una relación seria con Chris. No es justo para él.

—Una vez más estás decidiendo por él. ¿Has pensado que quizás Chris también tenga ganas de ser padre? Después de hablar con él, yo me quedé convencida de que eso es lo que quiere.

—Eso dice, pero ya conoces a Chris, es un cielo, sería capaz de mudarse a la Antártida si pensara que eso podría hacerme feliz.

—¿Y aún te lo piensas?! Tienes a tu lado a un hombre guapo, amable, simpático y capaz de hacer cualquier cosa por ti. ¿Cómo puedes ser tan cabezona?!

—Visto de ese modo —murmura en tono pensativo—. Pero, ¡oye bonita! Te recuerdo que la cabezonería es algo que tú heredaste de mí. Dejemos ya de hablar de mi vida amorosa y hablemos de la tuya. ¿Ya hay una fecha para la gran boda?

Esta vez la que resoplo soy yo.

—La fecha oficial es para dentro de seis meses, pero estoy segura de que Alec va a encontrar una forma de adelantarla, así que ponle unos tres o cuatro meses.

—¿Tan pronto?! ¡Hay mil cosas que hacer! Tenemos que ir a Ashville a mirar un vestido y contratar un catering y...

—¡Hey, para el carro! Vas lanzada, chica. No pienso hacer una gran boda, solo unos cuantos invitados, familia y poco más. Aunque eso Alec no lo sabe, he puesto de excusa que quiero una gran boda para ganar algo de tiempo.

—¿Por qué te resistes tanto a casarte con él? No lo entiendo. Os amáis, eso está claro. ¿Por qué tantas reticencias?

—La verdad, no es que no quiera casarme, pero... —Suspiro—. Siempre pensé que sería papá quién me llevaría al altar, y ahora... No sé, supongo que tenía la esperanza de que recapacitara.

—Eso no va a pasar, cariño —susurra agarrando mi mano cariñosamente—. Tu padre está demasiado ciego de ira y resentimiento para darse cuenta de

lo que se está perdiendo.

—Sí, lo sé. Por cierto, no te conté lo que pasó la noche del baile.

—Vi lo que pasó, todo el pueblo lo vio. Tu lobo se convirtió en un cachorrito amoroso —dice sonriendo.

—No hablo de eso. Después del numerito de Alec, vi como Norah se alejaba de la plaza en una actitud muy sospechosa, así que la seguí, imagínate mi sorpresa al encontrarla hablando con mi padre.

—¿De qué hablaban?

—Eso fue lo que más me descolocó. Hablaban del pasado y papá le reclamaba que no le hizo caso y Jack Wolfheart no la hizo feliz. Todo fue muy raro, hablaban... más bien, discutían como si fuesen... Joder, no me creo lo que voy a decir, pero me dio la impresión de que mi padre y Norah fueron más que amigos en el pasado.

—Espera, espera... ¿Cómo que más que amigos? ¿Crees que fueron amantes?

—No lo sé. Te dije que había encontrado esa foto extraña en el sótano y después de escucharles discutir... No entiendo nada. He intentado hablar con Norah, pero después de esa noche, se dedica a evitarme y rehuirme. Solo espero que mi padre... —me callo de golpe para no decir en voz alta lo que lleva tiempo atormentándome.

—Sigue, ¿Qué ibas a decir?

Me rasco la mejilla y hago una mueca.

—¿Crees que mi padre le fue infiel a mamá con Norah? No he podido dejar de pensar en eso desde que los vi juntos.

Cam desvía la mirada de inmediato y niega con la cabeza.

—No lo creo. Quizás fueron novietes de jóvenes, no creo que debas preocuparte por eso —dice sin mirarme.

Entrecierro los ojos mirando a mi tía. La conozco perfectamente, su lenguaje corporal grita que está ocultando algo.

—¿Qué sabes, Cam? —Va a contestar, pero la detengo con un gesto de la mano—. Ni se te ocurra decirme que no ocultas nada, o que son paranoias mías. Te conozco, te has puesto nerviosa. No entiendo a qué viene tanto secretismo con respecto a mis padres. ¿Por qué todo el mundo se empeña en ocultar cosas del pasado?

Cami suspira y me mira directamente a los ojos.

—Está bien. Voy a contarte lo que sé —claudica—. Yo era pequeña cuando mis padres murieron. Como ya sabes, Kate fue la que se hizo cargo de

mí, no teníamos a nadie más. Después del funeral de mis padres, me enteré de que estábamos en la ruina. La única herencia que recibiríamos de nuestros padres, serían un montón de deudas. Kate estuvo llorando durante días, estaba desesperada porque muy pronto los acreedores vendrían a quedarse con la que hasta entonces era nuestra casa, pero un día, Mathew vino a casa. Yo lo conocía por verle por allí, Kate y él eran amigos desde que eran niños. Al día siguiente, tu madre me dijo que iba a casarse con Mathew y nos íbamos a mudar al rancho Callaghan. En ese entonces Mathew también había perdido a sus padres y se hacía cargo de todo él solo.

—¿Me estás diciendo que el matrimonio de mis padres fue algo así como un arreglo? ¿Un matrimonio de conveniencia?

—Eso no lo entendí hasta años después —Me mira y respira profundamente—. Jo, puede que te duela lo que voy a decirte, pero... —se calla un momento y vuelve a respirar hondo—. Tu madre no iba sola cuando tuvo el accidente que acabó con su vida. Estaba acompañada de su amante.

—¿Qué?! ¿Mi madre tenía un amante?! ¿Y papá?! ¿Él lo sabía?!

Asiente volviendo a apretar mi mano.

—Sí, él lo sabía y no le importaba. Kate solía verse a menudo con un hombre de Ashville. Ella nunca me habló de ese hombre, pero yo le veía la cara cuando llegaba a casa después de estar con él, estaba radiante, era feliz.

—Le amaba —susurro para mí.

—Sí, eso creo. Tu padre se portó muy bien con ella, y conmigo también. Nos dio un lugar donde vivir, y creo que en algún momento de su matrimonio, intentaron que funcionara, porque te tuvieron a ti. Pero simplemente no se amaban, así que a tu pregunta de antes.... la verdad es que no me extrañaría que tu padre también hubiese tenido una amante, aunque no creo que fuese Norah Wolfheart. Ella estaba casada y según tengo entendido, Jack Wolfheart era muy celoso y sobreprotector con su mujer.

Me quedo muda un buen rato intentando asimilar toda la información que he recibido de golpe. Mi padre y mi madre no se querían, su matrimonio fue una farsa, ella tenía un amante al que sí quería, ¿Dónde encaja Norah en toda esta historia? ¿Fue amante de mi padre? ¿Él la quería como mi madre quería a ese otro hombre? Todo esto es demasiado para mí. Siento como la cabeza me va a explotar de un momento a otro.

—Cuéntame todo lo que sepas —pido clavando mis ojos en los suyos—. Quiero saberlo todo, hasta el más mínimo detalle que recuerdes.

Cam asiente y pasamos unas cuantas horas hablando sobre el tema. Ella me

relata los recuerdos que conserva de mi madre y de lo contenta que se veía cada vez que regresaba de Ashville. Mi tía está convencida que la intención de mi madre era dejar a mi padre e irse a vivir con su amante cuando yo creciera un poco más. La mujer que me dio la vida, estaba demasiado agradecida con su falso marido como para abandonarle y apartarlo de su hija pequeña.

Después de comer, decidimos cambiar de tema y hablar sobre la futura maternidad de Cam y cuando me voy al anochecer, mi tía me promete que va a hablar con Chris y valorar la posibilidad de que él quiera realmente ser padre.

En el coche, de camino al rancho Wolfheart, no puedo dejar de darle vueltas a la historia de mis padres. Estoy convencida de que Norah podría aclararme todas las dudas que tengo, empezando por la fotografía y terminando por lo que escuché la noche del baile. Tengo que hablar con ella sea como sea. No puede pasar de esta noche. Después de cenar, voy a decirle directamente que tenemos que hablar y no pienso admitir un no por respuesta, ni ninguna excusa que pueda darme.

Al entrar en el comedor, ya todos están sentados a la mesa. Alec me mira sonriendo, pero una vez más, la sonrisa no le llega a los ojos. Otra conversación pendiente. Ese problema pienso atajarlo esta noche en nuestro dormitorio. Estoy dispuesta a adelantar la fecha de la boda si con eso consigo que se olvide de la idea de dejarme preñada a corto plazo. Muy bien, creo que ya tengo un plan: Cena, conversación con Norah y después Alec. Me siento junto a mi lobo tras saludar a los presentes y empezamos a cenar en silencio. Miro a Nadia y la veo apagada y cabizbaja. ¡Mierda! Se me ha olvidado llamar a Jay por lo de su traslado a Charlotte. Una tarea más que cumplir, pero esa pienso dejarla para mañana. Le llamaré a primera hora de la mañana.

—Cuanto silencio —murmura Carter.

Sonrío mirándole. Empiezo a conocerle bien y ya me he dado cuenta de que no aguanta demasiado tiempo callado y los silencios le incomodan.

—¿Qué pasa, cuñadito? —digo usando el mismo apelativo que el utiliza conmigo—. ¿Te molesta el silencio?

—Un poco, la verdad. Hoy en esta casa parece que se está celebrando un velatorio.

—¿Los velatorios se celebran? No es una celebración, ¿O sí? —pregunto sonriendo.

—No sé —añade Nadia sumándose a la conversación—. Es raro decir que se celebra. Suena a fiesta.

Carter y yo reímos y vemos como Norah nos mira negando con la cabeza.

Y así, sin más, todo vuelve a la normalidad, hablando de velatorios y de celebraciones todos volvemos a sonreír y el silencio se apaga. Incluso Alec entra en el debate de si es correcto juntar las palabras celebración y velatorio en la misma frase. Acabamos riendo a carcajadas de las tonterías que suelta Carter y doy por mí pensando en lo afortunada que soy de haber conocido a estas personas, no solo a Alec al que amo con toda mi alma, también a su familia, Esas personas que me acogieron en su casa sin apenas conocerme y me han brindado todo el apoyo y el cariño de mundo transformándome en parte de su familia. Una familia que no esperaba encontrar, pero que agradezco tener y espero no perder nunca.

Veo a Alec riendo a pleno pulmón de algo que ha dicho Carter, y me llena de orgullo ver lo mucho que ha cambiado su relación con su madre y sus hermanos. Antes se sentaba a comer en la misma mesa con ellos, pero casi no hablaba, solo gruñía un par de veces y se levantaba nada más terminar su plato de comida. Ahora es distinto, disfruta charlando con su madre o riendo de las tonterías de Carter.

—¡Wolfheart! ¡Maldito desgraciado, da la cara!

Me levanto como un resorte al escuchar los gritos de mi padre en el exterior de la casa. Miro a Alec que también se ha levantado y le veo apretar la mandíbula con fuerza.

—Quedaos aquí —ordena caminando hacia la puerta.

Norah, Carter y Nad me miran sorprendidos y tan confundidos como estoy yo.

—¡Y una mierda! —murmuro, salgo tras Alec y le alcanzo cuando está abriendo la puerta.

Me fulmina con la mirada, pero le ignoro saliendo al exterior.

—Papá, ¿Qué pasa? ¿Qué haces aquí? —pregunto.

Chris está con él e intenta tranquilizarlo, pero mi padre se revuelve zafándose de su agarre, me ignora y va directamente hacia Alec, le agarra del cuello de la camisa y lo empuja contra la pared.

—¡Has sido tú! ¡Sé que has sido tú! —grita enfurecido.

—¡Chris, apártale de mí antes de que pierda los papeles! —ordena Alec manteniendo los brazos a cada lado de su cuerpo con las manos cerradas en puños.

Sé que se está conteniendo para no devolverle el ataque a mi padre, y que lo hace por mí. No podría ver como las dos personas que más quiero se agreden físicamente. Chris obedece y sujeta a mi padre por las axilas

alejándole de Alec.

—¿Qué demonios está pasando aquí?! —grito.

—¿Pregúntaselo a tu futuro marido! —Mi padre se retuerce para librarse de los brazos de Chris. Está más furioso de lo que nunca le he visto, completamente fuera de control.

—¿Alec? —pregunto mirándole.

—No tengo ni idea de lo que está hablando. Ya le estás viendo, pequeña. Está totalmente desquiciado.

—¡Hijo de perra! ¡Te voy a matar! —Mi padre intenta abalanzarse sobre Alec, pero Chris se lo impide.

—¿Qué pasa?! —exclama Norah apareciendo en la puerta seguida de sus otros dos hijos.

—No pasa nada —contesta Alec—. Entrad en casa.

Ninguno le hace caso. Me giro hacia Chris buscando una explicación, y él me devuelve una mirada triste mientras intenta controlar a mi padre.

—¿Qué está pasando aquí, Chris? ¿A qué viene todo esto?

—Hemos perdido unos cuantos terneros y hay muchos enfermos, Jo —contesta.

—¡Todo es culpa tuya! —vuelve a gritar mi padre señalando a Alec—. ¡Eres un maldito demonio! ¡Esto es lo que siempre has querido ¿Verdad?! ¡Querías verme arruinado!

—¿De qué habla? ¿Qué coño tiene que ver Alec en todo esto?!

—Nosotros también hemos sufrido pérdidas —contesta Alec antes de que Chris pueda responderme—. Hay una plaga de cicuta. Seguramente los terneros se enfermaron por comerla.

Chris niega con la cabeza y me mira.

—Los terneros empezaron a caer como moscas después de administrarles la proteína. Solo han caído los que hemos tratado esta tarde con la PCA.

—¡Eso es imposible! —exclamo—. La proteína es totalmente segura. He tratado cientos de animales con ella.

—¡Envenenados! ¡Han muerto envenenados! —grita mi padre librándose del agarre de Chris. Respira hondo para tranquilizarse y evita mirar directamente a Alec. Está temblando de pies a cabeza de pura furia —. ¡Ese cabrón ha envenenado a mi ganado!

—Eso es completamente imposible —insisto—. Los frascos de PCA llegaron esta mañana, estaban guardados en el dispensario bajo llave y yo misma... —me callo al darme cuenta de lo que estaba a punto de decir, “yo

misma los cogí de allí”, pero no fui yo quien los cogió, fue... Miro a Alec abriendo los ojos de par en par y él desvía la mirada —. ¿Qué has hecho, Alec?

Me mira y alza la barbilla apretando la mandíbula.

—Nada. ¿Vas a creerle a él? ¿No ves que todo esto solo es una jugada para hacerte dudar de mí?

—¡No me mientas! —grito perdiendo la paciencia. La forma en la que desvía la mirada, confirma mis sospechas. Ha sido él. No, no puede ser. Por favor, que me convenza de que no lo ha hecho. No podré soportar esta decepción, no ahora que todo empezaba a ir bien. Respiro profundamente y doy un paso hacia él —. Alec, mírame a la cara —Bufa, pero hace lo que le digo—. ¿Lo hiciste? ¿Fuiste tú?

Se muerde el labio inferior lanzándome una mirada que me rompe el corazón en dos y asiente. Siento como si mi mundo estuviese haciéndose pedazos, todo me da vueltas, no quiero creerlo, no puedo. ¿Cómo ha podido hacerlo? Después de todo lo que hemos pasado, ¿Cómo ha podido ser capaz de traicionarme de esta manera y usarme para dañar a mi padre?

—Lo siento, pequeña. No sé ni por qué lo hice, no puede... ¡Joder! —Se pasa la mano por el pelo y me mira—. Perdóname, te juro que...

Levanto una mano para que deje de excusarse y parpadeo para mantener a raya el torrente de lágrimas que amenaza con desbordar mis ojos.

—¿Qué fue lo que hiciste? —pregunto clavando mis ojos en los suyos.

—Yo... pequeña, escúchame...

—¿Qué coño has hecho, Alec?! ¿Qué le has puesto a la PCA?

—Cambié los frascos —susurra agachando la cabeza—. Puse en la caja los frascos de antiparasitario, de ese que me dijiste que sería letal en dosis altas para los terneros.

Asiento con más frialdad de la que nunca pensé que podía tener en una situación así y miro a Chris. Mi padre está a su lado y sé que se está conteniendo para no abalanzarse hacia Alec. La verdad es que ahora mismo, no sabría si detenerlo o ayudarlo a darle una paliza. Estoy demasiado cabreada y sobre todo, demasiado dolida para pensar con claridad. Lo único que me importa en este instante, es emendar mi error al confiar en Alec, y salvar a todos los terneros que pueda antes de que sea demasiado tarde.

—Chris, ¿Puedes coger mi maletín del establo? Podemos salvar a algunos terneros si actuamos rápidamente.

Asiente y sale corriendo hacia al establo. No miro a Alec mientras espero

a que vuelva. No creo que pueda hacerlo sin llorar, o golpearle, o decirle lo mucho que le odio en este momento.

—Voy contigo— susurra.

Levanto la cabeza clavando mis ojos en los suyos procurando demostrarle con la mirada que no quiero ni que me mire, mucho menos tenerle cerca.

—Creo que ya has hecho suficiente por hoy —gruño levantando el mentón de manera altiva.

—¿Crees que tu padre es un santo? Yo no soy el único villano aquí, Jo. ¡¿Quién coño crees que fue el responsable de la plaga de cicuta que se está extendiendo en mis tierras?! ¡Fue él! También mandó envenenar a varios de mis toros. Yo no soy el único que está peleando en esta guerra.

Miro a mi padre sorprendida y él alza la barbilla cruzándose de brazos.

—¿De verdad creías que ibas a atacarme sin recibir una respuesta por mi parte? —Sonríe cínicamente y se encoge de hombros—. Ojo por ojo, Wolfheart. Si tú golpeas, yo respondo.

Los miro a uno y a otro totalmente alucinada. ¿En qué estaba pensando cuando creí que podría lograr la paz entre los Callaghan y los Wolfheart? Eso nunca va a pasar, porque ninguno de ellos quiere que suceda.

—Sois iguales —murmuro negando con la cabeza.

—Pequeña, yo...

—¡No! ¡No digas ni una puta palabra más! Estoy harta de tus jodidas promesas que nunca cumples.

Chris llega y me tiende mi maletín, lo cojo y me giro dispuesta a caminar hacia el coche, pero una mano se cierne en mi brazo impidiéndome moverme. Me giro y sacudo mi brazo fulminando a Alec con la mirada.

—Jo, mi niña. Te lo suplico.

—¡Suéltame! ¡Suéltame, Alec!

—Está bien, te suelto, pero prométeme que volverás —Se pasa la mano libre por el pelo y me mira con ojitos de perro abandonado—. Prométeme que hablaremos de esto. Volverás a casa y hablaremos, intentaremos solucionarlo, por favor.

Asiento y sacudo mi brazo de nuevo soltándome de su agarre, me meto en mi coche y salgo de allí quemando rueda. Mi padre y Chris me siguen y no tardamos en llegar al rancho Callaghan. No puedo pararme a pensar ahora en todo lo que acaba de suceder, si lo hago me derrumbaré, y ahora tengo que tener la cabeza despejada para intentar salvar al ganado. Después ya tendré tiempo de llorar a gusto, y de hablar con Alec. Alec, solo pensar en él, siento

como si un puñal se clavara en mi corazón y se retorciera provocándome un dolor insoportable.

Me rindo, eres suyo

Alec

Cierro los ojos y aprieto los puños con fuerza al ver como el coche de Jo se aleja a toda velocidad. Se aleja de nuevo, y sé que solo yo soy el único culpable. Una vez más he metido la pata hasta el fondo y ahora tendré que pagar las consecuencias.

—¡Eres un puto gilipollas! —grita Carter sujetándome del hombro con fuerza y empujándome contra la pared.

Lo miro sorprendido por su ataque y no veo venir el puñetazo que impacta en mi barbilla. ¿Me ha pegado? ¿Mi hermano acaba de darme un puñetazo? No doy crédito.

—¿A ti qué coño te pasa?! —Lo empujo con fuerza y me llevo la mano al lugar dónde su golpe a impactado en mi cara.

—¿A mí?! ¡¿Qué mierda te pasa a ti?! ¡Acabas de perder tu única oportunidad de dejar de ser un maldito animal!

—¿Por qué, hijo? —pregunta mi madre con lágrimas en los ojos.

—Porque Jo es demasiado buena para él —añade mi hermana—. Solo era cuestión de tiempo que se cansara de sus malditas mierdas y le dejara.

—¡No me ha dejado! —grito. Respiro profundamente para intentar tranquilizarme y desvío la mirada para no ver la decepción en sus ojos—. Volverá, me lo ha prometido. Me perdonará y lo arreglaremos, como siempre —susurro para mí.

—Espero que no lo haga —dice mi madre sorprendiéndome—. Quiero que seas feliz, hijo, pero te mereces lo que te está pasando. Lo tenías todo para cambiar y empezar una nueva vida, y no lo has aprovechado. Has preferido seguir con esa maldita venganza en contra de los Callaghan, y no entiendo como no te das cuenta que Johanna es una Callaghan. Si haces daño a su padre, se lo haces a ella.

—¡Maldita sea! ¡No lo entiendo, hermano! —continúa Carter—. ¿Por qué

echas a perder lo único bueno que tienes en tu vida? —Niega con la cabeza—. ¿Sabes lo que vas a conseguir con tu actitud de mierda? Perder a todos aquellos a los que le importas. Vas a quedarte solo, Alec.

—¡No me va a dejar! —exploto de nuevo pasándome la mano por el pelo y resoplando como un toro.

—Si sabe lo que es bueno para ella, lo hará. Se largará de aquí y nunca volverá —añade Nadia—, y yo me iré con ella. No pienso quedarme a ver como mi hermano se autodestruye y se hunde cada vez más. Esta vez has ido demasiado lejos. Conmigo no cuentas para apoyarte, si tengo que ayudar a Jo a alejarse de ti, lo haré. Tú no te la mereces.

—¡Cállate! ¡Cierra la puta boca! —grito agarrando sus brazos y zarandeándola.

—¡Suéltala Alec! —mi madre se pone frente a mí y me da un bofetón.

La miro sorprendido mientras ella abraza a Nad que parece muy asustada.

—Nad, lo siento —susurro alejándome de ella—. Lo siento mucho, yo no quería...

—¡Se acabó! —grita mi madre—. Siempre te he apoyado en todo, incluso cuando no estaba de acuerdo con tus decisiones, pero esta vez no cuentas conmigo. ¡No te reconozco! Te veo aquí frente a mí y solo veo a una copia de Jack Wolfheart. He rezado durante años para que no acabaras siendo igual a tu padre, pero mírate... —Niega con la cabeza mientras las lágrimas ruedan por sus mejillas—. Espero que Johanna sea lo suficientemente lista como para alejarse de ti ahora que puede. Yo he estado en su lugar, he amado a un hombre que vivía por y para la venganza, la ira y el odio, y eso estuvo a punto de destruirme. No le desearía a nadie pasar por algo así, mucho menos a la pobre Jo.

—¡Mi padre era un buen hombre!

—¡No! ¡No lo era! —brama Carter—. Tú no le conocías. Solo veías lo que querías ver.

—¡Deja de hablar mal de él! ¡Siempre tuviste celos de la relación que tenía con papá!

—¿Celos?! ¿Crees que te envidio, hermano? ¿Crees que me gustaría vivir con la carga que tú arrastras? No, no te tengo celos. Solo desearía haber tenido un padre que no fuese un cabrón retorcido.

—¡Cállate! —Lo sujeto por el cuello de la camisa y pego mi cara a la suya amenazándole con la mirada—. Como no te calles...

—¿¿Qué vas a hacer?! ¿¿Me vas a golpear por decir la verdad?! ¡Ese era

nuestro padre! ¿Recuerdas el ritual que nos hizo hacer de niños? ¿Eso de pasar la noche en el bosque con los ojos tapados?

—¿Esa prueba que yo pasé y tú no? —pregunto con sorna.

—Esa misma. ¿Sabes lo que hizo nuestro querido padre cuando yo me negué a quedarme allí solo? —Se zafa de mi agarre de un empujón y clava su dedo índice en mi pecho—. ¡Me ató a un puto árbol! ¡Estuve gritando toda la noche hasta que me quedé sin voz! ¿Qué clase de padre ata a su hijo de once años a un árbol en mitad del bosque y le deja allí toda la noche, llorando, desesperado y aterrado? Ese era tu padre, un maldito hijo de perra.

No sé qué me hace llevar mi brazo hacia atrás y golpearle con todas mis fuerzas en el estómago, pero lo hago. Le doy tan fuerte que puedo sentir como sus intestinos se contraen bajo mi puño.

—¡Alec! —grita mi madre ayudando a Carter a enderezarse—. Eres un animal salvaje.

—¡Sí! ¡Soy un jodido animal! ¡Me da igual que vosotros me deis la espalda! Johanna va a volver, y me perdonará. ¡No os necesito para nada! Solo la necesito a ella.

Entro en casa a toda prisa y subo las escaleras de dos en dos en dirección a mi dormitorio. Abro la puerta de golpe y Wolfy me mira desde los pies de la cama, se baja al suelo de un salto y al pasar a mi lado en dirección a la salida, me lanza un gruñido nada amistoso. ¡Genial! ¡Hasta el perro me odia! Me tiro de los pelos desesperado por saber algo de Jo. Si dependiera de mí, ahora mismo estaría junto a ella suplicándole perdón. No sé porque cambié esos frascos. Juro que no pensaba hacerlo, no lo planeé, pero es que estaba tan furioso con Mathew Callaghan... No podía dejar de pensar en la forma en la que trató a Jo la noche del baile, y en la cicuta, esa fue la gota que colmó el vaso.

Miro a mi alrededor y me desespero al ver la habitación vacía. ¿Esto es lo que me espera? ¿Voy a vivir solo el resto de mi vida? Mi familia ya me ha dado la espalda y Jo...

—No, no, no —susurro tirándome del pelo, parezco desquiciado, pero es que lo estoy. Necesito que vuelva y que me perdone—. Jo va a perdonarme. Lo hará. Ella me quiere y no me va a abandonar.

Respiro profundamente y me dejo caer al suelo apoyando mi espalda contra la pared. Solo tengo que esperar un rato a que vuelva, lo hablaremos. Va a estar muy cabreada conmigo, probablemente no me dirija la palabra unos cuantos días, quizás un par de semanas, pero acabará perdonándome. Nos

casaremos y nunca más volveré a hacer algo como esto. Eso es, solo tengo que esperar.

Johanna

Llevo más de ocho horas tratando a los terneros, he conseguido salvar muchos, pero otros han muerto sin que pudiese hacer nada. Durante estas horas, no me he permitido a mí misma pensar en Alec ni en su traición, sé que estará esperándome en casa, le prometí que volvería para hablar con él y pienso cumplirlo, pero antes tengo una conversación pendiente con mi padre.

—Jo, creo que y no podemos hacer nada más —dice Chris apretando mi hombro de manera cariñosa.

Los dos estamos sudados y nuestras ropas están cubiertas de polvo y mugre por estar en contacto con los animales. Unos cuantos trabajadores se están encargando de trasladar los cadáveres y otros llevan a los supervivientes a unas cuadras apartadas para mantenerlos bajo vigilancia, de eso se va a encargar el veterinario del rancho Callaghan que llegó hace un par de horas y se puso a trabajar bajo mis órdenes. Parece un hombre competente, me quedo más tranquila sabiendo que los animales están en buenas manos.

—Sí —contesto pasándome el dorso de la mano por la frente para retirar el sudor—. Algunos no lo superarán, pero la mayoría sobrevivirá.

—Has hecho un buen trabajo, Jo. Vámonos a descansar, el veterinario puede ocuparse de todo a partir de ahora.

Asiento y empiezo a recoger mis cosas en silencio. Cuando termino, cierro mi maletín y me lo echo al hombro, miro a Chris y le veo observándome.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—¿Cómo estás? No he querido preguntarte nada hasta ahora porque estabas concentrada en tu trabajo, pero ahora que has terminado... ¿Te encuentras bien? Sabes que si necesitas hablar con alguien...

—No estoy bien, hermano —contesto colocándome un mechón de mi pelo revuelto tras la oreja—. Estoy muy jodida. Me siento herida, traicionada y muchas cosas más de las que no quiero hablar en este momento. Ahora mismo solo quiero pegarme una buena ducha y dormir durante todo el día.

—Deberías hacerlo.

—Ya, pero una vez más no voy a tener lo que quiero. Tengo una conversación pendiente con mi padre y otra con Alec. De esas dos charlas va a depender mi futuro, así que, aunque me encantaría, no puedo posponerlas.

—Lo entiendo. ¿Cuál va primero?

—Estoy más cerca de mi padre, así que empezaré por él.

—¿Te llevo a casa?

—No, gracias. Me llevo mi coche —Me acerco a él y le doy un abrazo cariñoso—. Gracias por todo, Chris. Es bueno saber que siempre puedo contar contigo.

—Lo mismo digo, hermana —Me da un beso en la mejilla y se marcha en su todoterreno.

Diez minutos después detengo el vehículo frente a la que consideraba mi casa hasta hace apenas unos meses. Es increíble, parece que ha pasado toda una vida desde el día que me fui a vivir al rancho Wolfheart, han pasado tantas cosas desde entonces. He sufrido muchísimo por las mentiras y los engaños de Alec, pero también he sido inmensamente feliz a su lado.

Suspiro y salgo del coche, toco al timbre y un par de minutos después es Nala quien me abre la puerta. Ya está vestida y con su pelo perfectamente arreglado a pesar de que el sol aún no ha salido del todo. Me mira y se abalanza hacia mí abrazándome fuertemente.

—Mi niña, ¿Cómo estás? ¿Cómo te encuentras?

—Estoy bien, nana —contesto sonriendo levemente—. ¿Puedes llamar a mi padre? Necesito hablar con él.

—Claro, pero pasa muchacha. ¿Por qué has tocado al timbre? ¿Has perdido tu llave? —pregunta agarrando mi brazo y tirando de mí hacia el interior de la casa. Niego con la cabeza y ella me mira sorprendida

—Preferiría hablar con mi padre aquí fuera.

—No digas tonterías Johanna. Ya sé que Matt no actuó bien, pero ya sabes cómo es, tú eres igualita a él, cuando se os calienta la boca decís cosas que no sentís.

—Me echó de casa, nana. Dijo que esta ya no era mi casa y que yo soy su hija. Eso es más que calentarse la boca. Fue cruel y me dio la espalda cuando yo más lo necesitaba.

Nala asiente y sonrío tristemente.

—¿Qué te han hecho estos dos hombres, mi niña? ¿Dónde está tu sonrisa? ¿Qué ha hecho contigo esa maldita guerra entre las dos familias?

Voy a responderle, pero soy interrumpida por mi padre que se asoma a la puerta y me mira fijamente.

—Hola papá —saludo secamente.

—Hola hija, ¿Qué haces en la puerta? Pasa —Abre la puerta de par en par y me hace un gesto con la cabeza para que entre, pero yo niego dando un paso

hacia atrás.

—¿Ahora vuelvo a ser tu hija? —inquiero alzando la barbilla.

—Tú siempre has sido y serás mi hija —contesta agachando la mirada—. Entra en casa y hablaremos tranquilamente.

—No voy a entrar en tu casa, papá. Solo he venido a informarte que he salvado a todos los terneros que he podido, y a disculparme contigo. Ha sido culpa mía, si yo no hubiese confiado en Alec, esto no habría pasado. Me usó para hacerte daño y eso es mi responsabilidad por haberlo permitido aunque haya sido indirectamente. No sé cuánto tiempo tardaré, pero te pagaré todas las pérdidas que este incidente te ha ocasionado, hasta el último centavo.

—No tienes que pagarme nada. No has sido tú quien ha ocasionado todo este desastre. Solo confiaste en la persona equivocada, yo...

—Adelante —le interrumpo cruzándome de brazos—. Dilo. Llevas mucho tiempo esperando el momento de decir “te lo dije”, ha llegado tu ocasión.

Suspira y niega con la cabeza.

—Me gustaría no haber tenido la razón.

—¡No mientas! ¡Estás encantado con todo esto! Finalmente has conseguido lo que querías, pero ¿a qué precio, papá? ¿Te haces una idea de lo devastada que me siento ahora mismo?

—¿Vas a echarme a mí la culpa de eso? ¡Fue ese maldonado el que te engañó, yo solo intentaba protegerte!

—¡No! Tú intentabas hacerle daño a él, ganar esta estúpida guerra, y no te importó que yo estuviese en medio del fuego cruzado. No eres distinto a Alec, al contrario, los dos os parecéis más de lo que ninguno de vosotros creéis.

—Hija, yo...

—¡No, papá! —grito perdiendo los nervios—. ¡Estoy harta de mentiras, de engaños y de secretos! ¡¿Por qué no me dijiste que tu matrimonio con mamá era una farsa?! —mi grito en forma de pregunta le toma por sorpresa y retrocede como si acabara de golpearle en la cara—. ¡¿Por qué no me dijiste que mi madre iba acompañada de su amante en el momento que tuvo el accidente que le costó la vida? Y Norah... ¡¿Crees que no me he dado cuenta de la manera en que la miras?! Sé que entre vosotros hubo mucho más que una amistad. ¡Cuéntamelo, papá! ¡Sé sincero conmigo por una maldita vez en tu vida!

Se cruza de brazos y desvía la mirada negando con la cabeza.

—No tengo nada que decirte —afirma.

Cierro los ojos y suspiro. No sé qué esperaba que me dijese. Este hombre

nunca ha sido sincero conmigo. No es la persona que yo creí que era, y eso me produce una decepción inmensa.

—Muy bien, no te preocupes, no volveré a preguntarte nada más. ¿Quieres seguir con esta guerra? Adelante, mataos entre los dos, destruíos el uno al otro, pero no esperéis que yo me quede a ver como las dos personas que más quiero, acaban el uno con el otro arrastrándome a mí con ellos. Yo voy a dejar de ser un maldito daño colateral, papá. Se acabó, mi paciencia ha llegado a su límite con vosotros dos.

—¿Qué quieres decir con eso? —me pregunta con un tono de voz que denota preocupación.

—Da igual, lo averiguarás muy pronto. Adiós papá. Espero de verdad que algún día encuentres lo que buscas, sea lo que sea lo que no te deja vivir en paz. Últimamente has dicho demasiadas veces que tú no tienes ninguna hija, a partir de ahora eso es un hecho. Asegúrate de borrarle de tu herencia y no me llares si me necesitas, porque para ti, yo ya no existo.

Me doy la vuelta y camino de vuelta hacia mi coche limpiándome con el dorso de la mano las lágrimas que no sabía que estaba derramando, arranco el vehículo y salgo a toda prisa en dirección al rancho Wolfheart. No puedo evitar mirar por el espejo retrovisor y se me encoje el corazón al ver a mi padre de pie en el mismo lugar donde lo dejé viéndome marchar. Quizás esta es la última vez que lo volveré a ver, y duele, me duele más de lo que nunca pensé que llegaría a dolerme algo. Estoy agotada, física y mentalmente, y soy consciente de que lo peor aún está por venir, aún me queda la parte más dura. Acabo de decirle adiós a una de las personas que más quiero en el mundo, ahora me falta la otra, y no sé si tendré fuerzas suficientes para hacer lo que tengo que hacer.

Alec

Llevo más de nueve horas esperando en mi habitación. No me he movido de mi lugar, y por momentos pierdo la esperanza de que Jo regrese. Pero lo prometió, dijo que volvería y yo la creo. Wolfy ha vuelto a entrar en la habitación hace un rato y se ha tumbado en su lugar a los pies de la cama, de vez en cuando me mira y suspira como si pudiese sentir la angustia que me ahoga. ¿Y si no regresa? ¿Sería capaz de abandonarme sin hablar conmigo? No, Jo no me haría algo así... ¿o sí?

La puerta de la habitación se abre alejándome de mis pensamientos, levanto la cabeza como un resorte. Ahí está. Ha cumplido su promesa, ha

vuelto.

—Has vuelto —susurro dibujando una sonrisa en mi cara.

Una sonrisa que borro al instante al ver su cara, parece agotada, su ropa está sucia y tiene el pelo enredado, pero lo que más me preocupa, es la enorme tristeza que refleja su mirada. Camina lentamente y va directamente al baño. Me levanto de un salto y la sigo viendo como saca un par de toallas limpias del armario y abre el grifo de la ducha. Se quita la camiseta, las botas y los pantalones quedándose únicamente en ropa interior mientras yo la observo en silencio. Tengo miedo de decir algo que desate su ira, sé que eso es lo que va a pasar tarde o temprano, va a gritarme y a insultarme, quizás hasta me lleve algún guantazo, eso es algo que tengo asumido y sé que merezco, así que lo aguantaré con entereza y esperaré a que se tranquilice para suplicarle que me perdone.

—¿Puedes salir? Me gustaría darme una ducha —dice sin mirarme.

Su voz suena apagada y neutra, como si no tuviese ganas ni de hablar.

—Pequeña, tenemos que hablar —susurro con cautela.

—Después, ahora estoy agotada y necesito una ducha —contesta desabrochándose el sujetador.

—¿Puedo ducharme contigo?

—No, espérame en la habitación, no tardaré—. Suspiro y me froto la cara dándome por vencido. Puedo esperar un rato más, a fin de cuentas, ella está en casa. No me ha dejado y eso es lo único que me importa. Voy a salir del baño cuando su voz me detiene—. Por cierto, por si te interesa, he conseguido salvar a la mayoría de los terneros. Han muerto cerca de una docena y supongo que en las próximas horas morirá alguno más. Pagaré a mi padre el valor de los animales y los gastos clínicos que va a suponer para él tener a un veterinario allí para vigilar el estado de los animales enfermos.

—Yo se lo abonaré, pero ¿Qué quieres decir con los gastos del veterinario? ¿No piensas seguir tratando tú a esos animales?

—Da igual, Alec —contesta tras suspirar—. Voy a ducharme y después lo hablamos.

Asiento y salgo del baño cerrando la puerta a mi espalda. No sé si me gusta que esté tan tranquila. A estas alturas, esperaba que ya me hubiese pegado un par de gritos, pero ni siquiera parece enfadada, solo exhausta, derrotada. Decidido, prefiero los gritos. Esa actitud por su parte, me hace temer lo peor. Puede que ya se haya cansado de mis meteduras de pata y quiera dejarme. No, no va a dejarme. No puede dejarme. Me paso la mano por el

pelo compulsivamente mientras camino por la habitación de un lado a otro, el ruido del agua golpeando el suelo de la ducha es una banda sonora para cómo me siento. Ahogado, como si mis pulmones estuviesen sumergidos bajo el mar y no pudiesen expandirse para llenarse de aire.

La puerta del baño se abre y Jo sale de él envuelta en una toalla blanca, tiene el pelo mojado y unas cuantas gotas de agua gotean sobre sus hombros desnudos. Es preciosa, simplemente perfecta. No me mira, pasa por mi lado y no me dedica ni una sola mirada, camina hacia el vestidor y la sigo, veo como empieza a vestirse en silencio ignorando mi presencia a su espalda. Cuando termina de vestirse, se calza unas botas y empieza a rebuscar algo en el fondo del vestidor.

—¿Qué buscas? Si me dices lo que estás buscando, quizás pueda ayudarte a encontrarlo.

—Mis maletas —contesta sin mirarme.

¡¿Qué?! Creo que mi corazón se ha detenido durante un instante. ¿Sus maletas? ¿Para qué necesita sus maletas? Solo hay una respuesta a esa pregunta, una respuesta que no quiero ni puedo aceptar.

—¿Vas a dejarme? —pregunto con voz ahogada.

Jo se gira y por primera vez desde que ha llegado, me mira a los ojos. El dolor que veo en ellos es como una bofetada de realidad. Ya ha tomado su decisión, se va.

—¿Qué esperabas, Alec? ¿Qué siguiera aquí dejándome engañar una y otra vez? Deberías haber sabido que tarde o temprano me cansaría de tus mentiras y tus engaños y me largaría. En realidad, debí haberte dejado cuando te vi en aquella cabaña torturando a Josh Summers, o quizás nunca debería haberme mudado aquí, fue un error pensar que tú podrías cambiar.

—Puedo cambiar, pequeña. Sabes que puedo hacerlo, pero no sin ti —Me acerco, pero ella retrocede para alejarse de mí—. Jo cariño, tu eres la única que puede alumbrar...

—¡No! Ahórrate el discurso de la luz y la oscuridad, esta vez no va a servirte de nada, Alec. Se acabó.

—No, no, no. No puedes dejarme, me prometiste que no me dejarías.

—Te prometí que no te dejaría si tú no me dabas motivos para hacerlo —Suspira agachando la mirada hacia al suelo—. Lo hemos intentado, Alec, y ya ves que no ha funcionado. Es mejor que cada uno siga su vida y que dejemos de hacernos daño. Estoy cansada de pelear contra ese lobo furioso que vive en tu interior. Me rindo, eres suyo, yo no voy a luchar más contra él por ti.

Se gira y sigue buscando sus maletas mientras yo me quedo mudo, intento asimilar todo lo que acaba de decirme. Me va a dejar, me está dejando. No puedo permitirlo, tengo que hacer algo, lo que sea para mantenerla a mi lado.

—Vayámonos juntos —digo sin pensar—, marchémonos de Black Mountain, tú y yo solos. Empecemos desde cero en otro lugar. Iré a disculparme con tu padre y le pagaré todas las pérdidas que le he provocado, no solo hoy, durante estos últimos diez años. Haré lo que sea, pero no me dejes, pequeña, te lo suplico.

—Es demasiado tarde para eso —susurra girándose hacia mí con las maletas en las manos, una lágrima rueda por su mejilla y niega con la cabeza—. Ya no confío en ti, Alec. No después de lo que has hecho hoy. Has hecho algo que juraste que nunca ibas a hacer, me has usado para hacerle daño a mi padre y eso es algo que nunca te voy a perdonar.

—Pequeña, por favor —suplico notando como mis mejillas se humedecen—. Te lo ruego. Dame otra oportunidad. Te prometo que...

—Deja de prometer cosas que nunca cumples. ¿Cuántas oportunidades más voy a tener que darte? —Empieza a descolgar su ropa y a meterla en las maletas de cualquier manera—. Ya se han acabado las oportunidades junto a mi paciencia. Sabía que esto sería difícil, sabía que iba a costar mucho, pero es demasiado. ¿Crees que a mí me gusta esto? —Cierra una maleta que ya está llena y me mira, las lágrimas caen en cascada por su cara y no hace nada por detenerlas—. Yo te quiero, Alec. Te amo más de lo que nunca he querido a nadie, pero no puedo seguir en medio de esta guerra. Pensé que podría detenerla, que con el tiempo tú y mi padre os daríais cuenta de lo estúpidos que estáis siendo al atacaros el uno al otro. Ya lo he entendido, me ha costado, pero me he dado cuenta de que eso nunca va a suceder porque ninguno de los dos queréis que suceda.

Empieza con la otra maleta y yo me quedo quieto, llorando, mientras intento encontrar una solución para todo esto. Busco en mi mente las palabras correctas para evitar que se vaya. Cuando termina con la segunda maleta, se endereza y se limpia las lágrimas de un manotazo.

—Por favor —susurro interponiéndome en su camino.

—Apártate Alec. No hagas esto aún más difícil.

—No puedes dejarme. Sabes que esto no ha acabado. Iré a buscarte a donde quiera que vayas y te convenceré de que me perdones. Al principio te resistirás, pero acabarás cediendo. Lo sabes, pequeña, sabes que será así porque me quieres tanto como yo a ti. Evítanos todo ese sufrimiento. No te

vayas, resolvamos esta situación

—Esta vez no, Alec —Se lleva la mano al cuello y cierra los ojos tirando del cordón del colgante que yo le regalé.

No, por favor. Que no se lo quite. Lo llevé puesto durante diez años mientras estábamos separados, lo hizo porque de alguna manera conservaba la esperanza de que algún día volviéramos a estar juntos, pero si se lo quita... Si lo hace, será real, me dejará definitivamente.

—No lo hagas —suplico sujetando su mano.

Jo abre los ojos y los labios le tiemblan por el llanto cuando de un tirón se arranca el colgante y lo deja caer al suelo.

—Se acabó, Alec. Esta vez para siempre.

Mis rodillas se clavan en el suelo, recojo el colgante y lo pego a mi pecho negando con la cabeza y llorando como un niño pequeño. Abrazo sus piernas y hundo la cara en su abdomen sollozando y suplicándole que me perdone, que no me abandone. Ella también está llorando y sé que está destrozada, pero no se amilana ni se deja convencer por mis suplicas y mis ruegos. Me da un beso en la cabeza y se aparta de mí cuadrando los hombros, recoge sus maletas y sale apresurada de la habitación mientras yo me quedo solo y sollozando en mitad del vestidor.

Debería ir tras ella, aunque sé que no servirá de nada. He visto la determinación en su mirada, sería inútil intentar algo ahora mismo, pero ¿qué más puedo hacer? ¿Quedarme aquí llorando como un imbécil mientras ella se aleja de mí? ¿Resignarme a perderla para siempre? No, eso nunca.

Me levanto a toda prisa y bajo las escaleras de dos en dos, al llegar a la planta principal, veo a mi madre abrazándola y llorando a lágrima viva, Carter y Nadia están junto a ellas, mi hermano frunce el ceño apretando los puños y Nad lleva una maleta en la mano. Al escuchar mis pasos todos se giran hacia mí, todos menos mi pequeña, ella no me mira.

—Por favor, Jo —suplico una vez más—. Haré lo que me pidas. Lo que sea, pero no te vayas.

—Ya has hecho bastante —intercede Carter—. Déjala ir, si realmente la quieres tanto como dices, deja que sea feliz aunque para ello tenga que alejarse de ti.

Lo ignoro y camino hacia Jo, intento agarrar su mano, pero se aparta de mi contacto como si yo fuese portador de una enfermedad contagiosa.

—Adiós Alec, de verdad espero que puedas ser feliz, aunque lo dudo mucho. No creo que puedas vivir en paz con tanta rabia, ira y odio en tu

interior. Aun así, te deseo lo mejor —Agarra sus maletas y le hace un gesto con la cabeza a Nadia—. Vámonos —susurra.

Mi hermana asiente y le da un abrazo a mi madre y otro a Carter a modo de despedida, me mira y niega con la cabeza.

—¿Dónde vas? —pregunto sorprendido.

—Me voy con Jo, hermanito. No pienso quedarme a ver como sigues autodestruyéndote.

Agarra su maleta y las dos se marchan. Las sigo al exterior gritando el nombre de Jo, pidiéndole, rogándole que no se vaya, pero no me hace caso. Se meten en el coche a toda prisa y aunque aporreo su ventana con mi puño, no se detiene. Llora desconsoladamente igual que yo y me mira una última vez antes de arrancar el todoterreno y salir a toda velocidad levantando el polvo del camino. Miro como el coche se aleja y veo a Wolfy mirándome por la ventanilla trasera, hasta el perro me ha dejado. Carter tiene razón, voy a terminar solo, completamente solo.

Deja de esperar, no voy a volver

Alec

Me enciendo otro cigarrillo y le doy un nuevo trago a la botella de Moonshine. Se supone que debería estar en los pastos con Patrick y Carter hace más de una hora, pero a quién le importa. Prefiero estar emborrachándome en La Casa de Muñecas antes que aguantar las miradas incriminatorias de mi hermano mayor, al que de repente le han salido agallas.

—Laura, manda a una de las chicas a mi habitación —ordeno arrastrando las palabras.

—Lobo, ya sabes cómo terminó la última vez. No quiero problemas — contesta apoyando las manos sobre la barra.

—Haz lo que te digo, me da igual lo que quieras o no.

Resopla y frunce el ceño arrebatándome mi botella de las manos.

—Te he aguantado muchas, muchacho, pero estás sobrepasando mis límites. Este es “mí” local, ya te he dicho que no voy a mandar a ninguna chica para que la echés a patadas y la trates mal cuando te des cuenta de que ella no es quien tú quieres que sea.

—Podría destruirte con solo chasquear los dedos —amenazo intentando enfocar la vista—. Puedo cerrarte el local si me da la gana.

—¿De verdad? Mírate, Alec —Suaviza su gesto y me mira con... lastima—. Ya no eres ni una sombra del hombre que fuiste, de ninguno de los dos. No eres el Alec alegre y despreocupado, y no hay ni rastro del temido Lobo en ti. Ahora solo eres un borracho que se pasa el día en un burdel porque nadie quiere estar contigo.

—¡Eres una zorra! —grito estampando mi puño en la barra—. ¡¿Te compadeces de mí?! ¿Qué pasa? ¿Te jode que nunca haya requerido tus servicios? —Sonrío falsamente—. Lo siento, no me van las maduritas, pero si quieres, te dejo que me la chupes a ver qué tal lo haces.

Veo cómo sus ojos brillan con furia y resopla pasándose la mano por el

pelo en un gesto que me resulta demasiado... familiar.

—Alec, lárgate de aquí —sisea entre dientes.

—¿Quién demonios eres, Laura Turkel? —indago.

—El día que tengas una respuesta a esa pregunta, te arrepentirás enormemente de lo que acabas de decirme. Ahora vete a casa, Alec. Deja de llorar por las esquinas y haz algo con tu vida.

—No necesito tus consejos de mierda —murmuro dejando un puñado de billetes sobre la barra.

Salgo del local tambaleándome y me meto en el coche. No sé cómo consigo llegar al rancho, ni siquiera recuerdo haber conducido todo el camino hasta aquí. Me quedo en el interior de mi todoterreno observando la fachada. No tengo ganas de entrar y enfrentarme a las miradas de mi madre y de mi hermano. Las paredes se me vienen encima ahora que ella no está. Hay tantos recuerdos, no soy capaz de pensar en otra cosa que no sea mi pequeña, en el salón, en el comedor, sentada sobre la encimera de la cocina mientras se toma un café charlando con Martha... Los recuerdos de los momentos felices que vivimos entre estas paredes me aplastan el pecho ahogándome y provocándome un dolor insoportable.

Han pasado tres meses desde que se fue, tres meses extrañándola a cada segundo del día. La he buscado por todos lados, incluso llegué a ir a Charlotte, estuve en su antiguo trabajo en la clínica veterinaria, hablé con su exjefe, con su amiga Megan, pero nadie me dio ninguna pista de su paradero, es cómo si se la hubiese tragado la tierra. Lo peor es que vivo con dos personas que saben perfectamente dónde está, pero se niegan a decírmelo. Mi madre y Carter, no han cedido a ninguna de mis suplicas, ni de mis amenazas. Lo he intentado todo, pero nada ha funcionado. Nadia les llama frecuentemente, los he escuchado hablar con ella. Un día le arrebaté el teléfono a mi madre de la oreja y le insistí a Nad que me dijera donde estaban ella y Jo, pero me colgó.

Salgo del coche y me doy cuenta de que tengo serios problemas para mantener la verticalidad, entro en casa y me dejo llevar por el sonido de las voces de mi madre y de Carter, están en el salón cuchicheando como de costumbre. Me quedo escondido junto a la puerta y agudizo el oído todo lo que la borrachera que cargo me permite.

—Me siento mal por no decírselo, hijo —susurra mi madre.

—Él se lo ha ganado —contesta Carter en el mismo tono—. Siempre hemos estado ahí para él, ya es hora de que se dé cuenta de lo que es vivir solo.

—Ya, pero debería saberlo, no es justo...

—¿Sabes lo que no es justo? —interrumpe Carter a mi madre—. No es justo que le haya destrozado la vida a esa pobre muchacha. ¿Cuánto crees que va a tardar en ir a buscarla si se lo contamos? Mamá, Sabes que va a volver a hacerle daño. Jo al fin está viviendo tranquila lejos de toda esta mierda, se merece esa tranquilidad, así que nosotros vamos a cerrar la boca y a dejarla ser feliz.

—Aún no me lo creo. Si Alec...

—Si Alec no fuese un maldito monstruo, todo sería distinto. Jo seguiría aquí y...

—¿Y qué? —pregunto entrando en el salón—. ¿No os cansáis de cuchichear a mis espaldas? —Me tropiezo de camino al mueble bar, pero consigo enderezarme antes de acabar estrellándome contra el suelo—. Pobre Jo, pobrecita Callaghan —me burlo—. ¡Es una traidora! ¡Igual que vosotros dos! ¿Creéis que me interesa saber dónde está? ¡No me importa una puta mierda! Por mí que se pudra.

Abro una botella de licor y le doy un buen trago, sabe fuerte, pero ahora mismo no sabría distinguir que es, lo raro es que aún recuerde como me llamo.

—¿Aún sigues teniendo lástima de tu hijo? —pregunta Carter a mi madre—. Mírale, no se merece ni que sientas pena por él. En vez de estar reconduciendo su vida e intentando ser una mejor persona, ahí lo tienes... Lo único que hace es beberse las reservas de alcohol de todo el estado y dar tumbos de un lado a otro.

—Se te está soltando la lengua ¿Eh, hermanito? —increpo sonriendo cínicamente—. ¿Cuándo te han crecido los cojones? Por cierto, ¿Dónde está tu novio para defenderte cuando te rompa la cara?

—¿Qué has dicho? —sisea dando un paso hacia mí con la mandíbula apretada.

—Sí, ya sabes, Patrick, el tío que va contigo a todos lados como un perrito faldero. Parecéis dos mariconas, siempre juntos.

Carter viene hacia mí, pero mi madre se interpone en su camino.

—Alec, vete a tu habitación —ordena.

—¡Huy, perdón! —bromeo sin dejar de sonreír—. No quería herir los sentimientos de tu bebé, madre —Miro a Carter y me encojo de hombros—. Ya ves, como siempre alguien sale en tu defensa. Eso es lo que pasa cuando alguien no tiene las pelotas para enfrentarse a sus propios problemas.

—¿Vas a hablarme tú a mí de enfrentarte a tus problemas? —inquiere mi

hermano—. Ya veo lo bien que lo haces. Cuando vea a Jo, le daré saludos de tu parte.

Carter logra justo lo que quería con su provocación, pierdo los nervios y estampo la botella contra la pared, me abalanzo sobre él, pero se aparta y acabo cayendo al suelo de frente, intento levantarme, pero soy incapaz de hacerlo, no consigo coordinar mis piernas con mis brazos para enderezarme y acabo tumbándome en el suelo boca arriba. Escucho a mi madre sollozar, la miro y veo como Carter la abraza para consolarla y me lanza una de sus miradas incriminatorias. Me da igual. Todo me da igual. Son unos traidores.



Me despierto con una resaca terrible, pero no es nada a lo que ya no esté acostumbrado. En los últimos seis meses no he vuelto a La Casa de Muñecas, desde esa noche en la que Laura me echó, me he dedicado a comprar botellas de alcohol en la licorería del pueblo y bebérmelas en mi habitación, a veces también voy a la poza o me siento junto al río. Cualquier lugar es bueno para perder la consciencia tras ingerir más alcohol del que mi cuerpo puede asimilar.

Me miro al espejo y no me reconozco. He adelgazado varios kilos y una barba frondosa y descuidada cubre por completo mi cara.

—Pareces un vagabundo —me digo a mí mismo pasándome la mano por la mejilla.

Me encojo de hombros y me meto en la ducha. Supongo que cualquiera que llevase varios meses emborrachándose a diario como yo, ya estaría deseando llevarse un trago de licor a la boca nada más levantarse. Para mi mala suerte, mi hábito no se ha convertido en adicción. No tengo ni las más mínimas ganas de beber, pero sé que tengo que hacerlo, es la única manera de olvidarla al menos durante un rato. Es la única forma que conozco para dejar de sentirme como un hijo de perra por haber perdido a la persona que más amo sobre la faz de la tierra.

Tras mi ducha, bajo al salón y me encuentro a Carter y a mi madre listos para salir de casa arrastrando unas maletas. ¿Ellos también se van? ¿También van a dejarme?

—¿A dónde vais? —pregunto sorprendiéndoles.

—Nos vamos de viaje un par de días —contesta mi hermano secamente.

—Eso ya lo veo, pero ¿A dónde vais?

Se miran el uno al otro y su silencio me da una pista.

—¿Vais a ver a Nad? —pregunto en un susurro.

—Sí, así es —contesta mamá—. Vamos a pasar un par de días con tu hermana.

—¿Vais a ver a Jo?

Los dos se miran de nuevo.

—Sí —contesta Carter.

Suspiro y me paso la mano por el pelo.

—Carter hermano, por favor. Dime dónde está. Te prometo que no voy a hacerle daño, solo quiero hablar con ella, pedirle perdón.

—Ese es el problema, Alec. Vas a pedirle perdón, vas a convencerla de que vuelva contigo, pero eso no va a cambiar nada. Tú sigues siendo el mismo hombre que la traicionó, el mismo que la usó para hacer daño a su padre. Sigues igual, o quizás aún peor que antes. ¿Qué te hace pensar que esta vez va a ser distinto? Volverás a hacerla sufrir.

—No, puedo cambiar, yo puedo...

—Hazlo entonces, cambia. Deja de comportarte como un jodido imbécil y toma las riendas de tu vida.

—¿De qué me sirve tener una jodida vida, si no puedo disfrutarla con la única persona que deseo hacerlo? Sin Jo en mi vida, nada tiene sentido.

Carter suspira y apoya su mano en mi hombro. Me aparto como si su contacto me quemara y le fulmino con la mirada. No quiero su compasión.

—Patrick se quedará al cargo del rancho —informa cargando con las maletas—. No estaría de más que le echaras un cable.

—Lo haré.

—¿En serio? ¿No vas a pasarte los días borracho y compadeciéndote de ti mismo?

—Estás disfrutando con esto ¿verdad? —pregunto cruzándome de brazos—. Ahora eres tú el que me da lecciones a mí. ¿Te parece divertido?

—No, hermano. Créeme, me encantaría poder verte feliz y en paz contigo mismo.

—Entonces dime donde está Jo, o mejor, déjame ir con vosotros.

Niega con la cabeza.

—Lo siento. Le di mi palabra a Johanna que nunca te lo diría. Fue ella quien me lo hizo prometer, y yo sí cumplo mis promesas.

Resoplo y me paso la mano por el pelo.

—Está bien. ¿Puedes al menos darle un mensaje de mi parte?

Carter mira a mi madre pidiéndole su opinión, ella asiente.

—Le diré que tengo un mensaje para ella de tu parte, si decide que no quiere escucharlo, no se lo daré, ¿Entendido?

—Entendido. Dile que sigo esperando bajo su ventana y el frío es insoportable.

—¿Se supone que eso tendría que tener sentido? —pregunta Carter sonriendo.

—Para ella lo tendrá.

—Tenemos que irnos —apremia mi madre—. Si no salimos ahora, perderemos el vuelo.

—¿Vuelo? —Carter fulmina a nuestra madre con la mirada—. ¿Tan lejos está que tenéis que ir en avión?

—Buen intento, hermano —dice Carter sonriendo.

Mi madre se acerca a mí, pero no me toca. No me ha vuelto ni a rozar desde que Jo se fue. La madre cariñosa que siempre fue, se ha convertido en una extraña para mí, y eso también es culpa mía.

—Pórtate bien, Alec, y no hagas ninguna tontería, por favor.

Asiento y se marchan tras asegurarse una vez más que llevan todo lo que necesitan.



Si al menos fuese un alcohólico, tendría una excusa para ir a la licorería a media mañana a buscar un par de botellas de whisky, pero no lo soy, así que cojo la bolsa de papel que me tiende el señor Goodman e ignoro su mirada condescendiente apresurándome para salir de la tienda.

Llevo sobrio nueve días, los mismos que han pasado desde que mi madre y mi hermano se fueron. He trabajado duro en el rancho junto a Patrick, y hasta he ayudado a Martha a limpiar la casa. Sí, así de desesperado estoy. Ya no sé qué hacer para que el tiempo pase más rápido, necesito que regresen para tener alguna noticia de Jo. Me conformaría con una respuesta escueta a mi mensaje, algo cómo: “El invierno no dura eternamente” o “Algún día volveré a calentarte”. Vale, eso último ha sonado algo obsceno, pero me da igual. Me sirve cualquier cosa que me dé una esperanza de que en algún momento va a

volver o me dirá dónde está para que pueda ir a recuperarla.

Vuelvo a casa con mis botellas y nada más entrar, veo un par de maletas frente a la puerta. ¡Han vuelto! Quizás... ¿Puede ser que Jo haya decidido volver con ellos? Dejo la bolsa de papel con mi suministro de alcohol sobre el recibidor y corro hacia el salón. Mamá y Carter están mirando el teléfono móvil, parece que están viendo unas fotos. ¿Serán de Johanna? Los dos sonrían de oreja a oreja viendo las imágenes.

—Voy a echarles de menos —murmura Carter.

—Yo también, hijo —añade mi madre—. Especialmente a... —se calla de repente y me mira guardándose el teléfono en el bolsillo—. Alec, no sabíamos si estarías en casa o no. ¿Cómo estás, hijo?

—Bien, ¿Y Jo? ¿Le disteis mi mensaje? ¿Ha vuelto con vosotros? —pregunto apresuradamente.

Se miran entre ellos y mi hermano niega con la cabeza.

—No ha regresado, Alec, pero sí me ha dado una contestación a tu mensaje.

—¿Qué ha dicho? —La ansiedad que siento se nota en mi tono de voz.

—No me ha dicho nada — Mete una mano en el bolsillo de su pantalón y saca un papel doblado a la mitad—. Me ha dado esto para ti.

Le arrebató el papel de las manos y lo abro sintiendo como mi corazón late a toda velocidad. Estoy sudando y me tiemblan las piernas. Respiro profundamente y empiezo a leer los cuatro párrafos que han sido escritos de su puño y letra.

Mi ventana está cerrada y así seguirá para siempre. Intenta ser feliz, Alec. Yo lo estoy haciendo. He descubierto que el amor más puro puede estar en cualquier lado, en mi caso, acabo de conocer a una persona que ha cambiado toda mi existencia. He descubierto que se puede tener más de un gran amor. Deja de esperar, no voy a volver.

Johanna Callaghan.

El papel se me cae al suelo y las lágrimas se agolpan en mis ojos. No puede ser real. Ni siquiera soy capaz de pensar con claridad, las imágenes de mi pequeña junto a otro hombre, compartiendo momentos que son solo nuestros, me desbordan el cerebro dejándome aturdido.

—Esto... ¿Esto es verdad? —susurro mirando a mi hermano. Soy consciente de que estoy llorando como un niño frente a él, pero no me importa. Ahora ya nada importa—. ¿Está...? ¿Ha conocido a alguien? ¿Está con otro?

Carter frunce el ceño como si no entendiese de lo que le estoy hablando, se

agacha para coger el papel y le echa un vistazo rápido antes de suspirar.

—Hermano, esto es...

—¿Es verdad?! ¡Dímelo, maldita sea! —Me paso las dos manos por el pelo y sollozo—. Dime que no es verdad, por favor. Dime que está mintiendo.

Carter niega con la cabeza intentando retener las lágrimas.

—Esto es verdad.

—¡No! —Lanzo un puñetazo contra la pared gritando con todas mis fuerzas—. ¡No ha pasado ni un año! ¡Ni un puto año y ya me ha substituido por otro! —un nuevo golpe a la pared me provoca un dolor intenso en el brazo—. ¡Soy un jodido imbécil! Estoy aquí destrozado, echándola de menos a cada puto segundo del día y mientras ella... ¡Mierda! ¡Joder! —Sigo golpeando la pared una y otra vez hasta que noto como Carter me agarra por detrás intentando detenerme—. ¡Suéltame! —grito zafándome de su agarre y enfrentándome a él—. ¡Adelante! ¡Ríete de mí! ¡Reiros los dos! —Mi madre me mira tapándose la boca para contener el llanto.

—Hermano, tranquilízate —dice Carter.

—¿Que me tranquilice?! ¡Mi mujer está con otro hombre! ¡¿Cómo demonios voy a tranquilizarme?! ¡Esto es una puta mierda!

Salgo corriendo del salón y recojo las botellas que dejé en el recibidor antes de salir de casa cerrando la puerta con un estruendo.



Ya está anocheciendo. No sé en qué momento he llegado al borde del río, pero aquí estoy, empezando mi segunda botella de whisky y teniendo serios problemas para seguir el hilo de mis propios pensamientos.

—I will follow... I will follow you —canto a pleno pulmón tumbado boca arriba sobre el césped—. In to the highest of... highest of. ¡Mierda! —me cabreo conmigo mismo por ser incapaz de entonar la canción, pero eso no detiene mi mini concierto en solitario. Después de darle un trago a la botella, continúo—. Highest of fire, the most violente storms...

—Cantas fatal —Una voz desconocida me interrumpe.

Me incorporo y miro hacia la chica que tengo delante, está sentada sobre una roca observando la corriente de agua del río.

—¿Quién demonios eres tú?! ¡Lárgate de mis tierras! —ordeno.

—En realidad estas son tierras de los Callaghan, así que no tienes autoridad para echarme —replica con una sonrisa.

Intento enfocar la vista y la miro, su cara me resulta conocida, pero no tengo ni la más remota idea de quién es.

—¿Quién eres? —pregunto.

—Me imaginé que no me reconocerías. A mí también me costó reconocerte, pero creo que en eso tiene mucho que ver la mata de pelo que llevas en el rostro.

—¿Nos conocemos? ¡¿Quién coño eres?!

—Holly —contesta encogiéndose de hombros.

—¿Ese nombre debería resultarme familiar?

—Quizás lo haría si no estuvieses tan borracho —Pone los ojos en blanco y se retira un mechón de pelo rubio oscuro de la cara colocándolo tras la oreja—. ¿El apellido Carrington te suena de algo?

—¿Carrington? ¿Cómo el rancho Carrington? —Asiente y hago un esfuerzo por hacer funcionar a mí cerebro. El rancho Carrington lleva varios años abandonado, pero ¿quién vivía allí? A ver, piensa Alec. El dueño del rancho era Michael Carrington, su mujer Maelyn y sus dos hijas, una de ellas estudió en mi clase en el instituto, Julia. Sí, eso es, Juls Carrington. Su hermana pequeña se llamaba... se llamaba... Holly, pero tenía un apodo, ¿Cómo era?—. ¿Pajarita? —pregunto recordando de pronto la forma en la que la llamaba Juls.

Holly vuelve a rodar los ojos y hace una mueca de disgusto.

—Odio a mi hermana por haberme puesto ese apodo.

—Te pega —contesto dándole un nuevo trago a mi botella. La miro y alzo mi bebida—. ¿Quieres?

—Paso, y tú también deberías hacerlo. Creo que ya has bebido suficiente.

—Nunca es suficiente —murmuro volviendo a tumbarme.

—Eso suena a mal de amores —indaga mirándome fijamente.

—Pajarita, te estás callada o te largas. Tú decides.

—No recordaba que fueras tan gruñón, ¿o lo eres porque estás borracho? Gruño bebiendo de nuevo y ella suelta una carcajada.

—Es verdad lo que dicen, ahora eres un tipo duro. Te llaman Lobo ¿no?

—¿Te han hablado de mí? Qué honor —digo con sorna.

—En realidad, he estado preguntando por ti, aunque no sabía que eras tú.

—Explícate.

—Creo que estás demasiado borracho para hablar de esto, quizás será mejor que lo discutamos en otro momento, por ejemplo, cuando no vayas a olvidar nuestra conversación.

—Habla de una vez, pajarraca. Ya sé porque tu hermana te puso ese apodo, hablas y hablas, pero no dices nada.

—Muy bien, ¿puedes levantarte al menos? Si no te miro a la cara, me da la impresión de que te vas a quedar dormido mientras hablo.

Resoplo sentándome, saco un cigarrillo del bolsillo y tras darle una calada, la miro.

—Aquí me tienes, sentadito como un niño bueno y prestándote atención, ¿Qué coño quieres?

—Como ya sabrás, el rancho de mis padres lleva años abandonado, desde que ellos murieron y Juls y yo nos fuimos a Nueva York. Verás, yo he conocido a alguien y...

—¿Puedes ir al maldito grano? Tanta charla me está dando dolor de cabeza —me quejo.

—¿Siempre eres tan desagradable? —pregunta cruzándose de brazos y alzando la barbilla.

Ese gesto tan típico de Johanna, me hace sonreír levemente. En realidad, no se parecen en nada. Jo es bastante más baja que Holly, tiene el pelo más oscuro y más largo, sus ojos son de un color azul intenso, sin embargo los de Holly son ámbar, casi como el color de la miel. Son completamente distintas, pero ese gesto, ese simple gesto, me recuerda a mi pequeña, y por primera vez en mucho tiempo, me siento mejor. Al menos estoy prestándole atención a algo que no es mi propia desgracia.

—Sí, suelo ser bastante desagradable, así que date prisa y dime lo que tengas que decime de una vez.

—Bien, el caso es que quiero poner a funcionar el rancho de mis padres de nuevo, pero...

—Pero, no tienes ni puta idea de cómo llevar un rancho, ¿es eso?

—No, no es eso. Soy ingeniera agrónoma, sé perfectamente cómo manejar un rancho, lo que no tengo es capital.

—¿Me estás pidiendo dinero?

—¿Qué?! ¡No!, bueno... Sí, pero no —suspira y vuelve a apartarse otro mechón de pelo de la cara—. Lo que estoy buscando es un socio. Escuché hablar del Lobo y cuando supe que tú eras ese Lobo, creí oportuno hablar contigo.

—¿Socios? ¿Qué te hace pensar que yo voy a invertir mi dinero en tu rancho? Que, por cierto, está en ruinas y habría que gastarse un dineral en arreglar las tierras para producir pasto antes de meter a ningún animal ahí.

—Porque te llevarías el treinta por ciento de los beneficios.

—A ver si lo he entendido... Yo pongo el dinero y el trabajo ¿y me llevo un mísero treinta por ciento? No me interesa, gracias.

—Tú pondrías una parte del dinero inicial, el resto lo pondría yo, el trabajo lo haríamos los dos y las tierras son mías, así que creo que un treinta por ciento es algo justo —Vuelve a alzar la barbilla y me quedo mirándola embobado. Ese gesto me está matando, es tan suyo que por momentos incluso me cabrea ver a alguien que no es mi pequeña haciendo ese mismo gesto —. ¿Qué me dices?

—Se te está olvidando la maquinaria. Por eso viniste a hablar conmigo ¿verdad? Yo tengo los medios necesarios para preparar las tierras sin tener que comprar o alquilar maquinaria. Es un gran gasto que no tendrías que soportar. Además, no estoy seguro de que tengas la mitad del capital necesario para hacer algo como esto.

—Voy a hipotecar el rancho. Cómo tú dices, está en ruinas, pero sigue teniendo valor. Y sí, tienes razón. Pensé en ti porque eres el dueño de uno de los mayores ranchos ganaderos del estado y dispones de la maquinaria necesaria para empezar a trabajar de inmediato.

Me frotó los ojos intentando despejarme un poco y lanzo la colilla de cigarro al río, miro hacia la botella y me doy cuenta de que hace un buen rato que no bebo. ¿Por qué no estoy bebiendo? Para empezar, ¿Qué hago hablando con esta muchacha de negocios cuando tendría que estar pensando en mi pequeña y regodeándome en mi propia miseria?

—No me interesa —contesto de manera tajante.

—Está bien, podemos negociar un treinta y cinco por ciento —insiste.

—No, ya he dicho que no me interesa.

Vuelve a alzar la barbilla. Mierda, chiquilla no hagas eso. Resopla y se cruza de brazos.

—Cuarenta por ciento y es mi última oferta.

—Cincuenta y hay trato —las palabras salen de mi boca sin que pueda detenerlas. No sé por qué he dicho eso. Ni siquiera tengo ganas de meterme en algo así, pero tengo que admitir que la pajarita me cae bien, y no sé por qué motivo, me siento bien hablando con ella. Quizás esto sea cosa del alcohol que recorre mi cuerpo y me está afectando al cerebro, pero ¿qué más puedo hacer? ¿Carter y Patrick ya se están haciendo cargo del rancho Wolfheart? No me necesitan, sin embargo, lo que yo sí necesito es tener algo con lo que distraerme.

—Cuarenta y cinco —regatea dándose toquécitos con la uña en uno de sus dientes.

—Cincuenta —insisto. Niega con la cabeza y yo vuelvo a tumbarme sobre la hierba—. Buena suerte con tu rancho. El mío seguirá produciendo más dinero del que puedo gastar.

—Está bien, pedante. Tú ganas, pero nos pondremos a trabajar mañana mismo, y quiero añadir algo más al acuerdo —Capta mi atención con sus palabras, así que me vuelvo a sentar mirándola—. Nada de emborracharse.

—Oye bonita, Yo me emborracho, cómo, cuándo y dónde quiero.

—Alec, esto es serio para mí. Me estoy jugando mucho. Para empezar, la herencia de mis padres.

—Y yo voy a invertir otro tanto, pero tú no eres nadie para decirme lo que puedo o no hacer. Si no te gusta, estás a tiempo de proponerle este negocio a otra persona.

—Muy bien —contesta encogiéndose de hombros. Esa es la gran diferencia entre Jo y Holly, mi pequeña no habría dañado su brazo a torcer con tanta facilidad, ella me habría presentado pelea hasta que yo accediera a su pedido, o al menos llegado a un acuerdo satisfactorio para ambas partes, pero Holly carece de ese espíritu guerrero y luchador. Parece ser una buena chica, muy dulce y confiada, pero sin una pizca del mal carácter que tanto me atrae de Jo—. ¿Crees que mañana te acordarás de lo que hemos hablado?

—Probablemente. Si no lo hago, recuérdamelo, pero ve directamente al grano en vez de dar tantas vueltas, eso me pone de los nervios.

Una tímida sonrisa se extiende en su cara y asiente.

—Por cierto, he escuchado hablar de un fármaco, una proteína o algo así que está haciendo maravillas con el ganado. Me han dicho que tú lo estás usando en tus animales y que es Johanna Callaghan la que lo trajo a Black Mountain. Podríamos hablar con ella para...

Solo escuchar el nombre de Jo en voz alta, un dolor intenso se instala en mi pecho.

—¡Holly! —grito. Ella me mira sorprendida y creo que incluso atemorizada por mi tono de voz. Respiro profundamente para tranquilizarme y me paso la mano por el pelo—. Hagamos un trato, yo no me emborracho en horas de trabajo y tú no vuelves a mencionar a Johanna.

—Oh... Ella es la culpable de tu mal de amores ¿verdad? Creí que los Wolfheart y los Callaghan os llevabais a muerte. ¿Lo vuestro es algo así como la historia de Romeo y Julieta? Qué romántico.

—¡Holly!

—Sí, está bien. No la mencionaré más.

Resoplo de nuevo e intento de levantarme, pero no consigo coordinar bien mis piernas y acabo cayendo de culo.

—¿Necesitas ayuda?

—Puedo solo —contesto haciendo un nuevo intento de levantarme, esta vez lo consigo, pero al ponerme en pie, todo empieza a darme vueltas—. ¿Puedes llevarme a casa? No creo que pueda conducir.

—Claro, podemos hablar de algunos detalles por el camino. Mañana me llamará Juls y seguramente querrá que le dé más detalles sobre el negocio. Es una hermana mayor demasiado sobreprotectora.

—¿Va a venir? ¿También vivirá en el rancho?

—No, Juls está en África. Me llama aproximadamente una vez al mes, a veces tarda aún más —explica.

—¿Qué hace en África?

—Es médico, de ayuda humanitaria. Sabes que mi hermana estaba loca por ti en el instituto ¿verdad? —pregunta sonriendo—. Tú nunca le hiciste ni puñetero caso.

—Lo sé. Yo estaba demasiado centrado en ella —murmuro para mí.

—¿La innombrable? —inquire. La fulmino con la mirada y ella alza las manos a modo de disculpa—. Lo siento, es que soy muy curiosa. No sabía que vosotros... En el instituto ¿eh? Y duró hasta ahora.

—Holly —siseo a modo de advertencia.

—Vale, vale, me callo. Pero al menos dime que algún día me lo contarás. No me puedes dejar con la duda.

—Está bien —digo tras suspirar—. Si eres capaz de mantener la boca cerrada, algún día te lo contaré. Ahora llévame a casa que ya es tarde y mañana tenemos mucho trabajo que hacer.

Le voy a enseñar a controlar a papá

Alec

Como cada mañana, mi primer pensamiento del día, va para ella, mi pequeña. Intento imaginar dónde estará y con quién mientras acaricio su colgante, lo llevo puesto desde hace meses. Supongo que siempre lo llevaré, ya que no pienso dárselo a ninguna otra mujer. Sí, me he resignado a pasar el resto de mi vida solo. Lo llevo bien, casi siempre. Al menos ya no me paso el día borracho ni llorando por los rincones. He asumido que lo mejor para ella era alejarse de mí, aunque eso me destrozó por dentro.

Me levanto de la cama cansado de dar vueltas sin poder conciliar el sueño, tengo mucho trabajo que hacer. Noviembre ha llegado trayendo consigo el invierno, y eso significa tener que prepararnos para esa dura época del año en esta parte del país. El año pasado la crecida del río por las fuertes lluvias volvió a causar daños considerables, por suerte mis tierras quedan en la parte superior del río, las que se llevan la peor parte son siempre las de los Callaghan. ¿Sabrá Johanna que su padre vuelve a estar a punto de la quiebra? Las pocas veces que he coincidido con Mathew Callaghan desde que Jo se fue hace ya dieciocho meses, nos hemos ignorado mutuamente. Ninguno de los dos ha vuelto a hacer nada en contra del otro. Supongo que tuvimos que perderla para darnos cuenta del daño que le hacíamos al mantener esa guerra. No voy a mentir, muchas veces he pensado en darle la estocada final que lo deje en la ruina, por mi padre y la promesa que hice frente a su tumba, pero algo me frena. Aunque ya no tengo esperanzas de que Jo vuelva algún día, algo dentro de mí me dice que si acabo definitivamente con su padre, ya no habrá vuelta atrás. Sería como enterrar nuestra historia sabiendo que jamás me perdonará.

Tras desayunar algo en la cocina, voy directamente hacia el rancho Carrington. Hoy llegan los nuevos terneros y quiero estar presente para recibirlos. También he llamado a un par de albañiles para que se encarguen de arreglar algo la casa. Holly se niega a gastar dinero en la gran casa familiar de

los Carrington, pero he conseguido convencerla de que al menos arregle una parte, donde ella vive.

—Buenos días —saluda al verme llegar.

—Buenos días, pajarita, ¿Ha llegado ya el camión con los animales?

—No, aún no —contesta sin mirarme mientras teclea a toda velocidad en su teléfono móvil.

—¿El albañil? —Al ver que no me contesta y frunce el ceño mirando la pantalla, pongo mi mano frente a sus ojos—. Te estoy hablando, pajarraca.

—¿Qué? Ah... ¿El albañil? No, no ha llegado.

—Holly, ¿Estás bien? —pregunto mirándole fijamente.

Suspira y se guarda el teléfono en el bolsillo del pantalón.

—No va a venir —murmura apoyándose en la barandilla del porche de su casa.

—¿Nathan? —indago adivinando lo que la tiene en este estado de nervios—. ¿Qué excusa te ha puesto esta vez? —Me mira frunciendo el ceño y yo alzo las manos a modo de rendición—. Lo siento, ya sabes lo que pienso de ese tío.

—Tiene mucho trabajo —contesta enfurruñada—. Es un hombre ocupado.

—¿Tan ocupado cómo para no poder venir a verte en nueve meses?

—Ha tenido mala suerte. Ya te conté que invirtió en unos negocios que han salido mal, y ha perdido mucho dinero.

—En realidad, la que ha perdido dinero has sido tú, ¿No le habrás enviado más?

—No creo que eso sea asunto tuyo —contesta enfadándose.

—Holly, ¿Es que no te das cuenta? Ese tío está viviendo a tus espaldas. Te estás endeudando para sacar este negocio adelante y además tienes que mantenerle. Es un capullo aprovechado que se está burlando de ti.

—El que tú te hayas comportado como un patán con Jo, no quiere decir que todos los hombres sean así —Su ataque me deja sin palabras. Aprieto los puños y asiento desviando la mirada—. No quise decir eso, Alec —murmura disculpándose.

—No te preocupes, tienes razón, yo no soy nadie para juzgarle.

Holly vuelve a suspirar y mira hacia los pastos. Después de mucho trabajo, hemos conseguido que este lugar parezca un rancho de verdad. Los pastos están verdes y los animales andan a sus anchas creciendo sanos y fuertes.

—Nathan no es como tú crees —susurra sin mirarme—. Es un buen hombre, solo ha tenido mala suerte. Se recuperará y vendrá a vivir aquí

conmigo.

Asiento y me muerdo la lengua para no decir lo que realmente pienso de ese Nathan Reed.

—Este lugar está quedando genial —comento cambiando de tema.

—Sí, estoy segura que mis padres estarían encantados al ver como sus tierras vuelven a ser fructíferas, especialmente mi madre, ella amaba esta casa y este pueblo.

Holly sonrío de oreja a oreja al hablar de su madre. La entiendo, ella también era descendiente de nativos americanos. Maylin Carrington, se apellidaba Black antes de casarse con el padre de Holly. Vivía en Canadá en una reserva de nativos Sioux cuando Michael Carrington la conoció, se enamoraron, se casaron, se mudaron a Black Mountain y tuvieron a sus dos hijas. Aprendió a amar estas tierras. Casa de Cherokees la llamaba ella, según me ha contado Holly.

—Tu madre estaría orgullosa de ti —digo para intentar animarla.

—¡Alec Wolfheart, estás siendo simpático conmigo! —exclama sorprendida—. ¿Estás enfermo o algo?

Su sonrisa burlona me hace resoplar.

—Vamos a trabajar, pajarraca. El camión no tardará en llegar.

Asiento y nos ponemos manos a la obra. A media mañana, estoy supervisando la reparación de la cerca de limitación de las tierras de Holly, cuando veo a Mathew Callaghan acercarse a caballo. Es extraño verle por aquí, ya que el rancho Callaghan queda en dirección contraria. Me pongo en guardia al verle cabalgar directamente hacia mí.

—Wolfheart —dice al llegar a la cerca—. ¡Saca a tus malditos animales de mis tierras!

—No sé de qué me hablas, Callaghan —replico sorprendido.

—¡La maldita cerca está destrozada y tus animales pastan a sus anchas por mis tierras, de eso te hablo!

Aprieto la mandíbula y asiento.

—Mandaré a mis hombres que vayan a recoger los animales y arreglen la cerca cuanto antes —afirmo secamente.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? ¡¿Quién derrumbó la puta cerca de nuevo?!

—No lo sé, puede haber sido algún toro. Ya he dicho que mandaré a repararla.

—Claro, porque tú no has tenido nada que ver ¿verdad?

—Callaghan, si hubiese sido cosa mía, mis animales no estarían en tus tierras, más bien tu ganado estaría en mis cuadras, así que no, no he tenido nada que ver en esto. Esta vez no.

—¿Por qué debería creerte? ¿Por qué...? —Se lleva la mano al pecho y pierde todo el color del rostro, suelta un gemido aguantando la respiración.

—¿Callaghan? —le llamo viendo como su cara pálida se contrae, cierra los ojos y su cuerpo empieza a deslizarse hacia un lado—. ¡Callaghan! —corro hacia él y consigo sujetarle justo antes de que caiga del caballo. Los dos hombres que están conmigo acuden a ayudarme, y entre todos lo tumbamos en la yerba boca arriba, respira con dificultad y se agarra el pecho gimiendo de dolor.

—Lobo, creo que está sufriendo un infarto —informa uno de los chicos.

—¡Mierda! —resoplo pasándome la mano por el pelo y miro al hombre que más odio en el mundo, el asesino de mi padre. Esto es lo que se merece, morir como un perro, pero por otro lado, este hombre es el padre de Jo. Ella quedaría destrozada si algo llegara a pasarle —. ¡Llamad una ambulancia! —grito viendo como Mathew Callaghan pierde el sentido.

Johanna

Termino con mi cuarto paciente de la mañana y salgo a la sala de espera para llamar al siguiente, un dálmata de cinco meses que viene acompañado de sus dueñas, una preciosa niña de cinco años y su madre.

—Hola, Emma —saludo agachándome frente a la criatura y acariciando al cachorro que me mordisquea las manos jugando—. Le toca la vacuna a Tyson ¿verdad?

—Sí, ya le he dicho que no vas a hacerle daño —contesta sonriendo.

—Claro que no —Me levanto y les hago un gesto con la cabeza para que entren en la consulta.

—Johanna, creo que Em está un pelín preocupada porque ayer Tyson se comió un calcetín —informa Erin Ross, la madre de Emma.

—Se comió el calcetín de papá —confirma haciendo una mueca.

Miro a Erin poniéndome seria.

—¿Ha comido bien después de eso? ¿Ha vomitado o está más tranquilo de lo normal?

—No, sigue tan inquieto y travieso como siempre —contesta.

—No creo que eso sea un problema, probablemente lo destrozó primero y

acabará soltándolo con las heces. En el caso de que notéis algún cambio en él, lo traéis aquí y le hacemos una ecografía por si existe alguna obstrucción.

Empiezo a agrupar el material que voy a utilizar y me pongo unos guantes de látex mientras Emma intenta mantener quieto a su perro.

—¿De verdad no le vas a hacer daño? —pregunta la niña el verme con una jeringuilla en la mano.

—No, cielo. Te prometo que no va a sentir nada —Asiente, pero sigue mirando la aguja como si fuese un instrumento de tortura, así que decido hablar con ella para distraerla—. ¿Qué tal te va en el cole? ¿Sigues molestándote tu compañera de clase?

—No, mi hermano Connor le dijo que como continuara metiéndose conmigo iba a darle una patada en el culo.

—Em... —la advierte su madre por su vocabulario.

—¿Qué, mamá? Todos tenemos culo.

—¡Emma!

—Vale —dice tras resoplar, provocando que tenga que retener una sonrisa—. En el pompis. Dijo que le patearía el pompis, pero sé que no lo va a hacer, solo quería asustarla. Connor no les pega a las niñas.

—Tu hermano es un chico listo —Señalo un bote de plástico a su espalda y le hago un gesto con la mano—. ¿Puedes pasarme eso, cielo?

La niña se gira para coger lo que le he pedido y aprovecho ese momento para inyectarle rápidamente la aguja en la piel del lomo a Tyson. Cuando se vuelve hacia mí, ya estoy retirando la jeringuilla.

—¿Ya está? —pregunta sorprendida.

Asiento y ella mira a su madre sorprendida.

—¿Lo ves, cariño? Johanna dijo que no iba a hacerle daño.

Erin me mira sonriendo y me agradece con la mirada, que me haya tomado tantas molestias para no preocupar a su hija. Sus penetrantes ojos azules, brillan al mirar a la pequeña. La primera vez que vi a esta mujer, me quedé impresionada, y para qué negarlo, también me acojonaron un poco sus ojos. Tiene una mirada tan fría y directa... pero solo me hizo falta pasar un par de minutos con las dos para darme cuenta de que en realidad es una mujer muy cariñosa y afable, al menos con su hija.

—Pues este muchacho ya está —sentencio dándole una galleta para perros a Tyson—. Emma, intenta que no se coma más calcetines, ¿vale?

—No puedo prometer nada. Es muy travieso y le gusta la ropa de papá.

—No creo que tu padre esté muy contento con eso —murmuro sonriendo

mientas recojo la mesa de trabajo.

—Papi se enfada, pero yo le digo que lo siento y se le pasa enseguida.

—Sí, lo controla con el dedo meñique —añade Erin poniendo los ojos en blanco.

—Cuando nazca mi hermanito, le voy a enseñar a controlar a papá. Solo tiene que poner esta cara —Agacha la cabeza entrecerrando los parpados y hace un puchero con los labios.

No puedo evitar soltar una carcajada y miro a su madre que niega con la cabeza dándola por imposible. Esta niña es un terremoto andante y demasiado lista para la salud de sus padres.

—Enhorabuena por el bebé —alego mirando hacia el vientre de Erin, no se le nota nada aún, así que supongo que estará embarazada de poco tiempo.

—Gracias —susurra sonriendo—. Es algo reciente. Es el tercero ya, después de este, se acabó.

—La tía Amy dice que papá y tú sois como conejos —comenta la niña.

Suelto una carcajada y Erin la fulmina con la mirada, la niña se encoje de hombros.

—Lo siento —se disculpa avergonzada—. Esta niña es imposible. Ya te he dicho que no le hagas caso a lo que dice la tía Amy —la reprende.

Las acompaño a la puerta y la recepcionista les da una nueva cita para la próxima vacunación antes de despedirme de ellas y volver a entrar en la consulta.

—Johanna —dice mi compañero Xander entrando en la consulta, le miro y veo que lleva mi teléfono en la mano—. Te lo has dejado en la sala de descanso. Ha sonado un par de veces.

—Gracias —Le sonrío cogiendo el teléfono—. ¿Sebas ya ha llegado?

—No, nuestro querido jefe, hoy se ha cogido el día libre.

—Bien, yo ya he terminado por hoy. No tengo más citas agendadas, así que voy a seguir su ejemplo— comento comprobando las llamadas perdidas.

—Entonces nos vemos mañana.

—Sí, hasta mañana.

Xander se va cerrando la puerta al salir y frunzo el ceño al comprobar que quién me ha llamado ha sido Chris. Es extraño, Chris no suele llamarme a menudo, normalmente es Cam quién me llama y acabo hablando con él unos minutos.

Le devuelvo la llamada y contesta al segundo tono.

—Hola, desconocido —saludo—. ¿A qué viene el milagro de tu llamada?

—Jo, ha pasado algo —dice en tono serio.

Un escalofrío me recorre el cuerpo al escucharlo. Tiene que haber pasado algo serio para que me llame.

—¿Es Cam? ¿Le ha pasado algo? El bebé...

—No, tranquila. Cam y el bebé están bien.

Suspiro aliviada. Cam ha tenido muchos problemas en su embarazo derivados a su edad. No quiero ni pensar que pudiera ocurrirle algo ahora que ya está de cinco meses de gestación.

—Entonces, ¿Qué ha pasado? Me estás poniendo de los nervios, Chris.

—Es tu padre, Jo —suspira y se mantiene en silencio unos segundos antes de seguir hablando—. Ha sufrido un infarto.

Me flaquean las piernas y tengo que sentarme para recuperar el aliento. Mi padre. No puede ser. Hace un año y medio que no hablo con él, pero no quiero... ¡Dios! Deseo que esté bien y feliz. No puede haber...

—¿Está...? —Carraspeo para aclararme la voz—. ¿Está vivo?

—Sí, está ingresado en el hospital de Ashville. No está fuera de peligro, pero han conseguido estabilizarlo.

Cierro los ojos con fuerza y suspiro. Al menos está vivo.

—Chris, yo...

—Jo, sé que vuestra relación no está en su mejor momento, y no quiero presionarte para que vengas a verlo, pero creí que tenías que saberlo. Es tu padre y quizás... —Vuelve a suspirar—. Es posible que no salga de esta.

—Cogeré el primer vuelo —contesto sin pensar.

—Sabía que lo harías. Nos vemos aquí.

—Sigue informándome, Chris. Necesito unas horas para organizarme.

—¿Nad vendrá contigo?

—No lo sé. Quizás no pueda dejar sin más su trabajo.

—¿Su jefe no es amigo tuyo?

—¿Jay? Es más amigo de ella que mío —indico recordando la extraña relación que mantienen esos dos.

—Llámame e iré a buscarte al aeropuerto.

—Sí, lo haré. Hasta pronto, Chris.

Se despide de mí y cuelga la llamada. Llevo las manos a mí cabeza y respiro profundamente. Tengo que ir a verlo. Puede que siga cabreada con él, pero es mi padre y le quiero. No puedo ignorar que está debatiéndose entre la vida y la muerte.

Una lágrima solitaria resbala por mi mejilla y por acto reflejo, me llevo la

mano al cuello y busco mi colgante. Siempre lo hago, he llevado ese colgante tantos años, aunque llevo más de un año sin él, aún sigo buscándolo en mi cuello. Me limpio las lágrimas y cojo mi bolso antes de salir del consultorio.

—Ainhoa, ¿Puedes hacerme un favor? —pregunto acercándome a la recepcionista de la clínica veterinaria en la que llevo más de un año trabajando.

—Claro, ¿Qué te pasa, Jo? Estás pálida, chica.

—Acabo de recibir una llamada. Mi padre ha sufrido un infarto y tengo que irme unos días del estado. ¿Podrías avisarle a Sebas?

—Por supuesto, lo llamo enseguida. ¿Cómo está tu padre?

—Vivo —contesto intentando retener las lágrimas—, pero grave. Tengo que irme de inmediato.

—Por supuesto. No te preocupes por nada. Repartiré tus citas de los próximos días entre Xander y Sebas. Espero que tu padre se recupere pronto.

—Gracias —susurro forzando una sonrisa.

Salgo de la clínica y llamo a Nadia, le explico la situación y dos horas después, ya tenemos las reservas de vuelo contratadas. Jay también nos va a acompañar y se lo agradezco enormemente. En este momento necesito estar rodeada de las personas a las que quiero, y Jay se ha convertido en una de las personas más importantes de mi vida desde que me fui de Black Mountain. Él, Nadia y por supuesto, Johnny, son mi familia más cercana.

Alec

No sé qué hago en este dichoso hospital. Mi idea era llamar a una ambulancia y desentenderme de todo lo demás, pero las cosas se complicaron. La ambulancia no conseguía acceder a la zona en la que estábamos, así que yo mismo tuve que traer a Mathew Callaghan a Asheville. Por un momento en el trayecto hacia el hospital, creí que había muerto y no dejaba de pensar en Jo, en la tristeza y el dolor que le provocaría la muerte de su padre.

—Alec —Chris viene apresurado hacia mí y me da un abrazo que no esperaba—. No sabía que siguieras aquí.

—Ya me voy —contesto pasándome la mano por la barba.

—Gracias, hermano. Sé que para ti debe haber sido difícil. ¿Quién podría imaginar que el Lobo acabaría salvándole la vida a Mathew Callaghan? Eso si sobrevive —murmura.

—No lo hice por él.

—Lo sé —Sonríe levemente y me mira entrecerrando los ojos.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

—Estoy planteándome contarte algo, pero no sé si sería lo correcto —
Resopla y sacude la cabeza—. ¡A la mierda! Te lo has ganado.

—Chris, habla de una puta vez. ¿Qué pasa?

—La he llamado.

No hace falta que me diga de quién está hablando, creo que este es el motivo por el que aún no me he ido a casa y sigo de pie en la sala de espera del hospital de Asheville desde hace varias horas. Esperaba que Chris la llamara y que ella viniera a ver a su padre.

Trago saliva mordiéndome el labio inferior y asiento. Tengo que hacer un enorme esfuerzo para ignorar los desbocados latidos de mi corazón y hablar en un tono que no revele el estado de nervios en el que me encuentro.

—¿Va a venir?

—Acaba de mandarme un mensaje diciéndome que su vuelo estaba saliendo. Estará aquí en poco más de cuatro horas.

Mi corazón se detiene durante un instante. Va a venir. Mi pequeña va a volver. He estado esperando este momento durante un año y medio, y la verdad es que ahora mismo, la simple idea de verla de nuevo, me aterra. Solo hay una cosa que tengo clara, no pienso marcharme de este hospital hasta que llegue.

Johanna

Antes de salir del coche, le doy un beso a Johnny y le susurro que le quiero. Nadia y Jay van a ir directamente a Black Mountain con él. Chris me ha dicho que Cam está muy nerviosa y no quiero que esté sola en estos momentos. Me despido de ellos y entro corriendo en el hospital, en la recepción me informan que mi padre se encuentra en el ala de cuidados intensivos, así que saco mi teléfono y llamo a Chris para avisarle de que ya he llegado. Insistió en venir a buscarme al aeropuerto, pero me negué. Jay se encargó de alquilar un coche y me trajeron al hospital antes de irse a casa de Cam.

—Chris, he llegado —digo nada más descuelga la llamada.

—Eh... ¿Estás en la recepción?

—Sí, me han informado que papá está en cuidados intensivos.

—Así, es. Espérame ahí, voy por ti.

Cuelgo la llamada y estoy guardando el teléfono en mi bolsillo cuando escucho las pisadas de alguien viniendo hacia mí. Levanto la mirada y me quedo de piedra al ver a Alec frente a mí, ha llegado acompañado de Chris, pero apenas he notado la presencia de mi amigo. Mis ojos se han clavado en los suyos y se niegan a apartarse de su objetivo. Alec se muerde el labio como cada vez que está nervioso y tengo que retener una sonrisa. Está guapísimo, ha vuelto a dejarse crecer la barba como cuando volví a Black Mountain y lleva el pelo más largo. Bajo la mirada hacia su cuello y lo veo, mi colgante de diente de lobo. Lo tiene él. Eso significa que no se lo ha dado a ninguna otra mujer. ¿Es posible que siga solo? ¿Puede que...?

¿Qué coño estoy pensando?! Me reprendo mentalmente por el rumbo que están tomando mis pensamientos y me obligo a mí misma a desviar la mirada hacia Chris.

—¿Cómo está? —pregunto tras carraspear.

—Estamos esperando a que el médico nos venga a dar algo más de información. No sabemos nada nuevo.

—¿Qué hace él aquí? —señalo con la cabeza a Alec sin mirarlo.

—Eh... Pues verás. Fue Alec quien...

—No importa —le interrumpe Alec. Su voz provoca que un escalofrío recorra todo mi cuerpo. Esa voz áspera y grave... La echaba de menos—. Yo ya me iba.

No le mires, Johanna. Me digo a mí misma. Pero mi cerebro está completamente aturdido por su inesperada presencia y no me hace ni puñetero caso. Le miro y veo como frunce el ceño.

—Gracias por todo, hermano —dice Chris palmeándole el hombro.

—No hay de qué —contesta sin apartar la mirada de la mía—. Ha sido un placer verte, Johanna, aunque ni siquiera me hayas dirigido la palabra.

—Yo... Eh... —¡Genial!, mi estúpido cerebro ha decidido que este es el mejor momento para quedarse en blanco. Suspiro y sacudo la cabeza—. Ha sido una sorpresa, Alec. Eres la última persona que esperaba ver aquí.

—Él fue quien trajo a Mathew al hospital —aclara Chris.

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunto sorprendida.

Alec se encoge de hombros y vuelve a morderse el labio inferior.

—Se desplomó frente a mí —dice a modo de explicación.

Voy a seguir interrogándole, pero una voz preguntando por los familiares de Mathew Callaghan, me interrumpe. Los tres miramos hacia el doctor que

camina hacia nosotros.

—¿Sois los familiares de Mathew Callaghan? —pregunta.

—Sí, yo soy su hija.

—Bien, yo soy el doctor Parker. Soy el cardiólogo que ha atendido a su padre. El señor Callaghan está fuera de peligro —un suspiro sale de mis labios y asiento—. Esto ha sido solo un aviso, pero a partir de ahora tendrá que cuidarse mucho. Nada de exceso de trabajo ni situaciones de estrés. Ha tenido mucha suerte.

—Supongo que se quedará aquí ingresado, ¿no? —pregunto al doctor.

—Sí, ya lo hemos pasado a una habitación y se quedará aquí algunos días para que podamos mantenerlo vigilado y regularle la medicación que tendrá que tomar el resto de su vida.

—¿Cómo está? ¿Se encuentra bien?

—Está un poco dolorido, pero eso es algo normal. En un par de días se sentirá mucho mejor y en cuanto esté completamente recuperado, le daremos el alta.

—¿Puedo verlo?

—Sí, por supuesto. Su habitación es la cuatrocientos veintidós, en la cuarta planta. Pueden ir a verle en horarios de visita y un acompañante puede quedarse con él.

—Muy bien, muchas gracias doctor.

El médico asiente y se marcha de nuevo por dónde ha llegado.

—Por suerte solo ha sido un susto —murmura Chris soltando el aire que estaba reteniendo.

—Voy a ir a verle —informo—. Tú deberías irte a casa con Cam, Chris.

—Sí, la pobre se puso muy nerviosa cuando recibí la llamada de Alec.

Al mencionar su nombre, recuerdo que sigue a mi lado y le miro, no me saca la vista de encima y parece aliviado.

—Yo también me voy —susurra sin apartar sus ojos de mí—. ¿Necesitas algo?

Niego con la cabeza sin entender a qué se refiere. ¿Qué puede ofrecerme él que yo pueda necesitar? Miro a Chris para no tener que seguir hablando con él.

—Nadia, Jay y Johnny están con Cami. Han ido para allá tras dejarme aquí. Yo no sé qué voy a hacer aún, pero supongo que no me dejarán pasar la noche con él.

—¿Lo harías? ¿Te quedarías aquí cuidando de tu padre a pesar de vuestros

problemas? —pregunta Chris.

—Tú lo has dicho, es mi padre. Puede que no esté de acuerdo con muchas de las cosas que hace, pero no puedo ignorar que esté en la cama de un hospital. Por eso estoy aquí, porque a pesar de todo, le quiero y no podría soportar que algo malo le pasase.

Chris asiente sonriendo y sujeta a Alec por el hombro.

—Vámonos tío —dice haciéndole un gesto a Alec con la mano, para que le acompañe—. A no ser que prefieras quedarte aquí con Jo.

Alec me mira y juraría que se lo está pensando, pero niega con la cabeza.

—¿Tienes cómo irte de aquí? —me pregunta.

—Llamaré a un taxi —contesto huyendo de nuevo de su penetrante mirada de ojos grises—. Por cierto, gracias por traerle al hospital.

—No lo hice por él, pequeña —contesta sonriendo de medio lado.

Esa palabra, “pequeña”, junto a su sonrisa ladeada, me trae recuerdos que llevo meses intentando olvidar. Recuerdos de momentos felices a su lado, cuando vivía en la ignorancia y era engañada por las dos personas que más amaba. Ahora todo es distinto, tengo otras prioridades en mi vida, pero aún me sigue afectando que me llame de ese modo, y su sonrisa... Esa sonrisa causa más estragos en mi cuerpo y en mi corazón de los que soy capaz de admitirme a mí misma.

Carraspeo para intentar deshacer el nudo que se me ha formado en la garganta, y asiento.

—Gracias de todos modos, y Alec, a mí también me alegra volver a verte. Espero que la vida te haya tratado bien.

Alec asiente y vuelve a sonreír antes de marcharse con Chris. Tengo que tomarme unos segundos antes de subir a la habitación de mi padre. Me tiemblan tanto las piernas que temo caerme si comienzo a andar. Sabía que no había superado lo de Alec, cada día lo recuerdo y pienso en él, pero pensé que podría sobrellevarlo, creí que quizás con el tiempo podría volver a verle sin sentir como mi corazón explota en mi pecho de anhelo.

Suspiro y decido arriesgarme a caminar, subo a la cuarta planta y abro la puerta de la habitación sin llamar. Mi padre me mira desde la cama donde está acostado y sonrío de oreja a oreja, una sonrisa sincera y genuina.

—Johanna —susurra—. Hija, estás aquí.

—¿Cómo te encuentras? —pregunto acercándome a él, me detengo junto a su cama y le miro, pero no hago ningún amago de abrazarle o darle un beso y eso parece decepcionarle —. Chris me llamó.

—Estoy bien, cariño. Solo ha sido un susto. Chris no debió llamarte, aunque me alegra que lo haya hecho. Llegué a pensar que no volvería a verte.

—La verdad es que no tenía intención de volver, pero cuando recibí la llamada de Chris... No podía dejarte aquí solo. A pesar de todo, sigues siendo mi padre.

Papá vuelve a sonreír, pero esta vez una lágrima solitaria rueda por su mejilla.

—Lo siento mucho, cariño. No sabes cuánto me arrepiento de todo lo que hice. Fui un imbécil y te perdí por mi cabezonería. Ahora lo entiendo, y te juro que si pudiese, volvería atrás en el tiempo y haría todo de manera distinta.

—¿Me estás diciendo que aceptarías mi relación con Alec? ¿Qué dejarías a un lado todo ese odio hacia los Wolfheart por mí? —Niego con la cabeza—. No te creo, viejo. No creo que fueses capaz de hacer algo así.

—Lo entiendo, sé que me he ganado tu desconfianza. Debí haberte apoyado aunque no estuviese de acuerdo con tus acciones. Lo que te dije... Eso de que ya no eras hija mía. Nunca lo sentí, mi vida. Tú eres lo más importante en mi vida, siempre lo serás. En este tiempo no he dejado de preguntarle a Cam por ti. Ella me iba informando, siempre decía que estabas bien, pero nunca logré sacarle dónde estabas. Si lo supiese, habría ido a buscarte. Solo espero que no sea demasiado tarde para redimir mis errores y que puedas perdonarme algún día.

Suspiro sentándome a su lado en la orilla de la cama.

—No sé si es eso lo que quiero, papá. Ahora tengo una nueva vida en Nueva York, una vida que aunque no es perfecta, es medianamente buena.

—¿Nueva York? ¿Vives en Nueva York? —Asiento—. Cuéntamelo todo. ¿Dónde vives? ¿Tienes amigos? ¿Dónde trabajas?

—Vivo en Manhattan. Nad y yo compartimos piso.

—¿Nadia Wolfheart? Supe que ella se había ido contigo.

—Así es. Cuando me fui de aquí, llamé a Jay, él me dijo que se había mudado a Nueva York a trabajar en la nueva sede de la empresa de su padre. Habló con un amigo suyo, Sebas, él es el dueño de la clínica veterinaria donde trabajo.

—¿Te gusta tu trabajo?

—Sí, es un trabajo y paga las facturas. No es lo mismo que estar al aire libre tratando animales de grandes dimensiones, pero no es un mal empleo.

—Suenas como si echaras de menos vivir en Black Mountain.

—Es que lo echo de menos. Ese fue el lugar donde nací y donde crecí.

Siempre pensé que algún día acabaría dirigiendo el rancho, cuando tú te jubilaras. Eso fue lo que siempre soñé de niña.

—Aún puede ser así, cielo —dice agarrando mi mano. Miro su mano sobre la mía y mi primera reacción es apartarla, pero no lo hago. Tengo que admitir que echaba muchísimo de menos a mi padre y voy a aprovechar el tiempo que esté con él, aunque eso no signifique que haya olvidado el pasado —. Yo voy a tener que retirarme, al menos un tiempo, y tú...

—No, viejo. Ya te he dicho que mi vida ahora está en Nueva York. Chris puede hacerse cargo del rancho por ti. Sabes que está más que capacitado para ello.

—Lo sé, y quiero a Chris como a un hijo, pero tú eres mi hija. Me haría muy feliz que te encargaras tú de todo, y que volvieras a casa —La cara de espanto que pongo, debe haberle advertido que ese tema es demasiado escamoso como para tratarlo tan a la ligera porque cambia de conversación de inmediato—. Cuéntame más de tu vida en Nueva York.

—Pues no es demasiado interesante. Reparto mis horas entre el trabajo, salir de vez en cuando a pasear o a cenar con Nad y Jason. Algunos fines de semana nos quedamos en el apartamento los tres viendo películas y charlando. Son muy buenos amigos —Respiro profundamente, planteándome si contarle a mi padre la existencia de Johnny es o no lo correcto—. También está Johnny —digo de sopetón.

—¿Johnny? ¿Quién es Johnny? —inquire.

—Jonathan es el amor de mi vida. La persona que ha venido a cambiar mi existencia y a llenarla de luz y de alegría después de lo mal que lo pasé.

Sé que mis ojos deben estar brillando y una sonrisa ocupa toda mi cara. Lo sé porque eso es lo que Johnny provoca en mí, felicidad, una felicidad plena y absoluta.

—Nunca pensé que llegaría a escucharte hablar así de otro hombre que no fuese el Lobo. Me alegro mucho, mi vida. Me hace tan feliz saber que has encontrado a alguien con quien compartir tu vida... Ya era hora de que olvidaras a ese hombre que solo te ha hecho sufrir. Es lo mejor que te podría...

—Papá, ¿crees de verdad que he podido olvidar a Alec? —Mi pregunta le toma por sorpresa—. Lo he intentado. Llevo intentándolo media vida, pero no puedo, y ahora mucho menos, porque Johnny me recuerda a cada instante lo que viví junto a Alec.

—No entiendo nada. ¿Cómo es que tu nuevo novio te recuerda a

Wolfheart?

—Yo no he dicho que tenga un nuevo novio. Johnny me recuerda a Alec porque es exactamente igual a él. Es como una réplica de su padre.

—¿Qué? —susurra—. Espera... Johnny es... es tu...

—Mi hijo. Tiene nueve meses y se llama Jonathan Mathew Callaghan —le doy un apretón a su mano y sonrío tristemente—. Esto es lo que te estás perdiendo, viejo. Estás perdiendo ver a tu nieto crecer.

Acabo de llegar y ya me está desquiciando

Alec

Una mano se estrella contra mi espalda sobresaltándome, me giro hacia dispuesto a arrearle un puñetazo al imbécil que se ha atrevido a golpearme, pero me desinflo al ver a Holly sonriéndome.

—Tierra llamando a Alec —dice en broma—. Se supone que has venido a trabajar, no a quedarte embobado mirando a la nada mientras piensas en Johanna.

—No estaba pensando en ella— farfullo.

—¿Ah no? ¿Qué era lo que pensabas? —Alza la barbilla y no puedo evitar sonreír al verla hacer ese gesto tan típico de Jo.

—Está bien, pensaba en ella —Suspiro y me paso la mano por el pelo—. Ya ha pasado una semana desde que ingresaron a su padre y aún no he sabido nada de ella.

—¿Nadia sigue sin querer contarte nada?

—Mi hermana casi no me habla. Solo viene a casa a dormir, y si nos cruzamos por casualidad, me saluda y se va. No he hablado más de dos palabras con ella.

—¿Has probado con Chris?

—Sí, me ha dicho que hoy le dan el alta a Mathew Callaghan, pero cuando le he preguntado si Jo se quedaría aquí en Black Mountain, ha esquivado la pregunta y me ha colgado con la excusa de que tiene mucho trabajo en el rancho.

—¿Crees que volverá a irse?

—No lo sé —contesto frustrado.

—Alec, no te entiendo. Desde que me hablaste por primera vez de Johanna y me dijiste lo patán que fuiste con ella, no has parado de decir lo mucho que la echas de menos y las ganas que tienes de verla. Ahora está aquí, en el pueblo, al lado, y no veo que hagas nada por verla o hablar con ella. Te imitas

a quedarte aquí bañándote en autocompasión en lugar de hacer algo.

—¿Qué quieres que haga? Ella misma me dijo que dejara de esperar. Está con otro hombre. Se lo dijo a Chris aquél día en el hospital, le dijo que Nad, Jay y un tal Johnny ya habían ido hacia casa de Cam.

—¡Maldita sea! ¡Eres el Lobo! ¡¿De verdad eso es lo que va a detenerte de recuperar a tu mujer?!

—¿Recuperar? Jo me odia. Tendrías que haberla visto en el hospital. Me ignoró totalmente, cómo si yo no existiera —digo en tono abatido.

—Alec, basándome en lo que me has contado de tu relación con Johanna, no creo que ella haya pasado página así cómo así. Puede que esté con otro e intente rehacer su vida, pero está en tu mano hacer las cosas bien esta vez. ¡La tienes aquí! ¿De verdad no vas a hacer nada? ¿Vas a dejar que vuelva a irse dios sabe dónde sin siquiera hablar con ella de lo vuestro? Al menos ten el valor de plantarte frente a la mujer que amas y pedirle perdón por haber sido un capullo, eso es lo mínimo que esa chica se merece.

Sopeso sus palabras durante unos segundos y asiento. Tiene razón. Se lo debo a ella y a mí mismo. Tengo que armarme de valor y hablar con ella, el problema es que no creo ser capaz de estar frente a mi pequeña y no comérmela a besos. Extraño demasiado su sabor, su olor, el calor de su cuerpo junto al mío...

—Alec, te has vuelto a disipar —dice Holly sacándome de mis pensamientos.

—Voy a hacerte caso, solo por esta vez y sin que sirva de precedente, te doy la razón. Iré al hospital esta tarde y hablaré con ella.

—Así me gusta, empiezas a hacerme caso, lo siguiente será darte cuenta de que soy mucho más lista que tú —replica en broma.

—No te pases, pajarraca.

Los dos reímos. En estos meses, Holly se ha convertido en mi mayor apoyo. Cuando todo el mundo me dio la espalda gracias a mis malas acciones, ella estaba ahí. Se convirtió en mi mejor amiga y confidente. Soy afortunado por poder contar con ella.

—Aquí ya están terminando— murmura mirando hacia los trabajadores que están marcando el ganado—. Tengo que ir al río a buscar un par de plantas para mi infusión. ¿Me acompañas?

—No sé cómo te puedes beber esas infusiones tan raras —digo haciendo una mueca de asco.

—No son raras. Son plantas silvestres y medicinales, mi madre me enseñó

a distinguirlas y preparar las infusiones. Además, tú no eres quién para hablar de cosas raras, a juzgar por la música que escuchas.

—¡Eh! No te metas con mi música, pajarraca. Te recuerdo que tú hermana es fan de los mismos grupos que yo.

—Otra rarita —murmura encogiéndose de hombros.

—Vámonos antes de que me cabrees, como empieces a hablar de ese dichoso grupo de tías...

—¿Little Mix? —pregunta sonriendo de manera pilla—. Oh, son geniales. Te voy a cantar una de sus canciones.

—No, por favor —me quejo tapándome los oídos.

Subimos a nuestras monturas y Holly se pasa todo el camino repasando la dichosa discografía de Little Mix. Ya me sé todas las putas canciones de memoria de escuchárselas cantar una y otra vez, pero parece que torturarme con sus desafines, la hace feliz porque no deja de sonreír en ningún momento y eso me alegra. Es suficiente con que uno de los dos sea desgraciado.

Johanna

—Papá, siéntate —repito por enésima vez desde que hemos llegado a casa de Cam.

Él resopla acomodando a Johnny entre sus brazos y sigue haciéndole monerías mientras mi niño ríe a carcajadas. Wolfy mira a mi padre desde su sitio en la alfombra y gruñe levemente. Es muy sobreprotector con el pequeño, a pesar de que mi hijo es una pesadilla para el pobre perro. Johnny es un niño muy risueño y parece que su abuelo le ha caído muy bien. En realidad, creo que los dos han congeniado porque mi padre no lo ha soltado desde que hemos llegado.

Me siento en el sofá junto a Cam y pongo mi mano sobre su abultada tripa. Ella sonríe agarrándomela. Estoy exhausta, pero me alegro de estar aquí, echaba de menos este lugar. Quién no parece muy contento es Jay, pero eso no es algo que me extrañe. Mi amigo ha dejado su vida en Nueva York en pausa para venirse conmigo y con Nad al mismísimo fin del mundo. Me gustaría pensar que lo ha hecho por mí y por nuestra amistad, pero aunque sé que soy muy importante para él, su estancia en Black Mountain se debe a que está perdidamente enamorado de Nadia. Sí, mi exnovio y mi excuñada, así como suena. No están juntos, al menos no oficialmente. Solo se dedican a revolcarse

en cualquier lugar que encuentran y después Nadia se encarga de echar al pobre de Jay a patadas. Sí, la dulce Nad ha crecido, y ha pasado de ser una virgen de veintisiete años, a tener una relación basada en el sexo y sin ningún compromiso.

Jason resopla mirando a Nadia que se ha mantenido callada desde que hemos llegado. Sé por qué está así, ella es una Wolfheart y mi padre odia a su familia, lo que ella no sabe es que ya le he advertido a papá que cómo haga o diga algo que pueda ofender a Nad, se las verá conmigo. Nadia es una de mis mejores amigas, casi como una hermana para mí y no voy a permitir que nadie la trate mal, aunque ese alguien sea mi propio padre.

—¿Cuándo nos vamos? —pregunta Jay provocando que el silencio reine en la estancia.

Mi padre me mira y pierde la sonrisa.

—¿Ya os vais? —pregunta en un susurro—. Creí que os quedaríais algunos días.

—Papá, estamos apiñados aquí, invadiendo la casa de Cam, Jay y yo.

Es cierto, Nadia se ha quedado esta semana en el rancho Wolfheart, pero Jason ha tenido que vivir con Cami y Chris en su pequeña casa. Yo me he pasado la mayor parte del tiempo entre el hospital y esta casa, intentado cuidar a mi padre sin desatender a Johnny, aunque la verdad es que me sobran niñeras. Cam está encantada con mi pequeño y Nad... Ella ya es la niñera oficial de su sobrino. No sé qué habría hecho sin ella y sin Jay. Entre los dos me han ayudado siempre a cuidar de Johnny para que yo pudiese ir a trabajar. No fue fácil organizarse. Por suerte, Nad trabaja de contable en la oficina de Jason y él es el jefe, así que pudo cuadrar el horario de Nadia y el suyo propio, con el mío para que no tuviese que contratar a una niñera.

—Podéis veniros al rancho —propone mi padre—. Hay sitio para todos allí.

En ese momento Johnny estira sus brazos hacia mí y me acerco para cogerlo.

—No es una buena idea. Los tres tenemos nuestros trabajos en Nueva York, deberíamos salir mañana mismo.

—Jo, recuerda que mañana... —comienza a decir Nadia.

—Lo sé —la interrumpo.

Mañana por la mañana, hemos quedado con Norah y con Carter para que puedan estar un rato con el niño. No lo ven desde que vinieron a Nueva York para su nacimiento. Fue una época muy difícil para mí, ya que ver a la familia

de Alec dándole cariño a mi pequeño y que su padre no estuviese allí, resultó muy doloroso. Obviamente también lo fue para ellos, pero estoy convencida de que esa fue una de mis mejores decisiones. Si Alec hubieses aparecido en el hospital con ellos, estoy segura de que habría acabado volviendo con él y eso sería dar un paso atrás, de nuevo.

—Si es por tu trabajo, seguro que Sebas no tiene ningún problema en darte unos días más, y por nosotros no te preocupes —dice Jay—. Si quieres quedarte, puedo arreglarlo todo y podremos quedarnos contigo, pero deberías hacer caso a tu padre. Aquí somos multitud.

Estoy segura de que el tono seco de Jay no va dirigido a Cam. Es con Chris con quien tiene un problema. La mujer a la que ama, estuvo o quizás aún esté enamorada de él y eso es algo que Jason no soporta. Es lógico que no quiera seguir viviendo de okupa en su casa.

Precisamente en ese momento, el dolor de cabeza de Jason entra por la puerta. Saluda a todos con un gesto de su mano y le da un beso en los labios a Cam acariciando su barriga.

—¿Cómo estás, Mathew? —pregunta Chris a mi padre.

—Bien, muchacho. ¿Cómo va todo en el rancho?

—Todo bajo control —contesta con una falsa sonrisa.

Me mira y yo frunzo el ceño. Chris está mintiendo. Algo no va bien, pero no quiere preocupar a mi padre.

—Chris, ¿Podemos hablar un momento a solas? —pregunto dejando a Johnny en los brazos de su tío Jay.

El asiente y vamos juntos hacia la cocina dejando a todos sorprendidos.

—¿Qué sucede, Jo? —me pregunta cuando estamos lejos de los oídos de los demás.

—Eso mismo quería preguntarte yo. ¿Qué está pasando?

—¿Qué te hace pensar que pasa algo?

—¿Por qué contestas a mí pregunta con otra pregunta?

Sonríe y asiente sacudiendo la cabeza.

—Eres imposible —murmura.

—No es nada personal —digo sin dejar de sonreír.

—Está bien. ¿Quieres saber lo que pasa? Que mi vida está hecha un desastre —Resopla y se pinza el puente de la nariz con los dedos—. Mi mujer está embarazada de casi seis meses, y corre el riesgo de perder a mi hijo si no recibe los cuidados necesarios, dichos cuidados que yo no puedo proporcionarle porque me paso todo el día trabajando para sacar adelante un

rancho que se está yendo a la ruina, para empeorar la situación, tu padre ahora no puede hacerse cargo del rancho, así que me va a tocar trabajar aún más duro y desatender aún más a mi mujer e hijo. Eso es lo que pasa.

—Lo siento, hermano. No sabía que el tema del embarazo de Cami fuese tan delicado.

—Lo es. Es un embarazo de riesgo y necesita muchos cuidados.

—¿Y el rancho? ¿Por qué dices que está casi en la ruina? ¿Qué ha pasado? ¿El Lobo sigue haciendo de las suyas?

—No, para nada. Alec se ha mantenido muy tranquilo desde que tú te fuiste. No ha habido ni un solo ataque o provocación por su parte. Se ha dedicado a beber y...

—No me interesa, Chris —le interrumpo—. No quiero saber lo que ha hecho Alec desde que me fui. ¿Qué pasa entonces con el rancho?

—Jo, el rancho hace años que no va bien. La situación mejoró un poco cuando tú llegaste hace un par de años y con la PCA, pero con la pérdida de los terneros y las subidas del río cada año destrozando los pastos, no damos abasto para tanto gasto. Solo podemos cubrir las nóminas de los empleados y poco más. Mathew está pensando venderlo.

—¿Qué?! ¡No puede hacer eso! ¡Ese rancho es su vida! Lleva en la familia varias generaciones.

—No hay muchas más opciones, Jo. Tiene que hacer algo para poder salvar algo de capital para su jubilación.

—¡Dios! ¿Tan mal están las cosas? —Asiente—. ¿Y el dinero que yo envío todos los meses para el pago de los terneros muertos?

—¿De verdad crees que tu padre iba a aceptar tu dinero? Además, eso no sería suficiente ni de lejos. Para salvar el rancho haría falta una gran inyección de capital. Comprar nuevos sementales, repoblar los pastos, y la PCA nos vendría de maravilla, pero es cara.

—¿Y una hipoteca? Se puede hipotecar el rancho, esa sería una buena forma de conseguir ese capital.

—Jo, ¿No me has escuchado?, Yo no puedo encargarme de todo. Aunque tu padre estuviese de acuerdo en correr ese riesgo, ¿Quién se haría cargo de todo el trabajo? Yo necesito pasar más tiempo con Cam, al menos hasta que nazca mi hijo o que tu padre pueda volver a tomar las riendas del rancho.

Respiro frotándome las sienes e intentando buscar una solución a este problema. Supongo que vender el rancho sería lo más lógico, pero no puedo ni pensarlo. No solo se trata de las tierras de mi familia, es también la casa

dónde crecí, ese lugar que pensé que algún día llegaría a dirigir.

—Después de que nazca el bebé, ¿podrías hacerte cargo tú de todo?, supongo que para ese entonces mi padre podría ayudarte.

—Sí, claro. Pero aún faltan tres meses para que eso suceda y el rancho no va a aguantar tanto tiempo. Ya hay un comprador interesado. Es un tipo de Charlotte que quiere construir un resort en la zona.

—¿Qué?! ¿Un resort?! Joder. No pueden hacer eso —Chris se encoge de hombros y yo tomo de nuevo una decisión que estoy segura de que me va a traer más de un problema, porque me va a retener en este pueblo durante los próximos tres meses—. Hablaré con mi padre por lo de la hipoteca. Si él está de acuerdo, yo me haré cargo del rancho hasta que tú puedas relevarme.

—Espera... ¿Vas a quedarte aquí durante tres meses? —pregunta sorprendido.

—Chris, no voy a dejar que construyan un puto resort en las tierras de mi familia— afirmo alzando la barbilla y cruzándome de brazos.

—Jo, eres consciente de los problemas que eso te va a ocasionar ¿verdad?, Una cosa es estar una semana aquí, pero tres meses... ¿En serio crees que vas a conseguir ocultarle a Alec la existencia de Johnny durante tanto tiempo?

—Sé que no, pero eso es algo que voy a tener que asumir. Sabía que sucedería tarde o temprano. Solo estoy adelantando acontecimientos.

Tras hablar un rato más sobre todos los problemas del rancho, volvemos al salón y hablo seriamente con mi padre. Solo tengo que decir que estoy dispuesta a hacerme cargo del rancho durante los siguientes tres meses para que acceda a hipotecar el rancho sin dudarle un segundo. Después de eso, recogemos nuestras cosas de casa de Cam, y Jay y yo nos mudamos al rancho Callaghan.

Al entrar de nuevo en la que un día fue mi casa, me siento mejor de que pensé que lo haría. Nada ha cambiado, incluso Nala que me abraza nada más verme y me roba a mi hijo de los brazos. Se lo lleva para dormir una siesta antes de comer, y yo aprovecho ese momento para ir a comprobar el estado del rancho, empezando por la zona del río que ha sido la más afectada por las fuertes lluvias y el desbordamiento del río en el invierno pasado. Tengo que valorar si vale la pena sembrar esos pastos teniendo un nuevo invierno a la vuelta de la esquina. Quizás lo mejor sea hacerlo en primavera, pero para ese entonces yo espero haber regresado ya a Nueva York. Cuando hablé con Sebas por teléfono tras tomar la decisión de quedarme, me dijo que me tomase de

excedencia el tiempo que necesitara y que siempre iba a haber un puesto en la clínica para mí, eso me dejó más tranquila, y más aún el saber que Nadia también se va a quedar en Black Mountain conmigo. Me dijo que se negaba a alejarse de su sobrino, y como buen enamorado, Jay prometió ir a Nueva York para mandarnos algunas de nuestras cosas con una empresa de mudanzas, dejar todo listo en la oficina y tomarse unas vacaciones de tres meses para poder estar con “nosotras”, con nosotras me refiero a Nadia, obviamente.

Cabalgo hasta el borde del río y me quedo desolada al ver la hierba muerta y la tierra árida que dejo atrás. He cogido una montura del establo, pero echo de menos a Tormenta. Su potro ya debe tener más de un año y tengo curiosidad por saber cómo es. Quizás pueda hablar con Carter para recuperar a mi yegua. Cuando me fui, la dejé en el rancho Wolfheart, pero ya que voy a estar aquí tres meses, quiero recuperarla.

Alec

—Piénsalo bien, Alec —insiste Holly guardando unas cuantas hierbas en una bolsita de trapo—. Ese ritual podría ser bueno para ti.

—No necesito ningún ritual de limpieza, me ducho todos los jodidos días —replico en tono aburrido.

—Es un ritual de limpieza del alma, zopenco. El Inipi es una terapia de vinculación con los cuatro elementos, tiene el poder de sanar el alma.

—Por enésima vez, pajarita. No voy a meterme en un puñetero iglú de ramas y plástico, y ponerme a sudar como un puto cerdo para limpiar mi alma. Es ridículo y no tiene ningún sentido.

—Es increíble que justamente tú, no creas en uno de los rituales más antiguos de los nativos americanos.

—Yo creo en aquello que me han enseñado a creer. Fumar peyote también es un ritual nativo y no por eso creo que voy a ver a mis ancestros si me pongo hasta el culo.

Holly suelta una carcajada y escucho un crujido a mi espalda, me giro y se me corta la respiración al ver a Johanna mirándome con cara de mala leche.

—Hola —saluda mirando a Holly de reojo.

—Jo, ¿Qué haces aquí? —pregunto sorprendido.

—Estoy en mis tierras, la pregunta es, ¿Qué haces “tú” aquí? —Mira directamente a Holly y frunce el ceño—. Perdón, quise decir “vosotros”. ¿Qué

coño hacéis en mis tierras?

—Lo siento —se disculpa Holly agachando la mirada—. Necesitaba recolectar unas hierbas y solo crecen a este lado del río. Alec no tiene la culpa de nada. Fui yo quien insistió en cruzar.

Jo alza una ceja de manera desafiante y me mira.

—Te agradecería que tú y tu... amiga, salierais de mis terrenos.

—Ya nos vamos —sigue Holly—. Solo estaba...

—Pajarita, déjalo ya —comento sin apartar mi mirada de Jo.

Veo cómo aprieta a mandíbula con fuerza y la arruga de su frente se acentúa mirando a Holly con rabia.

—Largo —sisea dirigiendo su mirada asesina hacia mí.

—Tranquila, ya nos vamos. No la pagues con ella. Es a mí a quién odias.

—Yo odio a quién se me pegue la gana —replica—. Por cierto, mañana mismo quiero de vuelta a mi yegua y al potro.

—¿Vas a quedarte Black Mountain? —pregunto esperanzado.

—Eso no es asunto tuyo —contesta—. Sal de aquí de una maldita vez y llévate a esa contigo.

La mirada que le lanza a Holly, demuestra una rabia poco propia de Jo. Ni siquiera la conoce y la mira como si la odiara profundamente. Incluso parece... ¿celosa? ¿Es eso posible?

—Es Holly Carrington —aclaro—, la hija menor de Michael y Maylin Carrington, ¿la recuerdas?

—Alec, me importa una puta mierda quien sea tu fulana. Sácala de mis tierras antes de que yo misma os eche a patadas a los dos.

Sí, está celosa, pero ¿Por qué? Ella tiene a su nuevo gran amor cómo me dijo en su nota hace meses. ¿Por qué parece estar a punto de saltar sobre Holly?

—Espera, ¿Crees que Alec y yo...?

—No creo que eso sea asunto tuyo —digo repitiendo sus palabras e interrumpiendo la explicación que pretendía darle Holly —, y no te permito que vuelvas a insultarla de esa forma —Mi manera de defender a Holly la sorprende y da un paso hacia atrás abriendo los ojos de par en par cómo si le hubiese abofeteado. La decepción y el dolor que descubro en su mirada me hacen arrepentirme al instante de mis palabras, pero por otra parte, me confirma mis sospechas. Está celosa de Holly. Asiente bruscamente y sale apresurada hacia su caballo—. Johanna —la llamo, pero me ignora completamente y se sube a su montura de un salgo saliendo a galope—. ¡Jo!

—¡Tú te has dado un golpe en la cabeza de pequeño, ¿verdad?! —exclama Holly mientras Jo se aleja a toda velocidad.

—Está celosa —susurro girándome hacia ella y sonriendo como un adolescente enamorado.

—¡Claro que está celosa, animal! ¡¿Por qué demonios has dejado que crea que tú y yo somos algo más que amigos?!

—Yo solo... Está celosa —repito sin dejar de sonreír.

No sé lo que significa eso, pero no puedo evitar alegrarme. Quizás Holly tenga razón, debería hacer algo para intentar recuperarla. Puede que esté saliendo con otro hombre, pero si se ha puesto así por verme con Holly, es que yo no le soy totalmente indiferente.

—Lo que yo digo, eres tonto perdido. ¿Te das cuenta de la cagada que acabas de hacer? ¿Así es como piensas recuperarla? ¿Con mentiras y engaños?

—¡¿Qué?! Yo no le he mentado. Ella sola ha sacado sus conclusiones erróneas.

—Sí, pero tú no has hecho nada para aclararle la situación —Resopla y se coloca un mechón de pelo tras la oreja—. Tienes que hablar con ella, Alec. Explícaselo todo. Dile la verdad, que entre tú y yo no hay más que una simple amistad. Si dejas que piense que estás con otra mujer, quizás ella piense que ya no la quieres, que la has olvidado.

—Eso no... ¿Tú crees? —pregunto rascándome la nuca. Creo que he vuelto a meter la pata.

—Sí, lo creo, así que ahora lo que vas a hacer, es hablar con ella.

—¿Dónde la encuentro? Ya no tiene el mismo número de teléfono y no puedo presentarme en el rancho Callaghan sin más. Si ella está aquí en Black Mountain, es muy probable que su padre ya haya salido del hospital.

—Pues vas a hablar con Chris. Según me has contado, él siempre te ha ayudado con Johanna.

—Podría intentarlo —murmuro para mí.

—Podrías no, vas a hacerlo. Esta tarde te presentas en casa de Chris y le pides ayuda.

—Oye bonita, te estás volviendo muy mandona, ¿No crees? —pregunto frunciendo el ceño.

—Puede ser, el Lobo es un buen maestro.

Johanna

Cierro la puerta con tanta fuerza que me sorprende que no se parta en dos.

—¡Maldito bastardo hijo de perra! —grito lanzando mi sombrero contra la pared.

—¿Hija? —Mi padre se asoma desde el salón y me mira sorprendido.

—¡¿Tú no deberías estar descansando?! —pregunto de malos modos pagando con él mi frustración.

—Eh... sí, solo estaba con Johnny y... —Señala hacia el interior del salón.

Entro como una tromba en la estancia y veo a mi niño sentado sobre la alfombra jugando con Wolfy, aunque en realidad lo que hace es torturar al pobre animal, le tira del rabo, de las orejas y hasta lo usa de colchón. Lo tomo en brazos y le hago un gesto al perro para que me siga. Al pasar por mi padre, susurro un: “Ve a descansar”, en tono autoritario y me pierdo escaleras arriba.

Necesito tranquilizarme. Ver a Alec con esa tipa en el río, me ha desquiciado, y la manera de defenderla... ¿Desde cuándo se pone en mi contra? Norah y Carter me han repetido hasta la saciedad, lo mal que lo estaba pasando Alec sin mí. En cada llamada, me contaban que se pasaba bebiendo y llorando por las esquinas todos los días y que me buscaba desesperadamente.

—¡Ja! Ya veo lo desesperado que está ese maldito chucho. No ha perdido el tiempo —siseo sentándome sobre la cama y dejando a Johnny sobre mi regazo. Respiro profundamente para intentar tranquilizarme, y mi pequeño me mira fijamente ladeando la cabeza como si no entendiera por qué estoy tan cabreada—. No le hagas caso a mamá —susurro peinando su cabello oscuro con mis dedos—. Tu padre me vuelve loca. Acabo de llegar y ya me está desquiciando —Suspiro cerrando los ojos—. Tiene novia ¿sabes? O al menos una amiga a la que defiende a muerte, incluso de mí, ¿Te lo puedes creer? —Mi pequeño balbucea un par de silabas inteligibles, y yo asiento cómo si él entendiera lo que está diciendo—. Tienes razón, mi vida. No le necesitamos para nada. Nos quedaremos aquí hasta que nazca el bebé de tía Cam y después volveremos a casa.

Me paso un rato más charlando con mi pequeño. En realidad, yo soy la que habla, él solo se me queda mirando y se dedica a babearse las manos intentando morderse los puños. Intento hacerle hablar, la única palabra en idioma entendible que dice, es: Wufy, he dado por hecho que quiere decir Wolfy porque lo señala. Insisto una y otra vez repitiendo la palabra, “mamá”, pero no consigo ningún resultado.

Al final me rindo, lo dejo en el suelo para que gatee a sus anchas por la habitación bajo la supervisión de su mejor amigo perruno, y me tumbo sobre la cama a teclear en mi móvil. Estoy enganchada a un par de grupos literarios de WhatsApp y aprovecho cualquier instante libre que tengo, para saludar a mis Ninfas y a mis Bipolares. Sus locuras me sirven para olvidar por unos instantes lo mucho que odio a Alec Wolfheart. No sé por qué lo odio, pero lo hago. Lo sé, parezco una jodida desquiciada, pero es que me duele, no, me quema, me arde, me escuece, me...

Bufo lanzando el teléfono móvil contra el colchón. Debería tomarme esto como una persona adulta y civilizada. Es lo más lógico ¿no?, siempre supe que tarde o temprano, Alec acabaría encontrando a alguien y reharía su vida, pero eso no quiere decir que me guste. ¿Qué le ha visto a esa chiquilla? Ni siquiera es guapa. Vale, eso es mentira. La muchacha es preciosa, delgada, no muy alta, con el pelo castaño claro que le llega a los hombros y una carita de niña buena. Sí, le he hecho un repaso exhaustivo por puro masoquismo.

—Wufy— balbucea Johnny intentando abrirle la boca al perro con las dos manos.

—¡Eh, enano! —exclamo levantándome de la cama para detenerlo. Wolfy me mira agradeciendo mi intervención con la mirada y le acaricio el lomo cogiendo a mi pequeño terremoto en brazos—. ¿Qué buscabas en la boca de Wolfy? ¿Eh, pequeño demonio? —le hago cosquillas y él ríe a carcajadas.

Mi teléfono comienza a sonar y acomodo a Johnny sobre mi cadera para contestar la llamada, es Megan.

—¿Por qué no he sido informada de que vas a quedarte en Black Mountain? —pregunta sin dejarme ni tan siquiera saludar.

He hablado con Megan casi a diario desde que me fui, vino a visitarme a Nueva York hace un par de meses y la vi hace unos días, cuando fue al hospital a visitar a mi padre, pero no he tenido ocasión de hablar con ella tranquilamente.

—Fue una decisión de último momento, y es algo temporal. Solo voy a hacerme cargo del rancho hasta que Cam dé a luz, entonces volveré a Nueva York y le devolveré el testigo a Chris.

—Lo entiendo, ese muchacho está más agobiado que una puta en una iglesia —suelta arrancándome una carcajada—. ¿Vas a estar muy ocupada o podemos vernos? Me muero de ganas de ver a mi sobrino. Seguro que ha crecido un montón desde la última vez que le vi.

—Por la tarde tengo que ir a casa de Cami y de Chris a repasar la

contabilidad del rancho, pásate por allí si quieres y después nos vamos a dar un paseo.

—Genial, pensaba ir a visitar a Cam de todos modos.

Asiento sabiendo lo cercanas que se han vuelto mi tía y mi mejor amiga. Megan se mudó al rancho Anderson hace poco más de un año y desde entonces, ella y Cam se han hecho amigas cercanas.

—Nos vemos allí entonces.

Nos despedimos y bajo a buscar algo de comer a la cocina. Nala ya se ha encargado de llevarle una bandeja a mi padre a su habitación con el almuerzo, así que, tras darle de comer a Johnny, me preparo un sándwich y como en la cocina mientras mi Nana malcría a mi hijo dándole a probar dulces que no son nada apropiados para su edad.

Johnny se queda dormido en el coche de camino al pueblo. No está acostumbrado al traqueteo de la carretera de tierra, pero aun así, se las arregla para dormirse profundamente. Creo que eso es lo único que ha sacado de mí, lo mucho que le gusta dormir. Wolfy le vigila tumbado en el asiento a su lado y enganchado al cinturón de seguridad. He aprendido que la mejor manera de mantenerlos a los dos tranquilos y entretenidos, es no separándoles, así que procuro llevar a Wolfy a dónde quiera que vayamos.

Aparco frente a la casa y es Megan quien me abre la puerta. No pierde el tiempo en saludarme, me arrebató a mi hijo de los brazos y se lo come a besos sin llegar a despertarlo. Tras tomarnos un café y charlar un rato los tres, acuesto a Johnny en la cama de mi tía y Chris y yo nos enfrascamos en números, balances y un montón de papeleo del rancho mientras Megan y Cam cotorrean a gusto.

Estamos terminando cuando suena el timbre, Chris va a abrir y al levantar la mirada de los papeles, veo a Alec mirándome fijamente.

—Buenas tardes —saluda sonriendo de medio lado—. Justo a ti te andaba buscando.

Esta guerra ya me ha quitado demasiado

Alec

Por una vez la suerte está de mi lado. Lo último que me imaginé cuando Chris me invitó a entrar en su casa, fue encontrarme a la mi pequeña sentada frente a la mesa enfrascada en un montón de papeles, así que me es completamente imposible no sonreír de oreja a oreja al ver su cara de sorpresa por mi aparición inesperada.

—¿Qué haces aquí? —susurra.

—Venía a preguntarle a Chris por ti, pero creo que hoy es mi día de suerte —Miro a Cami y le sonrío—. Hola Cam, ¿Cómo va ese pequeño Chris?

—Creciendo cada día más —contesta frotándose su abultado vientre con una enorme sonrisa en el rostro.

Saludo a Megan y hago un repaso por la estancia para comprobar que no hay nadie más. No hay ni rastro de Jason ni del tal Johnny.

—¿Podemos hablar un momento? —pregunto volviendo mi atención hacia Jo.

—¿Qué quieres? —pregunta alzando una ceja.

—Hablar contigo a solas. Hay algo que tengo que aclararte.

De pronto, un enorme perro entra en el salón y se dirige hacia mí. Me pongo nervioso al ver a semejante animal que se asemeja más a un lobo que a un perro, pero el animal empieza a colear contento y se pone sobre sus patas traseras apoyando las delanteras en mi cuerpo para poder lamerme la cara.

—¡Wolfy! —lo reprende Jo.

—¿Wolfy? ¿Eres tú, muchacho? —pregunto rascándole la parte posterior de la cabeza—. Claro que eres tú. ¡Mírate, estás enorme!

Un ruido extraño proveniente del interior de la casa, roba mi atención. Parece... ¿el llanto de un niño? Miro hacia la tripa de Cam algo confundido. Ese aún no ha nacido. Entonces... ¿Qué niño más hay en esta casa? Todos a mí alrededor ponen cara de espanto y miran a Jo cómo si esperaran algo de ella.

¿Qué demonios está pasando aquí?

Veo como Jo se levanta sin mirarme y sale del salón siguiendo ese llanto que cada vez se escucha más alto. ¿Por qué...? Ahora sí que estoy completamente perdido.

—¿Qué coño está pasando aquí? ¿Quién es ese niño? —pregunto frunciendo el ceño.

Los tres se miran entre sí, pero no me contestan. Al ver que no voy a recibir ningún a explicación por parte de ninguno de ellos, salgo disparado del salón dispuesto a averiguar qué es lo que está ocurriendo.

Ya no se escucha el llanto, pero conozco esta casa y sé que hay pocos lugares donde Jo pueda estar. Lo más probable es que esté en la habitación de Cam. Me dirijo apresurado hacia allí, abro la puerta sin llamar y me quedo de piedra a ver a Jo con un niño pequeño en brazos. No es un bebé, pero no creo que llegue a un año de edad. Jo me mira abrazando al niño contra su pecho y cierra los ojos durante unos segundos.

—¿Qué está pasando aquí, Johanna? —pregunto confundido—. ¿De quién es ese niño? El crío levanta la cabeza al escuchar mi voz y me mira fijamente. Entrecierro los ojos y casi tengo que pellizcarme para asegurarme de que esto no se trata de un sueño de esos raros. El niño es exactamente igual a mí cuando era pequeño, el mismo color de pelo, color de ojos, tono de piel, rasgos faciales, todo menos la enorme sonrisa que luce en su cara, esa es igualita a la de Jo.

La realidad de lo que está sucediendo ahora mismo, me golpea cómo si de un puñetazo en el estómago se tratara. No puede ser. ¿Cómo? ¿Por qué? Camino lentamente hacia ellos sin poder apartar la mirada de ese pequeño que se aferra al cuello de Jo cómo si estuviese con su... madre.

—¿Es...? —Tengo que carraspear para aclarar mi voz y soy incapaz de apartar mis ojos del niño— ¿Es tuyo? —por el rabillo del ojo veo a Jo asentir—. ¿Es...? —las lágrimas acuden a mis ojos y tengo que parpadear rápidamente para no derramarlas—. Pequeña, ¿Es mío? —No contesta, así que tengo que obligarme a mí mismo a apartar la mirada del niño para dirigirla hacia su madre—. Johanna contéstame, ¿es mi hijo? —vuelve a cerrar los ojos con fuerza y asiente de nuevo.

En ese instante todo cobra sentido, su nota, la que me envió por Carter, *“He descubierto que el amor más puro puede estar en cualquier lado, en mi caso, acabo de conocer a una persona que ha cambiado toda mi existencia. He descubierto que se puede tener más de un gran amor”*. Eso fue nueve

meses después de dejarme. Yo creí que se refería a otro hombre, a alguien que... Espera... ¿Johnny? ¿Jonathan? “*Jonathan y Katherine. Tu segundo nombre y el nombre de mi madre*”, esos fueron los nombres que Jo escogió para nuestro futuro hijo cuando la obligué a hacerlo. ¿Cómo he podido ser tan imbécil y no darme cuenta de esto?

Las piernas me flaquean y caigo al suelo de rodillas mientras las lágrimas ruedan por mis mejillas. ¡Tengo un hijo! Un precioso bebé, mío y de mi pequeña. ¿Por qué no me lo dijo?

—¿Por qué? —pregunto sollozando—. ¿Por qué me lo ocultaste?

Jo suspira y acaricia la espalda del niño, que está aferrado a su cuello.

—No lo supe hasta un par de meses después de marcharme. Se supone que esto no debería haber pasado. Tomaba la píldora anticonceptiva, pero... ¿Recuerdas que tuve un virus estomacal unos días antes de marcharme? —asiento sin poder dejar de llorar—. Parece ser que las pastillas no son efectivas si las vomitas. Es algo lógico, pero no lo pensé —vuelve a suspirar y se acerca a mí—. Levántate Alec. No quiero verte así, por favor.

Intento limpiarme la humedad de las mejillas con el dorso de la mano y hago un esfuerzo por levantarme. Llego al borde de la cama y me siento sujetándome la cabeza con las manos.

—Sigue —le pido.

—Al principio fue complicado. Yo no quería ser madre aún, y menos en la situación en la que me encontraba, pero tampoco era capaz de deshacerme de mi bebé. Nunca me lo habría perdonado a mí misma. Así que lo hice. Tuve a Johnny yo sola y lo he sacado adelante con mucho esfuerzo y coraje.

—¿Por qué no me lo dijiste? Sabes que yo nunca te habría dejado sola. ¡Maldita sea, Jo! Tú sabías las ganas que tenía de que tuviéramos un bebé. Te lo dije cientos de veces. ¿Por qué no acudiste a mí?

—Puede que esto que te voy a decir suene duro o cruel, pero es la verdad, Alec. El motivo más relevante para ocultarte la existencia de Johnny, fue el simple hecho de que no quiero que mi hijo sea como tú.

—¿Qué? —pregunto confundido.

—Sabes perfectamente de lo que estoy hablando. Puede que no haya conseguido llevarte por el buen camino, pero si de mí depende, mi hijo va a ser completamente distinto a ti. No será un mentiroso, ni un farsante y por supuesto no existirá ese lobo hambriento de ira y de venganza en su interior.

—¿Crees que yo quiero que sea como yo? ¿Crees que le deseo a alguien vivir como vivo? —me paso la mano por el pelo y niego con la cabeza—. ¡No

le deseo ni a mi peor enemigo el tener que vivir con esta maldita mierda en mi interior! —grito golpeando mi pecho con el puño—. ¿Cómo puedes llegar a pensar que yo querría algo así para mi propio hijo?

Mis gritos sobresaltan al pequeño que empieza a llorar agarrado a su madre.

—Shhh, ya está cariño, no pasa nada —susurra Jo besando su cabeza

—Lo siento, yo no quería... No pretendía asustarle —farfullo acercándome a ellos.

El niño se tranquiliza y Jo vuelve su mirada hacia mí.

—No pasa nada, Alec.

—Mi madre y Carter lo sabían ¿verdad? —pregunto—. Por eso fueron a verte.

—Sí, creí que ellos se merecían saberlo. Además, no quiero que mi hijo viva pensando que su familia paterna no le quiere. Vinieron a verlo cuando nació y Nad o yo, les enviamos fotos regularmente.

—¿Y yo no merecía saberlo?

—¿En serio me estás preguntando eso? Alec, ya te he explicado mis motivos para ocultártelo y sigo pensando lo mismo. No voy a permitir que mi hijo se críe con un padre que escoge el odio y el resentimiento por encima del amor. Igual que yo me merezco algo más que eso, él también.

Niego con la cabeza comenzando a llorar nuevamente.

—Me hiciste creer que estabas con otro. ¿Te haces una idea de la desesperación que sentí al pensar que te había perdido para siempre?

—Es que lo has hecho. Alec, hace mucho que me has perdido —suspira y acomoda a Johnny entre sus brazos girándolo hacia delante. El niño me mira fijamente y no puedo evitar sonreír—. ¿Sabes? Ni siquiera te culpo. Sé que no querías hacer lo que hiciste, pero no puedes evitarlo. El lobo negro es mucho más fuerte que el blanco y siempre ganará las batallas.

—No, he cambiado, pequeña. Me ha tocado perderte para darme cuenta de lo equivocado que estaba, yo...

—No, Alec. No sigas, por favor. No vale la pena seguir hablando de algo que nunca volverá.

—Por supuesto que tenemos que hablarlo —me acerco más a ella y estiro mi mano para acariciar la cara de mi hijo—. Aún no soy capaz de asimilar que sea padre. Tenemos un hijo, mi niña. Tuyo y mío, y es una preciosidad. ¿Puedo cogerlo? —pregunto con una mirada de súplica.

—No creo que sea buena idea —susurra.

—Por favor, pequeña.

La miro a los ojos y ella asiente de mala gana. Me tiende al niño y lo estrecho contra mi pecho sintiendo su pequeño cuerpecito pegado al mío. No me puedo imaginar una sensación más placentera y abrumadora a partes iguales. Beso su cabeza abrazándole con fuerza y sollozo sin control.

—Lo siento, perdóname —susurro una y otra vez con la voz tomada por el llanto. Jo me mira y puedo ver como intenta retener las lágrimas. ¿Qué he hecho? Podría tenerlo todo, y sin embargo estoy solo. Si no hubiese sido tan imbécil, ahora mismo Jo y yo estaríamos juntos con nuestro hijo, podría haberle visto nacer, y verle crecer hasta convertirse en un hombre. Le tiendo el niño a su madre tras darle un último beso y me limpio las lágrimas respirando hondo —. Tengo que irme —afirmo—. Hay algo que tengo que hacer, pero volveré enseguida y tú yo vamos a tener una conversación muy seria. No te culpo, Jo. Sé que hiciste lo que creías que era correcto y hasta puedo entenderlo, pero no voy a dejarlo pasar. Este niño es mi hijo y voy a luchar por él.

—¿Qué insinúas? —Inquiere alzando la barbilla—. ¿Me estás amenazando con pelearme a mi hijo?

—No. Por supuesto que no. No solo voy a luchar por él, pequeña. También voy a luchar por ti.

Sonríe falsamente y alza una ceja retándome con la mirada.

—¿No crees que es muy cínico por tu parte decir que vas a luchar por mí teniendo a alguien en tu vida? ¿Te estás olvidando de tu... pajarita?

Su tono burlón al referirse a Holly, me deja sin ninguna duda al respecto de sus celos.

—Cuando vuelva en un rato, también hablaremos de esos celos tuyos y te lo explicaré todo. No tardaré —le lanzo una última sonrisa a mi hijo y salgo de la habitación a toda prisa.

Al pasar por el salón, Megan, Cami y Chris, me miran fijamente, pero no me detengo a darles ninguna explicación. Salgo de la casa apresurado y me monto en mi todoterreno. Voy a hacer algo que debí hacer hace mucho tiempo. Si hubiese tomado esta decisión hace un par de años, ahora mismo mi vida sería muy distinta.

Aparco frente a la casa Callaghan y no puedo evitar echarle una mirada a la ventana de la habitación de Jo. Ha pasado toda una vida desde esa noche que pasé a la intemperie esperando poder verla. Las malas decisiones que han guiado mis actos, me han traído a este momento. Un momento que creí que no

iba a vivir nunca. Estoy a punto de echar por tierra todas mis creencias y mis esfuerzos por acabar con Mathew Callaghan.

Respiro profundamente y toco el timbre. Nala, la madre de Chris, abre la puerta y sus párpados se disparan abriéndose hasta el nacimiento del pelo.

—Muchacho, ¿Qué haces aquí? —susurra mirando a su espalda.

—Necesito hablar con Callaghan.

—Mathew acaba de sufrir un infarto. No empeores las cosas, Alec.

—Lo siento, Nala, pero esto es importante.

En ese momento, el hombre al que he odiado durante gran parte de mi vida, se asoma a la puerta y frunce el ceño al verme.

—¡Wolfheart! ¡¿Qué demonios haces aquí?! ¡Fuera de mi casa! —brama.

—Tengo que hablar con usted —afirmo apretando los puños a ambos lados de mi cuerpo.

—¡¿Qué mierda quieres ahora?! ¿No has tenido suficiente con apartar a mi hija de mí? ¡¿Qué más quieres?! —

—Quiero disculparme —digo entre dientes.

Mis palabras le toman por sorpresa, abre los ojos desmesuradamente y se echa hacia atrás sorprendido.

—¿A qué estás jugando, Wolfheart? ¿Qué es lo que pretendes ahora?

—No estoy jugando a nada. Se acabaron los juegos —suspiro y me paso la mano por el pelo—. Esta guerra ya me ha quitado demasiado. Para mí, se acabó. Me rindo. No estoy dispuesto a seguir sacrificando todo aquello que amo por una maldita promesa.

—¿Qué es lo que buscas? ¿La redención? ¿Crees que es tan fácil? Has destrozado mi familia.

—No busco tu perdón, Callaghan. Tampoco creo que pueda llegar nunca a soportar tu presencia. Eres el hombre que asesinó a mi padre, y eso nunca lo olvidaré, pero no puedo seguir con esta estúpida guerra. No puedo intentar destruir a los Callaghan cuando las dos personas más importantes de mi vida llevan ese apellido.

—Sabes lo de Johnny —afirma.

—Sí. Se acabó, Callaghan. Por mi parte no vas a volver a recibir ningún tipo de ataque o provocación. Es ridículo que sigamos con esto. En nuestro afán por destruirnos el uno al otro, hemos acabado destrozando a la persona que los dos más queremos, además, ¿Dónde está esa línea ahora? ¿Cuál es la diferencia entre los Callaghan y los Wolfheart? Mi hijo lleva la sangre de esos dos apellidos.

—No me lo creo —sentencia negando con la cabeza—. Estoy seguro que esta es otra de tus jugadas para acabar conmigo.

—Me da absolutamente igual lo que pienses. Yo he hecho lo que tenía que hacer. Me he presentado ante ti y me he disculpado, aunque para ello esté tragándome mi orgullo y sintiendo que le he fallado a mi padre. Esto debí hacerlo cuando Jo aceptó volver conmigo hace un par de años.

—Muy bien, si realmente estás diciendo la verdad, solo el tiempo lo dirá. Yo no voy a meterme en las decisiones que tome mi hija respecto a ti. No pienso perderla de nuevo. Solo espero que ella sepa juzgarte como mereces. En mi opinión, tú no eres digno ni de respirar el mismo aire que ella o mi nieto.

Asiento mordiéndome la lengua para no darle la razón. Sé perfectamente que no soy digno ni de Jo ni de nuestro hijo, pero eso no va a detenerme. Pienso hacer todo lo que esté en mis manos por recuperarlos a ambos.

Me doy media vuelta y entro en mi coche sin despedirme de él. No espero llegar a tener una relación cordial con Mathew Callaghan, eso sería algo imposible. Saber que él fue el que me arrebató a mi padre, me perseguirá el resto de mi vida. Pero tengo que escoger entre Johanna y mi hijo, y la venganza que le prometí a mi padre. Esta vez voy a hacer las cosas bien, les elijo a ellos. Ahora lo difícil va a ser que Jo vuelva a confiar en mí.

Arranco el coche y salgo de nuevo en dirección al pueblo, no voy a esperar ni un segundo más para hablar con ella. Mi teléfono empieza a sonar y descuelgo poniendo el altavoz.

—¿Has hablado con ella? —pregunta Holly al otro lado de la línea.

—Más o menos —contesto haciendo una mueca.

—¿Cómo que más o menos? ¿Le has dicho que entre nosotros dos no hay nada?

—No, he hablado con ella, pero aún no le he aclarado esa situación.

—¿Por qué?

—Porque acabo de llevarme la sorpresa de mi vida, Holly —sonrío al recordar al precioso niño que lleva mi sangre—. Fui a casa de Chris y me encontré por casualidad allí con Johanna. No estaba sola.

—¿Su novio? ¿Ese tal Johnny estaba con ella?

—Sí, Johnny estaba con ella, pero no es su novio.

—¡Oh dios mío! ¿¿Se ha casado?! Lo siento mucho, Alec.

—No es nada de eso, pajarita —aclaro—. Johnny es su hijo.

—¿¿Su hijo?! ¿¿Tiene un hijo también?! Alec, debes estar destrozado. Yo te

animé a que intentaras arreglarlo con ella y ahora me estoy arrepintiéndome. Lo siento muchísimo, de verdad. Piensa que no todo...

—Holly, no me estás entendiendo —la interrumpo antes de que se embale y ya no pueda parar su diatriba—. Johanna tiene un hijo, pero no hay nadie más en su vida.

—¿Es madre soltera? ¿Y el padre del niño?

—Yo soy el padre. Johnny es hijo mío.

Su silencio me demuestra lo mucho que le ha sorprendido mi revelación. No me extraña, yo mismo aún no soy capaz de creerlo.

—¿Hablas en serio? ¿Tienes un hijo?

—Sí —contesto sonriendo de oreja a oreja—. Tiene nueve meses y es igualito a mí, aunque tiene la sonrisa de su madre. Es precioso Holly, una verdadera monada.

—Se te está cayendo la baba, ¿verdad? —pregunta divertida.

—Sí, no lo niego —llego frente a la casa de Cam y detengo el vehículo—. Oye, tengo que dejarte. Voy a hablar de nuevo con Jo, te prometo que le dejaré claro que tú y yo solo somos amigos.

—Más te vale, Lobo. Quiero conocer a ese mini Alec y no creo que Johanna me permita acercarme si sigue pensando que soy su rival.

Asiento y me despido de ella antes de colgar el teléfono.

Johanna

Hace más de una hora que Alec se ha marchado. Les he explicado a Chris, Megan y Cam todo lo que ha ocurrido en la habitación. Nunca pensé que Alec se enteraría de la existencia de nuestro hijo tan pronto. Obviamente sabía que ocurriría tarde o temprano, eso es algo que tuve muy claro cuando decidí quedarme en Black Mountain. Lo que me preocupaba era cómo se lo iba a tomar, creí que se pondría hecho una furia por habérselo ocultado, pero nada más lejos de la realidad. Su forma de comportarse y aceptar mi decisión de no decírselo, me ha sorprendido muchísimo, especialmente cuando le he visto abrazar a mi pequeño y suplicarle perdón, esa imagen permanecerá siempre en mi memoria. Fue un momento precioso y desgarrador a la vez.

—¿Dijo cuándo volvería? —pregunta Cam desde su lugar en el sofá. Está jugando con Johnny que no deja de moverse y hacer ruidos para llamar su atención.

—No, solo dijo que no iba a tardar y que teníamos que hablar.

La verdad es que no sé por qué me he quedado a esperarle, debía haberme marchado con Megan, pero mi lado masoquista quiere escuchar lo que sea que Alec quiera decirme.

Chris me observa de reajo y aparta la vista enseguida.

—¿Qué pasa, Chris? —pregunto—. Hay algo que te inquieta, lo sé.

Resopla rascándose el cuello y cambia el peso de una pierna a la otra como hace cada vez que está nervioso.

—Me preguntaba sí... Es posible que... —vuelve a resoplar—. ¿Vas a volver con él? Ahora que sabe lo de Johnny, puede que intente recuperarte y...

—No —contesto secamente—. Mi historia con Alec se acabó. No voy a volver atrás de nuevo. Me quedaré aquí hasta que Cam tenga el bebé y después volveré a Nueva York. No voy a cambiar de idea.

Cam suelta una risita atrayendo nuestra atención. Alzo una ceja y ella me mira sin dejar de sonreír.

—Vamos, Jo. Ya sabes cómo es Alec. Insistirá hasta la saciedad, hará lo que sea para recuperarte, tú te resistirás al principio, pero él no se dará por vencido, hará locuras como secuestrarte u obligarte a hablar con él aunque no quieras, y tarde o temprano acabarás cediendo.

—¡No! Eso no va a pasar. Esta vez no.

—Lo que tú digas —rebate haciendo un gesto con su mano para quitarle importancia a mi declaración—. Sabes que eso es exactamente lo que va a pasar, Y ¿sabes por qué vas a acabar perdonándole?

—Ilumíname —la reto alzando la barbilla y cruzándome de brazos.

—Porque sigues queriéndole, porque a pesar de todo el daño que te ha hecho y todas las lágrimas que has derramado por él, sigues amándole cómo cuando eras una adolescente —Abro la boca para sacarla de su equivocación, pero el sonido del timbre me detiene. Cam sonríe de manera pilla y señala hacia la puerta—. Ahí está el hombre al que no vas a perdonar jamás, pero has estado esperando desde hace una hora —Bufo en alto y ella suelta una carcajada mientras Chris abre la puerta.

Alec entra en la casa y clava su mirada en la mía.

—¿Podemos hablar a solas un momento? —pregunta.

Estoy a punto de decir que no, pero otra vez mi lado masoquista me obliga a asentir con la cabeza.

—Nosotros vamos a dar un paseo —informa Cam levantándose del sofá y acercándose a Alec—. Te dejo con tu padre —dice tendiéndole a Johnny.

Alec coge al niño en brazos y le sonríe a Cam agradeciéndole con la

mirada su gesto. Chris y Cami se marchan un par de segundos después, dejándonos solos.

—¿Qué es lo que quieres hablar? —pregunto acercándome a él para coger a mi hijo, pero Alec se aparta y niega con la cabeza.

—Déjame un ratito —susurra besando la frente de mi pequeño.

Siento cómo se me estruja el corazón al verle actuar de esa forma tan cariñosa con Johnny. Aunque me niegue a admitirlo, llevo soñando con verles así desde el día del nacimiento de mi pequeño.

—Alec, ve al grano, no tengo todo el día —me siento en el sofá y le miro expectante.

Se sienta en el otro sofá frente a mí dejando a Johnny sobre sus piernas y se pasa la mano por el pelo.

—Tenemos que hablar de nosotros y de lo que vamos a hacer a partir de ahora.

—¿Nosotros? Alec, ya no existe ningún nosotros. Estás tú y yo, pero no nosotros. Tú no sé lo que piensas hacer, yo regresaré a Nueva York en cuanto Cam dé a luz.

—¿Qué?! ¿Cómo que regresarás a Nueva York? ¿No estás aquí para quedarte?

—No. Solo me quedo porque el rancho está pasando una muy mala época y Chris está desbordado con lo del embarazo de mi tía y el rancho. Mi padre está convaleciente y no puede hacerse cargo de nada, pero volveré a irme cuando todo se arregle.

—No puedes irte —susurra—. ¿Qué pasa conmigo? ¿Vas a alejarme de nuestro hijo?

—Alec, creo que ya he sido muy clara contigo respecto a ese tema. No quiero repetirme, así que no me obligues a tener que decirte de nuevo lo que pienso sobre que tú estés cerca de mi hijo.

—Nuestro hijo —me corrige frunciendo el ceño.

—Mi hijo —repito.

Alec resopla de nuevo y mira hacia el pequeño que parece estar muy a gusto sobre el regazo de su padre. Está jugando con el colgante, mi colgante, lo tiene agarrado en su pequeño puño e intenta llevárselo a la boca.

—Parece que le gusta tu colgante —murmura Alec sonriendo.

—No es mío, dejó de serlo cuando te lo devolví.

Me mira y sonrío de esa forma que hace que mi cerebro se vuelva papilla. ¡Mierda! ¡Cómo echaba de menos esa sonrisa!

—Este colgante siempre será tuyo, pequeña. Solo tienes que pedírmelo y te lo devolveré, con todo lo que eso conlleva.

¿De verdad está diciendo lo que creo que está diciendo? Ese colgante es como un anillo de compromiso.

—Deja de jugar, Alec —digo alzando la voz—. Estoy harta de tus malditos juegucitos. ¿Qué coño quieres de mí?

—Todo, lo quiero todo de ti. Quiero que vuelvas a casa conmigo, tú y Johnny. Quiero dormir a tu lado todas las noches y hacerte el amor por las mañanas, que nos duchemos juntos y lleguemos tarde a todos lados porque soy incapaz de mantener mis manos alejadas de ti, quiero que te cabrees conmigo cuando me comporto como un capullo o que me obligues a pedir las cosas por favor y decir gracias aunque sea a un empleado mío. Lo quiero todo, pequeña. Quiero un futuro junto a ti y junto a nuestro hijo.

—Alec, ¿Has estado bebiendo? —pregunto alzando una ceja. Johnny estira sus brazos hacia mí y me acerco para cogerlo en brazos—. ¿Qué te hace pensar que yo quiero todo eso? Además, te recuerdo que tú tienes a una “pajarita” en tu vida.

—¿De verdad piensas que hay algo entre Holly y yo?

—Me da absolutamente igual, lo que tú hagas con tu vida, es cosa tuya.

—Por eso estás celosa ¿verdad? Porque no te importa —comenta en tono sarcástico.

—Yo no estoy... —respiro profundamente para tranquilizarme y le miro fijamente—. Alec, no voy a volver a pasar por esto. Me ha costado mucho sufrimiento y miles de lágrimas poder superar nuestra ruptura. No te haces una idea de lo mal que lo pasé.

—¿Tú crees? ¿Crees que yo no lo pasé mal? Me dejaste, y mi familia me dio la espalda, me quedé destrozado, Jo. Creí... llegué a pensar que no podría superarlo, especialmente después de recibir tu mensaje. Si no hubiese sido por Holly...

Holly, otra vez esa tipa. Una oleada de celos recorre mi cuerpo y tengo que aferrarme a mi hijo para no pegarle unos gritos a este capullo.

—Me importa una mierda. Si ya has terminado, te agradecería que te fueras.

—¿Qué? —Alec me mira sorprendido por mi tono—. Aún no hemos terminado.

—Por supuesto que hemos terminado. Mi respuesta es no. No voy a permitir que hagas parte de la vida de mi hijo, y por supuesto que no voy a

volver a tener nada que ver contigo. Me quedaré hasta que pueda levantar algo el rancho y después volveré a Nueva York.

—¿Levantar el rancho? —pregunta ignorando el resto de mi afirmación deliberadamente—. El rancho Callaghan está prácticamente arruinado. Hace falta muchísimo dinero para sacarlo adelante. A no ser que te haya tocado la lotería, dudo que puedas hacer algo por él.

—Eso es algo que esperaba que dijera el mayor causante de que el rancho de mi familia esté prácticamente en quiebra —siseo entre dientes de manera sarcástica.

—Te ayudaré. Yo puedo invertir...

—¡Eh, quieto ahí vaquero! —exclamo—. No necesito tu ayuda ni tu dinero para nada.

—Entonces, ¿Cómo piensas lograr salvar el rancho? ¿De dónde vas a sacar el dinero?

—Voy a hipotecarlo.

—¿Qué vas a hacer qué?! ¡No puedes hacer eso!

—¡No tengo otra maldita opción! Si no lo hago, mi padre venderá el rancho, ya tiene un comprador.

—¿Qué?! ¿Por qué nadie me ha dicho nada de eso?!

—¿A ti qué demonios te importa lo que pase con el rancho Callaghan?!

—¡Claro que me importa! ¡Es tu herencia, la herencia de nuestro hijo!

—¡Eso no te importó una mierda cuando lo llevaste a la ruina! ¡Si está en esta situación, es por tu puta culpa! —grito sobresaltando a Johnny que empieza a berrear.

—Eso no... Vale, tienes razón, pero eso fue antes. No quiero que pierdas el rancho. Déjame ayudarte.

—No. No quiero nada de ti —afirmo.

—Está bien. No voy a insistir en esto, pero te advierto que no voy a dejarlo pasar. Algún día el rancho Wolfheart y el rancho Callaghan serán solo uno. Solo es cuestión de tiempo.

—Alec, te repito que no voy a volver contigo. Me iré en tres meses.

Sonríe de medio lado y se acerca a mí. Pasa su mano por la cabeza de Johnny y me mira a los ojos.

—Tengo tres meses para hacerte cambiar de idea, ya sabes lo persuasivo que puedo llegar a ser.

—No lo hagas —susurro—. No empieces con tus locuras, te aseguro que esta vez no van a servir de nada.

—Eso ya lo veremos —acerca su cara a la mía y por un segundo creo que va a besarme, pero no lo hace, posa sus labios en la frente de mi pequeño y sonrío antes irse cerrando la puerta a su espalda.

Suspiro sentándome de nuevo en el sofá y miro a Johnny.

—Tu padre no nos va a poner las cosas nada fáciles, pequeño. Voy a necesitar más fuerza de voluntad de la que creo tener para resistirme a sus artimañas. Espero poder conseguirlo, por mí y por ti, te mereces algo mucho mejor.

A pecho descubierto

Alec

Cómo cada mañana, mi primer pensamiento del día, se lo lleva mi pequeña. Pero esta vez alguien más se cuelga en mi cabeza, un precioso niño de piel morena de ojos grises y pelo negro. Sonrío desperezándome en la cama, no pude dormir hasta bien entrada la madrugada dándole vueltas a lo que puedo hacer para convencer a Johanna de que he cambiado. Soy consciente de que no se fía de mí y mi tiempo es limitado, así que tengo tres meses para recuperar su confianza y convencerla de que no se marche.

Me levanto y me doy una ducha rápida antes de vestirme. Estoy de mejor humor de lo que recuerdo estar en mucho tiempo. Ese es el efecto que Jo tiene en mí. Es como si mi cuerpo estuviese dotado de un receptor de felicidad que solo se activa cuando ella está cerca. Cuanto más cerca la tengo, más felicidad recibo.

Salgo de mi habitación ya listo para una nueva jornada laboral en el rancho Carrington y al bajar las escaleras escucho la voz de Jo. ¿Qué hace aquí? Me escondo al final de la escalera para que no me vea y agudizo el oído, está hablando con Nadia, y Jason está con ellas.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Nad—. Se supone que ibas a llamar y quedaríamos en algún lugar. Alec está en casa —susurra en tono de preocupación.

—No te preocupes por eso, Alec...

En ese momento es interrumpida por Carter que llega acompañado de mi madre. Me asomo para espiarles y veo como mi madre le quita a Johnny de los brazos y lo besa por toda la cara diciéndole lo mucho que ha crecido y todo lo que lo ha extrañado. Carter abraza a Jo levantándola del suelo y haciendo que ella suelte un grito y la besa en la mejilla.

—Te echaba de menos, cuñadita —dice ganándose un golpe en el brazo de mi pequeña.

Carter le roba el niño a mi madre y esta vez es él quien lo achucha mientras mi madre abraza a Jo cariñosamente. Verla aquí, en mi casa, con mi familia, me llena de alegría. Quiero que se quede aquí para siempre. Es más, tengo que empezar a montar una habitación para Johnny.

—¿Qué haces aquí, hija? —pregunta mi madre a Jo.

—Ya sé que habíamos quedado en que os llamaría para que pudieseis ver a Johnny, pero quería aprovechar para ver a Tormenta y al potro, además ya no tiene sentido esconderse, Alec ya lo sabe.

—¿Lo sabe? —pregunta Carter dejando de hacerle pedorretas en el cuello a mi hijo que ríe a carcajadas de las monerías que le hace su tío.

—¿El qué? ¿Qué mi propia familia me ha mentido durante más de un año? —aclaro saliendo de mi escondite y acercándome a Carter. Todos me miran sorprendidos, me acerco a mi hermano y sorprendentemente, Johnny estira sus brazos hacia mí nada más verme llenándome de orgullo—. ¿Me das a mi hijo, hermano? —pregunto.

Carter mira hacia Jo y ella asiente, así que me tiende al niño que se tira a mis brazos y enseguida agarra el colgante de mi cuello y empieza a jugar con él.

—Hijo, nosotros... Johanna nos pidió que no te dijéramos nada y...

Alzo una mano para detener la explicación de mi madre. Seguramente crea que voy a montar espectáculo, a gritar, a golpear algo, pero nada más lejos de la realidad.

—Lo entiendo, mamá. No os juzgo. Tuviste que escoger entre ser sincera conmigo y arriesgarte a no ver a tu nieto, o mentirme, a mí, al rey de las mentiras y los engaños, y verlo crecer. Yo hubiese hecho lo mismo.

Mi madre me mira sorprendida y puedo ver como Carter frunce el ceño como si estuviese completamente confundido.

—¿No va a haber gritos ni recriminaciones? —pregunta Carter en tono desconfiado—. ¿Ni siquiera un golpe a la pared?

—No, nada de eso —afirmo sonriéndole a mi hijo. Miro a Jo y mi sonrisa cambia a una más seductora, esa sonrisa que sé que a ella la vuelve loca—. Buenos días, pequeña. No esperaba verte aquí tan temprano. ¿Has traído tus maletas o quieres que vaya yo a buscarlas?

Jo alza una ceja cruzándose de brazos y resopla.

—Déjate de galanterías, Alec. Solo he venido a traer al niño para que tu madre y tu hermano pasen un rato con él.

—Pues van a tener que esperar —informo pasando a su lado en dirección

a la puerta.

—¿Dónde demonios crees que vas?! —pregunta poniéndose en guardia.

—Tranquila, cariño. No voy a huir con el niño. Estaremos en el establo un rato.

—Alec —sisea fulminándome con la mirada.

—Jo, no me voy a escapar. Estaré aquí al lado, puedes venir con nosotros si quieres.

Veo cómo su mirada se ablanda y su cuerpo se relaja visiblemente.

—Iré a buscarlo en cinco minutos —declara.

Asiento sonriendo triunfalmente y salgo de casa con mi hijo en brazos. Nada más entrar en el establo, el niño empieza a hacer muecas como si el olor a caballo y estiércol le picara en la nariz, y no puedo evitar sonreír. Seguramente esta es la primera vez que va a ver un caballo y quiero ser yo quien se lo muestre.

Abro la cuadra de Kitchi y me acerco al animal con cautela. Temo que Johnny se asuste y se ponga a berrear en cualquier momento, pero me sorprende ver como abre los ojos de par en par y estira su manita para acariciarle el morro a mi caballo.

—¿Te gusta, campeón? —pregunto sonriendo—. Este es Kitchi. Es el caballo de papá. Sonríe abiertamente pegando su cara al cuello del caballo y lo abraza—. Ahora vamos a visitar a Tormenta —informo—, es el yegua de mamá —Salimos de la cuadra de Kitchi y entramos en la de la yegua, a su lado está el pequeño potro, hijo de una tarde loca entre mi caballo y la yegua de Jo. Johnny repite lo mismo que hizo con Kitchi, abraza al animal y clava sus ojos en el potro—. ¿Te gusta? Ese es para ti. Aún no tiene nombre, así que esperaremos a que sepas hablar para que le escojas uno.

Me siento en el suelo con el niño sobre mis piernas y me paso un buen rato contándole cosas sobre el rancho. También le digo lo mucho que quiero a su madre y cuanto deseaba que él llegara a nuestras vidas.

—Te estaba buscando —dice Holly sobresaltándome.

—¿Pretendes matarme de un infarto? —pregunto poniéndome en pie con mi hijo en brazos.

—¡Ohhh, es una monada! —exclama estirando sus brazos hacia Johnny. Mi pequeño campeón se aferra a mi cuello escondiéndose de la desconocida.

Me encanta que haga algo así, eso significa que confía en mí, y empieza a acostumbrarse a mi presencia.

—Quiero cogerlo, déjame un poquito —pide haciendo un puchero

gracioso. Aparto al pequeño de mí y se lo tiendo—. Es igualito a ti. ¿Has hablado con Johanna? ¿Le has aclarado lo nuestro?

—Sí, se lo he dicho, pero tengo la impresión de que no me ha creído. No confía en mí, pajarita. No sé cómo voy a recuperarla.

—Lo conseguirás, ya verás, solo es cuestión de tiempo.

—Eso es lo que me falta, tiempo. Se va en tres meses y se llevará a mi hijo con ella. Voy a contrarreloj y no tengo ni idea de qué hacer para impedirlo.

—Eres el Lobo. Estoy segura de que tu maquiavélico cerebro ya está funcionando a pleno rendimiento, buscando las formas más retorcidas para impedirle a Johanna que se marche.

—Ese es el problema, esta vez no quiero hacerlo así. No quiero secuestrarla, ni presionarla de ninguna forma. Quiero hacer las cosas bien, y que se quede conmigo porque vea que he cambiado, o que al menos lo estoy intentando con más fuerza que nunca.

—¿De verdad lo estás intentando?

Asiento acariciando la cabeza de mi pequeño que parece estar algo más a gusto en brazos de Holly.

—He ido a ver a Mathew Callaghan. Me he disculpado con él y le he dicho que se acabó. Prefiero vivir el resto de mi vida sabiendo que he faltado a la promesa que le hice a mi padre, antes que tener que vivir un solo día más alejado de Jo y de mi hijo.

—¡Guauu! Parece que esta vez sí que vas en serio. ¿De verdad estás dispuesto a dejar tu venganza a un lado?

—Sí. He tenido que perder al amor de mi vida y el nacimiento de mi hijo para darme cuenta de lo equivocado que estaba. Ese odio y resentimiento hacia los Callaghan... En cuanto supe de la existencia de Johnny, tuve claro que no valía la pena. ¿Cómo puedo odiar a los Callaghan cuando las dos personas que más quiero llevan ese apellido?

—¡Bien! —Holly me abraza dejando a Johnny entre nosotros.

—¿¿Qué demonios está pasando aquí?! —brama Jo acercándose a nosotros a largas zancadas. Le arrebató a Johnny de los brazos a Holly y me mira frunciendo el ceño—. ¿¿Para esto querías estar con mi hijo?! ¿¿Para traérselo a tu fulana?! —pregunta temblando de rabia.

—Jo, esto no es... ¡Vamos! No pensarás que...

—Escúchame bien, Alec. Me importa una mierda lo que hagas con tu vida, pero a mi hijo lo dejas fuera de esto.

—Johanna, no es lo que piensas —intenta explicarle Holly.

—Tú calladita, bonita. No quiero volver a verte cerca de mi hijo, a ninguno de los dos.

Sale a toda prisa del establo y nos deja a mí y a Holly confundidos.

—¡Ve a por ella, imbécil! —apremia Holly—. No dejes que siga creyendo esas tonterías.

Asiento y salgo corriendo tras Johanna. La alcanzo justo cuando está llegando a su coche.

—Jo, escúchame —pido agarrando su brazo.

Me aparta de un empujón y me lanza una mirada asesina. Está furiosa, y celosa también.

—¿Cómo puedes ser tan cínico?! Ayer me hablas de que quieres un futuro a mi lado y un montón de gilipollices más, y hoy estás con tu “novia” y ella está con mi hijo en brazos.

—Jo, ya te he dicho que entre Holly y yo no hay nada. Solo somos amigos.

—¿Una más de tus mentiras? ¡¿A qué mierda estás jugando ahora?!

—Vale, entiendo que desconfíes de mí, pero te juro que...

—¿Me juras?! ¡¿Tú me juras?! ¿Quieres que me eche a reír ya o espero un rato más?

—Jo, mi niña, por favor...

—Olvídalo, Alec. Te quiero lejos de mi hijo. No vuelvas a acercarte ni a él, ni a mí.

—¡Es mi hijo! ¡No puedes hacer esto! —Me paso la mano por el pelo y respiro hondo para intentar tranquilizarme—. Sabes que podría convencerte de que volvieras conmigo. Podría sacarme de la manga miles de formas de retenerte a mi lado. Con mentiras, engaños, trampas, y todo lo que puedas imaginarte, pero no voy a hacerlo. Quiero demostrarte que estoy cambiando. ¡Ya he cambiado, pequeña! ¡Empecé a cambiar en el mismo momento en el que me di cuenta de que te había perdido para siempre! Ese día, cuando te fuiste, la verdad sobre lo que había hecho me golpeó como una jodida piedra en la cabeza. Me di cuenta de que todo lo que había hecho en contra de tu padre, me había llevado a ese momento, el momento en el que perdí todo lo que amaba quedándome totalmente solo. Y ayer.... Cuando vi a Johnny, fue la confirmación de lo imbécil que fui al dejarme llevar por la rabia y el odio. Eso me hizo perderte y perder a nuestro hijo. Así que esta vez va a ser distinto. Voy a demostrarte que puedes volver a confiar en mí. Voy de frente, Jo, a pecho descubierto, sin trampas ni trucos.

—Has hablado, te he escuchado y no me creo ni una sola palabra de las

que han salido por tu boca. Eso es lo único que vas a recibir por mi parte.

Abre la puerta del todoterreno e introduce a Johnny en la parte trasera, lo coloca en su silla y abrocha su cinturón.

—Pequeña, por favor... Solo te estoy pidiendo que me des el beneficio de la duda. No te cierres en banda.

—Adiós, Alec —murmura subiéndose al asiento del conductor y arrancando a toda prisa.

Suspiro viéndola alejarse y no puedo evitar maldecir en alto. Esto va a ser mucho más difícil de lo que esperaba.

Johanna

Llego a mi casa y me sorprendo al ver a mi padre levantado. Está sentado en el sofá leyendo el periódico.

—¿Qué haces aquí? Se supone que deberías estar descansando —digo intentando controlar mi tono de voz.

Aún siento la furia recorriendo todo mi cuerpo. No me puedo creer que haya sido tan estúpida como para dejar a mi hijo en manos de ese... ese... Mentiroso. ¿Cómo se atreve a hablarme de futuro?! ¿Un futuro a mi lado?! ¡Y una mierda! No son más que mentiras y engaños.

—¿Te encuentras bien, hija? —pregunta mi padre.

Asiento y veo cómo Wolfy se acerca, así que dejo a Johnny en el suelo y sale gateando hacia el perro.

—Estoy bien, papá. Eres tú el que está raro. Ayer casi no hablaste durante la cena. ¿Te pasa algo? ¿Te encuentras bien?

—Sí, es solo que... —Suspira y niega con la cabeza—. Os voy a echar de menos cuando os vayáis. Me gustaría que os quedarais aquí definitivamente.

—Pues yo estoy deseando largarme —murmuro dejándome caer en el sofá.

—¿Tiene algo que ver con Wolfheart?

Alzo una ceja mirando a mi padre sorprendida.

—¿De verdad quieres hablar de Alec, viejo? Siempre que he intentado hablar contigo de él, las cosas no han acabado bien.

—Ya, bueno... Sigo pensando que mereces a alguien mucho mejor, pero es el padre de tu hijo y... —Suspira de nuevo y me mira fijamente—. Si no me hubiese metido en tu relación con él, quizás nunca te habrías ido. Si para quedarte tienes que estar con él...

—¡No me lo puedo creer! —exclamo levantándome de un salto—. Me he

pasado casi toda mi vida deseando que tú aceptaras mi relación con Alec, y ahora resulta que ¡¿Qué?! ¿Me das tu bendición si eso significa que me voy a quedar en Black Mountain? Es surrealista.

Mi padre se encoge de hombros y resoplo saliendo del salón tras recoger a Johnny. Subo a mi habitación seguida por Wolfy y me pongo a deshacer mis maletas. Jay se ha encargado de traer parte de mis cosas de Nueva York y aún no he tenido tiempo de ordenarlas. Guardo mi ropa y la de Johnny en sus lugares y en el fondo de una de las maletas, encuentro un papel doblado por la mitad, lo abro y veo la foto que encontré en el sótano hace un par de años, la foto dónde aparecen mis padres con Norah y Jack Wolfheart y esa otra mujer que aún no he descubierto quién es. Quizás este sea un buen momento para ponerme a investigar. Estoy pensando en hablar con Norah, cuando la puerta de mi habitación se abre y Nadia se abre paso cogiendo a Johnny en brazos que le sonrío a su tía.

—¿Ya han empezado las discusiones con mi hermano? —pregunta sentándose a mi lado en la cama.

—¿Alguna vez han cesado? —replico tras resoplar—. ¿Qué haces aquí? ¿Dónde has dejado a Jay?

—He venido a verte, me imaginé que no estarías pasando un buen momento, y Jason ha quedado con Rob Anderson. No sabía que se conocían.

—Sí, yo les presenté cuando Jo y Megan vinieron a visitarme hace un par de años. Fuimos todos juntos a tomar algo a un bar.

—¿Eso mismo es lo que tenemos que hacer! —exclama sonriendo—. Esta noche nos ponemos guapas y nos vamos de fiesta.

—Nad, el que tú estés en plan vivir la vida loca, no quiere decir que el resto del mundo tenga ganas de salir de fiesta todos los días —digo sonriendo levemente.

—Dios, chica, hablas de mí como si fuese una cabeza loca y sabes que no soy así. ¿Me gusta divertirme? Sí, pero con moderación.

—¿Esa moderación incluye a Jay? —pregunto alzando una ceja.

—Jay es... —Se muerde el labio inferior y suspira—. Jason es un amor, pero no tengo claro lo nuestro.

—¿Pero es que hay algo “vuestro”? Creí que solo era sexo sin compromiso.

—Jay me gusta. Es un buen tipo, pero...

—¿Pero...? ¿Es por Chris? ¿Aún sigues enamorada de él?

—Si me hubieses hecho esa pregunta hace una semana, no habría sabido

responderte, pero después de ver a Chris con Camila... Hacen muy buena pareja, y son felices. Me alegro mucho por ellos.

—¡Bien! Entonces, ¿Cuál es el problema? ¿Qué pasa con Jason?

Nad vuelve a suspirar y deja a Johnny en el suelo que no deja de llamar a su Wufy.

—Sabes lo enclaustrada que he vivido durante toda mi vida. Cuando me vi libre de las cadenas que me había impuesto mi hermano, yo solo... solo quería vivir al máximo, recuperar todo lo que había perdido.

—No, si recuperar, lo has recuperado —añado sonriendo de manera pícara.

—Cuando conocí a Jay... él es tan guapo y tan... —Sonríe de oreja a oreja.

—¿Pero...? Supongo que ahora llega el “pero”.

—Pero... Creo que sigue enamorado de ti.

—¿¿Qué?! ¿Te has vuelto loca?! ¡Lo mío con Jason no fue nada! Terminamos porque nos dimos cuenta de que no estábamos enamorados. Yo seguía amando a tu hermano y él no me quería, no de ese modo.

—¿Entonces por qué pasaba todo el tiempo que podía en nuestro piso en Nueva York? Siempre estaba ahí, incluso antes de que yo y él...

—Porque se quedó embobado por ti nada más verte, idiota. Jason está loco por ti.

—¿Tú crees? —pregunta agachando la mirada.

—Claro que sí. Deja de montarte películas en la cabeza y habla con él, Nad. Pregúntaselo directamente.

—Está bien, lo haré esta noche, cuando volvamos de nuestra salida nocturna —contesta sonriendo de manera pilla.

—Buen intento, pero yo no voy a ir.

—¡Vamos! Llamaré a Jay y le diré que invite a Rob y a tu amiga Megan. Estoy segura de que Carter también se va a apuntar y hasta puedo comentárselo a Patrick. Solo vamos a estar aquí tres meses, aprovechemos el tiempo para pasarlo bien.

—No sé —murmuro haciendo una mueca—. Te recuerdo que yo tengo un pequeño terremoto del que cuidar. No puedo irme de fiesta sin más.

—¿En serio? ¿Esa es tu excusa? Te puedo asegurar que te sobran niñeras que puedan quedarse con Johnny una noche. Puedes dejarlo con Cam y Chris, no creo que ellos vengan. También está tu padre, que por cierto, acabo de verlo al subir y estaba muy simpático conmigo. Por otro lado, tienes a mi

madre. Le darías una alegría si le dejaras cuidar de su nieto.

—No creo que sea buena idea que se quede en tu casa, Alec estará allí — Veo cómo Nad frunce el ceño, pero no dice nada—. ¿Qué pasa? ¿A qué viene esa cara?

—Jo, sabes que yo siempre te he apoyado. Entendí tus razones para no contarle a Alec la existencia de Johnny, pero... —Suspira mordiéndose el labio inferior—. No me parece justo. También es su hijo y ahora ya no puede ignorarlo, le conoce. Creo que en esta ocasión no estás siendo justa.

—¿Que no estoy siendo justa?! ¿Sabes lo que pasó hoy? Dejé que Alec se llevara a mi hijo, que pasara algo de tiempo a solas con él, y cuando fui a buscarlos, mi hijo estaba en brazos de esa mujer.

—¿Holly? No creo que ella y Alec... Da igual. Aunque ellos sean más que amigos. A eso es a lo que me refiero. No estás pensando en lo que es mejor para Johnny o para Alec, ni siquiera para ti. Te estás dejando llevar por los celos y le castigas privándole de estar con su propio hijo. Eso no es justo, por muchas vueltas que quieras darle, no lo es.

—Yo no estoy... Hago lo que creo que es mejor para mi hijo. ¿De qué sirve que se encariñe con Alec, si vamos a irnos en poco tiempo?

—No sé, Jo. ¿Has pensado que quizás sea bueno para el niño poder pasar algún tiempo con su padre? ¿Y Alec? Se le cae la baba al verlo... No quiero que te enfades conmigo por decirte esto, pero en mi opinión, no estás actuando de la mejor manera.

—¿Ahora resulta que la mala soy yo? Ya sabes lo que pienso, y tu hermano también lo sabe. No voy a permitir que Alec le inculque a mi hijo su forma de vivir. Voy a mantener a Johnny lejos de esta maldita guerra mientras me sea posible.

—¿Y tu padre? Porque te recuerdo que tu padre también es una parte implicada en esta guerra y no veo que hagas nada para impedirle estar con Johnny.

Me paro a pensarlo un instante y aunque me fastidie admitirlo, sé que tiene razón.

—Pienso lo mismo con relación a mi padre. Cuando nos vayamos de aquí, no pienso volver, al menos en un plazo corto de tiempo. También le mantendré alejado de él.

—Pero ahora no, ¿Por qué con Alec es distinto? ¿Por qué no puedes dejar que disfruten el uno del otro aunque sea por un tiempo limitado?

—Porque... Porque...

—Yo te lo diré. Porque temes volver a caer en las artimañas de mi hermano. Te aterra pensar que Alec pueda usar al niño para acercarse a ti, y lo peor es que no te fías de ti misma cuando estás con él. Le sigues amando, tienes celos de Holly y por eso intentas mantener las distancias. ¿Estoy en lo correcto?

Suspiro asintiendo y desvío la mirada. Nadia ha dado en el clavo. Eso es exactamente lo que siento.

—Está bien, tú ganas —digo intentando cambiar de tema—. Dejaré a Johnny con tu madre esta noche e iremos a tomarnos unas copas.

—¡Sí! Hablaré con mi madre, con Carter, con Patrick, y llamo ahora mismo a Jay para que se encargue de avisar a Rob y a Megan. Vamos a pasarlo genial.

Nadia se mueve inquieta por la habitación sonriendo como una niña la mañana de navidad.

—Volveremos pronto. No quiero dejar a Johnny mucho tiempo —murmuro levantándome.

Al moverme, toco la foto que estaba a mi lado en la cama, y esta cae al suelo. Nad la recoge y abre los ojos de par en par al verla.

—¿Qué es esto? —pregunta sorprendida—. Es una foto de mis padres, y ¿este es...? ¿Es tu padre?

Asiento poniéndome a su lado para observar la foto de cerca.

—Esta es mi madre. Encontré esta foto en el sótano hace un par de años. Esta otra mujer...

—¡Es Laura Turkel! —exclama.

Le arrebató la fotografía de las manos y observo atentamente a la mujer desconocida. ¿Es posible? Se parece mucho a Laura.

—Sí, es ella —susurro—. Sabía que me sonaba su cara, pero no recordaba quién era.

—No entiendo nada. ¿Qué hacen mis padres y los tuyos con Laura Turkel en una foto? Creí que esa mujer se había mudado a Black Mountain, no sabía que fuese de aquí, y nuestros padres... parecen amigos. ¿Cómo es eso posible?

—Eso mismo le pregunté yo a tu madre.

—¿Qué?! ¿Hablaste de esto con mi madre? —Asiento—. ¿Qué te dijo?

—Me dijo que hubo un tiempo en el que nuestros padres fueron amigos. Comentó algo cómo que querían ser distintos y no dejarse llevar por el odio entre nuestras familias, pero fuimos interrumpidas y nunca más volvió a mencionar el tema, además... —me quedo callada dudando si contarle a Nadia

o no, lo que sospecho sobre nuestros padres.

—No te calles ahora —dice cogiendo a Johnny en brazos que estaba tirando de su pantalón para demandar la atención de su tía.

—Está bien. El caso es que algo muy grave tuvo que pasar entre mi padre y el tuyo para que acabaran odiándose a muerte, como se puede ver en esa foto y según lo que me dijo tu madre, ellos eran buenos amigos.

—¿Qué fue lo que pasó entre ellos? ¿Lo sabes?

—No a ciencia cierta, pero sí tengo una teoría basada en unas bases muy sólidas —Suspiro y vuelvo a sentarme en el borde de la cama—. ¿Recuerdas la noche que fuimos todos al baile? ¿Cuándo tu hermano se subió al escenario?

—¿La noche en la que mi hermano se te declaró frente a todo el pueblo? Es difícil de olvidar. Por supuesto que me acuerdo.

—Esa noche escuché una conversación entre mi padre y tu madre. Hablaban del pasado y mi padre le reclamaba a Norah que no le hubiese hecho caso y se casara con tu padre. Por la forma en la que hablaban... —Nadia me mira expectante—. Juraría que han sido mucho más que amigos. Creo que nuestros padres fueron amantes.

—¿Qué?! ¿Mi madre y tu padre?! —Asiento—. Pero... ¿Y mi padre, o tu madre? ¿Crees que estaban liados cuando aún seguían vivos?

—No lo sé, pero en el caso de mi madre... No me extrañaría que mi padre tuviese una amante, ya que mi madre también tenía uno. La noche que murió estaba con él.

—¿Hablas en serio? ¿Qué pasó con tu padre? ¿Él lo sabe?

—Sí, según me contó Camila, el matrimonio de mis padres fue una especie de arreglo entre los dos. Mi padre estaba pasando un mal momento cuando mi madre se quedó huérfana teniendo que cuidar de su hermana pequeña y sin un centavo, así que mi padre se casó con ella.

—Tu padre y mi madre —susurra alucinada—. No me lo puedo creer.

—A mí también me costó creerlo, pero vi con mis propios ojos la forma en la que se miraban, la manera en la que se tocaban. Estoy segura de que no hubo solo una amistad entre ellos.

—¿Alec sabe algo de esto? ¿Se lo contaste?

—¡No! ¿Para qué? ¿Para crear una fuente más de conflictos entre él y mi padre? No me atreví a decírselo.

Nadia asiente y se sienta a mi lado. Nos pasamos el resto de la mañana charlando en mi habitación y especulando sobre las posibles hipótesis que se nos ocurren sobre la verdadera naturaleza de la relación de nuestros padres.

Al final se hace tarde y Nadia termina quedándose a comer conmigo. Por la tarde, Chris y yo vamos al banco a solicitar la hipoteca mientras Nad se lleva a Johnny al rancho Wolfheart. Espero que Alec no esté por allí. La idea es dejar al niño con Norah y cuando volvamos del pub, yo me pasaré a recoger a mi hijo.

En el banco, el director nos atiende personalmente y no pone ninguna pega a la solicitud de hipoteca que le presentamos. Al contrario, parece encantado con la idea y los intereses son mínimos, así que cuando salimos Chris y yo de la sucursal, estamos de muy buen humor. El director nos ha prometido que todo estará listo para esta misma semana, así que muy pronto podré empezar a arreglar todos los desperfectos del rancho Callaghan, empezando por los pastos.

Einstein a tu lado es un mentecato

Alec

Nada más entrar en casa, Wolfy se abalanza sobre mí poniéndome las patas sobre el pecho.

—¿Qué haces aquí, muchacho? —murmuro rascándole las orejas.

Agudizo el oído y escucho voces que provienen del salón. Sonrío imaginando que si Wolfy está aquí, lo más probable es que Johanna también, y con un poco de suerte, ha traído a Johnny consigo.

Camino rápidamente hacia el salón seguido por el perro y repaso la habitación con la mirada. No la veo. Solo están mi madre, mis hermanos y... Johnny. Mi pequeño sí que está aquí, sentado sobre el regazo de Carter.

—Jo no ha venido —informa Nad.

Voy hacia Carter y cojo a mi hijo en brazos. Él no se extraña y lo primero que hace es buscar en mi cuello el cordón del colgante para jugar con él.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Dónde está Johanna?

—Tenía que ir al banco con Chris —contesta Nadia—. Me he traído aquí al pequeño porque va a quedarse con mamá.

—¿Y eso por qué? ¿Le ha pasado algo a Jo?

—No —revela mi madre—. Johanna va a salir con tus hermanos esta noche y Nadia la ha convencido para que Johnny se quede con nosotros.

—¿En serio? —cuestiono sorprendido. Nadia asiente—. ¿Cómo la has convencido?

—He tenido una charla algo intensa con Johanna. Estoy intentando que ceda un poco y te permita pasar más tiempo con Johnny, así que esta vez no la cagues. Estoy dando la cara por ti, hermanito.

—Gracias —susurro sonriendo—. ¿Dónde vais a ir? ¿Con quién?

Carter pone los ojos en blanco y se echa hacia atrás en el sofá.

—Solo vamos a tomar unas copas —contesta—. Se supone que no tenemos que decirte dónde vamos para que no se te ocurra aparecer allí por sorpresa.

Alzo una ceja y Nadia resopla.

—Así que hermanito, yo no voy a decirte que si pasa algo, vamos a estar en el Tsistu, ¿entendido? —murmura mirándome de reojo.

Asiento sonriendo al entender su directa indirecta y levanto a Johnny en mis brazos poniéndolo sobre mi cabeza. El niño ríe a carcajadas al darle la impresión de que está volando y una de las sensaciones más maravillosas que he sentido nunca se instala en mi pecho al escuchar el sonido de su risa.

—Se te cae la baba, hermanito —susurra Carter.

Acomodo a mi hijo sobre mi cadera y sonrío besando su frente.

—¿Le has visto? Es incluso más guapo que yo, y eso es algo muy difícil. Por suerte me he llevado todos los genes guapos de la familia —digo en broma arrancando las risas de todos.

Echaba de menos estar así con ellos. Es como si cada vez que aparece Jo en mi vida, mi relación con mi madre y mis hermanos, se estrechara más. Ese efecto es el que produce en mí, me tranquiliza, me relaja, y eso aumenta mis ganas de pasar tiempo con los míos y estar a gusto con ellos.

Me quedo un rato con ellos en el salón y después me retiro a mi habitación con Johnny y Wolfy que sigue al niño a cualquier lado que vaya. Nad me explicó que la mejor forma de mantenerlos tranquilos es no separarlos.

Dejo a mi hijo sobre la cama y me tumbo a su lado, le observo mientras juega con el colgante que llevo al cuello y balbucea palabras inteligibles. Es increíble lo mucho que se parece a mí físicamente, y tiene carácter, me lo demuestra haciendo un berrinche porque no le dejo llevarse el colgante a la boca.

—¿De quién has sacado esa mala leche? —pregunto tumbándome de espaldas al colchón y poniéndolo sobre mi vientre—. Me da miedo cuando crezcas. Si mezclamos el mal carácter de tu madre con el mío... eso puede ser un cóctel explosivo.

Sonrío, pero enseguida recuerdo que la intención de Jo es marcharse en poco tiempo. ¿Cómo voy a poder vivir sabiendo que las dos personas más importantes de mi vida están a cientos de kilómetros de mí? Tengo que hacer algo para evitar que se marche, lo que sea, pero el hecho de querer hacer las cosas bien, me complica aún más la situación.

Paso un par de horas jugando con mi pequeño, y después de cenar se queda dormido enseguida. Le visto con el pijama que le ha traído Nad y lo acuesto en mi cama, pongo unas cuantas almohadas a su alrededor y me meto en la ducha. Ya he avisado a mi madre para que esté pendiente del niño, y Martha también

va a echarle un ojo. Nad y Carter ya se han marchado hace un rato, así que supongo ya estarán en el bar. Me visto rápidamente y tras darle un beso a mi pequeño que duerme a pierna suelta con su inseparable amigo velando su sueño, salgo de casa en dirección a Black Mountain. Tengo que empezar a ganarme a Jo. Necesito ganarme su confianza de nuevo para no tener que acudir al plan B.

Johanna

Hemos llegado al bar hace un rato y la verdad es que me siento como un pez fuera del agua. Estoy rodeada de parejitas. Meg y Robbie no dejan de hacerse arrumacos, Jay aprovecha cada momento para mirar a Nadia y rozarla “por casualidad”, y Carter y Patrick, aunque intentan ocultarlo, se comen con la mirada. Así que aquí estoy yo, sentada en la misma mesa que ellos, con una copa en la mano, intentando pasármelo bien.

—¿Quieres otra copa, cuñadita? —pregunta Carter.

—No, quiero ir a recoger pronto Johnny. No voy a beber más de una.

—No seas aburrida —insiste—. Sabes que el niño está bien. Diviértete, desmelénate un poco, cuñadita.

—Deja de llamarme así —siseo entre dientes.

Carter sonrío abiertamente y veo como Patrick pone una mano sobre su hombro.

—Déjala en paz, Carter. Ya sabemos cómo se pone Jo cuando bebe. ¿Quieres aguantar tú los gritos de tu hermano?

Abro la boca para decirle a Patrick por dónde me meto yo los gritos del Lobo, cuando mi teléfono empieza a sonar. Miro la pantalla y compruebo que es Camila.

—¿Has cambiado de idea y te vienes con nosotros? —pregunto nada más descolgar.

Ella suelta una carcajada.

—Ya me gustaría, pero creo que a Chris le daría un infarto si me voy de fiesta en mi estado. Te llamaba para preguntarte una cosa.

—Tú dirás.

—¿Tienes algo que hacer el mes que viene? Precisamente dentro de treinta días.

—Eh... que yo recuerde, no. ¿Por qué?

—Porque me caso.

—¿Qué?! —exclamo captando la atención de los demás—. ¿Cómo que te casas?! ¿En un mes?!

—Sí. Chris acaba de pedírmelo. Quiere que nos casemos antes de que nazca el bebé. Ya lo tiene todo planeado.

—Me alegro mucho, Cam, enhorabuena.

—Gracias. Está de más decir que invites a esos sinvergüenzas que están contigo. Llamaré ahora a tu padre para decírselo.

Antes de colgar, la felicito un par de veces más. Cuando finalizo la llamada, miro hacia Nadia, Jay debe haber pensado lo mismo que yo porque también la observa.

—Cam y Chis se casan el próximo mes y estáis todos invitados —informo. Sorprendiéndonos a todos, Nadia sonríe abiertamente y asiente.

—Me alegro mucho por ellos. Espero que todo les vaya bien —afirma. Me mira y su sonrisa se expande aún más—. Eso significa que tenemos que ir de compras. Necesitamos vestidos nuevos —Mira hacia Jay y hace una mueca—. A ti te sobran trajes, así que vamos Jo y yo solas.

—¿Eh! Yo también quiero ir —salta Megan.

—Está bien, tarde de chicas —sentencia Nad.

Tras los resoplidos de rigor por parte de los hombres presentes, nos enfrascamos las tres en una conversación sobre vestidos y zapatos mientras la música sigue sonando en todo el local. En cierto momento, Rob cansado ya de que Megan no le haga ni puñetero caso, decide sacarla a bailar. Jay y Nad le siguen dejándonos solos a Carter, Patrick y a mí.

—¿Desde cuándo están juntos? —pregunta Carter señalando a su hermana que baila pegada a Jason.

—¿Oficialmente? Creo que a partir de esta noche, o mañana quizás, todo depende de lo cabezota que sea tu hermana.

—Pues parece que se conocen muy bien —murmura sin dejar de mirarlos.

—Carter, Nadia ya es mayorcita, sabe lo que hace —dice Patrick a modo de advertencia.

Carter lo mira y sonríe.

—Yo no he dicho nada. Solo me preocupo por mi hermana.

—Está bien, vamos a buscar una copa antes de que te preocupes demasiado —dice Patrick levantándose y llevándose a Carter con él.

Al verme sola, decido terminarme mi copa, ir al baño y dar la noche por terminada. No voy a fastidiarles la fiesta a ellos, y ya que Carter, Patrick, Nadia y yo, hemos venido en el coche de Jay, tiraré de contactos y llamaré al

único taxista del pueblo que puede venir a buscarme a estas horas.

Salgo del baño con el teléfono en la mano para llamar al taxi y me doy de frente con un pecho duro y fuerte.

—Perdón —susurro levantando la mirada.

—Estás perdonada, pequeña —contesta Alec dejándome de piedra.

¡¿Qué coño hace él aquí?! Se supone que no sabría dónde estábamos. Voy a tener una seria conversación con los hermanos Wolfheart.

—¿Me dejas pasar? —pido intentando controlar mi tono de voz para que no denote lo nerviosa que estoy.

Siento como si mis piernas estuviesen hechas de gelatina, y mi corazón palpita a toda velocidad amenazando con atravesar mi pecho.

—¿Dónde vas? —pregunta.

—Ya me iba. Si buscas a tus hermanos, están por ahí —Señalo hacia la pista de baile y después hacia la barra dónde veo a Carter bebiendo una copa y fingiendo no haber visto a su hermano frente a mí.

—En realidad, te estaba buscando a ti. ¿Podemos hablar un momento?

—¿Otra vez? —Suspiro cruzándome de brazos—. Alec, por enésima vez, no hay nada de lo que hablar.

—Discrepo. Tú y yo tenemos mucho de qué hablar. Vamos a algún lugar más tranquilo,

—¿A dónde? —Alzo una ceja retándole con la mirada y él sonríe de manera pícara.

—Te metería en un pequeño almacén que tú y yo conocemos muy bien, pero no creo que me lo permitas, así que salgamos fuera.

—Yo no voy a ir contigo a ningún lado.

—¿Por qué? ¿Por qué no hablas conmigo? Sentémonos y aclaremos las cosas como los adultos civilizados que somos.

—¿Tú desde cuando eres civilizado?

—Touché —murmura haciendo una mueca. Suspira y se pasa la mano por el pelo—. En algún momento vas a tener que hablar conmigo, Jo.

—No, no lo creo.

—Está bien, si no quieres hablar, baila conmigo.

—No.

—Por favor.

—He dicho que no.

En ese momento, siento como alguien me empuja por la espalda y me tira hacia delante, tropiezo y si no fuese porque Alec me agarra, habría acabado de

cabeza en el suelo.

—¡Sal de en medio, zorra! —grita una voz a mi espalda.

Alec me está rodeando con sus brazos y pegándose a su cuerpo, así que puedo sentir como sus músculos se tensan mientras mira al tipo borracho que acaba de empujarme.

—Alec, no —digo aferrándome a él cuando me doy cuenta de sus intenciones.

Le agarro por la chaqueta intentando detenerle, pero la enorme vena que se le marca en la frente y sus ojos inyectados en sangre que miran de manera fulminante al borracho, me dicen que no me va a ser nada fácil retenerlo.

—Suéltame, Jo —sisea.

—No. Déjalo Alec, está borracho —Intenta zafarse de nuevo de mi agarre, pero consigo sujetarlo—. Vamos a bailar —pido para llamar su atención. Necesito distraerlo con algo antes de que le dé una paliza a ese tipo—. Dijiste que querías bailar, pues vamos—. Me mira y resopla antes de asentir. Agarra mi mano y me arrastra hacia la pista de baile.

Ya no me acordaba de lo placentero que me resulta caminar cogida de su mano.

Alec se detiene en mitad de la pista de baile y coloca sus manos en mi cintura pegando su cuerpo al mío. Su pecho sube y baja de forma agitada y sigue con el ceño fruncido.

—Ese capullo... —murmura—. Tendría que haberle dado una paliza.

—Relájate. No vale la pena.

Me mira y una sonrisa empieza a tirar de sus labios.

—Tú siempre logras tranquilizarme. Eres la única persona capaz de controlar al lobo furioso que vive en mi interior.

Acerca su cara a la mía dispuesto a besarme y tengo que obligarme a mí misma a girar la cara. Alec aprovecha ese momento para enterrar la cara en el hueco de mi cuello y me estrecha más contra su cuerpo mientras seguimos moviéndonos lentamente al son de la música.

—Alec, para —susurro intentando apartarle de mí. No puedo dejarme llevar. Si doy tan solo una muestra de debilidad ante él, estoy perdida.

—Te he echado tanto de menos, pequeña. Extraño tu olor, la calidez de tu piel... Te quiero tanto... Nunca voy a dejar de amarte.

—Alec, no sigas —siento cómo mi corazón amenaza con detenerse en cualquier momento si sigue susurrándome al oído.

—¿Qué quieres que haga? —Alza la cabeza y pega su frente a la mía—.

Haré lo que sea para que vuelvas a confiar en mí.

—No hay nada que puedas hacer. Lo nuestro se acabó. No hay vuelta atrás, Alec.

—No digas eso. Podemos arreglarlo. No puedo perderte de nuevo.

—No me vas a perder porque no soy tuya, dejé de serlo hace mucho tiempo —le aparto de mí, diciéndome a mí misma que estoy haciendo lo correcto.

No puedo volver a caer en sus artimañas. Alec nunca cambiará, eso es algo que he aprendido a base de lágrimas, dolor y sufrimiento. Confié en su palabra y en sus promesas una vez, y me engaño, me mintió, me usó para hacerle daño a mi padre. No voy a permitir que vuelva a utilizarme de ese modo.

—Jo, cariño, por favor, habla conmigo —Se me parte el corazón al ver sus ojos bañados en lágrimas, pero niego con la cabeza. Alec suspira y asiente—. Está bien. Si quieres irte, te llevaré a casa.

—Llamaré a un taxi.

—No, te llevo. Recogeremos a Johnny en mi casa y os llevaré al rancho Callaghan.

Asiento porque sé que haga lo que haga, y diga lo que diga, no voy a hacerle cambiar de idea.

—Avisaré a los demás de que me voy.

—Bien, te espero en el coche.

Sonríe tristemente y sale del local dejándome con el corazón hecho pedazos. Esto era lo que intentaba evitar, sentirme cómo si en realidad yo fuese la culpable de esta situación. No he hecho nada, solo intento rehacer mi vida y pasar página, aunque por la forma en que mi cuerpo y mi corazón reaccionan a su cercanía, puedo asegurar que mis intentos están siendo completamente inútiles, sigo perdida e irremediablemente enamorada de Alec Wolfheart, y eso es algo con lo que voy a tener que vivir el resto de mi vida.

Les informo a los demás que Alec va a acercarme a casa, y Carter me dice que ellos no tardarán en marcharse también. Sus sonrisas les delatan, creen que me voy con Alec porque hay alguna posibilidad de que nosotros dos volvamos a estar juntos. Eso no va a suceder. Ya he aprendido la lección en lo que a Alec se refiere. Solo espero poder aguantar estos tres meses y salir indemne de este ataque y derribo que sé que está planeando Alec. Le conozco, seguramente ya esté maquinando cientos de ideas para intentar retenerme en Black Mountain, pero no va a lograrlo.

Entro en el habitáculo delantero del todoterreno de Alec y él arranca en silencio. Conduce despacio, demasiado despacio, como si no quisiera que llegáramos nunca.

—Sabes que tarde o temprano tendrás que hablar conmigo ¿verdad? —pregunta rompiendo el silencio.

—Ya he hablado contigo, Alec.

—No, no de lo importante. Me ignoras y te niegas a decir lo que piensas y sientes realmente.

—Según tú, ¿qué es lo que pienso y lo que siento? —pregunto alzando una ceja.

—Estás cabreada.

—Einstein a tu lado es un mentecato —murmuro irónicamente.

—Jo, puedes ocultarlo todo lo que quieras, pero a mí no me engañas con esa careta de indiferencia que te pones. Dilo de una vez, grítame lo cabrón que soy y lo mucho que te hice sufrir. Suéltalo todo de una vez. Estoy seguro de que después te sentirás mejor.

—No tengo nada que decir, Alec —sentencio apretando la mandíbula—. Acelera un poco ¿quieres? A este paso, cuando llegemos a casa ya habrá amanecido.

Nada más terminar la frase, me doy cuenta de lo que acabo de decir. Me he referido al rancho Wolfheart como “casa”. Me quedo callada esperando que Alec no se haya dado cuenta de mi metida de pata, pero su sonrisa burlona, me muestra que me ha escuchado perfectamente.

—Llegaremos a “casa” enseguida —dice enfatizando la palabra “casa”.

—Me refería al rancho Callaghan —aclaro sacándome una excusa de la manga en el último momento—. Estaba hablando de Johnny y de mí llegando al rancho Callaghan, por eso dije “casa”.

—Ya, claro que sí —murmura sin perder la sonrisa.

Decido no contestarle y el silencio vuelve a apoderarse del habitáculo en el que viajamos. Alec no pierde la sonrisa en ningún momento y le descubro mirándome de reojo en más de una ocasión. Al llegar a cas... al rancho Wolfheart, lo primero que me llama la atención es ver el coche de mi padre aparcado frente a la casa.

—Ese es el todoterreno de mi padre —susurro extrañada.

Alec me mira y puedo notar que está pensando lo mismo que yo. ¿Qué razón traería a mi padre al rancho Wolfheart en mitad de la noche? Está convaleciente. ¿Puede ser...?

—Johnny —decimos Alec y yo al unísono.

Salimos del coche a toda prisa y corremos hacia la entrada de la casa. ¿Le habrá pasado algo a mi pequeño? ¿Por qué no me ha llamado Norah? Alec abre la puerta y nos adentramos en la casa buscando alguna señal de que algo pueda ir mal, pero todo está en silencio. Lo único que se ve es una tenue luz que proviene del salón, así que nos apresuramos a llegar a la habitación. Alec va delante de mí respirando agitadamente. Se detiene de pronto y me golpeo contra su espalda sin poder ver qué es lo que le ha hecho frenar de ese modo. Le rodeo y mis ojos se abren desorbitadamente al ver a mi padre y a Norah sentados en el sofá, besándose.

—¿Qué mierda está pasando aquí?! —brama Alec sobresaltando a nuestros respectivos padres.

—Alec, esto... Eh... Hijo, esto no es... —Norah tartamudea con la cara roja como un pimiento.

Mi padre me mira y agacha la cabeza como si acabara de pillarle haciendo una travesura. Veo como Alec se acerca a mi padre hecho una furia e intento detenerlo, pero ya ha perdido el control. Mi preocupación llega a su máximo extremo al verle coger a mi padre por el pecho agarrando su jersey y levantarlo del sofá de un tirón.

—¿Por eso le mataste?! ¿Para quedarte con mi madre?! —Le zarandea mientras yo le grito que se detenga, pero no me hace caso—. ¡Eres un puto perro! ¡Asesinaste a mi padre para quedarte con su mujer!

—¡Alec! ¡Para! —Sujeto su brazo, pero se escapa de mi agarre de un tirón.

—¡Habla, maldito hijo de puta! —aulla..

—¡Alec! —el grito de Carter entrando en el salón, me provoca una sensación de alivio. Entre él y Patrick, que también ha llegado, pueden sujetar a Alec para que no acabe cometiendo una locura.

Como ya me imaginaba que pasaría, Carter y Patrick lo sujetan apartándole de mi padre a pesar de su resistencia. Está completamente descontrolado. Veo a Nadia abrazar a Norah que llora desconsoladamente y decido actuar de una vez. Me pongo frente a Alec y coloco una mano sobre su pecho, él se revuelve intentando soltarse de las manos de Patrick y Carter.

—¡Para! ¡Alec, mírame! —Sujeto sus mejillas con ambas manos y giro su cara hacia mí clavando mis ojos en los suyos—. Por favor, Alec. Es mi padre, deja que se explique.

Se tranquiliza un poco dejando de luchar por soltarse, pero su pecho sigue subiéndose y bajando de forma agitada y la vena de su sien parece estar a punto

de explotar.

—¿Qué se explique? ¡Fui a pedirle disculpas! Cuando me enteré de la existencia de Johnny, me tragué mi orgullo, fui hasta su casa y le pedí perdón a pesar de saber que estaba rebajándome ante el asesino de mi padre, y él... él... ¿Cómo puede tener la cara tan dura de venir a mi casa y besar a mi madre?! ¡En mitad de la puta noche! ¿No lo entiendes, Johanna?! ¡Ese fue su plan desde el principio, matar a mi padre para robarle a su mujer!

—No sé cuántas veces tengo que decirlo. ¡Yo no maté a Jack! —afirma mi padre mirando a Alec fijamente.

Alec vuelve a forcejear para ir a por mi padre, pero esta vez es Carter quien me hace a un lado y se pone frente a su hermano.

—¡Alec!, Mathew dice la verdad —declara dejándonos a todos confundidos.

—¿De qué coño estás hablando?! ¿Cómo puedes defenderle?! ¡Este hijo de perra a matado a nuestro padre y ahora estaba aquí, comiéndole la boca a mamá! ¿Cómo puedes afirmar algo así?!

Carter mira a su madre y esta asiente sin poder dejar de llorar. Suspira y mira a su hermano que espera una respuesta por su parte.

—Sé que Mathew Callghan no mató a papá, porque fui yo quien lo hizo. Yo le maté.

No quiero ser un monstruo

Alec

Creo que mi corazón se ha detenido un par de segundos al escuchar a mi hermano afirmar haber matado a mi padre.

—¿Qué?! ¿Cómo es posible que...? ¿A qué estás jugando, Carter? —pregunto en un susurro. No puedo creer que haya sido él, mi propio hermano.

—No estoy jugando a nada, hermano. Estoy haciendo algo que debí haber hecho hace muchos años, decir la verdad —Carter se muerde el labio inferior apartándose de mí que sigo mirándole alucinado.

—¿Por qué? No lo entiendo. ¿Por qué harías algo así?

—No tuve otra opción —contesta mirándome con lágrimas en los ojos—. Estaba en el establo y... —Mira a Patrick como si estuviese pidiéndole permiso para continuar y este asiente—. Papá entró en el establo y nos vio a Patrick y a mí besándonos —Abro los ojos de par en par sorprendido por su revelación. ¿Carter es gay? Y Patrick... ¿Cómo demonios no me había dado cuenta de esto? —. Se puso furioso. Me insultó, dijo que yo no era digno de llevar el apellido Wolfheart, que ningún hijo suyo iba a ser un maricón — Cierra los ojos con fuerza y un par de lágrimas ruedan por sus mejillas—. Intenté hacerle entrar en razón, pero estaba completamente descontrolado — Abre los ojos y me mira mordiéndose el labio inferior con fuerza—. Tenía una pistola. Me apuntó con ella. Alec. Le supliqué que bajara el arma, pero él no dejaba de decir que prefería verme muerto a que la gente supiese lo degenerado que soy —Empieza a llorar con fuerza y me doy cuenta de que yo también lo estoy haciendo. Estoy escuchando como mi hermano narra la forma en la que mató a mi padre, y sorprendentemente, lo que más me duele es saber que mi padre, ese héroe que fue para mí, nunca existió. ¿Cómo pudo decirle algo así a su propio hijo?—. Yo no quería, Alec —solloza tapándose la cara con las manos—. Forcejamos. Solo quería quitarle la pistola, pero se disparó. No quería hacerle daño, lo juro —Mi hermano vuelve a sollozar y

veo como mi madre se acerca a él para abrazarle.

—¿Tú lo sabías? —pregunto a mi madre. Ella me mira y asiente—. ¿Por qué? ¿Por qué no me lo dijisteis? ¿Por qué dejasteis que odiara a Callaghan sabiendo que él era inocente? ¿Os dais cuenta de lo que hicisteis al callaros? Aparté a Johanna de mí, me llené de odio y de rencor, perdí la oportunidad de ver nacer a mi hijo. ¡Me convertí en el Lobo!

—No te equivoques, hijo— dice mi madre limpiándose las lágrimas—. Puede que tengas razón, sé que debimos haber hablado antes, pero no culpes a los demás de tus propios errores. Fuiste tú quien perdió a Johanna y a tu hijo, también fuiste tú quien decidió llenarse de resentimiento en contra de los Callaghan. Todas esas decisiones han salido de ti, no nos cargues a nosotros con el peso de tus malas acciones.

Mi madre le hace un gesto a Patrick con la mano y él se acerca, abraza a mi hermano y besa su frente mientras Carter llora contra su pecho. Nadia los mira sorprendida, pero sonrío levemente. Miro a Mathew Callaghan y trago saliva. Él no es el asesino de mi padre. Le he acusado tantas veces... Le he deseado la muerte en más de una ocasión, y resulta que siempre ha sido inocente. Soy incapaz de sostenerle la mirada, cierro los ojos y retrocedo negando con la cabeza. Necesito salir de aquí.

—Yo no... No puedo con esto —susurro girándome y echando a correr.

Salgo de casa y sigo corriendo, no me detengo en ningún momento, corro durante lo que me parece una eternidad sin poder dejar de llorar. Esto es lo que soy, es en lo que me he convertido, en un Lobo furioso que destroza la vida de inocentes y que no es capaz de ver lo que tiene delante de sus narices.

No sé cómo, termino en la poza. Me duelen las piernas y siento como se me queman los pulmones al intentar coger aire, pero no es algo que me preocupe. Camino de un lado a otro resoplando como un toro y abriendo y cerrando los puños. Tengo ganas de golpear algo o a alguien. Una copa, eso es lo que necesito, emborracharme hasta que recuerde ni mi nombre. Son tantos los pensamientos que invaden mi cabeza, que siento que está a punto de estallarme. Me siento bajo el árbol enterrando la cara en mis manos, y lloro. Intento sacar de mi pecho el gran peso que siento, pero es inútil, no consigo liberarme de esta congoja que no me deja ni respirar.

¡¿Cómo puedo haber sido tan imbécil?! Mi madre tiene razón, yo mismo me he buscado todo esto. Estaba tan ciego... No era capaz de ver lo que tenía justo frente a mí. ¡Mi hermano es gay, y Patrick! Mi padre... El hombre al que he idolatrado toda mi vida, intentó matar a su propio hijo solo porque no era

lo que se esperaba de él. ¿Qué clase de monstruo hace algo así?! Y yo... ¿Soy cómo él? ¿Sería capaz de hacer algo así? No me puedo ni imaginar a mí mismo amenazando la vida de mi hijo.

—Esperaba encontrarte aquí —la voz de Johanna me sorprende. Me giro para mirarla y ella me lanza una sonrisa triste—. En realidad, estaba dudando de si estarías aquí o en La Casa de Muñecas.

—Hace meses que no voy por allí —susurro con la voz afónica por el llanto—. Laura Turkel me echó.

Jo se acerca lentamente y se sienta a mi lado apoyando la espalda en nuestro árbol.

—¿Qué hiciste para que la buena de Laura te echara de su local? —pregunta mirándome de reojo.

Hago una mueca y limpio el rastro de humedad de mis mejillas con la manga de la chaqueta.

—La ofendí. Dije cosas que... —Resoplo pasándome las manos por el pelo—. A mí favor tengo que decir que estaba borracho como una cuba.

—No me digas... Lo que me sorprende es haberte encontrado tan... sobrio. No sería extraño que estuvieses emborrachándote, hasta yo tengo ganas de pillarme una buena cogorza.

Sonrío levemente y un silencio cae sobre nosotros. La luna alumbraba la poza transformándola en un lugar mágico de cuento. Es precioso. Ninguno de los dos dice nada durante un rato, nos perdemos en nuestros propios pensamientos escuchando los sonidos de la noche y el ruido del viento al mover las hojas del árbol.

—¿Lo sabías? —pregunto rompiendo el cómodo silencio. Jo asiente entendiendo mi pregunta. Sabe perfectamente que refiero a la condición sexual de mi hermano—. ¿Por qué no me lo dijiste? Se supone que no tendríamos secretos entre nosotros.

—No creo que seas la persona más indicada para reclamarme algo —contesta secamente. Hago una mueca y ella suspira—. Lo descubrí por casualidad. Entre en el establo y los vi metiéndose mano —Me observa intentando descifrar mi reacción a su declaración, pero no muevo ni un gesto—. No era mi secreto, Alec. Tu hermano me pidió que guardara silencio y así lo hice. No me tocaba a mí decírtelo. Entiendo que estés cabreado, pero...

—Lo entiendo —digo interrumpiéndola.

—¿Lo haces? —pregunta sorprendida—. ¿Así? ¿Sin gritos ni recriminaciones?

—Sí, mi madre tiene razón. Es hora de que deje de culpar a los demás por mis errores. Entiendo que Carter no me tuviese la confianza suficiente para decírmelo, especialmente después de lo de mi padre —Me paso las dos manos por la cabeza echando mi pelo hacia atrás y respiro profundamente—. ¿Soy cómo él, Jo? ¿Soy cómo mi padre? —La miro y siento como las lágrimas vuelven a rodar por mis mejillas—. Yo no quiero ser así, no quiero ser un monstruo.

—¿Qué?! Alec, tú no eres así —Pone sus manos sobre mis mejillas y gira mi cara hacia ella clavando sus ojos en los míos—. No pienses ni por un instante que eres igual que tu padre.

—¡Lo soy! Yo... tengo su mismo carácter. Me domina el mismo lobo que lo dominaba a él. Mira lo que te he hecho a ti, y a tu padre... —Niego con la cabeza llorando con más fuerza—. Destrozo la vida de todos aquellos que están a mí alrededor. Mi hermana Nadia se tuvo que alejarse de mí para poder ser feliz, Carter, tú, mi madre... todos sois más felices sin mí. Tienes razón al no querer que Johnny crezca bajo mi influencia. Quizás algún día podría acabar apuntándole con un arma.

—¡Alec Wolfheart! —Aprieta mi cara mirándome furiosa—. ¡Nunca vuelvas a decir algo así! —Suspira y afloja su agarre—. Está bien. Piénsalo durante un instante. Imagínate por un momento que Johnny te dice un día que está enamorado de un hombre, ¿Qué pensarías? ¿Qué le dirías?

Cierro los ojos durante un momento imaginándome en mi cabeza esa conversación con mi hijo. ¿Cuál sería mi reacción? ¿Me importaría que mi hijo fuese homosexual? ¿Qué le diría?

—Le preguntaría si es feliz —contesto tras pensarlo—. Me daría igual que su pareja fuese un hombre o una mujer, siempre y cuando le hiciese feliz.

Jo sonrío ampliamente y suelta mi cara.

—No esperaba menos de ti. Ahí tienes tu respuesta, Alec. Tú no eres, ni nunca vas a ser como tu padre. Puede que tengáis el mismo carácter, y que ese maldito lobo negro te controle en ocasiones, igual que le controlaba a él, pero sois muy distintos. Tú amas con intensidad y serías incapaz de hacer daño físicamente a alguien a quien quieres. La diferencia entre tu padre y tú, es que tú aún conservas a ese lobo blanco dentro de ti. De alguna manera, él no. Tu padre perdió esa parte buena de sí mismo en algún punto de su vida.

—¿Por qué? Me pregunto si lo de tu padre y mi madre tuvo algo que ver con eso —Resoplo de nuevo volviendo a limpiarme las lágrimas—. No entiendo nada, Jo. ¿Qué hay entre ellos? Se estaban besando, y dudo que esto

sea algo nuevo. ¿Crees que son amantes desde hace mucho tiempo? ¿Tú lo sabías?

La forma en la que desvía la mirada, me da la respuesta que estaba buscando.

—Sabía que hubo algo entre ellos. Encontré una foto hace unos años, en ella aparecían tus padres y los míos cuando eran jóvenes, y también Laura Turkel.

—¿Laura? No sé por qué, pero no me extraña que esto tenga algo que ver con ella. Esa mujer oculta muchos secretos.

—Sí, el problema es que tengo un montón de piezas y no soy capaz de encajarlas. Por un lado, sé que el matrimonio de mis padres fue una farsa. Mi madre tenía un amante y mi padre lo sabía, pero no le importaba porque no estaba enamorado de ella. Por otro lado, sé que hubo algo entre mi padre y tu madre cuando eran jóvenes, escuché una conversación entre ellos y mi padre le reclamaba a Norah que se hubiese casado con tu padre —Me quedo alucinado por todo lo que estoy descubriendo. Mi madre, Mathew Callaghan, mi padre, Laura, la madre de Jo, ¿cómo encaja todo esto? —. Se supone que los cinco eran amigos de jóvenes. Nuestros padres intentaron acabar con la guerra entre nuestras familias, pero algo pasó entre ellos. Esa es la información que se me escapa.

Me llevo las manos a la cabeza y suspiro apoyando la nuca contra el tronco del árbol.

—Estoy tan agotado... Me siento como si el mundo a mi alrededor estuviese haciéndose pedazos. Todas mis convicciones, todo lo que creía saber, es mentira. Ya no sé quién soy.

Jo se gira hacia mí frunciendo el ceño.

—Eres Alec Wolfheart, un hombre cabezota, irritante, manipulador, con un carácter de mierda, y...

—¿Intentas animarme? —pregunto haciendo una mueca.

—Cállate, Alec. Déjame terminar —ordena levantando la barbilla—. Cómo estaba diciendo antes de que me interrumpieras, que por cierto, ese es otro de tus defectos, eres un hombre con cientos de defectos, pero también posees muchas virtudes, eres encantador cuando quieres, cariñoso, divertido, amable, dulce, y lo más importante, eres capaz de hacer cualquier cosa por las personas que amas —Se da golpecitos en el labio inferior y pone los ojos en blanco—. Eso último es un arma de doble filo, puede ser una virtud o un defecto, depende del extremo al que lo lleves.

Sonrío mirándola embobado. Amo a esta mujer increíble más que a nada en el mundo.

—No te puedes ni imaginar lo mucho que te quiero —susurro mirándola a los ojos.

Acerco mi cara a la suya con la intención de besarla, pero ella se aparta y pone una mano sobre mi pecho para detenerme.

—No te lances a la piscina, Lobo. No hay agua, acabarás estampándote contra el fondo.

Sacudo la cabeza sonriendo levemente y suspiro de nuevo.

—¿Qué voy a hacer ahora? ¿Cómo me enfrento a todo esto?

—Eso solo tú puedes decidirlo, pero no tienes que hacerlo ahora. Descansa, relájate y pon tu cabeza en orden primero. Averigua qué es lo que quieres hacer antes de tomar ninguna decisión.

—Ya sé lo que quiero hacer. Ahora mismo quiero besarte hasta dejarte sin aliento, quiero tumbarte en el suelo, ponerme sobre ti y olvidarme de toda esta mierda —escucho cómo su respiración se descontrola, y sé que mis palabras le están afectando, pero no voy a aprovecharme de la situación. No quiero que me tenga lastima—. Cómo sé que no me vas a permitir hacerlo, me conformo con que te pegues a mí y me dejes descansar un poco. No quiero quedarme solo, pequeña. Te necesito a mi lado.

Jo se muerde el labio inferior dándole vueltas a mi petición y asiente levemente, se acerca más a mí y yo aprovecho para abrazarla, entierro la cara en el hueco de su cuello y respiro profundamente inundando mi cerebro con su aroma. Sus brazos me rodean y me abraza demostrándome una vez más la increíble persona que es, está cabreada conmigo y aun así aquí está, consolándome y ayudándome a superar este mal momento. ¿Cómo podría no amarla?

Beso su cuello aferrando mi mano a su cadera y noto cómo su pulso se acelera.

—Alec, estate quieto —se queja sujetando mi mano que empezaba a adentrarse bajo su ropa—. Si quieres que me quede contigo, las manos quietas.

Sonrío contra su cuello y tras darle un último beso en él, suspiro cerrando los ojos y relajándome. Si esto es lo único que puedo tener, lo acepto gustoso. Tomaré cualquier cosa que quiera darme como un regalo precioso.

Johanna

Alec se remueve despertándome, abro los ojos y gimo al mover el cuello, me duele por haber pasado tantas horas sentada con Alec agarrado a mí. Estiro los músculos del cuello y miro hacia abajo, Alec me está mirando con una preciosa sonrisa instalada en los labios.

—Buenos días, pequeña —susurra.

—Buenos días —Compruebo la hora en mi reloj y veo que ya son más de las ocho—. Tengo que irme. He dejado a Johnny con tu hermana, y supongo que estará preocupada por no saber nada de nosotros.

La sonrisa que lucía hace unos instantes, se convierte en una mueca de disgusto en cuanto menciono a su hermana.

—No quiero volver a casa —se lamenta.

—Alec, tu familia tiene que estar muy preocupada por ti. Tarde o temprano vas a tener que dar la cara.

—Lo sé, pero antes... —Se muerde el labio inferior frunciendo el ceño—
¿Vendrías conmigo a un sitio?

—¿A dónde?

—A buscar respuestas. Quiero saber toda la verdad, Jo. Necesito entenderlo todo.

Asiento y Alec besa mi cuello como hizo a noche, antes de levantarse de un salto y tenderme su mano para ayudarme a hacer lo mismo. Cada vez que pienso en su boca recorriendo mi cuello, una oleada de calor inunda mi bajo vientre. Anoche tuve que hacer gala de todo mi autocontrol para no dejarme llevar y corresponder a sus besos y a sus caricias. Por un instante, al sentir su mano buscando la forma de adentrarse bajo mi ropa, me pregunté a mí misma si valía la pena resistirme tanto, pero entonces recordé lo que hizo, la forma en la que me engañó y me utilizó, reviví en mis recuerdos todos los meses que pasé deprimida, sufriendo por su traición. Eso me hizo mantenerme firme en mis convicciones y rechazarlo. Hice lo que tenía que hacer, aunque estuviese deseando que cumpliera su promesa de tumbarme en el suelo y... ¡Para, Jo! No sigas por ahí, me digo a mí misma.

—¿Nos vamos? —pregunto soltando su mano para alisar mi ropa.

Alec me mira extrañado por mi cambio de actitud, pero asiente sin decir nada. Salimos de nuestro refugio personal y nos dirigimos directamente hacia mi todoterreno. Alec me abre la puerta del conductor dándome paso y tras cerrar la puerta, rodea el coche y se acomoda a mi lado. Le miro alzando una ceja ya que no tengo ni idea de a dónde quiere ir.

—Vamos a La Casa de Muñecas, Laura Turkel tiene que darnos muchas

explicaciones —Extiende su mano con la palma hacia arriba—. Déjame tu teléfono.

—¿Para qué? —inquiero.

—Hoy vamos a aclarar toda esta situación. Tu madre y mi padre, ya no están aquí para dar explicaciones, pero los otros tres implicados van a soltarlo todo.

Asiento y le entrego mi móvil. Alec teclea lo que supongo es un mensaje para mi padre y arranco el coche dirigiéndome al pueblo. En pocos minutos llegamos al burdel que regenta Laura. Son las nueve de la mañana y el local aún no está abierto, así que nos paramos frente a la puerta. No sé por qué me sorprende que Alec saque una llave de su bolsillo y abra la puerta sin más, al fin y al cabo, esta es como su segunda casa.

Frunzo el ceño entrando tras él con el amargo sabor de los celos instalado en mi garganta. Sí, el hombre al que amo y he amado toda mi vida, el padre de mi hijo, tiene las llaves del puticlub del pueblo, todo muy normal. Alec me mira y se encoje de hombros agachando la mirada como si se avergonzara de ello, pero yo solo alzo la barbilla como si no me importara nada y me adelanto hacia la barra. Veo a Laura salir del pasillo que da a las habitaciones. Su cara denota sorpresa al vernos en su local a estas horas de la mañana.

—Lobo, creí haberte dejado claro que no quería volver a verte por aquí —dice apoyándose en la barra con una taza de café en las manos. Me mira y su expresión cambia a una mucho más cariñosa—. Hola Johanna, me alegra volver a verte.

—Hola Laura —la saludo—. Siento esta invasión, pero necesitamos hablar contigo.

—¿Necesitamos? —inquire alzando una ceja—. Yo no he escuchado a tu Romeo decir ni una sola palabra.

Miro a Alec imitando el gesto de Laura y él resopla.

—Buenos días, Laura. Siento haber entrado sin llamar. Esto es algo importante.

Laura me mira y sonrío.

—Me alegra que hayas vuelto, muchacha. Está bien no ver a este animal llorando por las esquinas y bebiéndose hasta el agua de los floreros.

Sonrío por su comentario y Alec vuelve a resoplar.

—¿Podemos ir al grano? No está siendo un buen día y tenemos algo de prisa —protesta Alec.

—Vosotros diréis. ¿Qué es eso tan importante que tenéis que hablar

conmigo?

—Queremos la verdad, Laura. Vas a decirnos quién eres y que relación tienes o tuviste con nuestros padres —ordena Alec de malos modos.

Laura frunce el ceño cruzándose de brazos de manera defensiva y yo pongo los ojos en blanco dando un paso hacia ella.

—Perdona los modales del Lobo —susurro fulminando con la mirada a Alec—. Tiene la sutileza de un elefante. Lo que quiere decir es, que necesitamos saber cuál es la relación que te une a nuestras familias. Hace unos años encontré una fotografía en el sótano de mi casa, en ella aparecías tú siendo una adolescente, y también mis padres y los suyos.

Laura suspira dejando su taza de café sobre la barra.

—Sabía que tarde o temprano llegaría este día —murmura—. Sé que necesitáis respuestas, pero no creo ser la indicada para dáros las. Hablad con vuestros padres.

—Están demasiado ocupados comiéndose los morros —susurra Alec para sí.

Laura alza una ceja hacia mí a modo de interrogación, y yo asiento confirmando el desahogo de Alec.

—Eso también me lo esperaba —dice sonriendo—. Me extraña que esperaran tanto tras la muerte de Jack, pero es algo entendible ya que tú acusabas a Matt de haber matado a tu padre.

La declaración de Laura nos toma por sorpresa a los dos, nos miramos y Alec resopla pasándose la mano por el pelo.

—¡Ya basta de secretos! —grita golpeando la barra con la palma de su mano—. Quiero respuestas, Laura. Sé que no fue Mathew quién mató a mi padre, eso lo entiendo, pero...

—¿Lo sabes? —pregunta Laura sorprendida—. ¿Se atrevió a confesártelo? —No es necesario que diga el nombre de Carter para que sepamos a quién se refiere.

—¿Tú cómo lo sabes? ¿Ese es otro de tus secretos? —pregunta Alec.

—No es ningún secreto, muchacho. Antes de lo que le pasó a tu padre, Carter venía aquí a menudo, pero rara vez se metía en una habitación. Solo bebía unas copas y se marchaba. Pero todo cambió desde que Jack murió, ese muchacho se volvió una sombra. Bebía día y noche, y se acostaba con cualquier mujer que se le pasara por delante. Una de esas noches de borrachera, acabó confesándome lo que había hecho y por qué lo hizo

—Sí, bueno, eh... —Alec se rasca la nuca sin saber a dónde mirar—.

Estoy enterado de lo de... ya sabes. De su...

—De que es homosexual —digo ayudándole a expresarse. Alec me mira y me agradece la ayuda con una caída de parpados.

Sé que puede parecer que Alec es muy poco... tolerante, con ese tema, pero yo sé que no es así, solo está confuso. Siempre ha pensado que su hermano era todo un Don Juan con las mujeres, y de golpe y plumazo se entera de que es gay y tiene una relación con uno de sus mejores amigos. Necesita tiempo para asimilarlo, y más viviendo en este pueblo, rodeado de personas cerradas de mente y llenas de prejuicios.

—Me alegra que te lo haya contado. Carter es un buen hombre, no merece ser juzgado. Fue tu padre el que provocó todo esto —Laura sacude la cabeza cerrando los ojos con fuerza—. Él tampoco tuvo la culpa —susurra abriendo los ojos—. Tu abuelo... Él lo educó así. Hubo un momento en el que creí que sería distinto al resto de los Wolfheart. Cuando se hizo amigo de Matt... Pero después todo cambió, y siempre me he sentido culpable por ello.

Alec me mira y yo niego con la cabeza. Ninguno de los dos entendemos nada de lo que está diciendo Laura.

—Bien, se acabaron las tonterías —sentencia Alec—. Ahora mismo te vienes con nosotros. Vamos a aclarar esta situación de una vez por todas.

Laura le mira sorprendida.

—¿Dónde se supone que voy a ir con vosotros? —pregunta.

—A mi casa —contesta Alec—. Hemos quedado allí con Mathew Callaghan y mi madre. Se acabaron los secretos. Vamos a sentarnos todos, y a aclarar todo este enredo.

—Está bien —contesta Laura tras suspirar—. Dame un par de minutos para que me cambie de ropa —Se gira y se pierde por el pasillo que da a las habitaciones.

Cuando nos quedamos solos, aprovecho para comprobar mi teléfono. Cómo imaginaba, Alec le envió un mensaje a mi padre haciéndose pasar por mí. “Necesito hablar contigo. Nos vemos en el rancho Wolfheart”. Su respuesta fue un escueto “Ok”. Le envió un mensaje a Nad preguntándole cómo está Johnny, y ella me contesta que acaba de despertar y le está dando el desayuno, que no me preocupe por el niño porque está perfectamente.

—¿Algún problema? —pregunta Alec.

Levanto la mirada de la pantalla del teléfono y niego con la cabeza.

—Solo estaba preguntándole a Nadia por Johnny. No estoy acostumbrada a pasar la noche apartada de él.

Alec me mira fijamente y sonríe.

— No eras t  la que no quería tener hijos?

—Yo nunca dije tal cosa. Solo no quería apresurarme. Ya ves, al final acabaste sali ndote con la tuya.

—Me alegra haberlo hecho —Su sonrisa se amplía y le brillan los ojos—. Tenemos un niño precioso. Siento haberme perdido su nacimiento y sus primeros meses. Me hubiese encantado estar ahí contigo cuando nació, o cuándo estaba en tu vientre, debe haber sido algo mágico.

—Lo fue —susurro recordando esos meses. Recuerdo que la primera vez que lo sentí moverse en mi interior, llor  pensando en Alec y en todo lo que se estaba perdiendo—, pero no fueron solo cosas buenas. Los primeros meses fueron horribles, no conseguía mantener nada en el estómago y me pasaba el día comiendo, era cómo una espiral, comía, vomitaba, y vuelta a empezar.

—Siento no haber estado a tu lado en esos momentos. Si hubiese tenido la más mínima idea de dónde estabas...

—Lo sé, Alec. Por eso no quise decírtelo. Sabía que en cuanto te enteraras, vendr as corriendo, y no era eso lo que yo quería. Necesitaba mantenerme alejada de ti.

— A n lo sigues necesitando? —pregunta dando un paso hacia mí.

—Sí, pero por distintas razones.

— Qu  razones son esas?

—No importa, eso ahora ya da igual.

—No, no da igual. Habla conmigo, Jo. Deja de guardarte las cosas de una vez —resopla y se vuelve a pasar la mano por el pelo—. Después de esta reunión con nuestros padres, t  y yo hablaremos seriamente de nosotros. Sabes que no voy a rendirme  verdad?

—Deberías hacerlo, yo...

—Ya estoy lista,  Nos vamos? —pregunta Laura interrumpiendo nuestra conversación.

Alec la mira y asiente.

—Después hablamos —susurra cuando estamos saliendo del local.

Nos metemos en el coche y poco después, hemos llegado al rancho Wolfheart. Durante todo el trayecto, Laura no ha abierto la boca. Ha permanecido quieta y en silencio en el asiento trasero de mi coche, mientras Alec la miraba de reojo por el espejo retrovisor cada pocos minutos. Salimos del coche y al entrar en la casa, Wolfy viene a saludarnos con su habitual meneo de rabo para ganarse una caricia. Veo cómo Laura mira a su alrededor

observando la casa y suspira.

—Hacía años que no entraba en esta casa. Está exactamente igual a cómo la recordaba —murmura para sí.

Alec y yo nos miramos sin entender nada, pero tampoco hacemos preguntas. Vamos a esperar a que estemos todos para empezar con el interrogatorio.

Ha llegado el momento

Alec

Al entrar en el salón, todas las miradas se dirigen a nosotros. Todos están aquí, tal y cómo yo lo he dispuesto. Me he encargado de reunir a toda mi familia y a Mathew Callaghan, con ellos y nosotros tres, ya estamos listos para empezar.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta Mathew a su hija—. ¿Por qué me has citado en esta casa?

—No ha sido ella —contesto—. Yo he sido el responsable de reunirlos a todos aquí.

Mathew mira a Laura sorprendido y agacha la mirada. La cara de mi madre no demuestra ninguna sorpresa por ver a la invitada inesperada.

—Hola Mathew —saluda Laura.

—Eh... Hola Laura —contesta él sin mirarla.

—¿Qué hace ella aquí? —pregunta mi madre.

Miro hacia mi hermano que se mantiene en un segundo plano y suspiro. No sé cómo comportarme con él. Siempre he tenido una idea clara de cómo es mi hermano mayor, divertido, juerguista, irresponsable... pero sobre todo, un mujeriego de manual. Ahora me doy cuenta de que no lo conozco en absoluto, me ha demostrado que puede ser un hombre responsable al hacerse cargo del rancho cuando yo no lo hice, y es homosexual. ¿Cómo es posible que ni siquiera lo haya sospechado?

—Yo la he invitado —respondo a la pregunta de mi madre—. No sé de qué forma, pero Laura tiene mucho que ver en toda esta historia. Sentémonos todos. Vamos a aclarar todo esto de una vez.

—Espero que no te moleste mi presencia —dice Laura tras tomar asiento en el sofá.

—Esta es tu casa —contesta mi madre—. Puedes venir siempre que quieras.

—No, ya no lo es —replica Laura mirando a su alrededor.

No entiendo ni una palabra de lo que dice, pero eso va a ser por poco tiempo. Nadie va a salir de esta casa hasta que cada secreto y misterio sean revelados.

Johanna le pregunta a Nad por el niño y esta le contesta que está con Patrick en el establo. Mi madre, Jo y Nad, se sientan también y los demás nos quedamos de pie.

—Muy bien, creo que algunos de vosotros ya sabéis por qué estamos aquí —empiezo diciendo—. Durante muchos años he dado por hecho muchas cosas que han resultado ser falsas, y estoy cansado. Estoy harto de tantas mentiras y secretos. Os he reunido a todos aquí para aclarar esta situación de una vez por todas.

—Lo que dices tiene sentido —dice Carter—, pero no entiendo que tiene que ver la Laura en todo esto.

—Laura está aquí porque Johanna encontró una foto de ella con nuestro padres y los padres de Jo —contesta Nad.

—¿Una foto? —inquire de nuevo mi hermano.

—Sí, una foto antigua —aclara Jo—. Después de preguntarle a Norah por la procedencia de esa foto, he llegado a la conclusión de que nuestros respectivos padres fueron amigos en su juventud, pero algo rompió esa amistad, algo en lo que Laura Turkel también está involucrada.

—Nada de esto es asunto vuestro —rebate Mathew—. El pasado es pasado, y ahí debe quedarse.

—Matt, ha llegado el momento —susurra Laura mirándole.

Mathew niega con la cabeza y agacha la mirada.

—No me hagas esto, Laura —pide con un hilo de voz—. Sé que tengo una deuda contigo, pero no me hagas contar esto delante de mi propia hija.

—¡Eres un imbécil! —grita Laura levantándose de mala leche—. Ya te he dicho docenas de veces que dejes de culparte por algo que no pudiste controlar.

—Fue mi culpa, Laura. Yo te empujé a... —La mira y puedo ver lágrimas en sus ojos—. ¡Te destrocé la vida! Nunca me lo voy a perdonar.

—¿Me ves destrozada? No, no lo estoy. ¿Lo pasé mal? Sí, pero hace muchos años que dejé todo eso atrás. He seguido adelante con mi vida y estoy cansada de ver como tú sigues culpándote y haciendo daño a tu hija y a Alec por tu sentimiento de culpa. ¿No te das cuenta de lo que has hecho? Si hubieses dicho la verdad desde un principio, si te hubieses perdonado a ti

mismo, quizás mi hermano no se hubiese convertido en el hombre que era a la hora de su muerte, quizás habría educado a Alec de otra forma y él y Johanna ahora podrían ser felices juntos.

—Eso no es cierto. Alec Wolfheart no es bueno para mi hija. Solo la ha hecho sufrir. Es un maldito...

—¡Ten cuidado, Matt! —grita Laura clavando un dedo en su pecho—. Recuerda que estás hablando de mi sobrino.

¿Qué?! ¿Ha dicho sobrino?! Miro a Jo y ella me devuelve la misma expresión atónita que debo tener yo en este instante. ¿Laura Turkel es mi tía? ¿Cómo?!

—Vale —susurro dando un paso hacia Laura—, no entiendo una puta mierda. ¿Acabas de decir que soy tu sobrino?

Laura suspira y asiente volviendo a sentarse en el sofá y cruzando las piernas.

—Eso mismo he dicho. Antes de convertirme en Laura Turkel, mi apellido era Wolfheart. Soy hermana de tu padre.

Miro a mi madre buscando su confirmación y ella asiente.

—Muy bien, se acabaron las tonterías —dice Jo—. Todos a hablar. ¡Ahora mismo!

Mathew agacha la cabeza y nuestras miradas se dirigen a mi madre cuando la escuchamos suspirar. Respira profundamente y mira a Mathew de reojo.

—Laura tiene razón, Matt. Ellos tienen que saberlo —dice.

Mathew mira a su hija y asiente levemente.

—Cuando yo me mudé desde Asheville con mis padres —narra mi madre—, tenía dieciséis años. En mi primer día de instituto conocí a Matt —Vuelve a mirarle y sonrío levemente—. Me enamoré de él al instante. Matt me presentó a su mejor amigo, Jack Wolfheart, a su hermana pequeña Laura, y a Kate, una amiga de ellos. Me di cuenta desde un principio que Jack sentía algo más que amistad por mí, pero nunca se lo dije a Matt, eran amigos y no quería crear un conflicto entre ellos, más aun sabiendo lo mal que se llevaban sus respectivas familias. Ellos decían querer ser distintos, querían terminar con la guerra que habían empezado sus antepasados. Todo fue muy bien durante algún tiempo. Me hice muy amiga de Kate y de Laura, y Matt y yo hicimos planes para cuando acabara el instituto, entre ellos estaba el casarnos y formar una familia, pero... —Mira de nuevo a Mathew y hace una mueca— Yo no quería, de verdad que no... empecé a pasar tiempo con Jack y... —Suspira cerrando los ojos con fuerza— Me enamoré de él. Intenté evitarlo, luchar contra lo que

sentía, pero no tuve remedio. Era Jack Wolfheart, un chico con mal carácter, pero con un corazón de oro, capaz de moler a palos a cualquier tipo que intentara sobrepasarse con su hermana y al mismo tiempo la trataba con una dulzura infinita —Se limpia una lágrima que cae por la comisura de su ojo y suspira de nuevo—. Sabía que estaba mal. Era consciente de que si daba un paso hacia adelante y descubría mis sentimientos hacia Jack, la casi hermandad que había entre él y Matt se rompería para siempre, y así fue. Jack y yo comenzamos una relación, éramos inmensamente felices y...

—Ahórrate los detalles, por favor —farfulla Mathew con la mandíbula apretada.

—Lo siento Matt, sé que te hice mucho daño. Te juro que...

—No sigas, Norah —la interrumpe Mathew—. Me dejaste por mi mejor amigo, y eso es algo que a día de hoy aún me sigue doliendo más de lo que nunca podrás llegar a imaginar, pero lo que yo hice fue mucho peor.

—¿Qué hiciste? —pregunta su hija—. ¿Qué es eso tan grave que después de tantos años aún te avergüenza confesar?

—Yo... —Resopla pasándose la mano por la frente y mira a Laura de reojo—. Estaba muy cabreado, furioso. Había sido traicionado por mi mejor amigo y por la mujer que amaba. Lo vi todo rojo, e hice algo de lo que me arrepentiré toda mi vida. Le pagué con la misma moneda. Me propuse seducir a su hermana pequeña para vengarme de Jack.

—¿Qué?! ¡Dios mío, papá! Eso es... es una bajeza. No me puedo creer que hicieras algo así.

—Lo sé, yo tampoco puedo creerlo. Me dejé llevar por la ira y el resentimiento, y no me di cuenta del daño que le causaba a Laura. Cuando ella se enteró de los motivos por los que me había acercado a ella... —Mira a Laura directamente y un par de lágrimas se escurren por sus mejillas—. Lo siento tanto, Laurita... Te juro que si pudiese volver el tiempo atrás...

—¿Qué? ¿No te habrías acercado a mí para vengarte de mi hermano? ¿No me habrías utilizado en su contra? ¿No te habrías acostado conmigo solo para hacerle daño?

Johanna y yo nos miramos atónitos. Ahora entiendo las reticencias de Mathew al enterarse de lo nuestro, creía que yo estaba haciendo con su hija, lo mismo que él hizo con Laura, usarla para vengarme de él. En realidad, eso fue exactamente lo que hice aunque esa no fuese mi intención inicial.

—Lo siento, Laura —susurra Mathew—. Perdóname. No me di cuenta del daño que te estaba haciendo hasta que vi la forma en la que me miraste cuando

te enteraste de la verdad. Te fuiste, y cuando volviste...

—No fue fácil, Matt. Tienes que entender una cosa, yo me sentí muy herida al descubrir tus intenciones, pero si me fui de Black Mountain no fue solo por eso. Estaba harta de esa maldita guerra entre los Wolfheart y los Callaghan, quería dejar atrás toda esa porquería, pero sobretodo, mi intención era alejarme lo máximo posible de mi padre, no era un buen hombre, y nos inculcó a mí y a Jack sentimientos de odio, ira y deseo de venganza hacia los Callaghan. En el momento en que tu amistad con mi hermano se rompió y él se enteró de lo que me habías hecho, sabía que esa guerra resurgiría con mucha más fuerza. Pero me equivoqué, Norah supo refrenar sus malos sentimientos hacia ti, aunque no pudo evitar que se convirtiera en un hombre resentido y amargado, y eso fue especialmente al saber cómo había sido mi vida tras mi marcha.

—¿Qué pasó? Cuando volviste tan cambiada tras la muerte de tus padres y abriste La Casa de Muñecas...

—Eso es una larga historia. Lo importante es que tú no fuiste el culpable de mis errores. Yo decidí marcharme y casarme con Bob Turkel, ese fue mi peor error. No me imaginaba lo que me esperaba cuando me enamoré de él. Fue duro, lo pasé muy mal, y me vi obligada a hacer cosas de las que no estoy orgullosa, pero cómo ya te he dicho, lo he superado. Ahora solo quiero vivir en paz. Puede que la forma en la que me gano la vida no sea la más decente o bien vista por la sociedad, pero es el único trabajo que he tenido nunca, y si puedo ayudar a esas chicas desamparadas de alguna manera, lo haré. La prostitución siempre ha existido y siempre existirá, yo fui obligada a practicarla bajo amenazas de mi fallecido marido, pero esas chicas... ellas lo hacen voluntariamente, prefiero que estén bajo mi techo y no en algún lugar de mala muerte siendo maltratadas y humilladas.

Intento asimilar toda la información que estoy recibiendo, pero es mucha y mi cabeza es un maldito hervidero. Carter y Nadia se miran el uno al otro y parecen estar tan confusos como yo.

—Si no he entendido mal, mi padre y Mathew Callaghan eran amigos, pero los dos se enamoraron de la misma mujer, mi madre, ella escogió quedarse con mi padre y Matt al verse traicionado por su mejor amigo, se vengó de él acostándose con su hermana, que es Laura Turkel. Ella cuando se enteró de las intenciones de Mathew, se fue del pueblo y se casó con un mal hombre, adoptando el apellido Turkel, la obligaba a prostituirse, por eso cuando volvió a casa tras la muerte de mis abuelos abrió La Casa de Muñecas, pero... —

Miro a Laura frunciendo el ceño— ¿De dónde sacaste el dinero para montar ese negocio?

—Este rancho también era mío —contesta sonriendo—. Cuando volví a casa, tu padre intentó convencerme para que me quedara aquí con él, para ese entonces, él ya no era el hombre cariñoso y atento de antaño. No podía vivir junto a mi hermano sabiendo que se iba a convertir en un clon de mi padre, pero tampoco podía volver a irme. Mi marido había muerto unos meses antes y finalmente era una mujer libre, tenía que buscarme la vida de algún modo. Me surgió la idea de montar un burdel y le vendí a tu padre mi parte del rancho.

El silencio se apodera de la estancia durante un buen rato. Supongo que algunos estamos intentando asimilar todos los acontecimientos del pasado que se nos han sido revelados, los demás solo están esperando nuestras reacciones. La primera en salir de ese estado es Jo, suspira y se levanta del sofá dirigiéndose a su padre.

—Puedo entenderlo —dice mirándole fijamente—. Eras joven y cometiste un error, pero eso no te da derecho a pensar que los demás son iguales que tú. Laura tiene razón, si no hubieses dado por hecho que Alec pretendía hacer conmigo lo mismo que tú hiciste con ella, quizás ahora mi vida sería distinta. No voy a echarte toda la culpa a ti, Alec también fue responsable por apartarme de su lado, y yo misma por marcharme sin más —Suspira y me mira de reojo—. Eso ahora ya da igual. Me alegra poder entender cuáles fueron tus motivos para odiar tanto a los Wolfheart, pero no los comparto. Me gustaría saber qué pinta mi madre en todo esto. ¿Por qué te casaste con ella?

—Tu madre era una buena mujer, hija. Cuando se quedó huérfana y teniendo que cuidar de Cami, acudió a mí. En ese momento, Laura acababa de volver a Black Mountain y me di cuenta del enorme daño que le había hecho, Jack y Norah ya estaban casados, tenían familia, y yo... era tan infeliz... Mi vida no tenía ningún sentido. Le propuse que nos casáramos para que ella no perdiera la custodia de Cam.

—Un matrimonio por conveniencia —susurra Jo.

—Sí, lo fue al principio. Con el pasar del tiempo, llegué a quererla mucho, y hasta intentamos que nuestro matrimonio funcionara, ahí fue donde apareciste tú. Obviamente no funcionó, no se pueden forzar los sentimientos, yo no amaba a Kate y ella a mí tampoco. Tu madre se enamoró de un hombre de Asheville y sé que solo estaba esperando a que tú crecieras un poco para irse con él, pero tuvo ese desgraciado accidente y falleció. Sentí mucho su muerte, puede que no la amara como un marido debería amar a su esposa, pero era una gran

amiga y un apoyo incondicional para mí.

—Tú y... —Jo mira hacia mi madre— ¿Estáis...?

—En todos estos años no he podido dejar de quererla —contesta Mathew con tono firme.

Mi madre se sonroja y agacha la cabeza. Veo como Jo se cruza de brazos y alza la barbilla de manera desafiante. Alguien está a punto de recibir una regañina por su parte y me alegra saber que esta vez no soy yo.

—¿No crees que es muy hipócrita por tu parte juzgarme a mí por estar enamorada de un Wolfheart, cuando tú sientes lo mismo?

—No es comparable, yo conocí a Norah hace muchos años, llevo enamorado de ella desde que era un adolescente.

—No veo tantas diferencias —replica Johanna en tono arrogante—. Yo también conocí a Alec cuando era solo una cría y estoy... —Me mira y se calla de golpe—. Eh... estaba enamorada de él desde entonces.

Sonrío abiertamente al darme cuenta de lo que no ha querido confesar. Sigue queriéndome, lo sé. Solo tengo que conseguir que lo admita de una vez.

—No vale la pena seguir discutiendo por eso, pequeña —digo sorprendiendo a todos los presentes—. Queríamos saber la verdad, y ya la sabemos. Ahora por mi parte, quiero pasar página. Intentar dejar atrás esta guerra que no tiene ningún sentido.

—¿Pasar página? —inquire Mathew frunciendo el ceño—. Estoy prácticamente en la ruina por tu culpa.

Asiento dándole la razón y me levanto del sofá.

—Ya le he dicho a Johanna que yo puedo hacerme cargo de...

—¡No! —me interrumpe Jo frunciendo el ceño.

—Jo, no seas cabezota —insisto.

—Ya te he dicho que no quiero ni necesito tu ayuda.

—Pequeña, ¿de verdad estás dispuesta a arriesgarte a perder el rancho, por orgullo?

—Creo que estás infravalorando mi capacidad para sacar adelante “mí” rancho.

—No estoy infravalorando nada. Solo intento ayudarte.

—No necesito tu ayuda.

—Jo...

—¡No! —grita.

—¡Niña, eres más tozuda que una mula!

—Ya empezamos —susurra Nadia ganándose una doble mirada asesina.

Respiro profundamente y doy un paso hacia a ella.

—¿Podemos hablar un momento, sin gritarnos? —pregunto.

—Por enésima vez, Wolfheart. No tengo nada que hablar contigo.

—Solo quiero compensarte de alguna manera por todo el daño que he hecho.

—¿Con dinero? —Resopla y se acerca a mí de mala leche—. ¿Quieres que te diga por dónde puedes meterte tu dinero?

—¡Johanna! —digo a modo de advertencia.

—¿Sabes qué? Estoy cansada de discutir contigo —Coge su chaqueta que había dejado sobre el respaldo del sofá y se la pone—. Me voy.

—Tú no te vas a ningún lado, estamos hablando.

—No, estamos discutiendo.

—Lo que sea, no te vas a ir hasta que terminemos.

—Ya hemos terminado. En realidad, terminamos hace más de un año.

—Jo, por favor. Si no lo haces por nosotros, al menos habla conmigo por nuestro hijo. Creo que él se merece que sus padres puedan hablar tranquilamente sobre su futuro.

—Mi futuro y el de “mí” hijo, no son asunto tuyo —replica fulminándome con la mirada.

—¿”Tú” hijo? ¿Qué pasa con lo que me dijiste anoche? Eso de que yo no soy como mi padre. Todas esas cosas que me dijiste, ¿las has olvidado?

—No, y no he dicho eso. Yo... Eh...

—¿Qué?! Dices que yo no soy un mal hombre, que crees que yo sería incapaz de influir negativamente en Johnny, pero al mismo tiempo te niegas a dejarme pasar tiempo con él y te refieres al niño como “tú” hijo poniendo como excusa que no quieres que se convierta en alguien como yo. ¿Quién está siendo hipócrita ahora, Johanna? —Abre la boca para contestarme, pero vuelve a cerrarla sin decir ni una sola palabra. La he dejado descolocada con mis reproches, y eso era justo lo que pretendía. Quiero que se dé cuenta de que está equivocada—. Entiendo que estés cabreada conmigo, es más, tienes todas las razones del mundo para sentirte así, pero no uses a nuestro hijo en mi contra. Me acusas a mí de ser una mala influencia para él, pero eres tú la que le está privando de tener un padre por dejarte llevar por el resentimiento. No digo que esté...

—Tienes razón.

—Espera... ¿qué has dicho?

Pone los ojos en blanco y hace una mueca con los labios.

—He dicho que tienes razón. Estoy cabreada contigo y uso a Johnny para hacerte daño. No es justo, y lo siento. Pero tienes que entender una cosa, yo me voy a ir pronto, Alec. No voy a quedarme aquí. Volveré a Nueva York y Johnny se vendrá conmigo. Estoy dispuesta a dejarte pasar algo de tiempo con el niño mientras estemos aquí, pero cuando llegue el momento...

—Faltan más de dos meses para eso. Aún tengo tiempo de hacerte cambiar de idea —digo sonriendo por haber conseguido hacerla entrar en razón.

—No. Nada de tonterías, Alec. Puedes pasar tiempo con Johnny, pero a mí me dejás fuera de escena. No te quiero cerca de mí, ¿entendido?

—Lo he entendido perfectamente, pero no puedo prometerte nada.

—Aunque lo hicieras... Tus promesas ya no tienen ningún valor para mí —susurra desviando la mirada.

—Pequeña, voy a pasarme la vida pidiéndote perdón.

—Alec, te lo advierto...

—Ya, ya, nada de tonterías —digo en tono burlón.

—¡Alec Wolfheart! No te burles.

—¡No lo hago! —Doy un paso hacia ella y agacho mi cabeza para ponerme a su altura—. ¿Ves? Cuando quieres, puedes ser bastante coherente. Ahora solo queda que aceptes mi ayuda con relación al rancho Callaghan.

Resopla y niega con la cabeza.

—No abuses de tu suerte, Wolfheart. Voy a buscar al niño y me voy a casa.

Todos a nuestro alrededor se han mantenido en silencio mientras Jo y yo debatíamos nuestra situación. En cuanto ella y Mathew se marchan, Carter se pierde escaleras arriba sin tan siquiera mirarme. Sé que tengo que hablar con él, pero prefiero hacerlo en otro momento. Necesito un poco de tiempo para pensar y asimilar todos los descubrimientos de los últimos dos días.

Johanna

Salgo del banco bastante satisfecha. Las condiciones que me ha presentado el director de la sucursal del BMB (Black Mountain Bank), han resultado ser muy interesantes. Hace casi un mes que hipotecamos el rancho y comenzamos con las reparaciones y arreglos, así que me extrañó que el director me llamara esta mañana diciéndome que necesitaba hablar conmigo. Lo primero que se me pasó por la cabeza fue que había algún problema con el préstamo que me habían concedido, pero me equivocaba, el director solo necesitaba que le firmara unos últimos papeles, y me informó que si necesitaba más dinero, el

banco no tendría ningún inconveniente en prestármelo.

Mi teléfono empieza a sonar cuando entro en mi todoterreno, es Cam.

—¿Se puede saber dónde estás? —pregunta sin siquiera saludar.

—Hola, tía Cami, yo también me alegro de hablar contigo —contesto sonriendo—. Estoy saliendo del banco, tuve que venir a hacer unas diligencias. ¿Qué pasa?

—¡¿Qué pasa?! ¡¿Que qué pasa?! ¡Pasa que me caso en tres horas y tú no estás aquí! —grita.

—Vale, relájate Cam. Voy a casa a cambiarme y estaré ahí en menos de una hora. ¿Ya estás en el rancho Anderson?

—Sí —susurra.

Cam y Chris decidieron aceptar la propuesta de Robbie de usar el rancho Anderson para celebrar su boda. Mi padre también se ofreció para que lo hicieran en su rancho, y Alec también, pero Alec es el padrino y sabían que no es buena idea tener a mi padre y a Alec juntos en el rancho Callaghan o en el Wolfheart. Al menos el rancho Anderson es un lugar neutral.

—Cam, tienes que tranquilizarte. No es bueno para el bebé que te estreses de esa forma.

—Estoy a punto de casarme, tengo derecho a ponerme nerviosa si quiero —contesta arrancándome una carcajada.

—Tienes razón, estás en todo tu derecho, pero cuidado con Chris. Si se entera de que estás en ese estado de nervios, es capaz de cancelar la boda.

—Ohhhh... No lo había pensado. Tienes razón, tengo que tranquilizarme.

—Eso, respira profundamente y piensa en lo guapo que va a estar Chris vestido con un smoking.

—Va a estar para comérselo —dice en tono divertido.

Río nuevamente y arranco el coche.

—No tardaré, ¿vale?

—Está bien. ¿Johnny viene contigo?

—No. Se ha quedado a pasar la noche en el rancho Wolfheart. Aún no me acostumbro a que pase la noche alejado de mí.

—Bueno, estoy segura que a Alec no le importaría que tú también pasaras la noche con ellos.

—Ja, ja. ¿Tú no estabas atacada de los nervios? —pregunto con ironía.

—Lo estoy. No tardes.

—No lo haré —Cuelgo la llamada y me pongo en marcha en dirección a casa.

Al entrar, Wolfy viene a recibirme meneando el rabo como es costumbre. Si el perro está aquí, eso significa que Johnny también ha llegado. Tengo ganas de abrazar a mi pequeño. Este último mes ha pasado mucho tiempo con Alec y le echo de menos.

Entro en el salón y no puedo evitar buscar a Alec con la mirada, no está, es Nad quién está sentada en el sofá con mi hijo en brazos.

—¿Cómo está el niño más guapo del mundo? —pregunto cogiéndolo y comiéndomelo a besos.

Johnny sonríe y se agarra a mi cuello balbuceando palabras sin sentido. Estoy deseando que llegue el día en que me llame mamá, pero por mucho que se lo repito, la única palabra coherente que sale de su boca es Wufy.

—¿No se supone que ya deberías estar en el rancho Anderson con tu tía? —pregunta Nadia.

—Sí, voy a cambiarme y me voy para allá. ¿Qué haces tú aquí con Johnny?, Creí que Alec iba a llevarlo directamente a la boda.

—Ya, sí, eh... él tenía que ir a un lugar antes —Alzo una ceja interrogante y Nad resopla—. Me dijo que tenía que pasarse por el rancho Carrington para hablar con Holly —Desvío la mirada hacia mi pequeño y actúo cómo si no me afectara el hecho de que Alec prefiera ir a ver a su “pajarita”, antes que pasar tiempo con su hijo—. No quería decírtelo para que no te pusieras celosa. Jo, creo que Alec dice la verdad en esta ocasión, y esa chica solo es su amiga.

—Punto número uno —digo clavando mis ojos en los suyos—. Yo no me pongo celosa. Y punto número dos, me da absolutamente igual lo que haga tu hermano y con quién.

—Ya, lo que tú digas. Niégalo todo lo que quieras, pero tú y yo sabemos que te mueres de celos al saber que Alec está con ella ahora mismo.

Resoplo e ignoro su declaración cambiando de tema.

—¿Dónde está Jay? Creí que su vuelo llegaba temprano.

—Debe estar a punto de llegar, me llamó nada más aterrizar.

Asiento y le miro de arriba abajo.

—¿Tú no vas a cambiarte? Se está haciendo tarde.

—Sí, he traído mi vestido. ¿Puedo usar tu habitación?

—Por supuesto, vamos —Le hago un gesto con la cabeza y las dos subimos a cambiarnos.

Me he puesto para la ocasión, un vestido gris plata por encima de la rodilla y con la espalda descubierta. Nadia ha optado por uno azul eléctrico con escote en forma de corazón que la favorece muchísimo.

—Este niño cada día está más guapo —murmura Nad alisando la camisa blanca que lleva puesta su sobrino.

La verdad es que tiene razón, está monísimo con su traje negro, su camisa blanca y la pajarita.

—Es mi hijo, por supuesto que es guapo —añado en broma.

—Lo siento, Jo. Tú eres muy guapa, pero este niño es un Wolfheart de pies a cabeza. Solo hay que verle. Es un mini Alec.

Tuerzo el gesto, pero no le quito la razón, no podría, Johnny es una copia exacta de su padre. ¿Cómo se supone que voy a olvidar a Alec, si tengo un recordatorio constante suyo a mi lado cada día? La respuesta es sencilla, no puedo. Ya me he resignado a amarle el resto de mi vida, aunque estemos a cientos de kilómetros de distancia.

Tengo que admitir que Alec ha cumplido su promesa. En el último mes he esperado que hiciese alguna de sus locuras, como secuestrarme, amenazarme, chantajearme... pero nada más lejos de la realidad, se está comportando como todo un caballero. Cada vez que nos encontramos, insiste en querer hablar de nosotros, pero siempre me niego. No creo que quede ya nada que decir. Lo nuestro se ha acabado, punto.

La relación entre los Callaghan y los Wolfheart, ha mejorado bastante este último mes, al menos entre mi padre y Norah que están algo así, cómo saliendo. La verdad es que no consigo entender a esos dos, parecen dos adolescentes escondiéndose para estar juntos sin que nadie les vea, cuando es algo obvio. Mi padre y Alec no han vuelto a coincidir desde el día de las revelaciones, esa es una de las razones por las cuales estoy nerviosa por la boda de hoy. Los dos van a estar ahí, no sé cuáles serán sus reacciones. A Patrick y a Carter los veo casi a diario, mi excuñado lo pasó muy mal los días siguientes a su salida del armario frente a su hermano, pero poco a poco está volviendo a la normalidad. Sé que Alec lo trata como siempre y no ha vuelto a sacar el tema de su homosexualidad, se comporta como si no estuviese enterado, y aunque eso es algo que molesta a Carter, prefiere eso a su rechazo. Mi amigo Jay ha tenido que ir unos días a Nueva York por un tema de trabajo, pero llegará a tiempo para ir a la boda con Nadia. Sí, finalmente esos dos cabezotas han hecho oficial su relación, y hasta están pensando en irse a vivir juntos cuando volvamos a la gran manzana.

—Deberíamos salir ya. Le prometí a Cam que iría cuanto antes, la pobre está atacada de los nervios.

—Adelántate tú. Yo esperaré a Jay y os alcanzamos. Me llevo a Johnny

conmigo así puedes estar tranquila ayudando a tu tía.

—¿Estás segura?

—Sí, vete anda. No llegues tarde.

Asiento y le doy un beso a mi hijo a modo de despedida, antes de marcharme directamente al rancho Anderson. Estoy tan nerviosa que cualquiera pensaría que soy yo quién va a casarse hoy.

Eres el Lobo

Alec

Aparco el todoterreno frente a la casa de Holly y me quedo mirando hacia la desmejorada fachada pintada en algunos lugares de un color negruzco. Es horrible, pero Holly se ha negado completamente a repararla. Solo ha hecho alguna reforma en el interior, especialmente en su habitación y la sala de estar, el resto de la casa sigue prácticamente en ruinas. Tan mal está, que basta con que sople un poco de viento o llueva unas gotas, para quedarse sin electricidad.

Camino por los chirriantes escalones del porche y entro en la casa sin llamar a la puerta, si es que a un trozo de madera podrida se le puede llamar así.

—¿Holly?! —la llamo en la parte baja de las escaleras que dan al piso superior donde están las habitaciones.

No recibo ninguna respuesta por su parte así que me decido a subir a buscarla. Me tiene preocupado. Hace más de una semana que no sé nada de ella. Ya sé que últimamente ando bastante ocupado, intento pasar todo el tiempo posible con mi hijo, y también coincidir con Jo todo lo que puedo. No es fácil, Johanna tiene un don para escabullirse de mí. Por más que intento buscarla, se empeña en no salir del rancho Callaghan, y obviamente, yo no puedo ir allí a buscarla. O sí... No lo sé. No he vuelto a ver a Mathew Callaghan desde el día en que supimos toda la verdad sobre el pasado, pero no creo que le agrade verme rondando sus tierras y mucho menos a su hija. Aunque eso no le impide ser él quien ronda a mi madre. Ella cree que yo no lo sé, pero estoy perfectamente enterado de sus encuentros furtivos con el padre de Jo.

Mi teléfono empieza a sonar y me paro a mitad de las escaleras para atender la llamada.

—¿Hola?

—Buenos días, Lobo, soy Henry Mallory, el director del banco BMB.

—Hola Henry. ¿Tienes algo para mí?

—Sí. Johanna Callaghan estuvo aquí esta mañana. Firmó los papeles que me pediste.

—¿Sospechó algo? —inquiero.

—No, todo salió tal y cómo lo planeaste, pero... —le escucho bufar al otro lado de la línea—. No sé si he hecho lo correcto. Podría perder mi trabajo por esto.

—No exageres, Henry. No le has robado nada a nadie. Al contrario, acabas de liberar la hipoteca del rancho de tu cliente, así que no te preocupes. ¿Le preguntaste si necesitaba más dinero?

—Sí. Me dijo que por ahora tenía suficiente, pero que, si surgía algún problema, se pondría en contacto conmigo.

—Muy bien. Si lo hace, avísame. Tienes permiso para darle todo lo que te pida. Sácalo directamente de mi cuenta, igual que el dinero para cubrir la hipoteca.

—¿Qué hago con las mensualidades que ella vaya pagando para cubrir el préstamo que solicitó?

—¿Recuerdas la cuenta que abrí a nombre de Jonathan Mathew Callaghan? Ingrévalo todo ahí.

—Bien, estaremos en contacto.

—Sí, avísame con cualquier cosa.

—Ah... Lobo, ¿podrías hacerme un favor? Estoy intentando localizar a Holly Carrington, la he llamado más de una docena de veces, pero no me contesta. Sé que tú y ella sois socios, así que...

—Justo ahora estoy en su casa. ¿Pasa algo?

—No, nada importante, o eso espero. Dile por favor que me llame.

—Está bien, se lo diré.

Cuelgo la llamada y suspiro pasándome la mano por mi frondosa barba. Me siento culpable por estar haciendo esto a espaldas de Jo, pero no voy a permitir que arriesgue su herencia, la herencia de mi hijo, por su cabezonería. Es irónico, he pasado la mitad de mi vida intentando arruinar el rancho Callaghan, y ahora soy yo el que está pagando sus deudas. Creo que eso se llama, justicia divina.

Suspiro de nuevo y retomo mi camino escaleras arriba. Ahora tengo que preocuparme por otra mujer. No sé qué le pasa a Holly. Hace un par de semanas estaba radiante de felicidad porque se supone que finalmente el

dichoso Nathan Reed, su novio fantasma, iba a mudarse aquí con ella, y hasta hablaron de casarse. Sigo pensando que ese tipo es un vividor que se está aprovechando de su ingenuidad. Holly es una chica demasiado confiada, no tiene ninguna maldad, y eso va a acabar pasándole factura más temprano que tarde.

Toco a la puerta de su habitación con los nudillos y espero su respuesta. Escucho sus pasos en el interior de la habitación y la puerta no tarda en abrirse.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Holly mirándome sorprendida.

La repaso con la mirada de pies a cabeza y frunzo el ceño. Está hecha un desastre. Va descalza, estoy seguro de que hace varios días que no se baña y tiene los ojos hinchados de tanto llorar.

—¿¿Qué demonios te ha pasado?! ¿¿Estás bien?! ¿¿Por qué no contestas mis llamadas?!

—Alec, eso son demasiadas preguntas, y no tengo ni ganas ni paciencia para contestarlas —responde apoyándose en el marco de la puerta y agachando la mirada.

Levanto su barbilla con mis dedos y la miro a los ojos.

—¿Qué te está pasando, pajarita? Déjame ayudarte. Tú estuviste ahí en mis días más oscuros. Permíteme devolverte el favor.

Holly sacude la cabeza y fuerza una sonrisa.

—Estoy bien. Solo estoy pasando unos días raros. No te preocupes ¿vale? Todo volverá a la normalidad.

—¿De verdad piensas que voy a creerme eso? Mírate, estás echa un asco.

—¿Intentas animarme? —inquire alzando la barbilla.

Sonrío y niego con la cabeza.

—Solo quiero ayudarte. Ha sido Nathan ¿verdad? ¿Qué ha hecho ahora? ¿No va a poder venir?

—Hace días que no contesta mis llamadas. Se supone que vendría en un par de semanas, pero no sé nada de él —contesta reteniendo las lágrimas—. Yo no... No sé qué pensar.

Veo cómo una lágrima solitaria rueda por su mejilla y no puedo evitarlo, la estrecho contra mi cuerpo en un abrazo para intentar consolarla.

—Todo va a estar bien, pajarita. Si ese tío no es capaz de ver la mujer maravillosa que eres, no te merece en absoluto.

—Eso no es... Hay otra cosa que tengo que contarte —Se aparta de mí limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano y me mira de reojo tras

suspirar—. Yo... eh... yo...

—¿Qué pasa, Holly? Me estás preocupando, habla de una vez.

Abre la boca dispuesta a decir algo, pero vuelve a cerrarla y niega con la cabeza.

—No te preocupes, no es nada importante. El caso es que le dije a Juls que Nathan iba a mudarse conmigo y que nos íbamos a casar, y ella me comentó que intentaría venir a pasar unos días aquí conmigo.

—¿Es solo eso? ¿Estás segura?

—Sí. Por cierto, te manda saludos.

—¿Tu hermana? ¿Qué le has dicho de mí?

—Pues la verdad, que eres mi socio y mi amigo —contesta encogiéndose de hombros.

—Bien, ya vale de auto compadecerse. Date una ducha y ponte guapa, que nos vamos a una boda.

—¿¿Qué?! ¡No! Yo no voy a la boda, nadie me ha invitado.

—Me da igual que te hayan invitado o no. Vas como mi acompañante, y listo.

—¿Y Johanna? ¿Qué va a pensar si nos ve llegar juntos a la boda de su tía?

—Nada peor de lo que ya piensa —respondo haciendo una mueca—. Está convencida de que tú y yo somos amantes. No hay forma humana de hacerla entrar en razón.

—¿Has probado a explicárselo tranquilamente? Te conozco, y sé que tiendes a perder los nervios a la primera de cambio.

—¿Cómo esperas que se lo explique, si no habla conmigo?! —Resoplo pasándome la mano por el pelo—. Cada vez que saco el tema, Jo se cierra en banda. No me dice lo que piensa, ni lo que siente. Actúa como si no le importase nada que tenga que ver conmigo.

—¿Por eso quieres que vaya contigo a la boda? ¿Para darle celos y obligarla a que hable contigo?

—No —contesto rascándome la nuca—. No te voy a negar que lo he pensado, pero dije que no iba a jugar sucio y pienso cumplirlo. Quiero que vengas conmigo porque creo que te vendría bien distraerte un rato. Yo seguiré intentando hablar con Johanna por las buenas.

—Empiezo a crearme que realmente quieres ser un buen chico —murmura sonriendo levemente.

Chasqueo la lengua y me cruzo de brazos frunciendo el ceño.

—Deja de cacarear de una vez y ve a ducharte. Te esperaré abajo. No

tardes.

Salgo de la habitación y bajo las escaleras en dirección a la puerta. Me paso esperando más de cuarenta minutos, y cuando mi paciencia ya está llegando a su límite, la puerta se abre y Holly sale de la casa vestida con un vestido largo de color verde.

—¿Qué tal estoy? —pregunta rascándose el cuello de manera nerviosa.

—Muy guapa. Ahora vámonos que llegamos tarde.

—Por cierto, tú también estás muy guapo —señala alisando mi camisa blanca.

Nos subimos a mi coche, y poco después ya estoy aparcando en el rancho Anderson. No he venido muchas veces a esta casa. Cuando era niño, mi padre y el padre de Rob tuvieron unas cuantas rencillas, así que este era uno de esos lugares en los que los Wolfheart no éramos bienvenidos. Es curioso, siempre pensé que la gente no quería relacionarse con nosotros por nuestros orígenes, por ser descendientes de indios, pero después de descubrir la verdadera naturaleza y personalidad de mi padre, empiezo a pensar que el motivo por el cual nos rechazaban no se debía a un tema de racismo, era por mi padre. La gente le tenía miedo porque sabían que no era una buena persona.

—Alec, ¿estás bien? —pregunta Holly sacándome de mis pensamientos.

Le sonrío y asiento.

—Sí, estoy bien.

—Ya ha llegado mucha gente —susurra mirando la más de dos docenas de coches que hay aparcados frente a la enorme casa.

—Sí, creo que han invitado a todo el pueblo —afirmo sonriendo. Estiro mi brazo y se lo tiendo para que entrelace el suyo con el mío—. Vamos a divertirnos, pajarita.

Entramos en la enorme y lujosa casa y somos dirigidos al jardín. Es extraño que celebren una boda al aire libre en pleno invierno, pero la verdad es que el clima se está comportando. No hace calor, pero tampoco frío, y no llueve. A nuestro alrededor, todo el mundo está vestido de gala. Hay trajes, corbatas y vestidos por doquier.

—Bienvenido, Lobo —me saluda Chris palmeando mi espalda. Se gira hacia Holly y le sonrío—. Estás muy guapa, Holly.

—Muchas gracias —contesta ella sonrojándose.

—¿La novia ya ha huido? —pregunto burlándome de mi amigo.

—No, y espero que no lo haga. Si huye, también se lleva a mi hijo —Hago una mueca por su comentario y Chris se da cuenta de lo que acaba de decir—.

Lo siento, tío. No lo decía por... No lo pensé.

—Tranquilo. ¿Se puede beber una copa en este lugar?

—Claro, a mí también me vendrá bien. Tengo los nervios a flor de piel.

Asiento y miro a Holly preguntándole sin palabras si quiere acompañarnos.

—Id vosotros. Yo tengo que ir al baño.

Ella se marcha hacia el interior de la casa, y Chris y yo nos dirigimos hacia una de las tres barras que están esparcidas por el inmenso jardín. Pedimos unas copas de whisky y Carter y Patrick no tardan en unirse a nosotros, seguidos por Rob Anderson.

—Bonita casa —dice mi hermano.

—Gracias. Espero que, con esta celebración, Megan se anime a darme el sí —comenta Anderson sonriendo.

—¡Wow tío! ¿Le has pedido que se case contigo? —pregunta Chris.

—Sí, unas cuantas veces, pero se me resiste. Quiere esperar un poco más.

—Johanna me dijo una vez, que Megan lleva planeando su vida desde que era una niña —murmuro tras beber un trago de mi copa.

—Así es —afirma Rob—. Sabe lo que quiere y cuándo lo quiere. No hay forma humana de hacerle cambiar de planes —Me mira y sonrío—. ¿A ti cómo te va con Jo? ¿Has hecho algún avance?

Niego con la cabeza y resoplo.

—Es difícil avanzar cuando ni siquiera me dirige la palabra. Estoy estancado, y ya me estoy quedando sin ideas —susurro en tono abatido.

—¿Y vas a rendirte? —inquire Carter—. Hermano, te he visto babear por esa mujer desde que tienes uso de razón. Vale, la has cagado, y mucho. Pero no es propio de ti darte por vencido. Eres el Lobo ¡Maldita sea! Lucha por ella.

Le sonrío a mi hermano mayor y asiento.

—No voy a rendirme, Carter. ¿De verdad crees que voy a volver a dejarla escapar? Ya lo hice dos veces, no habrá una tercera.

En ese momento somos interrumpidos por Nadia que llega acompañada de Jason y con mi hijo en brazos. El niño en cuanto me ve, estira sus brazos hacia mí arrancándome una enorme sonrisa. Lo cojo en brazos y no tarda en buscar el colgante que llevo al cuello para jugar con él.

—Hola —saluda Nad sonriendo.

—¿Por qué has traído tú a Johnny? ¿Dónde está Johanna? —pregunto alisando la camisa blanca que lleva puesta mi pequeño. Está guapísimo vestido con su traje y una pajarita negra.

—Se me adelantó. Está ayudando a Camila.

—¿Está aquí? —pregunto mirando hacia Chris. Este asiente sin apartar la mirada de mi hermana.

—Hola, Nad. Me alegra que hayas venido —le dice.

Veo como Jason frunce el ceño abrazando a Nadia por la cintura en un claro movimiento de marcaje de territorio. Mi hermana también se da cuenta porque pone los ojos en blanco.

—No me lo perdería —contesta—. Espero que Cam y tú seáis muy felices en vuestro matrimonio y con vuestro hijo.

—Muchas gracias.

Todos nos quedamos en silencio unos segundos y veo como Nadia le da un codazo a Jason para llamar su atención, le mira de reojo y hace un gesto con la cabeza hacia mí. ¿Qué traman estos dos? Jason carraspea y da un paso hacia mí enderezándose como un soldado. Extiende su mano y me doy cuenta de que lleva una cesta de mimbre agarrada.

—Esto es para ti —dice tendiéndome la cesta.

—¿Qué se supone que es esto? —pregunto agarrando la cesta. La abro y me sorprendo al ver una cabeza peluda de un pequeño cachorro asomándose. Es de un color gris claro, y parece ser un Sarloos, la misma raza que Wolfy—. ¿Por qué me das un perro?

Johnny en cuanto ve el cachorro se vuelve loco y empieza a llamar a Wufy. Nad saca el a perrito de la cesta y se lo acerca a mi hijo para que él pueda abrazarlo.

—Es una especie de ofrenda de paz —aclara mi hermana cogiendo a Johnny en brazos.

Frunzo el ceño y me froto la barba mirando a Jason que mueve un pie compulsivamente en un claro signo de que está muy nervioso.

—A ver si lo he entendido —digo cruzándome de brazos—. Primero te tiras a la mujer que amo y ahora estás saliendo con mi hermana. ¿No se te ocurrió otra forma de ganarte mi favor que no fuese regalándome un perro?

—Eh... Pensé regalarte un ternero, pero Nad me dijo que tenías muchos, y que eso no es un regalo de verdad.

—A quién se le ocurriría regalar una vaca —murmura mi hermana haciendo que Chris y Patrick comiencen a reír a carcajadas.

—Sois unos capullos —digo señalándoles con el dedo índice.

—Era una ternera muy mona —comenta Chris sin poder para de reír—. Con ese lazo rojo... —Vuelve a reír a carcajadas y Patrick le sigue.

Resoplo y me giro hacia el que supongo, será mi futuro cuñado.

—Escúchame bien Jason, desde el día en que te conocí, supe que no me caerías bien. Te odio por saber que has estado con Jo —Abre la boca para contestarme, pero le detengo con un gesto de mi mano—. Supongo que siempre te guardaré resentimiento por eso, pero soy consciente de la forma en la que miras a mi hermana, y eso me gusta. Si ella es feliz, si la haces feliz, puedes contar conmigo para lo que sea —Nadia sonrío de oreja a oreja al escucharme—. No he sido nunca el mejor de los hermanos, pero te puedo asegurar que los quiero con todo mi ser —Miro a Carter y le sonrío—, a los dos. Solo quiero verlos felices.

Jay asiente y Carter me sonrío mirando a Patrick de reojo.

—Wufy —dice Johnny intentando tirarle de las orejas al cachorro.

—No se llama Wolfy —aclara Nad—. Es una hembra, una novia para Wolfy, se llama Silver.

—¿Silver? ¿Gris? —inquiero.

—Sí, Gris. Ni blanco, ni negro —dice Nadia sonriendo.

Asiento entendiendo lo que quiere decir con eso. Un lobo gris, no todo es blanco ni negro. Sonrío y justo en ese momento, veo a Jo caminando hacia nosotros. Está guapísima. No puedo evitar quedarme mirándola embobado.

—Chris, a tu puesto —decreta—. Cam bajará en cinco minutos —Chris asiente y se marcha a buscar al juez que han llamado para la ocasión. Johanna desvía la mirada hacia Johnny y sonrío mirando al cachorro—. ¿Y esta monada quién es?

—Soy Alec, ya nos conocemos —contesto en broma—. Gracias por lo de monada, tú también estás muy guapa —Saco a relucir mi sonrisa más seductora y ella pone los ojos en blanco ignorando mi comentario.

La verdad es que está realmente preciosa. El vestido que lleva puesto le sienta muy bien, tanto que está atrayendo las miradas de muchos de los hombres presentes.

—Se supone que eres el padrino, ¿no deberías estar junto al novio? —me pregunta dándole un beso a Johnny.

—¿Tú no deberías estar con la novia? Por cierto, no vas a poder negarte a bailar conmigo, somos los padrinos.

Resopla y pasa los dedos por la cabeza del niño peinándole hacia atrás su pelo negro, igual al mío.

—Ve con Chris —ordena sin mirarme—. Cami no tardará en llegar.

Asiento sin dejar de sonreír y cada uno nos acomodamos en nuestros

lugares. El mío resulta ser al lado del novio, que no deja de cambiar su peso de una pierna a la otra. Está nervioso a más no poder.

—Tranquilízate, hermano —susurro poniendo una mano sobre su hombro.

—Para ti es fácil decirlo, no eres tú el que está a punto de casarse —contesta.

En ese momento, empieza a sonar la marcha nupcial, y Camila camina hacia nosotros sonriendo, está muy guapa con su vestido color marfil, pero mis ojos van a parar directamente a la persona que camina frente a ella, mi pequeña, luce una preciosa sonrisa en su cara. Cuando nuestros ojos se encuentran, no desvía la mirada, y por un instante me permito imaginar que nosotros somos los novios, que esta es nuestra boda y cuando termine nos marcharemos juntos. Es un bonito sueño, solo espero tener la fuerza de voluntad suficiente para conseguir llevarlo a cabo.

Cam se coloca junto a Chris en el centro del improvisado altar escoltados por Johanna y por mí, durante el tiempo que dura la ceremonia, soy incapaz de apartar mis ojos de ella.

—Yo os declaro marido y mujer —sentencia el juez provocando que todos los presentes irruman en aplausos.

Tras firmar el acta matrimonial, los invitados empiezan una ronda de felicitaciones hacia los novios. Cuando llega mi turno, le doy un abrazo a Chris palmeando su espalda y lo felicito por su matrimonio. Después hago lo mismo con Cam, pero cuando voy a apartarme de ella, no me lo permite.

—No te rindas —susurra en mi oído—. Ella te sigue amando, no te des por vencido.

Me aparto de Cam y le sonrío poniendo una mano sobre su abultado vientre.

—Eso nunca. Voy a luchar por ella hasta que no me quede un solo soplo de aire en los pulmones.

—No esperaba menos de ti —afirma sonriendo.

Busco a Jo con la mirada, y la veo junto a Nadia con nuestro hijo en brazos. Tengo que conseguir recuperarla. Tengo que hacer algo, lo que sea, para que hable conmigo. No puede seguir ignorándome. Si pudiese hacer las cosas a mi manera, a la manera “Lobo”, estoy seguro de que a estas alturas ya la tendría atada a mi cama, quizás esposada. Pero esa no es la forma. Quiero demostrarle que he cambiado, que puedo volver a ser el hombre del que se enamoró, y sobre todo, que puede confiar en mí.

Siento una mano rodeando mi brazo y me obligo a mí mismo a desviar mi

mirada de la suya. Es Holly, vuelvo a mirar a Johanna y la veo frunciendo el ceño y alzando la barbilla. Genial, ahora está cabreada porque he venido a la boda con Holly. Ya no sé si el hecho de que esté celosa, es algo bueno, o todo lo contrario.

—Ve a hablar con ella —susurra Holly.

—Mírala, me está asesinando con la mirada. No va a querer hablar conmigo.

—En realidad, a la que está asesinando es a mí. Ve, Alec. No pierdes nada por intentarlo. Si no lo haces, iré yo —Asiento y le sonrío antes de empezar a caminar hacia Jo.

Como ya me esperaba, en cuanto Johanna percibe mis intenciones, se gira dándome la espalda y empieza a hablar con su padre. Es muy lista, cree que no voy a ser capaz de acercarme si está con Mathew, pero se equivoca. No hay nada en este mundo que pueda detenerme.

—Jo, ¿puedo hablar contigo un segundo? —pregunto sujetando su brazo. Ella se gira hacia mí y niega con la cabeza.

—No es un buen momento, Alec —contesta haciendo un gesto con el brazo con el que no está sujetando al niño en dirección a su padre.

—Mathew —le saludo con la cabeza y vuelvo a mirar a Jo—. ¿Cuál va a ser un buen momento? Solo será un minuto.

—Alec, ya te he dicho...

—Sé lo que has dicho, lo que me preocupa, es lo que no dices. Ven conmigo, hablemos a solas durante un instante.

—No tengo nada que hablar contigo. Mejor llévate a tu “pajarita” a dar un paseo. No la dejes sola o puede volar con otro.

El tono arisco de su voz, me demuestra lo celosa que está. No quiero hacerlo, pero no puedo evitar que una sonrisa se me escape.

—Esos celos que tienes, también es algo sobre lo que tenemos que hablar. Vamos —Agarro su mano y tiro de ella, pero se resiste.

—Suéltame, Alec. Yo no voy contigo a ningún lado.

Resoplo soltando su mano y me froto la barba. Estoy perdiendo la paciencia, y eso no es bueno.

—Pequeña, estoy intentando controlarme, pero no me lo pones fácil. Haz el favor de dejar a Johnny con tu padre, y ven conmigo.

—Y si no, ¿qué? —alza la barbilla de manera desafiante y yo frunzo el ceño cruzándome de brazos.

—Johanna Callaghan, no voy a repetirlo otra vez. Como no vengas

conmigo ahora mismo, te cargaré sobre mi hombro y te llevaré a la fuerza. Sabes que soy capaz de hacerlo, no sería la primera vez.

Jo mira a su padre y este se encoje de hombros desentendiéndose de la situación.

—A mí no me mires —señala—. Fuiste tú la que se enamoró de él. Ahora aguántate.

—Muchas gracias, papá. Eres de gran ayuda —le contesta tras resoplar.

—Vamos, Johanna. Mi paciencia no es infinita —insisto.

—¡Vamos a ver, chucho! Punto número uno, tú a mí no me amenazas, y punto número dos, por enésima vez, no tengo nada, y repito, NADA, que hablar contigo.

Bufo pasándome la mano por el pelo y aprieto la mandíbula con fuerza.

—Eres una maldita cabezota. Sabes que no voy a rendirme, ¿verdad?

—Haz lo que te dé la gana. Yo me voy a buscar a tu madre. ¿Sabes dónde está?

—Creo que la vi en la cocina con Nadia —murmuro.

Asiente y sale caminando hacia el interior de la casa dejándome a solas con su padre. Los dos nos miramos fijamente durante unos segundos.

—Mathew, yo... Eh... Sé que te debo una disculpa y...

—Tú a mí no me debes nada, Lobo. Te lo dije cuando viniste a mi casa a buscarme. Te creo cuando dices que quieres a mi hija, pero no te la mereces. Si te sirve de consuelo, yo tampoco lo hago. Los dos hemos cometido demasiados errores, y vamos a tener que pagar por ellos.

Asiento y suspiro mirando hacia la puerta por la que Johanna acaba de perderse. Tengo que encontrar una solución a todo esto. Una forma de hacerla reaccionar y que hable conmigo.

Esto es algo embarazoso

Johanna

Llevo todo el maldito día intentando escapar de Alec. A cada instante, en cuanto me doy la vuelta, lo tengo pegado a mí e insiste en querer hablar conmigo en privado. Se está volviendo muy molesto. ¿Por qué no entiende de una vez que ya no hay nada de lo que hablar? Lo nuestro se ha terminado, punto.

—Para no estar celosa, no dejas de mirarlos —dice Nad sonriendo de manera pilla.

—No sé de qué me hablas —contesto desviando la mirada de Alec y su “pajarita”.

Lo peor de verlos juntos, es que no parecen estar liados. Pero siempre están el uno al lado del otro, sonriendo, bromeando, y cuchicheando. ¡Arghhh! ¡Les odio! A los dos, pero más a Alec, por seguir insistiendo en un “nosotros”, mientras trae a la boda de mi tía a su nueva conquista. De ella, no sé qué pensar. Según me han contado, no es mala chica. Puede que no sea una PutiLinda en potencia, y tampoco me ha hecho o dicho nada malo en ningún momento, eso es lo peor, que no puedo odiarla, intento buscar una razón para que me caiga mal, y no encuentro ninguna.

—Johanna, deja de hacerte la dura y habla con él. Por una vez, creo que está diciendo la verdad. Esa chica es solo su amiga, nada más.

Suspiro mirando a Johnny que juega con el cachorro sentado sobre el césped del jardín.

—Sabes que no es solo eso. No tiene sentido darle vueltas a algo que no va a parar a ningún lado. Lo mío con Alec se acabó. Yo no voy a volver a confiar en él. ¿Cómo podría hacerlo?

—Lo entiendo, de verdad. Vi lo mal que lo pasaste por culpa de mi hermano, pero ahora temo que estés cerrándote en banda y dejes pasar la oportunidad de ser feliz finalmente. No me malinterpretes, yo no te juzgo, soy

la menos indicada para hacerlo, pero piénsalo, ¿vale? Tú le amas, él te ama a ti, y tenéis un precioso hijo en común.

—No puedo pensarlo, Nad. Si flaqueo, aunque solo sea un instante, acabaré dejándome llevar, y será como volver a empezar. Además, está el tema de la confianza. ¿Cómo puedo volver a confiar en él? Aunque quisiera, no sé si sería capaz.

Tras mi declaración, las dos nos quedamos en silencio hasta que la banda que ha estado amenizando el evento durante gran parte del día, se detiene, y Rob sube al escenario sonriendo.

—Espero que todos lo estéis pasando bien —dice a través del micrófono—. Ha llegado el momento del baile nupcial. Ya sabéis cómo funciona, los novios abren el baile, le siguen los padrinos y después quién quiera unirse a ellos y mover el esqueleto, es bienvenido.

Robbie se baja del escenario y los integrantes de la banda musical ocupan sus puestos frente a los instrumentos. En el momento en el que empiezan a sonar las primeras notas de la canción “Perfect” de “Ed Sheeran”, miro hacia Alec y él me sonrío. Detesta esa canción, pero no parece desagradarle tener que bailarla porque camina hacia mí con decisión y me tiende su mano.

—Ahora no tienes escapatoria —susurra sonriendo de medio lado.

Resoplo y agarro su mano refunfuñando un par de insultos en voz baja, le indico a Nad que cuide de Johnny en mi ausencia y caminamos cogidos de la mano hacia la pista de baile que han habilitado bajo una enorme carpa en el jardín. Chris y Cami ya están moviéndose al son de la música mientras sonrían y se profesan cientos de caricias y besos furtivos. No puedo evitar sonreír al verlos tan felices, se lo merecen. Ellos más que nadie, se han ganado un “Fueron felices por siempre”.

Miro a mí alrededor, la gente nos está observando, esperando a que empecemos a bailar para que ellos puedan unirse a la fiesta.

—Terminemos con esto de una vez —murmuro tirando de la mano de Alec hacia el centro de la pista.

Sus manos rodean mi cintura y yo apoyo las mías sobre sus hombros mientras nuestros pies comienzan a moverse en pasos lentos y descompasados.

—Ahora que estás aquí... Este es un buen momento para que hablemos.

Resoplo por su insistencia y niego con la cabeza.

—Alec, el único motivo por el que estoy bailando contigo, es porque no me queda más remedio. Estoy deseando que se acabe la dichosa canción para poder alejarme de ti.

—¿Entonces no estás disfrutando de mi compañía? —pregunta en tono seductor—. Qué pena, yo sin embargo no puedo estar más feliz al tenerte de nuevo entre mis brazos. Te echaba de menos, pequeña —Acerca su cara a mi cuello y deposita un beso suave, justo debajo de mi oreja.

—Alec, no sigas —digo con un hilo de voz. Quiero que pare, pero no quiero. Necesito que se detenga, pero al mismo tiempo, me encantan sus atenciones.

—¿Estás segura de que quieres que pare? —Sus manos se aferran con más fuerza en mi cintura y me pega más a su cuerpo haciéndome notar la tensión de sus músculos a través de la ropa.

—Alec, te lo advierto...

—Sí, lo sé. Me estoy pasando. No me culpes, ¿vale? Llevo deseando tenerte así desde hace mucho tiempo.

Le aparto de mí empujándole levemente y él me mira a la cara sonriendo de oreja a oreja.

—¿Se puede saber de qué te estás riendo? Cuéntame el chiste y nos reímos los dos.

—Me río de ti y de esta situación. Estás cabreada, furiosa más bien. No soportas que haya venido a la boda acompañado por Holly porque piensas que somos amantes.

—Te equivocas, lo que no soporto es tu hipocresía. Me enfurece que seas tan capullo como para estar aquí conmigo, diciéndome que me echas de menos, y en cuanto te das la vuelta, vuelves con ella.

—Jo, ya te he dicho que solo somos amigos. Quiero mucho a Holly, pero no como tú crees. Ella solo es una buena amiga para mí.

—Da igual, Alec. No me importa —susurro desviando la mirada.

—Claro que te importa. Igual que me importaría a mí si tu anduvieses paseándote por ahí con otro hombre. Creí volverme loco cuando recibí tu carta.

—Alec, basta. Déjalo ya, esta conversación no nos va a llevar a ningún lado.

—¡No! No lo dejo. Deja tú de guardarte las cosas. Habla conmigo, grítame si eso te hace sentir mejor, pero di algo.

—No tengo nada que decir —sentencio apretando los labios.

—Mierda pequeña, puedo hacer que hables. Lo sabes ¿verdad? Podría hacer cualquier locura, como encerrarte en una habitación y no dejarte salir hasta que resolvamos esto.

—Si quisieras hacer algo, ya lo habrías hecho —replico sin pensar. No sé por qué he dicho eso. Yo no quiero que haga nada, pero es que se siente tan bien estar aquí, junto a él, con sus manos ancladas en mi cintura, y su aliento golpeando mi cuello....

Una enorme sonrisa se expande por su cara y me mira fijamente a los ojos.

—¿Quieres que haga algo? ¿Me estás retando, pequeña?

—¡No! No sé ni por qué he dicho eso. No me hagas caso. Yo solo quiero que me dejes en paz, nada más.

La canción termina y me obligo a mí misma a apartar mis manos de sus hombros y dar un paso hacia atrás.

—Jo, hablemos. Tú y yo solos. No me obligues a tomar medidas extremas.

—Deja de amenazarme de una maldita vez, Alec. Me importa una mierda lo que hagas.

—Muy bien, tú lo has querido —Sonríe de medio lado y se aparta de mí, camina hacia el escenario y habla con uno de los músicos antes de subirse de un salto y acercarse al micrófono.

—¿Qué coño hace? —pregunta Chris que está de pie a mi lado abrazando a su reciente esposa.

—No tengo ni idea —respondo—, pero esto no me gusta nada.

—Buenas tardes, señoras y señores. Les pido un momento de su atención. Para empezar, quiero felicitar a mi amigo Chris y a Camila por su matrimonio, espero que sea muy duradero. Probablemente os estaréis todos preguntando, qué coño hago subido aquí arriba, para los que lo han pensado, no, no estoy borracho. Estoy intentando reformarme —Todos los presentes irrumpen a carcajadas—. ¡No os riais, capullos! Estoy hablando en serio —exclama frunciendo el ceño—. Cómo os estaba diciendo, estoy intentando cambiar. Recientemente, me he dado cuenta de que he pasado la mayor parte de mi vida equivocado. He odiado a un hombre, a un apellido, inocente, he hecho daño a todos a los que quiero, pero sobre todo, he lastimado a la única mujer que he amado y amaré el resto de mi vida —Alec me mira, y todas las cabezas de los presentes, se giran hacia mí—. Ella no quiere hablar conmigo, y lo entiendo, me he comportado como un auténtico cabronazo y me merezco su desprecio, a pesar de que sé que hay muchas cosas que quiere decirme. Así que si no quiere hablar, va a tener que escucharme.

Veo cómo se acerca a uno de los músicos y tras hablar un par de segundos con él, regresa al frente del escenario con una guitarra en la mano y se sienta en un taburete que le acercan.

No puede ser. ¿Va a cantar delante de toda esta gente? ¿Por qué hace esto? Mis preguntas son contestadas, en el momento en el que el sonido de las primeras notas de la canción “Say what you need to say” de “Art of diyng” comienzan a salir de la guitarra. Es mi canción preferida de su música rarita, y conozco la letra perfectamente. Está claro que Alec está sacando la artillería pesada, y eso solo puede significar, que está a punto de explotar. Cuando lo haga, en ese instante, aparecerá el Alec de verdad, el Lobo. Demostrándome una vez más, que le es imposible cambiar y dejar atrás su oscuridad interior.

I Know it's never been perfect (Sé que nunca fue perfecto)

I remember the time you said it was worth it (Recuerdo el tiempo en el que decías que valía la pena)

Just like this run down apartment (Al igual que este apartamento descuidado)

It's not what it seems, it can be what we make it (No es lo que parece, puede ser lo que queramos hacer)

I want you (Te deseo)

To say what you need to say (Para decir lo que necesitas decir)

Don't just walk away (No te vayas)

Say what you need to say (Di lo que tengas que decir)

Don't just turn away from me (No te alejes de mí)

Cause our picture in the frame (Porque nuestra imagen en el cuadro)

Is slowly starting to fade away (Lentamente empieza a desvanecerse)

I don't want to lose you (No quiero perderte)

So say what you need to say (Así que di lo que tengas que decir)

You're always making it so hard (Siempre lo haces tan difícil)

The story's getting old (La historia se está haciendo vieja)

It's tearing us apart (Nos está destrozando)

I want you close but you're so far (Te quiero cerca, pero estás tan lejos)

What the hell i've got to do to get you to talk (¿Qué demonios tengo que hacer para que hables?)

I need you (Te necesito)

To say what you need to say (Para decir lo que necesitas decir)

Don't just walk away (No te vayas)

Say what you need to say (Di lo que tengas que decir)

Don't just turn away from me (No te alejes de mí)
Cause our picture in the frame (Porque nuestra imagen en el cuadro)
Is slowly starting to fade away (Lentamente empieza a desvanecerse)
I don't want to lose you (No quiero perderte)

Hold on, hold on (Aguanta, aguanta)
You're slipping away (Te estás escapando)
Hold on, hold on (Aguanta, aguanta)
You're fading away (Te estás desvaneciendo)
Hold on, hold on (Aguanta, aguanta)
Don't walk away (No te vayas)

Say what you need to say (Di lo que tengas que decir)
Don't just walk away (No te vayas)
Say what you need to say (Di lo que tengas que decir)
Don't just turn away from me (No te alejes de mí)
Cause our picture in the frame (Porque nuestra imagen en el cuadro)
Is slowly starting to fade away (Lentamente empieza a desvanecerse)
I don't want to lose you (No quiero perderte)
I don't want to lose you (No quiero perderte)
So say what you need to say (Así que di lo que tengas que decir)

I know it's never been perfect (Sé que nunca fue perfecto)

Cuando termina, todo el mundo se queda en silencio. Tiene una voz increíble, y ha cantado con tanto sentimiento... Sus ojos no se han apartado de los míos en ningún momento, ha dejado claro que me cantaba a mí, solo a mí. Unos tímidos aplausos comienzan a escucharse por parte de su familia, y poco a poco, la gente se une a ellos, irrumpiendo en gritos y silbidos que son acompañados por más aplausos y alabanzas. Alec se incorpora sonriendo levemente, le devuelve la guitarra a su dueño y me mira mordiéndose el labio inferior. Sea lo que sea lo que buscaba en mi mirada, no lo encuentra, ya que frunce el ceño y baja del escenario de un salto y empieza a caminar hacia mí a largas zancadas.

—¿Jo, qué pasa? —pregunta en un susurro cuando está frente a mí. Intenta sujetar mi mano, pero yo me aparto negando con la cabeza.

Miro a mi alrededor y compruebo que todo el mundo nos está mirando. Esperan un espectáculo digno del mismísimo Lobo y de la imbécil que

siempre termina cayendo en sus artimañas rastreras, pero esta vez se van a quedar con las ganas.

—No pasa nada —contesto sacándome una pelusa inexistente de mi vestido—. Bonito show. Deberías presentarte a un concurso de talentos, quizás termines haciéndote famoso y finalmente me dejes en paz.

—Vale, algo te pasa, ¿Qué es? —insiste frunciendo aún más el entrecejo.

—Ya te he dicho que no me pasa nada —siseo.

—Johanna, no voy a volver a repetirlo. Ya me estoy cansando de este juegucito. ¡Habla conmigo de una puta vez!

—¡Deja de gritar! —chillo—. ¡No quiero, no me apetece, y no me sale de las mismísimas narices, hablar contigo!

Escucho como un gruñido sale de lo más profundo de su garganta, y cuando me doy cuenta, estoy boca abajo colgando de su hombro y está caminando hacia el interior de la casa cargando conmigo como si fuese un saco de patatas.

—Tú lo has querido así —farfulla de malos modos entrando en una habitación que parece ser un despacho. No lo sé a ciencia cierta porque estoy boca abajo como un puñetero murciélago.

—¡Alec, suéltame! ¡Maldita sea, déjame en el suelo! —Intento patalear, pero lo único que logro es ganarme una fuerte palmada en el trasero— ¡Maldito hijo de perra! ¡Vas a pagar por esto! ¡¿Cómo te atreves?!

Me deja sobre mis pies y lo primero que se me ocurre es darle un fuerte empujón. Estoy furiosa. ¡¿Cómo se atreve a cantarme a mí delante de casi todo el pueblo?! ¡Con su amante presente! No tiene vergüenza, ni educación, ni principios. Es un maldito animal salvaje. Un perro, eso es lo que es, un puto perro callejero.

—Johanna, tranquilízate —dice agarrándome por los hombros para impedir que siga empujándole.

—¡Y una mierda! ¡Me tranquilizo si me da la gana! ¡¿Quién coño te crees que eres para darme ordenes?! ¡Un perro! Eso es lo que eres, un puto perro salvaje, sin educación ni respeto por nada.

Respira profundamente y pone los ojos en blanco.

—Cuando termines la rabieta, avísame. Entonces, a ver si podemos hablar como dos personas civilizadas.

—¡¿Civilizado tú?! ¡Ja! Déjame reír. Tú eres incapaz de comportarte como alguien medianamente normal. Eres una alimaña, un p...

—Un perro, lo sé. Te estás repitiendo —Su tono burlón, conduce mi

cabreo a un nivel superior. Agarro lo primero que encuentro sobre la mesa, que resulta ser un pisapapeles, y se lo lanzo con todas mis fuerzas. Alec se desvía de la trayectoria del objeto, que termina volando por toda la habitación y aterriza en el suelo con un ruido seco—. Has fallado —dice sonriendo de medio lado.

—No pretendía darte, solo quería lanzarlo para comprobar si estás bien educado. ¡Vamos, busca! Sé un perro bueno y tráemelo de vuelta. Si lo haces, puede que te rasque las orejas.

—¡Johanna! —sisea entre diente apretando los puños—. ¡Estás acabando con mi jodida paciencia!

—¿Qué?! ¿Qué vas a hacer?! ¿Vas a gritarme, a usarme, a engañarme?! ¡Hazlo, joder! No sería la primera vez.

—¡Sí! ¡Te engañe, te traicioné, y te usé para hacerle daño a tu padre! ¿Es eso lo que quieres escuchar?! ¿Quieres que te diga que disfruté haciéndolo?! ¡No puedo! ¡Joder, no puedo! —Resopla y se pasa la mano por el pelo. Estamos completamente pegados el uno al otro y gritándonos a la cara como dos perros a punto de enzarzarse en una batalla de mordiscos—. Me arrepentí nada más hacerlo, pequeña. Te juro que desee no haber cambiado esos frascos en el mismo instante en el que se los di a Chris, pero ya era demasiado tarde. Sabía que si te enterabas de lo que había hecho, nunca me lo perdonarías.

—¡Me importa una puta mierda que lo sientas, Alec! ¡Me da absolutamente igual que te sientas culpable o que desearas no haberlo hecho! ¡Lo hiciste! Y ahora tienes las santas pelotas de cantar esa ridícula canción frente a todo el mundo y exponerme a los cuchicheos de la gente. ¡Te recuerdo que has venido a la boda con tu jodida fulana!

—¡No la llames así! ¡Ella fue la única persona que estuvo a mi lado cuando tú y todos me disteis la espalda! ¡Estuvo ahí cuando toqué fondo al pensar que tú estabas con otro hombre! ¡Porque eso fue lo que me hiciste pensar, y lo hiciste deliberadamente! Tú no eres ninguna santa, Johanna Callaghan. ¡Me apartaste de mi hijo, quieres llevártelo a Nueva York y separarlo de mí!

—¡Por supuesto que voy a apartarlo de ti! ¡No voy a permitir que mi hijo sea otro Wolfheart como tú y cómo tu padre! —Las palabras aún no han salido de mi boca cuando ya estoy arrepintiéndome de decirlas, pero ya es demasiado tarde. Alec da un paso hacia atrás como si acabara de abofetearlo y abre los ojos sorprendido.

—Eso ha sido un golpe bajo —murmura mirándome fijamente a los ojos

—. Sabes lo mal que lo he pasado por todo el tema de mi padre. Conoces mi temor a convertirme en alguien como él, y lo usas en mi contra. Nunca creí que llegarás a hacer algo así.

—Ya ves, soy tan mala como acabas de pintarme. Pero tranquilo, tienes a tu “pajarita” para consolarte —digo en tono burlón—. Estoy segura que ella estará ahí para ti, igual que lo estuvo en el pasado.

Bufa como un toro embravecido y empieza a andar en círculos por la habitación.

—Johanna, no voy a volver a repetirlo, Holly y yo solo somos amigos. A-M-I-G-O-S, ¡nada más, joder!

—Alec, no voy a volver a repetirlo, ¡me importa una P-U-T-A mierda!

—¡Ya vale! —Su grito me hace dar un respingo y tras dar dos zancadas, lo tengo de nuevo pegado a mí—. Deja de decir que no te importa. ¡Claro que te importa! Te importa porque por mucho que lo niegues, incluso a ti misma, sigues enamorada de mí —Agarra mi cara con ambas manos y pega su frente a la mía—. Me amas, tanto como yo a ti. ¡Deja de negarlo de una maldita vez!

—Alec, suéltame —murmuro poniendo mis manos sobre su pecho para empujarlo, pero no consigo moverlo ni un centímetro.

—Yo no quería esto —susurra negando con la cabeza—. Pretendía hacer las cosas bien por una vez, pero no me estás dejando otra alternativa.

—¿De qué coño hablas? ¿Qué es lo que quieres hacer de otra m...? —No puedo terminar la frase porque su boca pegada a la mía, me lo impide. Sus labios se mueven sobre los míos, y su lengua busca un resquicio, una grieta por la que colarse al interior de mi boca. Me resisto, juro que lo hago. Intento apartar la cabeza, pero sus manos me agarran fuertemente impidiéndome cualquier tipo de movimiento y su cuerpo se pega al mío arrinconándome contra la pared.

—Alec, no —pido cuando su boca viaja hacia mi cuello al ver que no consigue abrirse paso entre mis labios.

Alec se detiene y sus manos se aferran a mi cintura, besa mi cuello y me abraza con fuerza.

—No nos hagas esto, pequeña —susurra contra la piel bajo mi oreja—. Perdóname. Sé que la he cagado, pero...

No le dejo terminar de hablar, le doy un empujón tomándole por sorpresa y consigo sacármelo de encima.

—¡Johanna! —le escucho llamarme a gritos, pero no me detengo, salgo del despacho con pasos apresurados y me maldigo a mí misma por haber estado a

punto de caer de nuevo en las fauces del Lobo. ¿Cómo puedo ser tan imbécil? Por un momento, mientras sus labios estaban sobre los míos, desee dejarme llevar y corresponder a su beso. ¡Idiota, eso es lo que soy!

Obviamente, no llego lejos en mi huida, nada más entrar en el salón, escucho sus pasos a mi espalda y una mano se cierra alrededor de mi muñeca impidiéndome seguir mi camino.

—¡Suéltame! —grito dándole un tirón a mi brazo, pero me tiene bien sujeta, no consigo zafarme de su agarre—. Alec, te lo advierto, como no me dejes... —Lo hace de nuevo, una vez más interrumpe mis gritos con un beso.

Grito, pataleo, y hasta intento golpearle con los puños, pero sus manos se cierran sobre las mías y me empuja contra la pared sin separar su boca de la mía, levanta mis manos reteniéndolas sobre mi cabeza y sigue besándome sin ningún miramiento. No está siendo cariñoso, ni atento. Este beso no se trata de un beso romántico, es algo mucho más salvaje y animal. Un beso desesperado, rudo, e incluso agresivo. Lo peor de todo... me está gustando. Intento con todas mis fuerzas resistirme, pero mi voluntad se ve quebrantada por los deseos más oscuros y carnales que Alec despierta en mi cuerpo.

No sé cuándo he dejado de resistirme y presentar batalla, solo soy consciente de su lengua arrasando mi boca, del ruido de nuestros cuerpos frotándose el uno contra el otro, y de cómo Alec me eleva para que pueda rodear su cintura con mis piernas. Sin siquiera darme cuenta, estoy desabrochándole el cinturón y arrastrando su chaqueta hacia abajo por sus hombros, Alec abandona mi boca y desciende mordisqueando mi barbilla hasta llegar a mi cuello mientras yo muerdo su hombro dejándome llevar por la más pura y libidinosa lujuria. Le deseo, aquí y ahora, me da igual todo lo demás, necesito sentirle, saborearle, besarle hasta que mis labios me duelan.

Agarro un puñado de su pelo y tiro de su cabeza hacia arriba buscando su boca y besándole apasionadamente. Esto es lo que quiero, lo que necesito. Joder, ¿Cómo he podido pasar tanto tiempo sin sus besos, sin sus caricias? ¿Cómo pude llegar a pensar que algún día podría olvidarle? Nunca lo haré. Estoy segura al cien por ciento que voy a pasarme el resto de mi vida amando a este hombre.

—Te amo tanto, pequeña —susurra Alec apartando un segundo sus labios de los míos.

Un carraspeo llama mi atención. Tengo los ojos cerrados, Alec me tiene arrinconada contra la pared del salón y... Espera... ¿El salón? ¿Un carraspeo? ¡¿Quién demonios ha carraspeado?! Abro los ojos de par en par y me

encuentro con Norah, Nadia, Jay, Patrick, Carter, Cam, Chris, y con... Joder, con mi padre. Todos nos miran entre sorprendidos y escandalizados.

—Alec, suéltame —susurro apartándole de mí.

—Johanna, no hagas esto —dice él volviendo a mordisquear mi cuello.

—¡Alec! —Forcejeo para sacármelo de encima, pero sus manos siguen apretándome contra sí y sus caderas se mueven de manera obscena rozándose contra la unión de mis muslos.

—Hermanito, deberías hacerle caso a Jo —señala Carter sonriendo de manera burlona.

Al escuchar la voz de su hermano, Alec se detiene de golpe y mira hacia atrás sorprendido. Aprovecho ese momento de confusión por su parte, para apartarle de mí y bajarme de un salto de sus caderas.

—¡¿Qué demonios?! —La cara de Alec al ver a mi padre mirándole de mala leche, es digna de fotografiar. Es más, sería incluso algo cómico si mi padre y Alec no se hubiesen odiado durante años.

—Por lo que veo, lo estáis pasando bien —murmura Chris aguantándose la risa.

Alec frunce el ceño, pero al ver a dónde se dirige la mirada de mi amigo, que no es otro lugar que, su abultada entrepierna, pierde todo el color de la cara y me agarra por los brazos poniéndome frente a él para esconder su prominente erección.

—Esto... esto es algo embarazoso —murmuro.

—Eso es quedarse muy corto —añade Cam sonriendo abiertamente.

Intento apartarme de Alec para coger en brazos a Johnny que reclama mi atención desde los brazos de su tío Jay, pero Alec me sujeta en mi lugar poniendo un brazo alrededor de mi cintura y pegándose a mi espalda.

—Ni se te ocurra moverte —susurra en mi oído.

Pongo los ojos en blanco y en ese momento veo como Holly Carrington entra en el salón y nos mira a todos confundida.

—Eh... ¿Qué está pasando aquí? —pregunta mirando directamente a Alec.

—No pasa nada, pajarita —contesta el susodicho desde su escondite a mi espalda.

Pajarita, otra vez ese apelativo cariñoso. ¡¿Cómo tiene tanta cara para llamarla así frente a mí?! Después de lo que casi acabamos de hacer... ¡Idiota! ¡Soy una jodida imbécil! Al final he caído de nuevo en sus juegucitos.

La forma en la que mi cuerpo se envara, debe darle a Alec una idea de mi estado de ánimo, porque la fuerza con la que su brazo sujeta mi cintura se

incrementa y apoya su mentón un mi hombro.

—Deja de pensar tonterías, pequeña. Ya te he dicho que no hay nada entre nosotros. Solo somos amigos —Una oleada de furia atraviesa mi cuerpo al escucharle decir eso. ¿De verdad piensa que soy tan estúpida como para creer de nuevo en sus mentiras?—. Jo, cariño, por favor. No hagas esto —insiste.

Aparto sus manos de mi cintura y me ajusto bien el vestido antes de caminar hacia Jason y coger a mi niño en brazos.

—Oye, Johanna —dice Holly acercándose a mí—, no creas que Alec y yo... —La mirada fulminante que le envío, provoca que cierre la boca al instante.

Sujeto bien a mi hijo y agarro la bolsa que tiene Nad al hombro y que contiene una muda de ropa, pañales y comida para Johnny y salgo del salón en dirección a una de las habitaciones de la enorme casa de Rob. Necesito tranquilizarme y pensar fríamente en todos los sucesos del día antes de enfrentarme a nada más. Un momento, eso es lo único que necesito, un momento a solas para auto flagelarme a gusto.

Después de alimentar a mi pequeño y cambiarle el pañal, me quedo “escondida” en la habitación un rato más. La verdad es que esperaba que Alec viniera a buscarme. No digo que sea eso lo que quiero, pero le conozco, y ese es su modus operandi. Aún no me puedo creer que haya podido ser tan débil y tan idiota cómo para volver a caer en sus juegucitos. Lo está haciendo de nuevo. Dice que no va a jugar sucio, pero eso es precisamente lo que está haciendo, una prueba de ello es el espectáculo musical que se montó frente a casi toda la población de Black Mountain, y después de eso, su ataque y derribo al sacarme sobre su hombro de mitad de la celebración y besarme a la fuerza en dos ocasiones.

Escucho cómo tocan a la puerta, y me pongo en guardia. Sabía que no tardaría en aparecer. La puerta se abre y me sorprende bastante al ver a Holly Carrington entrar en la habitación.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —pregunto alzando una ceja de manera interrogante.

—Ya que no quieres hablar con Alec, he pensado que quizás yo podría hacerte entrar en razón —responde alzando la barbilla en un gesto que se me hace muy familiar. Yo tengo esa misma costumbre.

—Si vienes a marcar tu territorio, no es necesario que malgastes saliva. Te lo regalo. Alec es todo tuyo.

—Johanna, entre Alec y yo no hay nada, pero eso tú ya lo sabes ¿verdad?

—Sonríe de medio lado y se acerca a Johnny que está sentado sobre la alfombra jugando con un peluche que le regaló su abuela, acaricia su pelo negro cariñosamente y me mira—. Te viene de maravilla la excusa de que Alec y yo podamos ser algo más que amigos, esa es una buena razón para mantenerlo alejado de ti.

—No sé de qué me hablas.

—Por supuesto que lo sabes. Eres totalmente consciente de los sentimientos de Alec hacia ti, pero es más fácil acusarle y verle como un capullo, que admitir que sigues amándolo. ¿Estoy en lo cierto?

—¿A ti qué demonios te importa lo que yo admita o no?!

—¡Me importa porque quiero a ese maldito cabezón del que estás enamorada! —Clavo mis ojos en los suyos apretando la mandíbula y ella alza las manos en son de paz. ¿Acaba de confesar que le quiere? —. Johanna, una vez más estás mal interpretándolo todo. He dicho que le quiero, pero solo como un amigo, quizás hasta un hermano. Deja ya de darle vueltas. Entre Alec y yo, no existe ninguna relación que vaya más allá de una amistad.

—¿Quién eres tú para decirme a qué puedo darles vueltas y a qué no? — insisto sin salir de mis trece.

Holly bufa y alza de nuevo la barbilla.

—Me has llamado fulana, cualquiera, ramera... Creo que tengo todo el derecho del mundo de decirte que dejes de una vez de pensar gilipolleces y te hagas cargo de tus propios sentimientos. ¿No quieres volver con él? Bien, no lo hagas. Pero deja de usarme a mí como excusa.

Hago una mueca y desvío la mirada hacia mis pies. Tiene razón. Siempre he sabido que Alec y ella no estaban juntos, pero me negaba a admitírmelo a mí misma. Era más fácil rechazarle teniendo esa excusa.

—Lo siento —susurro—. Yo no soy así, pero... Estoy algo desquiciada últimamente. Discúlpame si te he ofendido.

—No pasa nada. Cuando el demonio de ojos verdes aparece, la razón se va —se agacha frente a Johnny y me mira sonriendo—. ¿Puedo cogerlo? — pregunta. Asiento y ella alza a mi pequeño en sus brazos—. Este niño es una preciosidad. De pequeñas, mi hermana y yo siempre jugábamos a fantasear como serían nuestros hijos cuando los tuviésemos. Este niño es digno de esas fantasías.

—¿Tu hermana Julia? —pregunto.

—Sí, ¿La conoces?

—Sí, bueno, casi lo mismo que a ti. Os recuerdo de cuando éramos niñas.

Juls es algo mayor que nosotras dos.

—Sí, es de la edad de Alec y Chris.

—¿Dónde está? ¿Va a mudarse aquí a Black Mountain?

—No lo creo. Ahora mismo está en algún lugar de África, es médico de ayuda humanitaria. Se pasa la vida de país en país, a cada cual más peligroso, entre trifulcas y guerrillas —Sacude la cabeza como dando a su hermana por imposible, pero en su tono de voz, puedo distinguir el gran orgullo que siente hacia ella.

—¿Por qué “pajarita”? —pregunto sin pensar—. ¿Por qué Alec te llama así?

Holly sonríe y niega con la cabeza.

—Eso es culpa de mi hermana, ella me puso ese apodo y a Alec le gustó. Nuestro tótem familiar es el águila.

—¿Tótem? Oh... Cierto. Tu madre era nativa.

—Sí, Sioux, de Canadá. A pesar de que mi padre era descendiente de ingleses, ella se esforzó para que no olvidáramos nuestros orígenes indios —con la mano con la que no está sujetando al niño, se baja la cremallera lateral de su vestido dejando a la vista un pequeño tatuaje de un águila negra con las alas extendidas en su bajo vientre, cerca de la cadera—. Juls y yo nos hicimos el mismo tatuaje cuando yo cumplí los veintiuno. Es una forma de recordar de dónde venimos.

—Ahora entiendo por qué Alec y tú os lleváis tan bien —murmuro.

Holly suspira y se sienta a mi lado en el sofá dejando a Johnny sobre sus piernas.

—Está loco por ti, Jo. Ese hombre te ama más que a cualquier cosa en el mundo. Quizás su forma de amar, sea un poquito... peculiar —Alzo una ceja en su dirección y ella suelta una carcajada—, pero tienes que admitir que se esfuerza. Casi podría meter las manos en el fuego por él, no va a arriesgarse a cagarla de nuevo y perderte para siempre.

—No lo hagas. No metas las manos en el fuego, yo lo hice y me quemé. Ya puestas, no las metas por ningún hombre, son una especie rara que, aunque a simple vista parezcan unos angelitos, acaban siendo unos demonios.

—Sí, lo sé —susurra en tono abatido echándole un vistazo a su teléfono móvil.

Veo cómo frunce el ceño leyendo lo que parece ser un mensaje, y poco a poco va perdiendo todo el color del rostro.

—Holly, ¿estás bien? —inquiero poniendo una mano sobre su pierna.

Me mira y asiente, pero sigue con la cara completamente desencajada, como si acabara de recibir la peor de las noticias.

—Sí, estoy bien —Carraspea y me tiende a Johnny—. Tengo que irme, me ha surgido un problema.

—¿Es serio? ¿Estás bien? No tienes buena cara.

—Sí... eh... no. Tengo que irme —Se levanta a toda prisa y sale casi corriendo hacia la puerta, pero antes de irse se gira hacia mí y puedo ver las lágrimas agolpadas bajo sus parpados—. Os merecéis ser felices, Jo. Sé que estás herida, pero le perdonarás, sé que lo harás. Vuestro final feliz no tardará en llegar —Se marcha cerrando la puerta a su espalda y me deja dándole vueltas a la cabeza durante un buen rato. ¿Qué le ha pasado? ¿Por qué se ha puesto así?

Lo he perdido todo

Alec

Llevo más de una hora buscando a Jo, y a Holly también. Intento ignorar las bromitas de mi hermano con relación a lo que han visto en el salón hace un rato. Estaba tan concentrado en besarla, en acariciarla, en empapararme de ella... Que ni siquiera me di cuenta de que estábamos siendo observados.

—Hermano, ahí tienes a Jo. Corre a llevártela a una habitación, antes de acabar montando otro espectáculo porno —bromea partiéndose de risa.

Miro hacia dónde me indica, y veo a Jo sentada frente a una de las mesas que están dispuestas en el jardín. Tiene a Johnny en brazos y parece estar hablando con él mientras el pequeño ríe. Mi madre, Nad, Jason y Patrick están con ellos y sonríen mirando a mi hijo.

—Lo mismo te digo, hermano —contesto sin mirarle—. Tienes a tu novio desatendido, antes he visto como uno de los integrantes de la banda le miraba con ojos golosos.

Miro hacia él y su cara de espanto me arranca una carcajada. Le he dejado completamente descolocado con mi respuesta.

—Eh...

—Es broma, pero ha valido la pena por ver la cara que has puesto —afirmo sin poder parar de reír.

—Muy gracioso —Sonríe levemente y sus mejillas se tiñen de un rojo escarlata.

Caminamos a la par hacia dónde están Jo y el resto, y al llegar escucho como Johanna está diciendo una y otra vez la palabra “mamá” para que Johnny la repita.

—Ma-má —insiste—. Vamos cariño, es muy fácil. Ma-má.

El niño junta sus labios como si realmente estuviese a punto de pronunciar una “M” y todos nos quedamos quietos y a la expectativa de lo que pueda pasar.

—Mmmm... Mmmm... —de pronto, Johnny alza la mirada, y al verme, una gran sonrisa se dibuja en su rostro, extiende sus bracitos hacia mí y de su boca sale la palabra más bonita que nunca nadie me ha dicho—. Pa-pá.

Se me corta la respiración, creo que mi corazón se ha detenido durante varios segundos, pero la sensación que tengo en el pecho... eso es lo mejor, más puro y bonito que he sentido nunca. Todos están tan alucinados como yo, especialmente Johanna que nos mira a Johnny y a mí de hito en hito.

—¿Qué has dicho, cielo? —pregunta Jo.

—Pa-pá —repite mi pequeño sin perder su sonrisa y extendiendo aún más fuerte los brazos hacia mí.

—¡Serás traidor...! —exclama su madre con una falsa indignación—. ¡¿Cómo es posible?! Te llevo en mi vientre durante nueve meses, me paso sin dormir los siguientes, te alimento, te baño, te visto, lo hago todo por ti, y ¿tú le prefieres a él? —El niño sonríe de oreja a oreja y me mira sin bajar sus brazos—. Está bien, vete con él, pero que sepas que me siento realmente ofendida —Se gira hacia mí y me tiende a mi hijo y lo abrazo contra mi pecho. Él enseguida busca el colgante bajo el cuello de mi camisa y se entretiene jugando.

Todos me miran sonriendo, especialmente mi madre a la que incluso se le escapa una lágrima por la comisura del ojo. Estoy a punto de abrir la boca para decirle a Jo que necesito hablar con ella, otra vez, cuando suena mi teléfono. Lo cojo y me lo llevo a la oreja haciendo malabarismos para no tener que soltar a Johnny.

—Lobo, soy Aaron —dice mi trabajador nada más descuelgo la llamada.

—Hola, Aaron. ¿Qué pasa? ¿Por qué me llamas?

—Es que... Estoy en el rancho Carrington y...

—¿Ha pasado algo? Holly ha venido conmigo a la boda —Miro a mi alrededor buscándola con la mirada, pero no la encuentro.

—Se fue hace más de una hora —dice Jo que estaba pendiente de mi conversación.

—¿Por qué se fue? Y sin avisar...

—Recibió un mensaje y dijo que le había surgido un problema y tenía que irse —contesta encogiéndose de hombros.

—¿Qué le hiciste, Johanna? ¿La insultaste de nuevo?

—¿Qué? ¡No! No hice nada. Estábamos charlando, y leyó ese mensaje, entonces se puso muy rara y salió corriendo.

—¿Cómo que rara?

—Pues yo que sé, Alec. Rara, como nerviosa.

—Aaron, ¿Holly está ahí en el rancho? —pregunto volviendo a la llamada.

—Sí, llegó hace un rato, por eso te llamo. Está muy rara.

—Define rara —ordeno tras resoplar.

—Está bebiendo, mucho y le ha gritado a varios trabajadores. Ahora mismo está encerrada en la casa y he escuchado el sonido de cristales al romperse.

—Eso no es propio de Holly —murmuro sintiendo como una presión se instala en mi pecho—. Voy para allá.

Cuelgo el teléfono sin esperar su respuesta y le tiendo el niño a mi madre.

—¿Qué pasa, hijo? —pregunta.

—No lo sé. Holly está actuando de forma extraña. Voy a acercarme al rancho Carrington a ver qué pasa.

—Voy contigo —dice Jo levantándose.

La miro extrañado y frunzo el ceño.

—¿Por qué? ¿Estás segura de que no le dijiste nada ofensivo?

—Wolfheart, no sé qué concepto tienes de mí, yo no voy por ahí insultando a la gente —replica de malos modos.

—No sería la primera vez que le dices algo...

—¡No le he dicho nada! Al contrario. Estuvimos hablando un rato. Solo quiero saber si se encuentra bien —Asiento sin estar convencido del todo y agarro su mano, pero ella se suelta de un tirón y mira a Nad—. ¿Puedes quedarte con Johnny? —le pregunta.

—Claro. Marchaos tranquilos, yo me encargo del pequeño.

Jo le da un beso a nuestro hijo y nos marchamos rápidamente hacia el rancho Carrington. No puedo sacarme esta sensación del pecho, este augurio de que algo va realmente mal con Holly. Su actitud de estos últimos días, al estar encerrada en casa sin salir... Algo no marcha bien.

Aparco frente a la casa de Holly y veo cerca de la puerta a Aaron, que nada más vernos se acerca corriendo a nosotros. Salimos a su encuentro y me doy cuenta que tiene la cara totalmente desencajada.

—¿Qué está pasando, Aaron?! —grito.

—No lo sé, Lobo. He intentado entrar en la casa, pero la puerta está cerrada con llave. No sé qué está pasando, pero... —Aaron es interrumpido por un fuerte ruido que viene del interior de la casa.

—¿Eso ha sido un disparo? —pregunta Jo mirándome con los ojos abiertos como platos.

Empiezo a correr hacia la puerta principal sintiendo como mi corazón martillea con fuerza en el interior de mi pecho. No quiero contestar a la pregunta de Jo. ¿Un disparo? ¡¿Qué demonios está pasando?! Le doy una patada a la puerta y esta se abre llevándose con ella parte del marco de sujeción. No pierdo el tiempo y subo al piso superior gritando el nombre de Holly a pleno pulmón. Escucho los pasos de Jo y Aaron pisándome los talones, pero no me detengo, ni siquiera la puerta de su habitación es una barrera para mí, ya que tras otra de mis patadas, sale disparada hacia el interior.

—¿Holly? —la llamo de nuevo al entrar en la habitación. Mi respiración se ha vuelto irregular y un nudo de nervios me oprime la garganta—. Pajarita, ¿estás aquí?

Un grito proveniente de Johanna me hace girar la cabeza, miro hacia dónde ella lo está haciendo y me llevo la mano a la cabeza. Holly está tirada en el suelo sobre un charco de sangre, tiene parte de la sien derecha desfigurada, y hay un revolver junto a su mano.

—No, no, no, no —susurro caminando hacia ella.

Me arrodillo a su lado y toco su cuello intentando buscar el latido de su corazón, pero no hay nada. Está muerta. Mientras la abrazo notando como las lágrimas caen por mis mejillas, no puedo evitar recordar el día que encontré a mi padre en esta misma situación. Este es mi sino, ver morir a todos mis seres queridos sin poder hacer nada para evitarlo.

—Se ha suicidado —susurra Jo tras un largo rato en el que el único sonido que ha reinado en la estancia, han sido mis sollozos.

La miro y ella me tiende una hoja de papel arrugado. Deposito un beso en la frente manchada de sangre de mi amiga y agarro el papel con manos temblorosas.

Hola Alec:

Siento hacerte pasar por esto, pero no tengo otra alternativa. No veo salida al problema en el que me he metido yo solita. Tú me advertiste, dijiste que Nathan solo se estaba aprovechando de mí, pero en ese momento estaba demasiado ciega para verlo. Él me mintió y yo caí en su trampa como una imbécil.

Perdóname, por favor. No quería hacerlo, pero no es fácil decirle que no a la persona que amas. Me dijo que me devolvería todo el dinero en plazo de unos días, cuando un negocio que tiene entre manos le diera los beneficios.

Yo le creí, pero todo era una patraña. Cuando dejó de cogerme el teléfono hace unos días, supe que algo iba mal, pero tenía la esperanza de que solo fuesen paranoias mías. No lo eran, me ha enviado un mensaje diciéndome que no va a devolverme el dinero y dejándome. Nunca me quiso, Alec. Solo le interesaba el dinero que yo le daba, y ahora... ahora lo he perdido todo, el dinero de la hipoteca del rancho, y tu parte de la inversión también.

Perdóname, te lo suplico. No sé cómo fui capaz de robarte de esa manera. No hay nada que lo justifique, ni siquiera mi estupidez. Si he llegado a este extremo, es porque no encuentro otra manera de enfrentarme a este problema. Te he mentado, a ti, a la persona que me ayudó y apostó por mí cuando más lo necesité, y he perdido también la herencia de mis padres, todo por lo que ellos lucharon, la herencia de mi hermana. Dios, mi hermana, mi querida Julia, si llegas a leer esta carta, te suplico que me perdones por comportarme de esta forma tan cobarde. Sé que tú nunca harías algo así, pero yo no soy tan fuerte como tú. No sabes lo que es amar a alguien con tanta intensidad, que sientes que tu vida no tiene ningún sentido sin él, y peor aún es saber a ciencia cierta que esa persona nunca te ama, solo fingió hacerlo para conseguir sus objetivos.

Jules, Alec, los dos habéis sido unos hermanos maravillosos, no lloréis mi muerte. Yo siempre estaré cuidándoos desde dónde me encuentre. No tengo miedo, solo me apena no poder ver cómo vuestros hijos crecen y se convierten en personas fuertes y valientes como lo sois vosotros. Alec, no te rindas. No dejes escapar a la mujer que amas. Ella será la que acabe destruyendo al lobo negro para siempre. Y Jules, no hagas ninguna locura. Sé que te vas a cabrear, pero no te dejes llevar por la ira. Espero que algún día puedas encontrar a esa persona especial con la que compartir tu vida como fantaseábamos cuando éramos unas niñas.

Siempre vuestra

Pajarita

Cuando terminé de leer la carta, soy incapaz de ver nada, mis ojos están desbordados de lágrimas que ruedan por mi cara en forma de cascada.

—¿Qué coño has hecho, maldita loca? —Me vuelvo a arrodillar frente a ella y acaricio su mejilla blanca como la cal.

No sé cuánto tiempo paso a su lado, sentado en el suelo, sujetando su mano y llorando como un chiquillo. Sé que Johanna ha estado hablando por teléfono,

pero nadie ha entrado en la habitación desde que llegamos. Está muerta, mi pajarita está muerta. Esas palabras se repiten una y otra vez en mi cabeza.

—Alec —La voz de Johanna y su mano en mi hombro me sacan de mi estado de letargo—. La ambulancia está a punto de llegar.

—¿Para qué? No pueden hacer nada, ya está muerta.

—Vienen a certificar su fallecimiento, ellos se encargarán de llamar al forense —pasa una mano por mi cabeza acariciando mi pelo y con la otra sujeta mi mano con fuerza—. Lo siento muchísimo, cariño —susurra reteniendo las lágrimas.

—Está muerta, pequeña. Mi pajarita a muerto y yo no he podido hacer nada para evitarlo —Hundo mi cara en el hueco de su cuello y sollozo como un niño. Jo me abraza y me consuela acariciando el pelo de mi nuca y susurrándome al oído que todo va a estar bien.



Esto es una puta mierda. No quiero estar en este lugar. Siempre he odiado los cementerios. La gente solo viene aquí a llorar y a lamentarse por la muerte de sus familiares. Es deprimente.

—Ya casi ha terminado —susurra Jo apretando mi mano.

Le sonrío levemente y miro hacia delante dando gracias al cielo por tenerla a mi lado. No sé qué hubiera hecho sin ella estos últimos dos días. No me ha dejado solo en ningún momento, incluso anoche se quedó a dormir en mi casa. Obviamente, nuestra relación no ha avanzado del modo que a mí me hubiese gustado, pero no puedo pedirle más. Se ha comportado como la buena amiga que siempre ha sido para mí.

Veo cómo bajan el ataúd de Holly y no puedo evitar mirar a mi alrededor mientras intento retener las lágrimas. Creí que ya las había agotado, pero no, aquí están haciendo acto de presencia. Toda la gente que está asistiendo al entierro, apenas la conocían, y eso es algo que me fastidia mucho. Nadie aquí sabe lo buena persona que era Holly, ni el gran corazón que tenía. Aparte de mí, solo Juls la conocía de esa forma. Juls... he intentado ponerme en contacto con ella hasta el cansancio, pero no lo he logrado. La zona en la que está, se encuentra totalmente incomunicada, y nadie ha sabido proporcionarme su paradero exacto. Aún no sé cómo le voy a decir que su hermana pequeña ha muerto. Lo que yo decía, ¡esto es una puta mierda!

Cuando ya han echado el último grano de tierra sobre su ataúd, la gente empieza a disiparse y veo como una chica morena se acerca a toda prisa hacia nosotros. Entrecierro los ojos y la repaso con la mirada, morena, no muy alta, delgada, sus rasgos faciales son sin duda de una descendiente nativo-americana, y sus ojos... Esos ojos color ámbar, disipan cualquier duda que pueda tener. Es Juls, la hermana de Holly.

—Alec, dime que es mentira —dice con la voz rota por el llanto—. Dime que mi hermana... mi pajarita no puede estar muerta.

—Lo siento mucho, Juls. Yo... —Señalo hacia su tumba sin poder seguir hablando, y veo cómo Julia se acerca lentamente y acaricia el nombre de su hermana que está grabado en la lápida que acaban de colocar sobre su tumba.

Los gritos y llantos que salen de Juls, son desgarradores. La entiendo, yo también pasé por algo así cuando murió mi padre, y sé lo mucho que duele perder a una de las personas que más quieres en el mundo. Aprieto la mano de Jo y ella apoya la cabeza en mi brazo derramando un par de lágrimas silenciosas. Estiro mi brazo rodeando sus hombros y la atraigo hacia mí.

—Ni siquiera puedo llegar a entender lo mucho que está sufriendo esa chica —susurra mirando a Julia.

Nos quedamos así, los dos abrazados viendo como Juls llora la muerte de su hermana pequeña. Cuando ya han pasado lo que parecen ser horas, se levanta y se limpia las lágrimas de un manotazo caminando hacia mí a largas zancadas y con una expresión de ira y odio reflejada en su rostro.

—¿Qué mierda ha pasado, Alec?! Hablé con ella la semana pasada, estaba feliz, me dijo que iba a casarse con su novio, por eso vine. Quería conocer a ese chico antes de la boda, pero resulta que, al llegar al rancho, me dicen que mi hermana se ha suicidado y la están enterrando en ese preciso instante. ¡No entiendo una puta mierda!

Abro la boca para explicarle lo que sucedió, pero no consigo articular ninguna palabra. ¿Cómo le explicas a alguien los motivos que han llevado a su hermana a pegarse un tiro en la cabeza?

—Yo, eh... verás... —Resoplo y saco del bolsillo de mi pantalón, la carta que escribió Holly antes de morir—. Toma, esto es de Holly, léela y lo entenderás todo.

Juls agarra la carta con manos temblorosas, y tras desplegarla, empieza a leer en silencio. Su cara pasa de la tristeza a la ira y después a la rabia y la desesperación. Cuando termina, tiene la mandíbula apretada y las lágrimas vuelven a cubrir sus mejillas.

—¡Maldita estúpida! ¡¿Cómo pudo hacerlo?! Y ese tipo... Como si no hubiese más hombres en el mundo —Se limpia la humedad de sus mejillas de un manotazo y clava sus ojos en los míos—. ¿Qué sabes de ese tal Nathan? ¿Lo conoces? —Niego con la cabeza—. ¡Algo tendrás que saber, joder! Holly me dijo que tú y ella os habíais vuelto muy cercanos. ¿Nunca has visto a ese hijo de perra?

—No. Ella siempre hablaba de él, decía que pronto se mudaría aquí con ella, pero eso nunca pasó.

—¿No viste ni siquiera una foto?! Algo que pueda identificarlo.

—Nada, lo único que sé es que se llama Nathan Reed, que vive en Nueva York y trabaja como fotógrafo. Según tengo entendido, suele viajar bastante debido a su trabajo, pero no estoy seguro de que todo eso sea verdad. No me extrañaría que ese cabrón le hubiese mentido respecto a su identidad.

—¡Mierda, mierda! —bufa y se frota los ojos con las yemas de los dedos—. Está bien. Eso es algo con lo que puedo trabajar. Nathan Reed, fotógrafo y de Nueva York. ¿Recuerdas algo más?

Hago memoria para intentar recordar algún retazo de las muchas conversaciones que hemos tenido Holly y yo sobre su supuesto novio.

—Espera... Creo que alguna vez me comentó que le había conocido en una cafetería cercana a dónde ella vivía en Nueva York. Si no recuerdo mal, ese tal Nathan, era un cliente habitual.

—Bien, eso es algo más —Se guarda la carta en el bolsillo trasero de su pantalón vaquero y respira profundamente—. Alec, lo que dice Holly en su carta... el dinero que ella...

—No pasa nada. Te aseguro que eso es lo que menos me preocupa. Acabo de perder a una gran amiga, una hermana... El dinero me importa una mierda.

—Pues a mí no. Te devolveré hasta el último centavo.

—No es necesario —insisto.

—Sí, lo es. Yo... —Vuelve a frotarse los ojos y suspira—. Necesito un tiempo para saber lo que voy a hacer, pero si algo tengo claro, es que no voy a perder la herencia de mis padres. Tendré que hablar con el banco y...

—Eso ya está solucionado. He cubierto la deuda de tu hermana esta misma mañana. No le debes nada al banco. Yo tampoco voy a permitir que el rancho Carrington vaya a parar a manos de un extraño.

—Muchas gracias, Alec. Ahora con más razón voy a devolverte el dinero. Tengo que irme. Cogeré un vuelo a Nueva York esta misma noche.

—¿A Nueva York? ¿Qué vas a hacer, Juls? —pregunto extrañado.

—Voy a encontrar a ese maldito desgraciado y hacerle pagar lo que le ha hecho a mi hermana —afirma apretando los puños—. Nathan Reed va a desear no haber nacido cuando acabe con él —mira hacia el lugar dónde su hermana está enterrada y entrecierra los ojos de una forma que me da miedo hasta a mí—. Va a pagar por lo que ha hecho, lo juro por ella.

Johanna

Tras el impactante encuentro con Julia Carrington, nos dirigimos en coche hacia el rancho Wolfheart, yo voy conduciendo y Alec está sentado a mi lado, no ha abierto la boca desde que salimos del cementerio.

—Alec, ¿te encuentras bien? —pregunto después de detener el vehículo frente a su casa.

—¿Qué? Eh... sí, estoy bien. Solo agotado —Fuerza una sonrisa y sujeta mi mano que está sobre la palanca de marchas—. Gracias por estar a mi lado, pequeña.

—No hay nada que agradecer. Solo estás pasando un mal momento, pero saldrás adelante. Eres el Lobo, no hay nada que pueda acabar contigo.

—Te equivocas. Tú puedes destruirme, eres la única persona capaz de hacerlo —Acerca su cara a la mía con la clara intención de besarme, y tengo que hacer gala de toda mi fuerza de voluntad para apartarme de él. Al notar mi rechazo, Alec resopla y se pasa la mano por el pelo en un gesto de frustración—. ¿Qué más tengo que hacer, Jo? Dime qué es lo que quieres de mí y te lo daré, pero deja de rechazarme.

—Alec, no he cambiado de idea. En este momento lo estás pasando mal, y yo estoy a tu lado porque te quie... porque te tengo cariño. Hemos vivido muchas cosas juntos, demasiadas. Pero eso no cambia mi forma de ver las cosas. Lo nuestro se acabó.

Cierra los ojos y asiente con gesto derrotado.

—Ahora mismo estoy demasiado cansado como para discutir contigo, pero sabes que no me voy a rendir ¿verdad? Así es como yo veo las cosas, pequeña. Nos amamos, tú me amas a mí y yo a ti, tenemos un precioso niño que es fruto de ese amor, y realmente podemos tener una gran vida juntos. Ahora no hay nada que nos impida ser felices, solo tu tozudez y cabezonería.

—No es cabezonería. Ponte en mi lugar durante un instante, ¿Tú volverías a confiar en mí si yo te hubiese traicionado de la forma que tú lo hiciste? ¿Podrías actuar como si nada hubiese ocurrido? Porque te aseguro que yo no

puedo.

—¿Me sigues queriendo? ¿Sigues enamorada de mí?

—Alec, no importa eso, yo...

—Solo contéstame a esa pregunta, Jo. ¿Me sigues amando?

Desvió la mirada y guardo silencio. No creo ser capaz de mentirle a la cara diciendo que no lo quiero, pero tampoco puedo admitir mis sentimientos hacia él, con eso solo lograría fortalecer sus fantasías de una vida juntos.

—Tengo que irme —susurro arrancando el coche.

—Tu silencio es muy revelador —sentencia tras resoplar de nuevo—. ¿No vas a quedarte conmigo esta noche?

—No. Me voy a casa, no quiero seguir andando de un lado para otro con Johnny.

—Esta es tu casa, pequeña, y por supuesto la de nuestro hijo. Me encantaría que los dos os quedarais.

—No puede ser. Mañana pasaré a hacerte una visita para ver cómo estás.

—¿Traerás al niño contigo? Le echo de menos.

—Alec, quizás este no sea el momento más indicado para hablar de esto, pero... Puede que sea mejor que empieces a guardar un poco las distancias respecto a Johnny. Pronto volveremos a Nueva York y...

—No quiero hablar de esto. Aún me quedan un par de meses. Déjame disfrutarlos, ¿Quieres?

—Está bien. Vendré mañana con Johnny. ¿Estarás bien?

—No, no voy a estar bien. Mi única amiga se ha suicidado y... —Traga saliva y niega con la cabeza intentando retener las lágrimas—. Solo necesito algo de tiempo para hacerme a la idea de que ya no va a volver.

—Está bien, nos vemos mañana.

—Sí, hasta mañana, pequeña. Dale un beso a nuestro pequeño de mi parte.

Asiento y Alec sale del coche cerrando la puerta lentamente. Veo como respira profundamente y echa un último vistazo hacia mi dirección, antes de perderse en el interior de la casa.



Aparco frente a la casa de los Wolfheart y salgo del coche rápidamente, abro la puerta trasera de mi todoterreno y Wolfy sale corriendo, al desabrochar el cinturón de la sillita de John, este no para de moverse

intentando tirarme del pelo.

—Estate quieto, hijo —susurro sacándole del coche.

Camino hacia la entrada con él en brazos y antes de que pueda golpear la puerta, esta se abre y Nadia me mira frunciendo el ceño.

—¿Qué haces tú aquí? ¡Han anunciado una maldita tormenta!

—Tranquila, se supone que solo va a llover un poco, además, han previsto que solo llegue a Black Mountain mañana por la mañana.

—Claro, como si normalmente acertaran con el parte meteorológico —murmura poniendo los ojos en blanco.

—¿Vas a dejarme pasar? A este paso sí que nos vamos a mojar.

Nad se hace a un lado, pero antes de que pueda entrar en la casa, ya me ha arrebatado a su sobrino de los brazos. Veo como Wolfy entra corriendo y empieza a jugar con el pequeño cachorro que Jay le regaló a Alec.

—Hola, hija —me saluda Norah dándome un abrazo—. ¿Qué haces aquí?

—Llevo una semana sin venir, así que decidí pasarme para saber cómo van las cosas.

Norah hace una mueca y suspira cogiendo a Johnny de los brazos de Nad. Sí, así anda siempre mi pequeño, bailando de unos brazos a otros. Lo peor es que creo que eso le gusta.

—Pa-pá —balbucea mirando a su alrededor.

Norah sonrío y se lo come a besos. Pongo los ojos en blanco ya que no he sido capaz que diga otra palabra que esa y Wufy.

—¿Dónde está Alec? —pregunto dejando mi chaqueta sobre el respaldo del sofá.

—En su habitación —contesta Nadia cruzándose de brazos—. Lleva cuatro días sin salir de allí.

—¿Cuatro días?! —exclamo.

—Sí hija —murmura Norah—. Ya sabes que desde que murió Holly, hace ya tres semanas, ha estado muy abatido. No ha vuelto a salir de casa y únicamente sale de su habitación cuando el niño está aquí. La última vez que Nadia lo trajo fue hace cuatro días, desde entonces no ha vuelto a salir.

Frunzo el ceño mirando hacia las escaleras.

—¿Alguien ha entrado en la habitación?

—Sí —contesta Norah—. Yo voy a verle a cada rato, le llevo comida, pero casi no la prueba. Estoy muy preocupada por él. Ha pasado por mucho en muy poco tiempo y creo que no sabe cómo asimilarlo —Me mira fijamente y se muerde el labio inferior—. ¿Podrías hablar con él, hija? Quizás a ti si te

escuche.

Suspiro y me lo pienso. Entiendo que Alec se sienta abrumado por todos los acontecimientos recientes. Enterarse de que su padre no es quién él creía que era, que su hermano es homosexual, que ha odiado durante gran parte de su vida a una persona inocente, y para rematar, una persona muy querida para él, se suicida dejándole aún más trastocado. Supongo que todo ha sido demasiado para él, pero esta situación ya está durando demasiado. Hace tres semanas que enterramos a Holly Carrington, y desde entonces se comporta como un fantasma, todo el día deprimido y apático, como si estuviese muerto en vida.

—Está bien, intentaré hablar con él, pero no prometo nada. Como empiece a tocarme las narices, me largaré sin mediar palabra. No he venido aquí a discutir con el Lobo.

—Suerte con eso —dice Carter entrando en el salón—. Hola, cuñadita — Me da un beso en la mejilla y se acerca a su madre para hacerle carantoñas a su sobrino.

Les dejo en el salón, y subo las escaleras en dirección a la habitación de Alec. Abro la puerta lentamente y entrecierro los ojos para intentar ver algo entre tanta oscuridad, pero lo único que intuyo es un fuerte olor a rancio que me hace taparme la nariz con la mano.

—Mamá, por enésima vez, no quiero comer, no quiero beber. Lo único que deseo es que me dejéis todos en paz de una jodida vez —escucho que dice Alec.

—Espero que de verdad no le hables así a tu madre —señalo encendiendo la luz.

Abro los ojos de par en par al ver la leonera que Alec tiene por habitación, hay ropa sucia tirada por el suelo, sus botas, como siempre, están junto a la puerta llenas de barro, las mesitas de noche están cubiertas de platos de comida casi llenos y en mal estado, y la ropa de la cama parece sucia. Alec se sienta sobre la cama y pone una mano sobre sus ojos a modo de visera para mirarme sin que la luz le moleste a los ojos.

—Pequeña, ¿qué haces aquí? ¿Has traído a Johnny?

—Hola, Alec. Yo también me alegro de verte —contesto cruzándome de brazos y alzando la barbilla de forma altiva.

Alec sonrío levemente y niega con la cabeza.

—Sabes que me encanta que estés aquí, pero tengo ganas de ver a nuestro hijo, hace unos días que no lo veo.

—Cuatro, hace cuatro días que no lo ves, los mismos que hace que no

sales de este estercolero.

—Tampoco está tan mal —señala mirando alrededor de la habitación y rascándose la nuca.

—¿No está tan mal?! ¿Tú has visto como tienes esta habitación?! ¡Parece una leonera!

Alec me mira y una sonrisa empieza a tirar de sus labios.

—Ahora sí que pareces mi madre, incluso hablas como ella.

—Estoy practicando para cuando tenga que decírselo a tu hijo —murmuro dándole una patada a las botas para sacarlas de mi camino. Me acerco a la cama y al alzar la cabeza, veo a Alec mirándome con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Se puede saber por qué sonrías tanto? —pregunto extrañada.

—Es la primera vez que te refieres a Johnny como “tú hijo”, siempre dices “mi hijo”.

—Sí, bueno... Hable sin pensar. Pero tampoco es que pueda negarlo, ese niño es una calcomanía tuya.

—Y dice Papá —murmura ampliando su sonrisa.

Hago una mueca por su forma de recordarme que no he sido capaz de que mi hijo me llame mamá, y me vuelvo a cruzar de brazos.

—Venga, levántate.

—Jo, no tengo ganas de salir de aquí —susurra perdiendo la sonrisa.

—Me da absolutamente igual de lo que tengas ganas o no. Ahora mismo vas a levantarte de esa cama, te vas a duchar, y después saldrás de esta habitación —Alec resopla dejándose caer de espaldas en el colchón y se tapa la cara con el brazo. Suspiro y me siento en el borde de la cama haciendo una mueca de asco cuando veo un enorme machón en la sabana de una sustancia que ni si quiera sé que es, y tampoco quiero saberlo. Sujeto su muñeca y aparto su brazo sacándole de su escondite—. Alec, entiendo que estés deprimido, es más, es lógico que te sientas así. Has perdido a un ser querido, y eso es algo que duele mucho. Necesitabas tiempo para poder asimilarlo y llorar a tu amiga, y todos te lo hemos dado, pero ya es suficiente. Tu madre está muy preocupada por ti, y con razón, tienes que dejar de comportarte como si tu vida hubiese acabado. No lo ha hecho, Alec —Pongo mi mano sobre su pecho desnudo con la palma abierta justo encima de su pectoral izquierdo—. Tu corazón sigue latiendo, el mundo sigue girando, no puedes detener el tiempo ni comportarte como si ya nada tuviese sentido para ti. Si no lo haces por tu familia, o por ti mismo, al menos hazlo por nuestro hijo.

—Suenas bien escucharte decir “nuestro hijo” —susurra sonriendo

levemente—. Mi vida no se ha detenido, pequeña. Echo mucho de menos a Holly, y por más que intento entender sus motivos para hacer lo que hizo, no lo consigo. Me siento culpable por haberla dejado sola. Yo sabía que no estaba bien, pero estaba demasiado ocupado andando detrás de ti. Ese es mi problema, que todo mi mundo gira a tu alrededor. Lo peor, es que no quiero encontrar una solución a ese problema. La única vez que sentí que mi vida ya no tenía ningún sentido, fue el día que te perdí, el día que recibí la nota que me mandaste por Carter. Ese día... Fui al río y me emborraché. Te juro que... No quería vivir, Jo. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa, pero ella apareció y de pronto algo dentro de mí cambió, me dijo que luchara y no me diera por venido. Holly trajo esperanza a mi vida, con su sonrisa permanente y sus ganas de vivir. Por eso no puedo entender... —Niega con la cabeza y un par de lágrimas ruedan por sus mejillas—. Se merecía mucho más.

Nos quedamos un rato en silencio. Hasta este momento, no me había dado cuenta de lo mucho que Alec quería a Holly. Ese es el problema de Alec, que no demuestra demasiado su cariño, pero ama con mucha intensidad, a veces demasiada para su propio bien.

—Ella no querría verte así, estoy segura de ello.

—Lo sé —Suspira pasándose la mano por su frondosa barba—. Tengo que ducharme ¿no?

—Sí, apestas a gato muerto. Levántate, ¡ahora! —ordeno tirando de las mantas hacia atrás.

Alec sonríe y al mirar hacia abajo, me doy cuenta de que está completamente desnudo.

—Si querías verme desnudo, solo tenías que decirlo —susurra sonriendo de medio lado.

Me levanto y frunzo el ceño cruzándome de brazos.

—A la ducha, inmediatamente. Yo recogeré esta pocilga un poco mientras te bañas.

Se levanta y yo automáticamente me doy la vuelta para no caer en la tentación de mirar hacia abajo. Ha perdido algo de peso desde la última vez que le vi con tan poca ropa, pero sigue teniendo un cuerpo de escándalo.

—¿Por qué te giras, pequeña? Ni que fuera la primera vez que me ves desnudo.

—Alec, no voy a volver a repetirlo.

—Está bien, pesada —farfulla caminando hacia el baño como dios lo trajo al mundo.

No puedo evitar echar un vistazo a su retaguardia cuando está entrando en el baño. Me muerdo el labio inferior y suspiro recreándome la vista con su perfecto trasero. Debería estar prohibido tener un culo así. Es toda una tentación.

—¿Disfrutando de las vistas? —inquire en tono burlón sin girarse para mirarme—. Si te unes a mí en la ducha, te dejaré tocar —Resoplo y escucho como ríe antes de cerrar la puerta del baño.

Me paso la siguiente media hora recogiendo la habitación. Cambio la ropa de la cama, me deshago de toda la basura y los platos sucios, ordeno la ropa limpia, y dejo a un lado la sucia para ponerla en el cesto que está en el baño. Cuando casi he terminado, escucho como la puerta se abre y Alec sale del baño con solo una toalla anudada a su cintura. Las gotas de agua que caen de su pelo húmedo, se acumulan en sus hombros y su pecho, y no puedo evitar mirar mi colgante que cae de su cuello. Lo echo de menos.

—Vuelve al baño —ordeno abriendo la ventana para airear un poco la habitación.

—¿Para qué? Ya me he duchado.

—Tienes que hacer algo con esa barba, pareces un vagabundo.

—¿No crees que te estás pasando de mandona? —Alzo una ceja en su dirección y él resopla—. Está bien, ¿arreglo la barba o me afeito?

—Haz lo que quieras.

—Lo que quiero es que me dejes en paz, pero eso no va a suceder ¿verdad? —farfulla de malos modos.

Tiro la camisa suya que estaba doblando, sobre la cama, y empiezo a caminar hacia la puerta a grandes zancadas.

—Por supuesto que te dejo en paz. Tranquilo, no volveré a molestarte.

Aún no he llegado a la puerta, cuando siento sus manos sujetándome por los hombros.

—Lo siento. No quise decir eso, pequeña —Tira de mí girándome hacia él y me mira fijamente a los ojos—. No te vayas, por favor. Perdón, me estoy comportando como un capullo.

—Eso es algo habitual en ti —replico dando un paso hacia atrás para alejarme de él—. Alec, estoy intentando ayudarte, pero si no quieres mi ayuda, me iré ya mismo. No tengo por qué aguantar tus gilipolleces.

—Lo sé, y sí, por supuesto que quiero tú ayuda. Es más, la necesito —Se pega a mí poniendo las manos a cada lado de mi cintura y acerca su cara a la mía—. Te necesito a ti para olvidar la mierda en la que se ha convertido mi

vida. ¿Cómo he llegado a esto? Hubo un tiempo en el que yo era feliz. Vivía al lado de la mujer que amo, íbamos a casarnos y planeábamos crear una familia juntos. Ahora ella me odia.

—No te odio —susurro intentando no mirar sus carnosos labios. Están tan cerca de los míos que, si me muevo unos centímetros hacia delante, estaré perdida.

—Entonces, ¿me amas? —sus manos se aferran con más fuerza a mis caderas y pega la parte inferior de su cuerpo al mío.

—Yo no he dicho eso.

—Cierto, no lo has dicho, pero lo sientes. Sé que lo sigues sintiendo, sino no estarías aquí.

—Alec, no sigas —susurro intentando apartarle de mí.

—Te necesito, pequeña. Necesito distraerme, olvidar.

—Yo no soy el paño de lágrimas de nadie —pongo mis manos sobre su pecho para empujarle, y desvío mi mirada de la suya antes de que pierda el control sobre mi cuerpo y acabe cometiendo una locura.

—No, tú eres la única mujer que he amado, amo, y amaré el resto de mi vida.

Sus palabras susurradas sobre mis labios, actúan como un gatillo en mi cerebro activando cada célula de mi cuerpo que me grita desesperadamente que deje de resistirme de una vez.

—Alec, no...

—No pequeña. Ahora no puedes huir de mí —Une su frente a la mía y me abraza pegando su endurecida entrepierna a mi bajo vientre—. Esta vez no te voy a dejar escapar.

Pega sus labios a los míos y me besa de una forma tierna y cariñosa, pero lo que empieza siendo un beso dulce y pausado, no tarda en convertirse en una demostración de deseo y pasión por parte de Alec. Me muerde los labios, me agarra del trasero e introduce su lengua en mi boca arrasando con cualquier resquicio de sentido común que aún pudiera albergar en mi interior.

Lo haces a propósito

Alec

La estoy besando. Esto bien podría ser un sueño, pero no lo es. Se siente demasiado real para ser obra de mi imaginación. Si estuviese soñando, no podría sentir el calor de su piel, ni podría olerla, tampoco tendría su dulce sabor a fresas silvestres en mi paladar mientras nuestras lenguas se restriegan la una contra la otra. Eso es lo mejor, que ella no me está rechazando. Aunque intentó resistirse, pero no la dejé escapar. ¡Mierda! No la dejé escapar. Eso es lo que siempre hago, llevarla contra las cuerdas. Ataque y derribo, esa es mi técnica. Se supone que esta vez iba a ser distinto, esta vez no iba a presionarla, y aquí estoy, prácticamente la he besado a la fuerza, aunque ahora no se está resistiendo en absoluto. Eso mismo, me lo demuestra rodeando mi cuello con sus brazos y entrelazando sus dedos en el pelo de mi nuca. ¡Mierda, mierda, mierda! Tengo que hacer las cosas bien.

La aparto de mí empujando levemente su cuerpo y me mira sorprendida al notar mi rechazo.

—Tienes tres segundos, pequeña —susurro con la respiración agitada.

—¿Qué? —Me observa sin entender de qué demonios estoy hablando.

—Te dije que no iba a presionarte para que hicieras algo que no deseas, y aunque sé que lo deseas tanto como yo, te estoy dando la oportunidad de marcharte si eso es lo que quieres. Tienes tres segundos para arrepentirte de esto y marcharte. Tres, dos, uno... —Sus brazos tiran de mi cabeza hacia abajo y pega su boca a la mía volviendo a retomar nuestro beso donde lo dejamos hace un instante.

Un gruñido de satisfacción sale de lo más profundo de mi garganta y la abrazo por la cintura caminando lentamente hasta que llegamos al borde de la cama. Mis labios bajan por su cuello besando cada centímetro de piel que encuentran a su paso. Jo suelta la toalla que tengo anudada a la cintura y clava

sus dientes en mi hombro mientras sus manos van a parar a mi trasero.

No pierdo el tiempo en desvestirla lentamente, más bien le arranco la ropa hasta que la tengo completamente desnuda frente a mí. La empujo suavemente, y caemos sobre la cama volviendo a pegar nuestras bocas.

—Alec —gime mi nombre cuando mis dedos se pierden entre los pliegues de su sexo.

Me encantaría poder tomarme mi tiempo con ella, llevarla al límite del placer con mis dedos, pero no creo que pueda lograrlo. Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que estuve con una mujer, casi dos años. Ella fue la última y siempre lo será, al igual que fue la primera.

—Te prometo que después me tomaré todo el tiempo del mundo contigo, pero ahora necesito esto —susurro guiando mi miembro hacia su hendidura y penetrándola lentamente.

Johanna gime en voz alta clavando sus uñas en mi espalda y yo bufo intentando controlarme para no acabar corriéndome en dos segundos como un adolescente salido.

—Alec muévete —susurra rodeando mis caderas con sus piernas.

—Dame un segundo. Déjame de disfrútalo, es tan bueno... Me siento como si acabara de volver a casa tras un largo viaje —Jo vuelve a gemir cuando me retiro de su interior y la miro fijamente a los ojos—. Te quiero demasiado como para dejarte ir. Olvida lo que dije sobre no jugar sucio, haré cualquier cosa por mantenerte a mi lado.

—Alec, calla —susurra poniendo una mano sobre mi boca—. No lo fastidies.

—No voy a dejar que te vayas, pequeña. Tuviste tu oportunidad —La beso apasionadamente mientras empiezo a mover las caderas, primero lento y después más rápido.

Johanna muerde mi labio inferior, jadeando de placer mientras yo sigo arremetiendo en su interior como un animal salvaje, hasta que los dos llegamos al orgasmo a la vez. Me tumbo de espaldas sobre el colchón y tiro de ella hacia mí para mantenerla abrazada. No quiero apartarme ni un segundo. Sé que cuando esa neblina post orgásmica que nubla su razón, se disipe, va a intentar huir, pero no pienso permitirlo, así tenga que amarrarla a la cama.

Jo suspira abrazando mi cintura y entrelazando sus piernas con las mías mientras su cabeza está apoyada en mi pecho.

—No debería estar aquí —susurra con voz somnolienta.

—No deberías haberte marchado nunca —replico besando su frente—,

pero supongo que tuviste que hacerlo para que yo me diese cuenta de lo que estaba perdiendo. Sé que no confías en mí, pero... —Me quedo callado al darme cuenta de que su respiración se ha vuelto pesada y profunda. Estiro el cuello para poder mirarle a la cara y compruebo que se ha quedado dormida—. No me jodas, lo haces a propósito —murmuro con una sonrisa—. Eres tan cabezota que prefieres quedarte dormida a escucharme.

Niego con la cabeza y cierro los ojos estrechando su cuerpo contra el mío. Llevo esperando casi dos años por este momento. No puedo perderla de nuevo, no voy a hacerlo.

Me despierto un par de horas después, estoy helado y Jo también. Miro hacia la ventana y compruebo que está abierta de par en par. Supongo que la habrá abierto Johanna mientras yo estaba en la ducha, también ha ordenado toda la habitación, y por suerte cambió la ropa de cama.

Me deslizo suavemente por el colchón apartando su brazo que rodea mi cintura y salgo de la cama sin hacer ruido para no despertarla. Está preciosa mientras duerme, con su pelo castaño desparramado sobre la almohada y los labios fruncidos. No puedo evitar observarla con una sonrisa boba instalada en la cara. ¿De verdad piensa que puede volver a huir de mí? Iré por ella hasta el mismísimo infierno si es necesario, pero no va a abandonarme, otra vez no.

Tras cerrar la ventana, vuelvo a tumbarme a su lado, pero en esta ocasión no consigo ser tan sigiloso, Jo se revuelve y susurra algo en sueños. Por un instante, creo que puedo haberla despertado, pero vuelve a respirar profundamente y sigue durmiendo abrazada a mí. Después de pasar lo que me parecen ser varias horas, velando su sueño, Johanna se remueve y abre los ojos, al verme frunce el ceño y mira a su alrededor algo descolocada.

—Hola, pequeña. Te has echado una buena siesta —susurro besando su cuello.

—¿Qué hora es? —pregunta peinándose el cabello con los dedos.

Miro el reloj que hay sobre la mesita de noche.

—Son casi las diez de la noche. ¿Tienes hambre? Podemos bajar a cenar algo.

Me mira fijamente y frunce aún más el ceño.

—¿Eso que se escucha es el sonido de la lluvia?

—Eh... sí. Hace unas horas me levanté para cerrar la ventana y estaba empezando a llover, además hace mucho viento, creo que se avecina una tormenta.

—¡Mierda, tengo que irme! —exclama levantándose a toda prisa y

empezando a recoger su ropa que está esparcida por el suelo de la habitación.

—¿A qué viene tanta prisa? —Me levanto tras ella y me visto con un bóxer que saco del cajón de la cómoda.

—Hay previsión de tormenta para mañana, pero ya ha empezado. No quiero que me pille en la carretera.

—Pues quédate aquí, así no correrás ningún riesgo.

Jo resopla vistiéndose a toda prisa sin tan siquiera mirarme.

—Tengo que irme, Alec.

—Eso ya lo has dicho —Camina hacia la puerta a largas zancadas, pero consigo interceptarla antes de que la abra—. Jo, la tormenta ya ha empezado. No vas a salir ahí fuera con este tiempo, y menos con nuestro hijo.

—Creo que hasta ahora he sido muy capaz de cuidar a “mi hijo” yo sola — replica alzando la barbilla.

—¿Johnny vuelve a ser solo hijo tuyo? ¿Qué pasa con lo que dijiste antes?

—Alec, no quiero hablar de eso ahora.

—Ya, por lo visto prefieres cruzar una jodida tormenta, antes de hablar conmigo de cualquier cosa.

—¿Escuchas eso?! Se supone que esta iba a ser una tormenta sin importancia. Pero por la intensidad de la lluvia y el viento, dudo que lo sea. Tengo que volver a casa y comprobar que todo esté en orden.

—¿Habéis seguido el protocolo de tormenta?

—Sí, todos los animales están en los establos o corrales. Llevamos preparándonos desde ayer, que anunciaron el cambio meteorológico.

—En ese caso, no hay nada más que puedas hacer —resoplo cogiendo un pantalón vaquero que encuentro sobre una silla y vistiéndome con él—. Jo, si no quieres hablar conmigo, no lo hagas. Pero no voy a permitir que conduzcas en mitad de una tormenta.

—No te estoy pidiendo permiso —rebate antes de salir apresurada de la habitación.

Bufo saliendo tras ella y bajo las escaleras siguiendo sus pasos. Al llegar abajo, nos encontramos con mi madre, Nadia, Carter y Jason en el salón.

—Jo, Johanna te estoy hablando —insisto.

—Lo sé, y yo te estoy ignorando —contesta sin mirarme.

—¿Ya estáis discutiendo de nuevo? —Inquieta Nad mirándonos de hito en hito.

—No hay nada que discutir. ¿Dónde está Johnny? Tengo que irme.

—Espera. No vas a conducir con la que está cayendo —dice Carter.

Asiento y me cruzo de brazos sonriendo levemente.

—Por fin alguien con un poco de sentido común. ¿Puedes decirle a esta cabezota que es una locura salir en mitad de una tormenta?

Jo me fulmina con la mirada y Carter frunce el ceño.

—Cuñadita, esta vez tengo que darle la razón a mi hermano. La tormenta está empeorando muy rápidamente. Me temo que se va a poner mucho peor de lo que predijeron.

—Lo sé. Por eso tengo que irme. Necesito saber si todo está bien en mi casa.

—Puedes llamar por teléfono —sugiero.

—Imposible —añade mi madre—. Las líneas están caídas a causa de la tormenta.

En ese momento escuchamos como se abre la puerta principal y Patrick entra en casa quitándose el chubasquero. A pesar de llevarlo puesto, está completamente empapado.

—Johanna, me alegra encontrarte aquí —dice en tono serio.

—¿Qué pasa, Patrick? —pregunto al notar su nerviosismo.

—Lobo, estaba dando una vuelta por los pastos por si algún animal se había quedado suelto y al acercarme al río...

—¿Qué pasa con el río? —insiste Jo en tono de preocupación.

—La tormenta está empeorando —contesta Patrick—. Supongo que no tardará en convertirse en un huracán. El río se ha desbordado, nunca lo había visto tan alto.

—Por suerte decidimos no replantar los pastos cercanos al río. Las pérdidas no serán muy elevadas —informa Jo tras suspirar.

—Los animales, ¿dónde están?

—Todos a buen recaudo, encerrados en los corrales.

—¿Tenéis algún animal en los corrales del sur?

—Eh... sí, pero a pesar de ser los más cercanos al río, están muy lejos como para ser afectados por la crecida —Patrick resopla y maldice en voz baja. Mira a Johanna y esta abre los ojos como platos—. ¿Crees que el río puede llegar hasta allí? Nunca ha subido tanto.

—Jo, nunca he visto una tormenta como esta. Se supone que no iba a ser nada peligroso, pero empezó hace unas horas y el río ya ha subido varios metros. Si sigue así, no tardará en alcanzar los corrales de la zona sur de tu rancho.

—¡Mierda! Ahora sí que tengo que irme. Hay cientos de animales

encerrados, si el agua llega hasta allí, morirán todos —Jo resopla y empieza a andar de un lado a otro de manera nerviosa—. Tengo que hablar con Chris, que mande a los trabajadores a esa zona para soltar al ganado.

Patrick mira a Jo entrecerrando los ojos.

—¿Chris? ¿No lo sabes?

—¿El qué? ¿Qué pasa con Chris? —pregunta ella.

—¿Cómo lo va a saber si se ha pasado toda la tarde encerrada en la habitación de Alec? —añade Carter.

Jo y yo le asesinamos con la mirada, pero él sonríe como si nada le afectara.

—Chris está en el hospital—informa Jason—. A Camila se le ha adelantado el parto.

—¿Está bien? —pregunto.

—Sí, se supone que estaba a punto de dar a luz cuando las líneas se vinieron abajo —contesta mamá.

—¡Mierda! ¡Joder! —Jo maldice sin poder dejar de moverse—. ¿Sabes si alguien en el rancho Callaghan está al corriente de la situación? ¿Saben lo de la crecida? —le pregunta a Patrick.

—No lo sé, Jo —contesta—. Supongo que sí, pero no estoy seguro.

—Vale. Patrick, avisa a los muchachos, quiero todos los caballos ensillados lo antes posible —ordeno en tono autoritario—. Crea varios grupos de hombres, que vayan todos hacia las tierras Callaghan e intenten hacer una presa.

—¿Una presa? ¡¿Cómo?! ¡¿Con qué?! ¿Sabes la fuerza que trae el río? Es imposible detener el agua.

—Me da igual lo que hagan. Que usen sacos de arena, o que cavén un surco para reconducir el agua, pero tienen que hacer lo que sea para que ganemos algo de tiempo. Yo iré con unos cuantos a los corrales del sur y liberaré a los animales.

—Voy contigo —informa Carter levantándose a toda prisa.

—Yo también —dice Jay.

—¿Tú? —Le miro extrañado— ¿Sabes arrear ganado?

—No, pero haré lo que pueda —Mira a Nadia y sonríe levemente—. Algún día espero que tu hermana acabe siendo mi esposa, y conociéndola, dudo que acepte vivir en la ciudad, ama demasiado estas tierras. Así que será mejor que empiece a aprender cuanto antes a ganarme la vida en este lugar.

Nad le mira sorprendida. La verdad es que yo también lo estoy. No

esperaba que el niño pijo de ciudad arrimara el hombro en una situación así. Solo por esto, ya me cae un pelín mejor. Solo un poquito.

—Bien, pues entonces vámonos —sentencio.

—Yo también voy —dice Jo.

—Pequeña, tú te quedas.

—Alec, no voy a discutir contigo. Son mis animales los que corren peligro, es mi rancho. No voy a quedarme aquí cruzada de brazos sin hacer nada.

—Jo, vamos a salir en mitad de un jodido huracán. Es muy peligroso.

—No te importa llevar a Jason contigo, alguien que no sabe ni como se cabalga de noche, pero para mí, que conozco estas tierras como la palma de mi mano y llevo arreando vacas desde que tengo uso de razón, es muy peligroso según tú. ¿No te parece que eso es demasiado machista, incluso para ti?

—¿¡Qué?! No te equivoques, yo no soy machista. Si no quiero que vayas, es porque temo por ti. Imagina que te pasa algo. ¿Qué sería de Johnny? Y de mí... Solo intento protegerte. Si a Jay le pasa algo, lo sentiré por mi hermana que está enamorada de ese niño de papá, pero si algo te sucede a ti... no creo que pueda soportarlo. Te amo demasiado como para pensar siquiera en ello —Johanna se cruza de brazos y alza la barbilla de manera desafiante. Resoplo dándome cuenta de que no voy a conseguir hacerle cambiar de idea—. Joder, eres más tozuda que una mula. Está bien, pero no vas a separarte de mí en ningún momento. Quiero tenerte a la vista a cada instante ¿entendido?

Jo asiente cogiendo su chaqueta, y miro hacia Patrick.

—Consíguenos unos chubasqueros y que ensillen también a Tormenta. Date prisa, Patrick.

Sale corriendo de la casa y veo como Jason y Carter empiezan a ponerse las chaquetas.

—Ve a vestirte —me dice Jo—. Yo voy a darle un beso a Johnny y salimos de inmediato.

Asiento y corro escaleras arriba hacia mi cuarto. Me pongo una camiseta, una chaqueta de abrigo, y las primeras botas que pillo a mano, antes de volver a salir de la habitación. En el pasillo, me cruzo con Jo que está saliendo de la habitación de Nadia.

—¿Está dormido? —pregunto refiriéndome a nuestro hijo.

—Sí, como un angelito. Cuando todo esto acabe, vendré a buscarle.

—Cuando todo esto acabe, tú y yo vamos a tener una conversación muy

seria. Ya basta de huir, pequeña. Es hora de hablarlo de una vez.

—Está bien —dice tras suspirar—. Hablaremos cuando todo esto termine.

—Te lo recordaré —susurro sonriendo levemente.

Agarro su mano y tiro de ella hacia las escaleras. Al llegar abajo, todos están listos ya, así que no perdemos el tiempo, nos subimos a nuestras respectivas monturas y salimos cabalgando a toda prisa hacia el rancho Callaghan.

Johanna

Patrick no exageraba, la tormenta se ha convertido en un violento huracán que nos impide galopar. A duras penas conseguimos que los caballos troten a un ritmo medianamente rápido. Carter, Jason, Alec y yo, somos los primeros en llegar a la frontera que divide las tierras de los Callaghan de la de los Wolfheart. El río ha crecido muchísimo, más de lo que nunca creí posible.

—Por aquí no podemos pasar —grita Alec para hacerse escuchar sobre el ruido de la lluvia y el fuerte viento.

—Tendremos que seguir el río hacia la valla, desde ahí podremos cruzar a las tierras Callaghan —señalo.

Nos apresuramos en seguir cabalgando y no tardamos en vislumbrar la valla que divide mis tierras de las de Alec. Carter se baja del caballo y empieza a aporrear la cerca para tirarla. Cuando consigue derribarla, pasamos al otro lado y nos dirigimos directamente hacia los corrales más cercanos al río.

Al acercarnos a la zona, me doy cuenta que el agua ya ha llegado, algunos están completamente inundados.

—Hemos llegado demasiado tarde —me lamento reteniendo las lágrimas.

Van a morir, todo ese ganado va a morir ahogado. Es imposible que podamos salvarlos.

—No es tarde —dice Alec mirando por encima de mi hombro y sonriendo levemente.

Miro hacia atrás y veo a un montón de hombres cabalgando hacia nosotros. Son los trabajadores del rancho Wolfheart, todos han venido a ayudar en el rescate. Espera... entre ellos también hay peones del rancho Callaghan, y ese es... ¡Es mi padre!

—¡Johanna! ¡¿Qué demonios estás haciendo aquí?! —grita papá cuando me ve—. Vete a casa, muchacha, esto es muy peligroso.

—¿Eso me lo dices tú? Te recuerdo que aún te estás recuperando de un

infarto.

—No discutáis —Alec intercede y se baja del caballo de un salto.

Sus botas quedan enterradas bajo el fango que le cubre casi hasta la rodilla. Empieza a dar órdenes a pleno pulmón a todos los trabajadores. Unos se encargarán de intentar desviar el cauce del río, y otros de liberar a los animales.

—¡Alec, hay que sacar a esos animales de ahí! —grita Carter señalando el corral que está más cubierto de agua. Desde dónde estamos, se pueden escuchar los mugidos de las vacas y los toros que intentan luchar por mantenerse a flote.

Veo como Alec habla con Carter, pero no logro escuchar lo que le dice. Carter niega con la cabeza varias veces y su cara denota una preocupación extrema. Al instante, Alec agarra una cuerda que le tiende Patrick que también ha llegado con mi padre y el resto de los hombres, y empieza a anudársela a la cintura. No puede ser. No pensará... Bajo del caballo sintiendo como el agua se filtra hacia el interior de mis botas y camino hacia él con mucha dificultad. A pesar de llevar puesto el chubasquero, la lluvia y el viento son tan fuertes, que me han empapado la ropa completamente.

—¿Qué estás haciendo?! —pregunto tirando de su brazo para que me mire.

—Jo, súbete al caballo y mantente al margen —ordena atando el otro extremo de la cuerda a la silla de Kitchi.

—Alec, no estarás pensando meterte en el corral ¿verdad?

—Johanna, no voy a repetirlo.

—¡Maldita sea! Deja de decirme lo que tengo que hacer. No vas a meterte en ese puñetero corral. Es demasiado peligroso. Si no te ahogas antes, acabarás siendo arrollado por los animales cuando intenten salir del cercado.

Suspira y agarra mi cara sujetando mis mejillas con ambas manos.

—Voy a estar bien, pequeña. Durante muchos años, he intentado destruir el rancho Callaghan, ahora tengo la oportunidad de hacer algo bueno por él. Te lo debo a ti, a tu padre, y a mí mismo.

—Muchacho, no tienes por qué hacerlo —añade mi padre.

—Sí, sí tengo que hacerlo —contesta—. Tienes razón, Mathew. No me merezco a tu hija —Me mira y sonrío levemente—, pero la amo con toda mi alma y sería capaz de hacer cualquier cosa por ella.

—Bien, entonces haz esto por mí —insisto—, no entres en ese corral. Por favor, Alec.

—Tranquila, mi niña. Todo va a estar bien. No pienso morirme sin que tú y yo tengamos esa conversación que dejamos pendiente —Acerca sus labios a los míos y me da un beso dulce y cariñoso—. Te quiero, no tardaré. Ahora hazme el favor de subirte al caballo y no hacer ninguna estupidez ¿quieres?

—Lo dice el hombre que está a punto de arriesgar su vida —replico alzando una ceja.

Alec sonríe y niega con la cabeza dándome por imposible. Veo como se acerca a su hermano y palmea su hombro antes de empezar a caminar hacia el corral inundado. La mayoría de los animales ya han sido liberados y corren montaña abajo intentando escapar del agua, solo falta ese grupo que sigue atrapado en el cercado al que Alec intenta acceder.

El agua cada vez le cubre más el cuerpo y todos vemos como tiene que luchar contra la corriente para no dejarse llevar. Cuando está a punto de llegar a la valla del corral, empieza a nadar, la atraviesa esquivando a los animales que siguen luchando por su vida e intenta abrir la puerta.

—Tranquila, hija. Lo conseguirá —susurra mi padre rodeando mis hombros con su brazo.

No le contesto. Ahora mismo no podría decir ni una sola palabra, tengo un nudo en la garganta que no me deja ni respirar. ¿Cómo he podido permitir que se arriesgue de ese modo? ¿Qué pretende demostrar Alec con esta hazaña?, que está dispuesto a cualquier cosa por mí, eso es lo que quiere demostrar. Él sabe lo que significa el rancho para mí, y si todos esos animales mueren... No creo que podamos recuperarnos de ese golpe económico.

Veo cómo forcejea con el cierre metálico de la puerta, y tras unos momentos de lucha, la puerta se abre, con tan mala suerte que Alec queda sujeto a ella y es arrastrado por la corriente de manera muy violenta.

—¡Alec! —grito soltándome del agarre de mi padre y corriendo hacia él.

No llego muy lejos, Patrick me detiene agarrándome con fuerza. Intento forcejear, pero es demasiado fuerte. No veo a Alec, se ha sumergido bajo el agua y no logro verle.

—¿¿Dónde está?!! —grita Carter tirando de las riendas de Kitchi para sacarlo del agua.

Jason le ayuda a tirar del animal, ya que la corriente es demasiado fuerte y no consiguen arrastrar la cuerda que sujeta a Alec.

—¡Sacadlo de ahí de una maldita vez! —les ordeno a gritos. Las lágrimas corren en cascada por mi cara y el nudo que antes tenía en la garganta, se ha desplazado hacia el centro de mi pecho.

Mi padre se une a Carter y a Jason en la tarea de sacar a Alec del agua. Tiran con todas sus fuerzas de la cuerda, pero no hay manera.

—Tiene que estar enganchada en algún lugar —dice Jay.

En ese momento, vemos como los animales empiezan a salir en estampida del corral atropellándose los unos a los otros. Si Alec está en su trayectoria... No quiero ni pensarlo.

—¡Mierda! ¡Joder! —maldice Carter sin aflojar la tensión de la cuerda—. ¡Alec, hermano!

Escucho un enorme estruendo parecido al de un rayo atravesando el viento, alzo la mirada y lo que veo es aún más desolador, Carter ha caído al suelo al romperse la cuerda que estaba sujeta a Alec. Se acabó, va a morir. No hay forma de que podamos traerlo de vuelta sin esa cuerda.

—No, no, no, por favor —murmuro sintiendo como las fuerzas me abandonan haciendo flaquear mis piernas. No puede estar muerto, él no... Alec.

Siento como Patrick me abraza por la espalda evitando que caiga de rodillas al suelo. Me sujeta con fuerza intentando consolarme, pero no lo logra. No hay nada que pueda mitigar el dolor que estoy sintiendo. He perdido para siempre al amor de mi vida, a mi amigo, mi confidente, mi todo.

Cuando todo el ganado ha sido ya liberado, sigo mirando hacia el interior del inundado corral intentando ver a Alec. Solo necesito una señal, un movimiento que me diga que aún sigue vivo, que hay esperanza.

—Voy a buscarle —informa Carter cogiendo una cuerda y anudándosela a la cintura.

—¿Estás loco?! —exclama Patrick—. ¿Quieres correr la misma suerte que tu hermano?! ¿Tú también quieres morir?!

—¡No está muerto! —grita Carter apartando a Patrick de él con un empujón. Al darse cuenta de lo que acaba de hacer, niega con la cabeza y un torrente de lágrimas empieza a caer de sus ojos—. No está muerto, Pat. No puede estarlo —solloza.

Patrick le abraza con fuerza y besa su pelo consolándole igual que antes lo hizo conmigo.

—Shhh... tranquilo, cariño. Todo va a estar bien —susurra.

Aparto mi mirada de ellos y vuelvo a fijarla en puerta del corral, está sumergida casi por completo. Ese fue el último lugar donde vimos a Alec, estaba agarrado a la puerta. Libre del agarre de Patrick, comienzo a caminar hacia el corral, mis pies se sumergen en el agua helada que corre furiosa

impidiéndome avanzar al ritmo que me gustaría.

—¡Johanna! ¡¿Qué demonios estás haciendo?! ¡Vuelve aquí ahora mismo!

Los gritos de mi padre no me detienen, nada podría hacerlo. Tengo que encontrarle. No puede estar muerto. El agua ya me cubre hasta más allá de la cintura, pero no voy a parar. Mis ojos están clavados en mi objetivo, llegar a esa maldita puerta.

Me detengo un instante al ver algo moverse junto a la valla. Podría ser un animal muerto, o también puede ser... Un nuevo movimiento llama mi atención, esta vez juraría que he visto una mano, la mano de Alec.

—¡Está ahí! —grito empezando a nadar hacia él contracorriente—. ¡Necesito una cuerda!

La fuerza del agua me arrastra hacia el lado contrario, pero lucho para seguir nadando hacia la valla. No puedo flaquear, tiene que estar vivo.

Tras varios segundos que se me hacen eternos, y con los brazos y las piernas completamente agotados, consigo llegar a la puerta del corral. Busco a Alec, pero no lo encuentro por ningún lado. Tiene que estar aquí, yo le vi, vi su mano, estoy segura de ello.

—¡Alec! ¡¿Dónde estás?! —Mi desesperación va en aumento según pasan los segundos. Tengo que encontrarle.

Estoy a punto de gritar de pura frustración, cuando siento como algo o alguien toca mi pierna, un roce leve, pero estoy segura de que algo me ha tocado. No me lo pienso, me zambullo de cabeza e intento ver algo bajo turbia agua helada. Solo veo lodo, barro, todo es marrón. Estoy sujeta a la cerca solo con una mano para no dejarme llevar por la corriente, y mis fuerzas están llegando a su límite. Me quedo sin aire, tengo que salir a respirar, pero... solo un segundo más. Quizás en ese segundo... Espera... Lo estoy viendo.

Alec está en el fondo, se remueve y lucha por quitarse la chaqueta que se ha quedado enganchada a la valla impidiéndole subir a la superficie para coger aire. ¿Cuánto tiempo lleva así? ¿Cuántos minutos hace que no respira? No creo que pueda aguantar mucho más, pero yo tampoco, me arden los pulmones y siento una enorme presión en mi pecho. Necesito coger aire.

A ninguno de los dos

Johanna

Un esfuerzo más, Jo. Me digo a mí misma. No puedo rendirme ahora. Me impulso hacia abajo soltando el cercado y agarro a Alec por la chaqueta, él me mira un instante y me aparta negando con la cabeza. Sé lo que quiere, que me vaya y le deje ahí. Está loco si cree que voy a hacerle caso. No pienso subir a la superficie sin él.

Agarro su camiseta y tiro con fuerza hacia arriba varias veces, pero no se desengancha. Ahora que la veo mejor, me doy cuenta de que se ha quedado enganchada a la bisagra de la enorme puerta metálica, no creo que pueda sacarla de ahí. Miro a Alec y compruebo que yo tenía razón, se está quedando sin fuerzas. Meto las manos bajo su chaqueta y tiro hacia arriba. Tengo que quitársela como sea. Tras unos cuantos tirones más, consigo hacerlo, le saco la chaqueta por la cabeza y tiro de él hacia arriba.

La corriente nos está llevando a los dos, pero por suerte, estamos dentro del corral. No tardamos en golpear el lateral de la cerca. Tiro de Alec hacia arriba con las pocas fuerzas que me quedan y consigo por fin llenar mis pulmones de aire renovado.

—Alec, ¿estás bien? —pregunto agarrando su cara con ambas manos.

Él tose con fuerza y asiente.

—Estoy bien —contesta entrecortadamente y con la voz afónica.

Miro a mi alrededor intentando encontrar una forma de salir de este lugar. Es imposible que consigamos salir por nuestra cuenta, y quedarse aquí a esperar a que el río baje, no es una opción, nos moriríamos de frío, ya siento como mis brazos y mis piernas están completamente entumecidos.

—Jo, ¿cómo os encontráis? —la voz de Jason a mi espalda, me sobresalta.

No sé cómo ha llegado hasta aquí, pero no voy a molestarte en preguntárselo. Está aquí, y trae una cuerda.

—Estamos bien —contesto sujetando a Alec que casi no consigue

mantenerse a flote, está completamente agotado.

Jay se agarra a la valla junto a mí y me tiende un extremo de la cuerda, el otro supongo que estará amarrado a alguno de los caballos para que puedan tirar de nosotros. Él lleva otra cuerda anudada a la cintura. Entre los dos, agarramos a Alec que parece a punto de perder la consciencia y Jay grita para que empiecen a arrastrarnos. El trayecto es complicado, Alec es un peso muerto, un enorme peso muerto que Jay y yo tenemos que sujetar.

Poco a poco, conseguimos salir del improvisado cauce que ha tomado el río, y no tardamos en llegar a una zona mucho más seca.

—¿Estáis bien? —pregunta Carter agachándose frente a su hermano.

—Estamos bien —contesto—. Alec está agotado. Su chaqueta se quedó enganchada en la bisagra de la puerta de la valla y no le dejaba subir a la superficie —Me arrodillo junto a Alec que está tumbado en el suelo boca arriba y agarro su cara—. Alec, mírame. ¿Cómo estás? —pregunto con preocupación. Su pecho sube y baja de manera violenta marcando el ritmo de su respiración—. Por favor, Nene, contéstame. Dime que estás bien —suplico.

Alec me mira y sonrío levemente.

—Te dije que no hicieras ninguna estupidez —susurra—. Me parece que arriesgar tu vida para salvar la mía, es una gran estupidez.

Sonrío negando con la cabeza.

—Ya sabes que no se me da nada bien seguir órdenes. ¿Cómo estás? Tenemos que llevarte a un hospital.

—No. Estoy bien —Respira profundamente e intenta incorporarse, pero Carter se lo impide.

—Con cuidado, hermano.

—Tranquilo Carter, estoy bien —Se incorpora sentándose y se pasa la mano por el pelo peinándose hacia atrás—. Solo estoy muy cansado, pero me encuentro bien. ¿Qué ha pasado con los animales?

—Están bien. Todos pudieron salir, gracias a ti —señala Patrick.

Alec me mira y frunce el ceño.

—¿Tú estás bien? —Asiento encogiéndome por el frío. Todos estamos empapados, pero Alec, Jay y yo, estamos cubiertos de barro también—. Estás helada. Vámonos de aquí.

Asiento y le ayudo a levantarse. Alec se apoya en mis hombros y entre Carter y Patrick, consiguen subirlo a un caballo.

Alec

Hemos cabalgado hacia la casa de Johanna. Está mucho más cerca que la mía, y yo necesito descansar un rato. Por un momento, creí que no lo superaría. Gasté todas mis energías en intentar soltar mi chaqueta del lugar al que se había enganchado, y cuando me di cuenta de que la única forma de salir de allí, era quitándomela, ya era demasiado tarde, me había quedado sin aire y no conseguía coordinar mis manos para realizar esa tarea. Por suerte, Johanna apareció y consiguió librarme de la pesada prenda justo antes de que perdiera la consciencia. Es una cabezota, le dije que no hiciera ninguna estupidez, y solo se le ocurre lanzarse al agua a por mí. Creo que la amo aún más por eso.

—¿Estás bien? —pregunta mi loca maravillosa ayudándome a bajar del caballo.

—Estoy bien, pequeña. Solo necesito descansar.

—Johanna, ayúdale a subir a tu habitación. Los dos necesitáis descansar —dice Mathew.

Le miro y no me creo lo que está diciendo. Mathew Callaghan acaba no solo de invitarme a quedarme en su casa, también en la habitación de su hija. Creo que eso es algo que nunca creí que ocurriría.

—Gracias —susurro tímidamente.

—Has arriesgado tu vida para salvar mi rancho, creo que eso es lo mínimo que puedo hacer. Estamos en paz, muchacho.

Asiento y miro a Jo que nos observa alucinando. Sí pequeña, tu padre y yo nos estamos llevando bien. Es algo surrealista, pero es real.

—Mi hermano y mis cuñados también necesitan descansar —digo señalando a Carter, Patrick y Jason. Todos me miran sorprendidos por cómo me he referido a Patrick y a Jason. Miro a Jay y le tiendo la mano—. Gracias por tu ayuda. Me alegra haberme equivocado contigo. Quizás algún día llegues a ser un gran vaquero —Jason asiente y aprieta mi mano. Mis ojos van a parar a Patrick, mi hombre de confianza y uno de mis mejores amigos—. Gracias, hermano. Te debo una muy grande —estiro mi mano para darle un apretón, pero cuando él la agarra, tiro hacia mí y le doy un abrazo palmeando su espalda—. Cuida de mi hermano, colega. Recuerda que si le haces daño, te las verás conmigo —susurro en su oído. Patrick sonrío y se aparta de mí. Solo me falta mi hermano, ese hombre que a pesar de vivir conmigo toda mi vida, siempre ha sido un desconocido para mí. Abro mis brazos y tiro de él para abrazarlo con fuerza. Le quiero muchísimo, más de lo que nunca creí—. Lo siento, hermano. Siento no haber podido estar ahí para ti cuando lo necesitaste —balbuceo intentando retener las lágrimas.

—¿No me odias por haber matado a papá? —pregunta con la voz tomada por el llanto.

—Fue un accidente, Carter. No te culpes tú por ello. En cualquier caso, si le guardo resentimiento a alguien, es a él, por haberte tratado como lo hizo. Nunca creas ni una sola de las cosas horribles que te dijo. Tú eres un buen hombre, justo y cariñoso, y yo estoy muy orgulloso de quién eres, independientemente de si te gustan las mujeres, los hombres o las ranas — Carter asiente y se limpia un par de lágrimas que corren por sus mejillas.

Suspiro y busco a Jo con la mirada. Quiero irme a descansar, lo necesito, pero quiero que ella venga conmigo. Ella me mira y sonrío. La forma en la que lo hace, con ese brillo en los ojos... Hace mucho tiempo que no me veía así. Creo que desde aquel fin de semana que pasamos en Asheville hace más de doce años.

—Vamos, estás a punto de caerte redondo en cualquier momento —me dice tendiéndome su mano

La agarro, y me aferro a ella como a una botella de agua en mitad del jodido desierto. No quiero soltarla nunca.

—Patrick, ¿puedes mandar a algún hombre a comprobar que todo va bien en casa? Que les informe que todo está bien y que vamos a quedarnos esta noche aquí en el rancho Callaghan. Mamá y Nad deben estar preocupadas.

—Lo haré, Lobo —afirma Patrick.

Asiento y empezamos a subir las escaleras hacia la habitación de Jo. Nunca había estado en el interior de esta casa, bueno, al menos no en esta parte. Lo único que conozco es la habitación de Jo, de cuando entré por la ventana la noche del baile, hace muchos años.

Al entrar en la estancia, un olor intenso inunda mis fosas nasales, huele a hogar, a Johanna. Cierro los ojos y me dejo llevar por ese delicioso olor, es como si la habitación estuviese impregnada de su esencia. Así es como olía mi habitación cuando Jo vivía conmigo en el rancho.

—Alec, ¿te pasa algo? —inquire Jo.

Abro los ojos y le sonrío.

—Nunca creí que volvería a estar en esta habitación, y aún menos que entraría por la puerta principal. Es algo totalmente irreal.

—Lo sé. Yo estoy tan alucinada como tú —contesta sacudiendo la cabeza con una preciosa sonrisa en los labios.

—Necesito una ducha y dormir un rato —murmuro pasándome la mano por la barba.

—Ven conmigo —Sujeta mi mano y me lleva con ella hacia un baño que está incorporado en la habitación. Solo hay una ducha, un mueble lavamanos y un retrete. Es pequeño, pero completo —. Tienes aquí toallas limpias — señala. Asiento y ella me mira de arriba abajo—. ¿Necesitas ayuda? No quiero que te pegues un leñazo en la ducha.

—Estoy bien, pequeña. No me voy a caer, aunque si quieres acompañarme, no te lo voy a impedir —Desvía la mirada y una arruga cruza su frente demostrándome que mi proposición no ha sido de su agrado—. Tranquila, puedo solo —afirmo en tono neutro.

—Alec, tú y yo tenemos una conversación pendiente, pero ahora no es el momento. Cuando los dos estemos más relajados, hablaremos.

Sonrío de oreja a oreja. Esto es lo que llevo esperando escuchar desde que Johanna regresó a Black Mountain tras el infarto de su padre. Quiere hablar, bien, yo estoy deseando hacerlo.

—Hablaremos cuando quieras —contesto.

Asiente y sale del baño cerrando la puerta a su espalda. Me introduzco en la ducha, no puedo evitar gemir de gusto cuando el agua caliente empieza a caer sobre mi cabeza llevándose con ella todo el barro y la suciedad.

Me paso un buen rato bajo el chorro. Estoy agotado, pero me siento bien, tranquilo y en paz, y eso es porque de alguna manera, he conseguido hacer las paces conmigo mismo. Ya no siento esa rabia y ese resentimiento que me han acompañado a lo largo de casi toda mi vida. Al contrario, ahora solo quiero tranquilidad, ver felices a las personas a las que quiero, empezando por mi pequeña. No sé qué es lo que piensa respecto a nosotros, hace unas horas estábamos el uno perdido en los brazos del otro, pero después intentó huir de mí, de nuevo. Luego con lo de la tormenta, no se ha separado de mí en ningún momento, y ha arriesgado su vida por salvar la mía, pero eso no quiere decir que esté dispuesta a volver conmigo. Es tan cabezota que quizás ahora mismo esté haciendo la maleta para marcharse a Nueva York ahora que Cam ya ha dado a luz. ¿Cómo estará? Espero que todo haya salido bien.

Perdido como estoy en mis pensamientos, ni siquiera me doy cuenta de que la mampara de la ducha se ha abierto.

—¿Hay sitio para una más? —pregunta Jo sobresaltándose.

Me giro hacia ella y sonrío abiertamente extendiendo mi mano para ayudarla a entrar.

—Para ti, siempre —sentencio.

Sonríe tímidamente y entra en la ducha volviendo a cerrar la puerta. La

ayudo a ponerse bajo el agua, y ella también gime al notar la calidez del agua.

—Me siento como si acabara de correr una maratón —susurra apoyando la parte posterior de su cabeza en mi pecho.

La abrazo por la espalda y beso su pelo rodeando su cintura con mis brazos.

—¿Dormirás conmigo esta noche? Te necesito a mi lado, pequeña.

—Lo haré, pero con una condición —Se da la vuelta y rodea mi cuello con sus brazos alzando la cabeza para mirarme a la cara—. Nunca más vuelvas a asustarme así. Creí que habías muerto. No te haces una idea de la desesperación que sentí al ver que no salías del agua.

—Lo siento. La verdad es que yo también me asusté —Respiro profundamente y clavo mis ojos en los suyos—. No quiero morir, pequeña. Tengo demasiadas cosas por las que seguir vivo.

—Más te vale no hacerlo. No puedo dejar a nuestro hijo sin un padre.

—Has vuelto a decir “nuestro” —murmuro sonriente.

—Lo sé —mira hacia el centro de mi pecho y acaricia el colgante que llevo al cuello—. Lo echo de menos. Estaba tan acostumbrada a llevarlo puesto que hoy en día aún sigo buscándolo en mi cuello.

—Es tuyo, mi niña. Cuando lo quieras de vuelta, solo tienes que decirlo. Pero ya sabes lo que conlleva llegar este colgante puesto.

Alza la mirada de nuevo y su mirada taladra la mía dejándome paralizado.

—No vuelvas a romperme el corazón, te lo suplico.

Me quedo bloqueado, sin saber que contestar a eso, durante varios segundos. ¿Acaba de decir que...? ¿Ha dicho lo que creo haber escuchado?

—Nunca más —contesto recuperando la capacidad para expresarme.

—Entiende una cosa, Alec. No confío en ti y no va a ser fácil que recuperes esa confianza, pero puedes lograrlo. Obviamente, para eso no puedes volver a mentirme, ni engañarme, ni ocultarme cosas. Necesito que haya sinceridad completa y absoluta entre nosotros dos.

—La tendrás —digo empezando a respirar con dificultad.

¡Lo está haciendo! ¡Está volviendo conmigo! No puedo creer que esto sea real.

—Hablo en serio, Alec. Estoy hablando en contra de todo lo que me prometí a mí misma que no iba a hacer. Si tienes ganas de sacar a pasear a ese lobo negro, ponle una dichosa correa, o déjame a mí, verás cómo lo amanso con un par de gritos. Pero yo no quiero vivir con un animal salvaje, y mucho menos tenerlo cerca de nuestro pequeño.

—Entendido, nada de animales salvajes —contesto asintiendo de manera automática.

—Bueno... El animal salvaje puedes dejarlo salir en los momentos indicados, por ejemplo, en el sexo. Ahí no me importa que seas un salvaje.

Sonríó negando con la cabeza. Es imposible no amar a esta mujer.

—¿Algo más, señorita Callaghan? —pregunto estrechando su cuerpo contra el mío sin poder dejar de sonreír.

—Solo una cosa más, quiero que me digas que me amas, todos los días.

—Me amas todos los días —digo en broma.

Jo me suelta un manotazo en el brazo y no puedo evitar reír a carcajadas. Pego mi frente a la suya y suspiro.

—Te amo con todo mi ser, y no solo te lo voy a decir cada día del resto de nuestras vidas, también te lo voy a demostrar —susurro contra sus labios.

La beso de forma lenta y suave, saboreando el dulce sabor a fresas silvestres en su lengua.

—Y yo a ti —contesta Jo correspondiendo mi beso.

Me detengo apartando mi boca de la suya y frunzo el ceño.

—¿Y yo a ti? ¡¿En serio?! Llevo casi dos años esperando este momento, y lo único que dices es ¿“Y yo a ti”?

Agarra mi cara con sus manos y pega su frente a la mía.

—Te amo, Alec Wolfheart. He intentado olvidarte de mil formas, pero no lo he logrado, ni nunca lo lograré. Tú has sido, eres, y siempre serás el amor de mi vida. ¿Mejor así?

—Mucho mejor —murmuro justo antes de volver a atacar su boca.

Esta vez nuestro beso es mucho más apasionado y salvaje. Nos comemos en uno al otro, mordiéndonos los labios y entrelazando nuestras lenguas en un baile de lo más sensual.

—Quiero mi colgante de vuelta —susurra apartando su boca de la mía.

—Después —contesto volviendo a besarla y pegando mi endurecido miembro a su bajo vientre.

—Se supone que estabas agotado ¿recuerdas? —vuelve a apartarse de mí sonriendo de manera pícara y yo resoplo pasándome la mano por el pelo mojado.

—Sí, y también se supone que tengo permiso para dejar salir mi lado salvaje en esta situación, así que deja de apartarte de mí de una vez. No hay cansancio en el mundo que vaya a impedir que te haga ver las estrellas.

—¿Muchas estrellas? —murmura mordiéndose el labio inferior de manera

sensual.

Su mano baja por mi cuerpo hasta llegar a mi miembro y le da un apretón provocando que un siseo salga de mis labios apretados.

—Todas las putas constelaciones —contesto arrinconándola contra la pared de la ducha y volviendo a besarla.

Johanna

Me despierto con una sonrisa instalada en mi cara y el aliento de Alec bañando mi cuello. El peso de su brazo en mi cadera, me hace recordar todos los acontecimientos de la noche anterior. Creí que lo perdería para siempre, y después... tenía tantas dudas respecto a nosotros... Cuando me invitó a ducharme con él, quise poner distancia entre nosotros para pensar las cosas con algo más de claridad, pero... ¿Qué más tenía que pensar? Le amo, es el padre de mi hijo, y me ha demostrado con creces que ya no es el mismo hombre que dejé hace casi dos años. Ahora más que nunca, puedo ver en él al Alec de antaño, al adolescente, aquel muchacho divertido y alocado que me robó el corazón cuando era una cría. No voy a mentirme a mí misma, sé que aún nos queda mucho camino por recorrer y Alec va a tener que luchar mucho por ganarse de nuevo mi confianza, pero tengo fe en él. Después de nuestro acalorado encuentro en la ducha, nos acostamos desnudos en la cama y estuvimos hablando de nosotros durante un largo rato, hasta que el cansancio nos venció.

Acaricio el colgante que Alec me colocó anoche en el cuello, y suspiro. Mi colgante, la prueba de amor eterno de los Wolfheart. Con él puesto, me siento completa de nuevo. Como si tras un largo tiempo, mi alma despedazada volviera a unirse pedazo a pedazo.

—Buenos días, pequeña —susurra Alec hundiendo su cara en mi cuello.

—Oye, vagabundo, toca afeitarse. Ese look hípster tuyo, no te pega nada.

—Mmm... ¿No te gusta mi barba? —ronronea rozando el pelo de su cara contra mi clavícula—. Anoche cuando estaba entre tus piernas, juraría que te gustaba que te hiciese cosquillas entre los muslos.

—Prefiero verte la cara —contesto pasando mis dedos entre su frondosa barba.

—Bien, pues a afeitarse entonces —Se levanta de un salto de la cama y empieza a caminar por la habitación completamente desnudo.

—¿Qué buscas? —pregunto aguantando la risa.

—¿Qué voy a ponerme? No creo que mi ropa... —resopla pasándose la mano por el pelo—. ¿Con que me voy a vestir?

—Mira en mi guardarropa, Nene. Tengo un vestido negro que estoy segura de que te quedaría monísimo.

Frunce el ceño y yo suelto las carcajadas que estaba reteniendo.

—Muy graciosa. Por cierto, ¿qué hora es? Parece que la tormenta ya ha pasado —se acerca a la ventana y abre un poco la cortina dejando entrar la luz del día—. Aún llueve, pero muy poco.

—Ya es casi mediodía —contesto tras mirar el reloj—. Voy a ver si te consigo algo de ropa. Estamos en un rancho repleto de hombres, alguno tendrá algo que te sirva.

Me levanto de la cama como dios me trajo al mundo y veo como Alec me repasa con la mirada.

—¿Alguna vez te he dicho lo buenorra que estás? —pregunta sonriendo de medio lado.

—Eres un salido. No me distraigas o acabaremos pasando el resto del día en la cama.

—Por mí, bien.

—Alec, tengo ganas de ver a Johnny. Además, no sé nada de Cam ni del bebé. Me preocupa que el parto no haya salido bien.

—Sí, yo también estoy preocupado por eso.

—Ve afeitándote mientras salgo a buscar la ropa, no tardaré —digo dándole un beso rápido en los labios.

—¿Con qué me afeito? ¿Con una navaja?

—Tienes cuchillas nuevas en el mueble del baño.

—¿Por qué coño tienes cuchillas de afeitar en tu baño?! —pregunta frunciendo el ceño.

Pongo los ojos en blanco por su ataque injustificado de celos.

—Se las dejó mi amante la otra noche —resoplo—. ¿Tú que crees? Me afeito las piernas, Alec.

—Ahh... entonces son cuchillas de esas rositas. Son una mierda.

—Pues es lo que hay. No voy a ir a comprarte cuchillas de afeitar. Lo haces con esas o no lo haces.

—Está bien. Intentaré no dejarme la piel en la hoja —refunfuña.

Ruedo los ojos y al abrir la puerta de la habitación, me encuentro con un lote de ropa bien doblada al lado de la puerta. La recojo y compruebo que es ropa de Alec, unos vaqueros, una camiseta, una chaqueta, ropa interior, y hasta

unas botas.

—Creo que esto es para ti —señalo tendiéndole la ropa.

Alec la coge frunciendo el ceño.

—¿Quién ha traído mi ropa?

—No lo sé. Supongo que lo haría Nad o tu madre. Probablemente estén abajo alguna de las dos.

—¿Crees que han venido con Johnny? —inquiére vistiéndose unos boxers blancos que le quedan de muerte.

—No lo sé. Si te das prisa, lo comprobamos juntos.

—¿Me ayudas con esto? —Señala su barba y yo asiento caminando hacia el baño.

Nos pasamos un buen rato sacando esa mata de pelo de su cara. Alec refunfuña cada vez que la cuchilla se clava en su piel haciéndole pequeños cortecitos, pero al final acaba embadurnándome de espuma y nos reímos como dos tontos entre besos y arrumacos.

Echaba de menos estar así con él, solo disfrutando de su compañía. Bromeando, riendo y sintiéndolo cerca de mí. Esta felicidad que siento ahora mismo, es todo lo que necesito.

Alec

Bajamos las escaleras cogidos de la mano y no puedo evitar sonreír como un idiota enamorado. Lo he hecho. He conseguido recuperarla, y esta vez no voy a volver a perderla. Pienso dedicar mi vida entera a hacerla feliz.

Entramos en el salón y compruebo que Jo tenía razón. Mi hermana y mi madre están sentadas en el sofá charlando con Jay, Carter, Patrick y Mathew.

—Buenos días, tortolitos —nos saluda mi hermano con su perene sonrisa—. Estábamos pensando llamar a los bomberos para que echaran la puerta abajo. Aunque probablemente tendrían que llevar con ellos maquinaria pesada para poder despegaros al uno del otro.

Jo le fulmina con la mirada y él se parte de risa de su propio chiste mientras los demás intentan aguantarse la risa.

—¿Eso que escucho es envidia, hermano? —inquiéro sonriendo de manera pilla—. ¿Qué pasa? ¿Tu novio no te da caña?

Patrick escupe el trago de refresco que se estaba bebiendo y empieza a toser de manera violenta.

—¿De verdad quieres saber eso, hermanito? —replica Carter alzando

ambas cejas.

Carraspeo y niego con la cabeza.

—Mejor no. Olvídalo.

—Ya me lo parecía —sentencia sonriendo—. Por cierto, está bien poder verte la cara sin tanto pelo por en medio. Ese look a lo pordiosero no te pegaba nada.

Me acerco a mi madre que tiene a mi hijo sobre sus piernas, y le doy un beso en la mejilla.

—Hola, mamá. ¿Qué haces aquí?

—Me han contado lo que pasó. ¿Cómo estás, hijo? —pregunta con preocupación.

—Estoy bien. Completamente recuperado— Johnny al verme estira sus brazos hacia mí llamando mi atención—. ¿Cómo está el niño más guapo del mundo? —le abrazo y beso su cabeza mientras el balbucea repetidamente “Pápá”. Me encanta escucharle llamándome así. Mete la mano bajo mi camiseta y frunce el ceño al no encontrar el colgante con el que tanto le gusta jugar. Me mira y hace una mueca con los labios como si estuviese a punto de echarse a llorar—. ¡Eh! Nada de llorar, Cachorrito. El colgante lo tiene mamá —. Jo se acerca a nosotros y saca el colgante de debajo de su camiseta mostrándoselo al pequeño. Este abre los ojos como platos y sonrío agarrándolo y olvidando su anterior “casi rabieta”.

—Entonces, ¿es oficial? —pregunta Nadia—. ¿Volvéis a estar juntos? — Jo y yo nos miramos y asentimos sonriendo levemente—. ¡Genial! Ya era hora —Nad se levanta y se acerca a Jason, le abraza por la cintura y le sonrío de manera coqueta—. Cariño, ahora mismo te estoy presentando mi dimisión.

Jason suelta una carcajada abrazándola por los hombros.

—Eso ya me lo esperaba. Por eso he comprado una casa cerca de aquí — contesta.

—Espera... ¿Una casa? ¿Vamos a vivir juntos?

—Esa es la idea.

—¿Sin casarnos? ¿Viviremos en pecado?

Jay traga saliva y la mira confundido. El pobre chaval lo está pasando mal, me da pena incluso a mí.

—Eh... Yo creí... pensaba pedírtelo más adelante, pero... Verás...

—Jay, es broma —aclara Nadia entre carcajadas—. Me encanta vivir en pecado —Alza las cejas de manera sugerente y Jason se ruboriza de tal manera que podría ser confundido con un chorizo.

—¿Sabéis algo de Cam? —pregunta Johanna cogiendo al niño de mis brazos.

—Sí —contesta su padre—. Todo ha salido bien. Han tenido un precioso niño, un poco pequeño, pero muy sano.

Veo como Jo suspira y sonríe de oreja a oreja. La verdad es que yo también me alegro mucho por ellos. Se merecen toda la felicidad que puedan recibir.

—¿Rob y Megan? ¿El rancho Anderson fue afectado por el huracán?

—No, llamaron esta mañana nada más se repusieron las líneas telefónicas. Querían saber cómo estamos tras la tormenta y si fueron muchos los daños materiales.

Jo suspira y se echa el pelo hacia atrás.

—Han sido demasiados ¿verdad? —pregunta en un susurro.

—Sí, hija. Casi todos los pastos están destrozados. Han muerto algunos animales, pero lo harán muchos más cuando se acabe la poca comida que queda en los pastos que no han sido afectados por la tormenta. Estamos arruinados. No hay nada que podamos hacer.

—Eso no puede ser —dice Carter—. ¿No podéis pedir otro préstamo para resembrar?

—Ya he hipotecado el rancho, la casa, las tierras, todo —contesta Jo—. Ahora mismo, no podremos hacernos cargo de los pagos de la hipoteca y el banco lo sabe. No nos darán más dinero, y aunque lo hicieran... ¿Qué haríamos con los animales? Resembrar lleva mucho tiempo, se morirían de hambre de todos modos. La única opción es vender el rancho y el ganado, con un poco de suerte podremos cubrir los gastos de la hipoteca y salvaremos la casa.

—Jo, tengo algo que decirte —murmuro mordiéndome el labio inferior de manera nerviosa. No sé cómo se va a tomar lo que estoy a punto de confesar.

—¿Qué pasa, Alec? No te muerdas el labio, me estás acojonando.

—Es que... He hecho algo, y no quiero que te enfades conmigo. Te juro que pensaba contártelo, pero todo ha pasado muy rápido y ni siquiera me acordé de decírtelo hasta ahora.

—Alec, habla de una vez.

Respiro hondo y me preparo mentalmente para escuchar sus gritos. Joder, de verdad que no me acordé de decírselo anoche, y ahora tengo miedo de que ella piense que se lo estaba ocultando deliberadamente.

—La hipoteca del racho... eh... no existe.

—¿Cómo que no existe?! Yo misma la solicité.

—Ya, bueno... eh... yo la cancelé. Hablé con el director y pagué la deuda. No les debes ni un centavo.

—¿Qué?! ¿Te has vuelto loco?! ¿Por qué?

—No te enfades, ¿vale?

—¡Maldita sea, Wolfheart! ¡Deja de decir eso que me estás poniendo de los nervios!

—No podía permitir que pudieras perder el ranho. Algo podría haber salido mal, exactamente como salió con esto de la tormenta. Esta es tu casa, son tus tierras, las que algún día pertenecerán a mi hijo, no quise arriesgarme.

—Esto es increíble.

—Piénsalo de este modo, ahora no hay ningún problema en que pidas un nuevo préstamo, porque supongo que no vas a aceptar que te ayude.

—¿Más?! Al parecer te debo un montón de dinero —Resopla y se peina el pelo hacia atrás—. Vale, aunque sea así, puedo pedir un nuevo préstamo, pero el problema de los pastos persiste. El ganado morirá a falta de comida.

—No, si mandamos los animales a mis tierras. A mí me sobran pastos, pueden estar allí hasta que resembres los vuestros.

—¿Queréis dejaros de tonterías de una vez?! —exclama Mathew cruzándose de brazos. Todos le miramos sin entender a qué viene esa reacción. Él resopla y pone los ojos en blanco—. Derribad esa maldita valla que divide los terrenos, y haced de los dos ranchos uno solo.

—Papá, ¿de qué demonios estás hablando? —inquire Jo.

—Hija, vamos a ser realistas, tarde o temprano tú acabarás casándote con el impresentable este —Me señala con la mano y Carter suelta una carcajada ganándose una mirada asesina por mi parte—. Los dos ranchos acabarán uniéndose. Si no es ahora, será cuando pertenezca a vuestros hijos. Ellos serán los herederos de ambos. ¿Por qué os complicáis tanto la vida con préstamos, bancos, y todo lo demás? Juntad las tierras y trabajad juntos para sacarlas adelante.

—Papá, te recuerdo que el rancho Callaghan, es tuyo, no mío.

—¡Bah! Eso son minucias. El rancho es tuyo, te lo regalo. Yo ya estoy demasiado mayor para pelearme con el ganado, los trabajadores, y todos esos engorros. Quiero vivir mi jubilación tranquilo. Por cierto —Me mira y alza la barbilla—, voy a pedirle a tu madre que se case conmigo. Espero que eso no sea un problema para ti.

¿Qué?! ¿Ha dicho que va a hacer qué?! Escucho el jadeo de mi madre y

Carter vuelve a partirse el culo de risa.

—¿Me estás pidiendo permiso? —pregunto frunciendo el ceño.

—No. Estoy haciendo un trato contigo, Lobo. Yo me quedo con tu madre, y tú con mi hija y mi rancho. Creo que es un trato justo.

—¡Papá! —exclama Jo en tono de regaño.

—¡Vamos hija! Deja ya de complicarte la vida. Sé feliz de una vez.

No puedo evitar acompañar a Carter en sus carcajadas, yo y todos los presentes, excluyendo a Johanna que intenta aguantarse la risa.

—Por una vez, y sin que sirva de precedente, voy a darle la razón a tu padre —señalo acercándome a ella y abrazándola por la cintura—. Hagámoslo. Derribemos esa maldita valla que ha dividido nuestros ranchos y nuestros apellidos durante tantas generaciones. ¿Qué dices, pequeña?

—¿Me vas a dejar opinar? Tú eres más de hacer las cosas y después informarme —farfulla mirándome de reojo.

—Esta vez voy a hacer una concesión —contesto en broma.

Jo respira hondo y asiente. Me mira alzando la barbilla y me señala con el dedo.

—No pienses ni por un segundo que te vas a librar de la bronca por haber hecho lo de la hipoteca a mis espaldas. Esa me la tengo guardada.

—Bien, ya me gritarás después de comer. Estoy muerto de hambre —susurro mordiendo su cuello.

Ella suelta un gritillo y me golpea el brazo para apartarme.

—Vayamos a comer antes de que estos dos se pongan melosos —intercede Carter. Como siempre, no sabe estar más de cinco minutos sin soltar alguna de sus pullas.

3 meses después

—¿De verdad vas a meterte ahí dentro? —pregunta Jo haciendo una mueca.

Miro hacia mi improvisada cabaña y asiento. No es gran cosa, pero no he podido hacer nada mejor. Se supone que el ritual Inipi debe llevarse a cabo en una cabaña en forma de iglú, la estructura está hecha de ramas de árbol y después la he cubierto con gruesas mantas para que el calor no se escape. Dentro ya están las piedras calientes, al rojo vivo, así que la cosa se va a poner calentita enseguida. Holly decía que es un ritual de purificación del alma, una forma de limpiar todos tus pecados y tus malos actos, así que me

temo que voy a tener que sudar la gota gorda, mis pecados son muchos.

—No es peligroso —contesto dejando un cubo con agua que acabo de recoger de la poza junto a la entrada de la cabaña.

—Alec, puede darte un golpe de calor. Podrías morir asfixiado ahí dentro —insiste.

Me acerco a ella sonriendo y cojo a Johnny de sus brazos antes de besarla en los labios.

—No va a pasar nada. Además, tú estás aquí, a mi lado. Si algo me pasa, acudirás en mi ayuda.

—No estoy segura. Recuérdate por qué quieres hacer esto. A mí me parece una soberana estupidez. ¿Qué ganas con meterte en un iglú a sesenta grados de temperatura y sudar como un cerdo? Es como una jodida sauna casera.

—Me reprendes cuando digo tacos delante del niño, pero tú hablas como una camionera —señalo alzando una ceja. Jo resopla y pone los ojos en blanco—. Ya sabes por qué lo hago. Holly insistió en que sería algo bueno para mí, y quiero hacer esto por ella. No te preocupes. Dame un beso y espérame aquí, ¿quieres? Te prometo que no tardaré.

—Veinte minutos, como no salgas, le doy una patada a la put... puñetera cabaña y la echo abajo.

—Qué sí, camionera —Le doy un beso largo y me despido de las dos personas más importantes de mi vida con la mano, antes de entrar en la cabaña.

Nada más entrar, una ola de calor impacta contra mi cara. Tiro el primer cazo de agua sobre las piedras calientes, y una nube de vapor inunda el pequeño lugar dejándome sin respiración.

—Me siento como una salchicha —murmuro para mí.

Intento alejarme de las piedras lo máximo posible, ya que solo el tenerlas cerca, da la impresión de estar en el mismísimo infierno, pero no puedo ir muy lejos. La cabaña no mide más de dos metros de diámetro con una altura de metro y medio.

Tras unos minutos, ya tengo la ropa completamente empapada de sudor, siento como mis pulmones cogen aire caliente y cargado que no me facilita en nada la acción de respirar. En este momento me planteo de verdad los motivos por los cuales estoy haciendo esta locura. ¿Qué tiene esto de purificante? ¿Sudar más que una puta en una iglesia, va a ayudarme a limpiar mi alma?

Sacudo la cabeza notando como mi cuerpo empapado en sudor comienza a

relajarse. Tengo mucha sed, y mis sentidos están empezando a ralentizarse a causa de la falta de oxígeno. Cuando mi visión empieza a nublarse, tomo la decisión de salir de la cabaña. Me muevo para intentar levantarme, pero mis músculos no me responden. Quiero gritar, patalear, pero una vez más, ningún sonido sale de mi garganta y mis extremidades no se mueven ni un milímetro.

—Me alegra verte aquí, Alec —Una voz que conozco muy bien, se cuela en mi cerebro. Es la voz de Holly. ¿Cómo es posible? ¿Estoy muerto? ¿Me he muerto asfixiado en esta maldita tienda de campaña hecha de basura? Es una forma extremadamente patética de morir. En mi epitafio pondrán: Murió por gilipollas. Se asfixió voluntariamente—. Tranquilo, no estás muerto —vuelve a hablar esa voz.

Giro mis ojos hacia la procedencia de ese sonido, y distingo una figura de mujer, es algo traslucida y... ¿Qué mierda estoy pensando? ¿Traslucida? ¿Cómo es posible que una persona sea traslucida? Pero si vamos a esas, ¿Qué demonios hago yo escuchando y viendo a una persona que está muerta? Suspiro y abro los ojos con una nueva determinación. No sé si estoy muerto, soñando, o hasta el culo de anfetaminas, pero tengo a mi pajarita frente a mí mirándome con una sonrisa en la cara.

—¿Pajarita? —Me sorprende al escuchar mi voz, ya que no he movido los labios.

—Sí, Alec. Soy yo. Llevo un tiempo esperando a que vengas. ¿Por qué has tardado tanto?

—No entiendo una puta mierda. Tú estás muerta.

—Sí, y deja de decir tacos. Tu hijo podría escucharte —añade en broma.

—Dios, pajarita. Te echo mucho de menos. ¿Por qué hiciste esa estupidez? Podrías haberlo hablado conmigo, lo habríamos resuelto juntos.

—No he venido aquí a hablar de mí, Alec. Lo hecho, hecho está y no puede cambiarse. Lo que quiero es advertirte y aconsejarte.

—¿El qué? ¿Qué pasa? No me digas que se avecinan nuevos problemas. Finalmente he conseguido recuperar a mi mujer y a mi hijo, hemos unido los ranchos convirtiéndolos en uno solo, la vida me sonrío y soy feliz.

—Lo sé, y eso no va a cambiar. No es por ti por quien temo. Tú tendrás una buena vida junto a tu mujer y tus hijos.

—¿Hijos? Solo tengo uno.

—Por ahora —añade sonriendo de oreja a oreja.

Sonrío y asiento.

—Si no es por mí, ¿por quién temes?

Holly me mira fijamente y su mirada se ensombrece.

—Tienes que cuidar de ella Alec, guiarla en su viaje. Tú ya has pasado por eso, te has dejado llevar por la rabia, el resentimiento, y los deseos de venganza. Sabes que ese camino no lleva a ningún lado más que a la autodestrucción.

—¿De qué hablas? ¿A quién tengo que cuidar?

—A mi hermana. Juls necesita tu ayuda. Está tan ciega de dolor, que no se da cuenta de que va a destruir no solo su propia vida, también la de él.

—¿La de quién? No entiendo nada Holly.

—No puedo contarte mucho más, pero eres un chico listo y estoy segura que lo entenderás todo cuando Juls vuelva a casa. No todo es lo que parece, Alec. No juzgues a alguien sin conocerlo. Los buenos no son tan buenos, ni los malos tan malos. Prométeme que le tenderás tu mano.

—¿A quién? ¿A Juls? —pregunto confundido.

Holly resopla y chasquea la lengua.

—No, idiota. A Nathan. ¿Es que no me escuchas cuando te hablo?

—¿A Nathan? ¿Al tipo que se aprovechó de ti? ¿Por qué demonios iba a ayudarle?!

—Porque te lo estoy pidiendo yo —replica alzando la barbilla. Respira hondo y su expresión se suaviza—. Va a necesitar a un amigo, y Juls... ella necesitará a alguien que no permita que se pierda a sí misma. Cometerá muchos errores, algunos de ellos irreparables, pero con tu ayuda lo superará y logrará finalmente ser feliz.

—No entiendo nada, Holly.

—Lo entenderás, hermano. Ahora tengo que irme. Recuerda que siempre cuidaré de vosotros.

—Holly no te vayas —suplico sintiendo como las lágrimas corren por mis mejillas mezclándose con las gotas de sudor.

—Adiós Alec. Cuida de tu familia y de la mía, y por cierto, no seas muy duro con él. Johnny será un buen hombre, pero algunas personas no tienen la capacidad de reconocer sus propios sentimientos, eso no significa que no puedan amar, solo lo hacen de forma distinta. Al final se dará cuenta de lo que realmente importa en la vida —Sonríe una última vez y sin más desaparece dejándome solo en la cabaña infernal.

Me froto los ojos dándome cuenta de que ya soy capaz de moverme, y espero unos segundos antes de incorporarme. ¿Esto ha sido real? ¿Acabo de ver y hablar con Holly? ¿Cómo es posible? Ella está muerta. Quizás haya sido

un golpe de calor, puede que me lo haya imaginado todo, pero sus palabras... Me ha dicho que cuide de Juls, y que ayude a Nathan. ¿Por qué me pediría algo así, Holly? Resoplo pasándome la mano por el pelo. Supongo que si todo esto es real o no, solo lo descubriré a su debido tiempo. Hasta entonces, pienso disfrutar de mi vida junto a mi familia.

Con los ánimos renovados, salgo de la cabaña y veo a Johanna sentada bajo nuestro árbol jugando con nuestro pequeño. Al escucharme, alza la mirada hacia mí y frunce el ceño.

—Has tardado mucho. Estaba a punto de ir a buscarte.

—Ya estoy aquí —informo secándome el sudor con la camiseta húmeda. Me siento a su lado y Johnny estira sus brazos hacia mí para que lo coja.

—Estás rojo como un pimiento. Espero que hayas encontrado lo que sea que andabas buscando.

—Sí, lo he hecho. La verdad es que me siento mucho mejor. Más liviano.

—Eso es por la sudada que te has metido. Habrás perdido un par de quilos. Si Megan se entera de esto, te pedirá prestada la cabaña esa. Está obsesionada con que el vestido de novia la hace gorda.

Suelto una carcajada negando con la cabeza. La boda de Megan y Rob es dentro de una semana, y la amiga de Jo la está volviendo loca con los preparativos.

—¿Has pensado en lo que te dije? Podríamos montar una boda doble, así solo te quebrarías la cabeza una vez.

—De eso nada. No quiero que Meg me quite todo el protagonismo el día de mi boda —suelta como si nada.

—Espera... ¿Eso quiere decir que sí vamos a casarnos? —pregunto sorprendido.

—Sí, en algún momento tendremos que hacerlo —contesta aguantándose la risa.

—Johanna, no juegues conmigo. Llevo dos meses insistiendo en esto y siempre me dices que es muy pronto.

—Es que es muy pronto.

—Está bien, dame una fecha.

—Alec, no empieces.

—Una fecha, solo te pido eso.

Suspira y me mira fijamente.

—Está bien, ocho meses.

—¿Ocho meses? ¿Y si lo dejamos en seis? Por eso de redondear.

Suelta una carcajada y niega con la cabeza.

—Sabía que intentarías negociar, por eso dije ocho. Está bien, seis meses.

Sonrío de oreja a oreja y la beso. Johnny nos interrumpe llamando mi atención, y dejo que vaya a jugar con Wolfy y Silver, la cachorra ya se ha convertido en un miembro más de la familia, y ella y Wolfy son inseparables.

—Lo estamos haciendo —susurra Jo con la cabeza apoyada en mi pecho mientras yo la abrazo por los hombros—. Dijiste que algún día vendríamos aquí con nuestros hijos, y bajo este árbol, les contaríamos que aquí empezó todo.

—Sí, Johnny ya está aquí, ahora solo falta... —Pongo una mano sobre su vientre y ella se aparta de mí, me mira y clava un dedo en mi pecho.

—Ni se te ocurra, Wolfheart. No vas a preñarme, olvídale. Acabo de decirte que sí a la boda, y ya me sales con esto, es que eres... eres...

—¿Guapo, seductor, increíblemente sexy? —pregunto en tono burlón.

—Grrr... eres imposible.

—Lo sé, pero me quieres de todos modos —digo abrazándola de nuevo.

—Cierto, no cambiaría a mi Lobo por nada del mundo, a ninguno de los dos.

fin

Epílogo

Cierro los ojos bajo el pañuelo de tela que mi padre acaba de poner sobre mis ojos, y suspiro. Mi corazón late a toda velocidad por el miedo. Tengo miedo de quedarme aquí solo toda la noche. Eso fue lo que me explicó papá antes de marcharse, que para ser un hombre, tengo que superar este ritual, quedándome solo en mitad de la montaña y con los ojos vendados.

Van pasando los minutos, no sé cuánto tiempo llevo sentado sobre el tronco de este árbol, pero los sonidos que antes me resultaban tan aterradores, ya no me molestan, consigo identificarlos a la perfección, el viento agitando las ramas de los árboles, las ardillas correteando, los roedores buscando su comida.

Sonrío y me tumbo de espaldas en el tronco para seguir disfrutando de los sonidos que este lugar me ofrece. Me siento genial, como si todos mis sentidos estuviesen en consonancia con la naturaleza. No pienso en nada, solo me dejo llevar.

—¿No piensas quitarte la venda? —La voz de mi padre me sobresalta y me siento de golpe quitándome el pañuelo a toda prisa.

La luz del sol me ciega y tengo que cerrar los ojos con fuerza. ¿Cuándo ha amanecido? Y ¿cómo es que no he escuchado las pisadas de mi padre al llegar?

—¿Cuándo has llegado, papá? No te he escuchado —digo entrecerrando los ojos.

Él me sonrío y pone una mano sobre mi hombro.

—Nunca me he ido, hijo —contesta sonriendo.

—¿Has pasado aquí toda la noche? Pero dijiste...

—Sé lo que dije, pero no creerías que iba a dejarte solo en mitad de la montaña durante una noche entera ¿verdad? —Niega con la cabeza—. Si llego a casa sin ti, tu madre me corta las pelotas.

—Has dicho un taco —señalo tras soltar una carcajada.

—Ahora ya eres un hombre, tienes trece años, puedo decir tacos frente a ti.

—¿Yo también puedo decirlos? —pregunto alzando una ceja.

—Siempre que tu madre no se entere, sí.

—Si tú no te chivas, yo tampoco ¿hay trato? —Estiro mi mano y mi padre la aprieta poniendo su otra mano sobre mi cabeza.

—Tenemos que irnos, Cachorrito. Tu madre ya debe estar de los nervios. Se supone que tendríamos que haber llegado hace más de una hora.

—Papá, he superado el ritual ¿verdad? —Mi padre asiente—. Eso significa que ya soy un hombre —Vuelve a asentir—. ¿No crees que ha llegado el momento de dejar de llamarme Cachorrito?

Papá suelta una carcajada y asiente.

—Está bien, Johnny —Alzo una ceja y él hace una mueca—. ¿Así tampoco? Vale, está bien. Vámonos de una vez, John.

Asiento dando por buena su respuesta y empezamos a bajar la montaña hacia donde tenemos nuestros caballos. Yahto, mi caballo, relincha nada más verme llegar. Kitchi, su padre, resopla como si estuviese cansado de él, y eso me hace sonreír.

En un principio mi caballo se llamaba “Ito”, cuando era pequeño solía comerme las silabas, así que una forma de decir caballito, para mí era Ito. Eso fue hasta que la pesada de mi prima Holly empezó a aprender palabras en lengua Sioux. Me dijo que Yahto significa azul en el idioma de sus antepasados, y desde entonces así se llama. Además, le pega, ya que su pelaje es de un color gris azulado.

Cabalgamos hacia casa riéndonos de la última travesura de mi hermana Katie, solo a ella se le ocurre utilizar uno de los sombreros de papá como orinal. Fue divertido ver a papá con la cabeza cubierta de caca de mi hermana pequeña. Aunque a veces es una pesadilla estar con ella, yo la quiero mucho. Soy su hermano mayor, y tengo que cuidarla.

—Algún día os cansareis de ella y la daréis en adopción —bromeo con papá bajando del caballo cuando llegamos a casa.

—Tampoco exageres. Solo tiene tres años, tú a esa edad eras mucho peor —Rodea mi hombro con sus brazos y empezamos a caminar por el jardín hacia la entrada de la casa—. Además, tu madre...

—Te cortaría las pelotas, lo sé —termino por él.

Papá me da un golpe en la nuca en broma y entramos en casa partiéndonos de risa.

—Papá, Johnny —grita mi hermana al vernos llegar. Mi padre se agacha frente a ella y la coge en brazos.

—¿Qué pasa, cariño?

—Vamos a comer pastel. Es el cumpleaños de Johnny.

—Por la tarde, enana. Ahora vamos a desayunar —aclara mamá llegando junto a nosotros.

Se acerca a mí, y tal como ya esperaba, me abraza dándome besos por toda la cara.

—¡Mamá! —me quejo intentando apartarla de mí.

—¡Ay, mi Cachorrito se está haciendo mayor! —lloriquea sin soltarme.

Hago una mueca y miro a mi padre buscando su ayuda.

—Pequeña, deja al muchacho que lo estás agobiando. Además, creo que ha llegado el momento de llamarle por su nombre. Ya no tiene edad para que le digamos Cachorrito.

—¿Qué? ¡No! De eso nada. Siempre va a ser mi Cachorrito —Intenta volver a abrazarme, pero mi padre está rápido en reflejos y la sujeta abrazándola por la cintura, antes de que pueda alcanzarme.

—¿Piensas que puedes librarte de mí, Cachorrito? —inquieta mamá alzando una ceja y con media sonrisa—. Ahí dentro están tus abuelos, tus tíos, y demás familia. A ver cómo te libras de sus demostraciones de cariño. Todos están deseando felicitarte por tu cumpleaños.

Mi cara debe ser de puro terror, porque mi padre empieza a morderse el labio inferior como hago yo cuando me pongo nervioso.

—¿Están todos, todos? —pregunta papá.

—Sí, tu hermana y Jay acaban de llegar con tu sobrina. Alec, tienes que verla, está preciosa con su vestidito rosa.

Papá sonrío dejando a Katie en el suelo y abraza a mamá pegándose a ella.

—Mi niña, si tanto te gusta la bebé de mi hermana, yo puedo darte uno —murmura sonriendo.

—Vale, si vais a hablar de hacer bebés, mejor yo me voy a enfrentarme a las fieras —digo para interrumpirles antes de que se pagan cariñosos el uno con el otro. Tienen la mala costumbre de ir besándose por las esquinas como dos adolescentes, o eso es lo que dice el tío Carter.

—Nadie va a hacer ningún bebé —afirma mi madre apartando a papá de ella de un empujón—. Ya tenemos suficiente con las gamberradas de tu hermana.

—¿La tía Juls también ha venido ya? —pregunto.

—Sí, y antes que me lo preguntes, tu tío y Holly también. Creo que ella ha preguntado ya una docena de veces por ti.

—Pero... ¿qué les pasa a todos? ¿No les dijiste que la fiesta era solo por la tarde? —se queja mi padre.

—Sí, se los dije, pero tenían ganas de felicitar a nuestro Cachorrito y se han presentado a desayunar.

Papá bufá y se pasa una mano por el pelo como hace siempre que se siente frustrado.

—¿Nuestros padres también han venido?

—Sí, están todos en el jardín trasero. Solo falta Patrick, está en el establo con Eric y Mason. Y tu tía Laura vendrá en un rato-

—¡Genial! Voy con ellos al establo —propongo para intentar escapar de la que me va a caer cuando llegue al jardín.

Mis abuelos, mis tíos, y todos los adultos que estén allí, van a empezar a abrazarme y a darme besos para felicitar me, especialmente la tía Meg, que tiene la costumbre de pellizcarme las mejillas como si aún tuviese cuatro años. Prefiero irme al establo, con el tío Patrick y mis primos. Eric, el hijo de la tía Cam y el tío Chris, y Mason, el hijo de mis tíos Carter y Patrick.

—Ni hablar. ¿Quieres ser un hombre? Compórtate como uno. Ve al jardín y aguanta como un campeón todas las muestras de cariño que quieran darte. Después ya irás a jugar con tus primos —Ordena mi madre alzando la barbilla. Cuando se pone así, sé que es inútil insistir, no va a dar su brazo a torcer.

—¿Holly está en el jardín? —pregunto pensando que al menos me queda mi mejor amiga, quizás ella pueda servirme de escudo.

—Sí, y tu primo Robbie también.

—El pedante de Robert —me quejo.

—No hables así de tu primo, Johnny —me regaña mamá—. Solo es algo... especial.

—Es pedante, mamá. Puedes decirlo, es la verdad.

Mi padre suelta una carcajada y mamá le da un codazo asesinándole con la mirada.

—Cierto, no le llames pedante a tu primo, John —dice papá intentando retener la risa—. Aunque lo sea, no se lo llames.

—¡Alec! —Mamá le golpea en el brazo y resopla negando con la cabeza mientras papá y yo nos partimos de risa.

—Vale, se acabaron las risitas. Tú —Mamá me señala con el dedo—, al jardín. Tú —Esta vez señala a papá—, ve al establo a buscar a Patrick y a los niños. Y tú, pequeña —Coge a mi hermana en brazos y besa su mejilla—, tú

vas a ayudar a mamá y a la abuela a terminar el desayuno ¿verdad?

La pequeña empieza a dar palmas y mamá nos mira alzando una ceja. No perdemos el tiempo, cada uno se va por su camino a cumplir la tarea que nos han encomendado.

Tras aguantar, cientos de besos, abrazos y pellizcos en las mejillas, por parte de mi familia, me voy al establo acompañado únicamente por Manchas, mi perro. Su nombre no tiene ningún sentido, ya que es hijo del que fue mi mejor amigo desde que nací, Wolfy. Él y nuestra perra Silver, murieron hace un par de años. Fue muy duro para mí, tener que separarme de él, pero como consuelo, me dejó a uno de los cachorros de su última camada, el nombre se lo puso mi hermana. La verdad es que temo que el pobre perro coja algún tipo de trauma, ya que su pelaje es completamente gris y liso, no tiene mancha alguna por ningún sitio.

—¿Qué haces aquí tan solo? ¿Sigues escondiéndote de tu abuelo? ¿Aún quiere que vayas a pasar el fin de semana con él y con tu abuela? —pregunta Holly sentándose a mi lado sobre el fardo de paja que estoy usando como asiento.

—No, papá ha conseguido convencerle para que no insista en llevarme a su casa. A cambio, ha tenido que jugar a las cartas con él durante casi una hora. No sé cómo le aguanta.

—Es su suegro y su padrastro, se supone que tiene que aguantarlo a la fuerza.

—Viéndolo así... tienes razón —contesto sonriendo.

—Esa incapacidad para socializar que tienes, no es nada buena, Johnny. Se supone que deberías estar agradecido por rodearte de personas que te quieren, y no haces más que quejarte.

—No me gustan las muestras de cariño, no creo que eso sea algo tan grave.

—Pues lo es. Imagínate que sigues pensando así dentro de unos años. ¿Nunca vas a tener novia? ¿Nunca vas a besar a una chica? —Me encojo de hombros a modo de respuesta, pero Holly no se da por vencida, es así de cabezota—. Johnny, algún día tendrás que hacerlo.

—¿El qué? ¿Besar a una chica? —Holly asiente—. Muy bien —. Acerco mi boca a la suya y le doy un beso en los labios—. Ya está, algo que me he quitado de encima —resuelvo levantándome.

—¡Niño, tú eres imbécil! —grita empujándome.

—¿A ti qué te pasa?! Solo ha sido un beso. Es una tontería, Holls.

—Lo que yo digo, eres tonto de remate —resopla y se va del establo a

toda prisa y con un cabreo monumental.

—¡Holly! ¡Holly! —la llamo a gritos, pero no se detiene.

Suspiro y vuelvo a sentarme sobre el fardo de paja. ¿Por qué se ha puesto así por un beso? Solo son labios pegándose, no es para tanto.

—Colega, las mujeres están todas locas —murmuro mirando hacia el perro.

Holly

Corro por el jardín maldiciendo al capullo de Johnny. ¿Cómo se atreve a besarme así como si nada? ¡Era mi primer beso! No tenía derecho a hacerlo de ese modo, y después... La forma en la que dijo eso de “Ya me lo he quitado de encima”. ¿Es que todos los chicos son imbéciles?

—Maldito hijo de...

—¡Niña! Será mejor que no acabes esa frase —Dice mi abuela Laura sobresaltándome. En realidad no es mi abuela, pero es lo más parecido que tengo a una.

—Lo siento —murmuro rechinando los dientes—. Es que ese maldito Wolfheart...

—¿Jonathan? ¿Qué te ha hecho ese muchacho? Creí que era tu mejor amigo.

—Lo es, cuando no se comporta como un capullo.

Laura suelta una carcajada, y yo resoplo sentándome junto a ella.

—Hija, no te pongas así. Tiene pene, no se le puede pedir más. El muy tonto no se da cuenta de que te gusta.

—¿Qué? A mí no... Solo somos amigos —farfullo poniéndome nerviosa.

—Claro, y yo soy la virgen María —pone una mano sobre la mía y me sonrío—. Aún sois muy jóvenes. Quizás descubras que él no es el indicado para ti, o puede que él se dé cuenta de tus sentimientos. Tenéis toda una vida por delante. El destino no está escrito.

Asiento y las dos nos quedamos en silencio un buen rato. Tiene razón. Solo tengo once años, probablemente este cariño especial que siento por Johnny, se me pase cuando conozca a algún otro chico. Pero es que es tan guapo... y tiene esa incapacidad para relacionarse con las demás personas... Mierda, estoy muy jodida.

Agradecimientos

Aquí estamos de nuevo. Si estás leyendo esto es que a has llegado al final de esta historia. Gracias, muchas gracias por haberle dado la oportunidad a mi lobo de entrar en tu vida por un espacio breve de tiempo. Espero de todo corazón que te haya enamorado tanto como a mí.

En los agradecimientos de la primera parte de esta bilogía, me propuse no hacer de esta sección un relato de seis páginas (eso es algo común en mí), pero tras pensarlo un momento, me dije: ¡Qué coño! Es mi libro, si quiero escribir media biblia en los agradecimientos, lo hago. Así que allá vamos.

Para empezar, quiero agradecer a mis queridas bipolares todo su apoyo. Esas chicas son de lo mejorcito que he podido encontrar. Gracias chicas por sacar el látigo y animarme a seguir escribiendo aun cuando la vaguería me puede. Si no fuese por vosotras, lo más probable es que no hubiese terminado este libro en mucho tiempo.

Ana, ya sabes que te adoro, dos gemelas separadas al nacer, gracias por siempre estar ahí. Mi mami Mara, aunque últimamente estemos algo distanciadas, siempre tendrás un huequecito en mi corazón. Ruthi, mi bebé, la benjamina bipolar, estoy esperando a que termines esa historia. Estoy segura que vas a tener mucho éxito. Ana V. La que siempre está ahí, mi lectora fiel, sigue luchando para conseguir tus objetivos. Yo siempre estaré aquí para ti. Anita, mi loca maravillosa, tú y tu cotorrilla me habéis arrancado más de una carcajada, nunca cambies y cuida bien a ese diablillo. Damarys, mi amiga del otro lado del mundo, sabes que para mí eres una persona muy importante, es un placer tener el honor de llamarte amiga. A mi despiste Yuri, ¿qué te voy a decir a ti? Me encantas. De verdad que de mayor quiero ser como tú jaja. Inés, mi vecina del alma, espero poder conocerte pronto, gracias por apoyarme. Inma, mi Maria Inmaculada, el nombre no te pega jaja. Te quiero un montón, xiquilla. Joana, niña, tu proyecto final va a ser un bombazo, es imposible que sea de otra forma con el talento que tienes, nos vemos en Granada. Toñi, mi Trilliza del alma, creo que no hay nada que no sepas ya, me encantas andaluza, te quiero muchísimo, gracias por tu arrolladora sinceridad, nunca dejes de ser quien eres. A mi Mara R.B., a ti ni siquiera sé que decirte, hay tanto que agradecer... Sin ti este libro no habría visto la luz. La verdad, no sé cómo me aguantas, pero lo haces, así que voy a seguir aprovechándome de ello. Yolanda, te hice una promesa, y de alguna manera la he cumplido, quizás no

como me habría gustado, pero ya sabes como soy, me voy por las ramas y acabo liándola siempre (pollito). Feliz cumpleaños atrasado.

Podría seguir así durante horas, dando las gracias a todas mis bipolares, pero entonces necesitaría diez o doce páginas más.

Ana Portu, Andrea, Annabel, Claudia, Hilcania, Mari, Mariam, Marian, Marina, Paki, Pilesa, Sara, Zahira, las otras dos Anas, Jules, Merce, Esther, Jenniffer, Karen, Lupis, Analía, y seguramente me olvide de alguna, gracias a todas. Vosotras sois parte de esta aventura.

Seguimos con unas chicas maravillosas, unas diosas malas malísimas, Las Diosas del Averno, Emi, Xio, Illyn, Ericka, Andrea, Nadia, a vosotras he tenido el placer de conoceros. Gracias por estar ahí y por amar a mi lobo casi tanto como yo lo hago. Recordadle a vuestro amo que seguimos teniendo una cita pendiente jeje.

Ahora pasamos a mis otras chicas, las diosas, semidiosas y ninfas del Olimpo entre libros. Anteriormente he mencionado a las diosas, ahora quiero hablar de las mujeres que se esconden tras esos apodos o avatares. Obviamente no voy a descubrir a las que aún no han salido del armario, así que voy a mezclarlas entre las ninfas y las semidiosas.

Fann, la diosa madre, es un placer para mí poder contar contigo, espero algún día poder llegar a tener la capacidad de liderazgo y organización que tu posees. ¿A quién quiero engañar? Yo soy un desastre jaja. Gracias por tu ayuda y apoyo, por estar ahí siempre que te necesito. Las dos Adrianas, Pacheco y Valdez, las dos tan distintas, pero tan iguales, ambas tenéis un lugar en mi corazón. Fer, mi buscadora oficial de mus@s, me encantas, niña, sigue siendo como eres, nunca cambies porque eres maravillosa con todo y tu mala leche. Grace, mi querida Gracie, sabes que te adoro, eres el alma más pura y bondadosa que he conocido en mucho tiempo, me siento afortunada por poder considerarme tu amiga. Moni, para ti me sobran palabras buenas, en poco tiempo te has convertido en una persona muy especial para mí, tanto que estoy deseando poder mostrarte cada cosa que escribo, te quiero mucho y espero poder seguir contando con tu amistad durante el resto de mi vida. Patty, otra compañera de letras, espero de verdad que todo te vaya genial en esa aventura en la que has decidido embarcarte, sabes que siempre contarás conmigo. Raki, mi hermana competitiva, a la que igual que a mí, no le gusta perder ni al parchís, de verdad estoy deseando que llegue el día en que pueda conocerte, te has convertido en esa persona con la que hablo casi todas las noches antes de dormir jaja. Shey, una de mis Colombianas preferidas, tú sabes lo mucho que

te quiero, no necesito decir más. Yanis, sigo amando tus estados jaja, gracias a ellos conozco series, películas y libros que nunca he leído, te quiero mucho, mi niña. Vee, ¿qué voy a decirte a ti?, nunca pensé que pudiera existir alguien al otro lado del mundo que me entendiera y me apoyara como tú, gracias por toda tu ayuda, tú sabes lo mucho que te quiero. Juls, mi próxima musa, espero no decepcionarte, si consigo que mi protagonista tenga una personalidad mínimamente parecida a la tuya, estoy segura que tod@s la amarán. Solo Bren, así te llamaré siempre, quiero que tengas una cosa muy clara, eres una persona magnífica, nunca dejes que nadie te diga lo contrario, y si lo hacen, dímelo, si tengo que cruzar medio mundo para darle una ostia a algún imbécil, lo haré sin dudarlo ni un segundo. Una vez más, podría seguir así durante horas, no quiero olvidarme de ninguna, pero creo que va a ser algo inevitable. Ya he dicho que soy un desastre ¿verdad?

Betty, Day, Diana, Kathy, Lupe, Olga, Pris, Sarita, Shei, Sonia, Vero, Yesska, Shary, Eva, Karla, Julisa, Reyna, Sandra, Yesi, Nina, Betzabé, Jenifer, Sofia, Cielo, Elizz, Nancy, Lú, Mor, July, Oliva, Bianka, Myrian, Miky, Juanii, Ro, Hilda, Silvia, Danni, Carolina, Eca, Erika, Day, Melly, Kika, Maye, Isa, Heidi... Todas tenéis un lugar en mi corazón. Me siento afortunada por haberos conocido.

No me olvido de mis hermanas de letras, Arwen McLane, Nora Krose y RachelRP, esta última es la creadora de las preciosas portadas y maquetaciones de esta bilogía. Si no las habéis leído, hacedlo, no os vais a arrepentir.

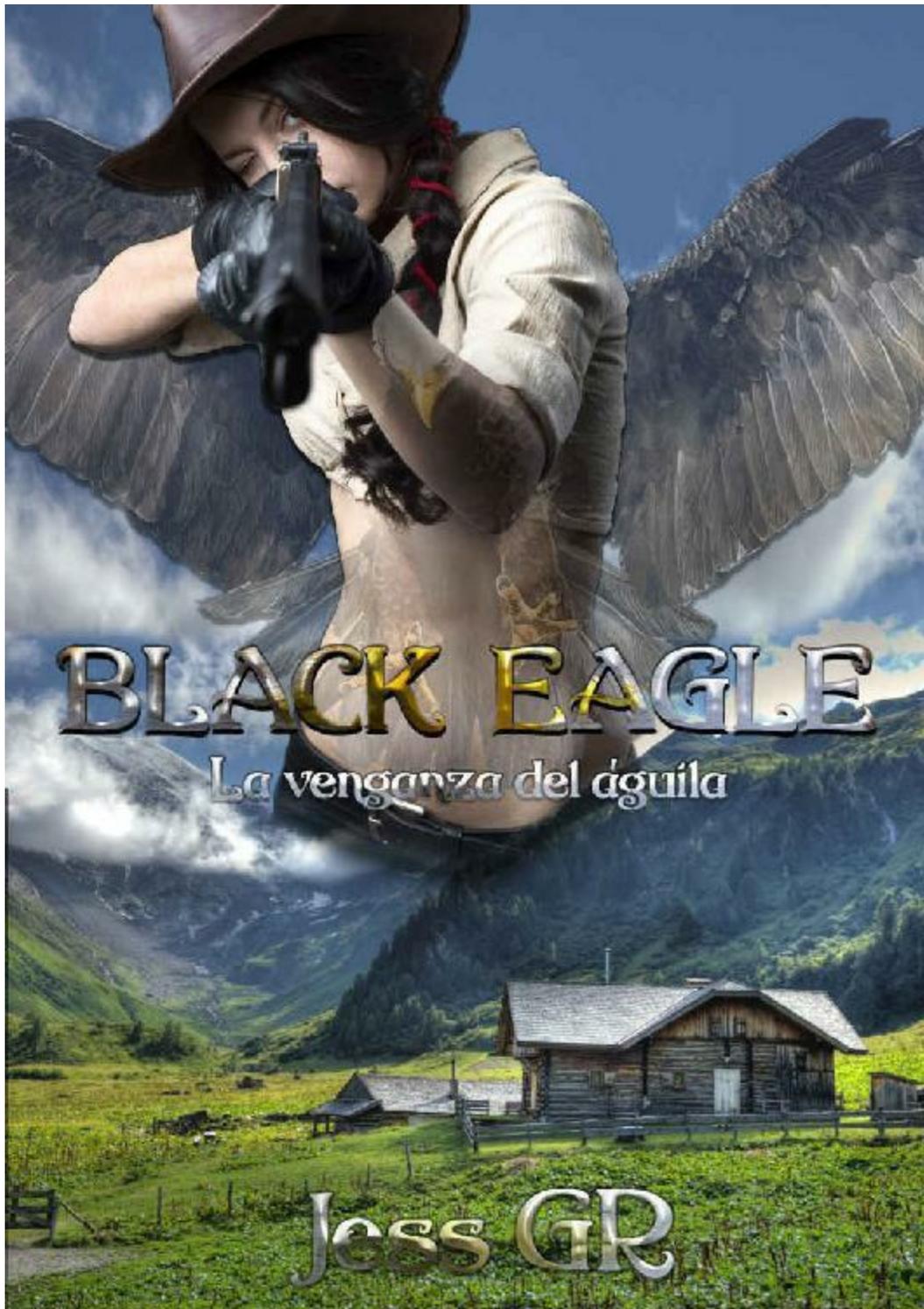
También quiero mencionar a mis queridas Apasionadas Literarias, muchas gracias por la gran labor que hacéis al dar a conocer a las autoras auto publicadas. Solo las personas con corazones como los vuestros, son capaces de dar tanto a cambio de nada.

Para terminar, quiero agradecerle a mi patita por ser la mejor amiga, compañera, y hermana que podría tener. Si alguien tiene una amiga de esas incondicionales a las que puedes contarle cualquier cosa y sabes que nunca te juzgará, sabéis de lo que hablo. Ella es esa persona para mí.

Por último, pero ni de lejos menos importante, darle las gracias al amor de mi vida, la persona por la que vale la pena levantarme cada mañana y seguir luchando por una vida mejor. Te quiero Manu.

Próximamente en Amazon...

Black Eagle, La venganza del águila



Sinopsis

¿Alguna vez has sentido como tu mundo se resquebraja y queda reducido a

un millón de pedazos?

Eso fue lo que yo sentí el día que regresé al rancho de mi familia. Esperaba encontrar a mi hermana pequeña, feliz por su compromiso y su próxima boda, pero lo único que hallé fue una lápida con su nombre y una nota de suicidio.

Ese mismo día, frente a su tumba, juré vengarme del hombre que la engañó, la usó, y la hirió hasta tal punto que solo encontré consuelo en los brazos de la muerte.

Nathan Reed no sabe lo que le espera. No lo verá venir, le acecharé como un águila a su presa. Le haré pagar cada lágrima que lloró mi hermana por su culpa.

Ojo por ojo y diente por diente. Destrozaré su mundo al igual que hizo él con el mío. Lo haré, si consigo resistirme al embrujo de sus preciosos ojos azules, de su sonrisa burlona y de la forma en que mi cuerpo reacciona a su cercanía, porque... no es posible que termine enamorándome del hombre que acabó con la vida de mi hermana ¿verdad?

Wolfheart Book Soundtrack

I will follow ----- Art of dying

I do it for yo ----- Bryan Adams

I will be there ----- Art of dying

Raining ----- Art of dying

Sorry ----- Art of dying

Happy tragedy ----- Sait Asonia

Perfect ----- Ed Sheeran

Waste my time ----- Saint Asonia

Say what you need to say ----- Art of dying